UNA HISTORIA DE EVERCREST

Si decides quedarte

SAMARA CADENAS

MONTENA

Si DECIDES quedarte

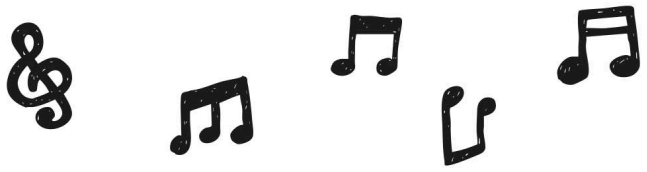
SAMARA CADENAS

MONTENA

Para los que aprendieron a hacerse pequeños para
no molestar, merecéis ocupar todo el espacio del mundo

Y a mi abuela,
por no dejar jamás que me sintiera invisible

Playlist



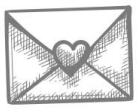
«Family Line», Conan Grey
«Marjorie», Taylor Swift
«Liability», Lorde
«Yellow», Coldplay
«Train Wreck», James Arthur
«Matilda», Harry Styles
«Everything I Wanted», Billie Eilish
«I'll Show You», Justin Bieber
«Chosen Family», Rina Sawayama
«Somewhere Only We Know», Keane
«Lovely», Billie Eilish & Khalid
«Those Eyes», New West
«Because of You», Kelly Clarkson
«Iris», Goo Goo Dolls
«Hold On», Justin Bieber
«Someone to Stay», Vancouver Sleep Clinic
«Stay», Rihanna ft. Mikky Ekko
«What Have I Done», Dermot Kennedy
«Piece by Piece», Kelly Clarkson

«Rewrite the Stars», James Arthur & Anne-Marie
«POV», Ariana Grande
«Ceilings», Lizzy McAlpine
«Off my Face», Justin Bieber
«Get You the Moon», Kina ft Snøw
«Warrior», Demi Lovato
«Dandelions», Ruth B
«Unconditionally», Katy Perry
«Build a Home», The Cinematic Orchestra



Uno

Talya



¿Sabes esas veces en las que te despiertas con la certeza de que va a ser un mal día?

Yo lo he sabido incluso antes de abrir los ojos.

No me considero una persona negativa, en absoluto, pero aun así sé que llegar nueva a un instituto en mitad del curso es algo que no puede salir bien.

No es que me asusten las clases ni los profesores. Me asusta tener que fingir que estoy bien. Que no pasa nada. Que solo soy la chica nueva y no la chica rota que ha tenido que volver a una ciudad que ya no siente como suya, a una casa que no es su hogar y a una vida que no eligió.

No sé qué se supone que debo decir cuando me pregunten de dónde vengo. O por qué he acabado aquí. Tal vez me invente alguna historia que no me duela tanto como decir la verdad.

Termino de vestirme con el espantoso uniforme del Evercrest School: una falda de tablas a cuadros en tonos grises y verde oscuro, una camisa blanca recién planchada que me hace sentir como si llevara puesto un disfraz, y una chaqueta verde botella con

el escudo del instituto bordado a la altura del pecho. La corbata, de rayas diagonales, me obliga a ir «presentable» incluso cuando no tengo ganas de estarlo. Me ofrecieron calcetines altos o medias negras; por supuesto, elegí las medias. ¿Piernas al aire en mitad del otoño escocés? No, gracias.

Justo después me dirijo al baño. Necesito con urgencia, al menos, lavarme la cara.

Me miro en el espejo, algo que llevo intentando evitar prácticamente desde que llegué a esta casa. No parezco yo. O sí, pero una versión opaca. Como si alguien me hubiera bajado el brillo desde dentro. Mis ojos están hinchados, aunque anoche no lloré. Ni la anterior.

Al principio sí lo hacía, hasta quedarme dormida.

Ahora no hay lágrimas, solo un vacío que se me instala en el pecho y no me deja pensar en nada más. Es como que no llego a creerme del todo el giro que ha dado mi vida en cuestión de unos cuantos meses. Y el darme cuenta de que la vida sigue a pesar de que la mía pareciera haber quedado en pausa después de todo lo ocurrido… me hace sentir más sola que nunca.

Abro el cajoncito donde guardo el peine y lo cierro sin llegar a sacarlo. ¿Qué sentido tiene arreglarme por fuera cuando por dentro estoy tan destrozada?

Inspiro hondo y finjo una sonrisa ante el espejo.

Tengo que acostumbrarme, ¿sabes?, a fingir.

Recojo la mochila, me la cuelgo del hombro y salgo de la habitación con el mismo cuidado con el que se camina en una casa ajena. Aunque técnicamente esta también sea mi casa ahora. O al menos eso dicen.

Mi tío ya está esperándome fuera, dentro del coche, con el motor encendido y los ojos fijos en la pantalla del móvil. No levanta la vista

cuando salgo, ni cuando abro la puerta trasera y dejo la mochila en el asiento. Tampoco dice nada cuando me siento junto a él en el asiento del copiloto. Solo arranca.

—Gracias por llevarme —digo apenas en un susurro.

Aún me cuesta dirigirme a él; al fin y al cabo, lo siento casi como un desconocido.

—Es tu primer día. —Esboza una sonrisa breve y algo torpe—. He podido retrasarme un par de horas en el trabajo. A partir de mañana tendrás que coger el bus. ¿Crees que podrás?

—Claro, no hay problema.

Durante el trayecto no hablamos. La radio está encendida, pero a tan bajo volumen que solo se perciben algunos acordes sueltos, un murmullo leve que apenas consigue suavizar el silencio. Me concentro en las calles que vamos dejando atrás, en los árboles sin hojas, en el gris del cielo que parece querer reflejar el mío.

Llegué a Edimburgo, la ciudad en la que nací, hace un mes y aquí todo parece igual que antes. Las calles, el frío de noviembre, incluso los parques por los que solía correr cuando tenía diez años. Pero yo ya no soy esa niña.

Y volver no es volver, no cuando lo haces sin la persona que le daba sentido a todo lo demás.

Cuando el coche se detiene frente a las verjas del Evercrest School, trago saliva con fuerza.

Hay algo en ese edificio de ladrillo grisáceo, en las columnas del pórtico principal, en los alumnos que caminan en grupo con paso decidido, que me hace sentir fuera de lugar. Como si no perteneciera a ningún sitio. Como si estuviera invadiendo algo que ya estaba completo sin mí.

Y ¿te cuento un secreto? Cuando vivía aquí e iba al colegio, soñaba con entrar en este instituto algún día. Era lo más parecido a

Hogwarts que conocía: enorme, elegante y tan ostentoso que me parecía un privilegio inalcanzable. Me imaginaba cruzando esas puertas con el pelo suelto, una carpeta bajo el brazo y toda la vida por delante. En ese entonces creía que este era el lugar donde pasaban las cosas importantes. Donde empezaban las historias que merecían ser contadas.

Ahora, en cambio, lo único que quiero es pasar desapercibida.

Ahora no tengo ninguna historia que contar, al menos no una que quiera compartir.

Ya no me ilusiona cruzar esas puertas, solo me da miedo.

—Suerte —dice mi tío. No es brusco, tampoco cálido. Simplemente, correcto.

Asiento, aunque no estoy segura de que tenga algo que ver con la suerte.

Abro la puerta del coche y salgo del vehículo, agarrando las asas de la mochila con fuerza. El aire frío me da de lleno en la cara. Me recuerda que estoy viva. Aunque a veces duela.

Camino hacia la entrada sin mirar atrás, sin pensarlo demasiado. Porque, si me detengo a hacerlo, si dejo que el miedo y la pena me agarren por el tobillo, no sé si voy a conseguir moverme.

Y sé que tengo que moverme. Por mucho que todavía no sepa muy bien hacia dónde.

El interior del enorme edificio huele a una mezcla entre detergente y papel viejo. Las paredes están cubiertas de tablones con anuncios, actividades extracurriculares y mensajes motivacionales que suenan tan falsos como mi sonrisa.

Respiro hondo, saco el mapa arrugado que me dieron en secretaría y trato de ubicar el aula que aparece en mi horario. No sé por qué me molesto: ni siquiera entiendo el nombre de algunas asignaturas.

Un grupo de chicas se cruza frente a mí riendo por algo que no escucho. Me hago a un lado sin decir nada. Me fijo en sus uniformes impolutos, en lo valientes que son al atreverse a llevar calcetines altos, en las mochilas de marca, en que parecen encajar perfectamente en este lugar. Y entonces me miro a mí. Y es inevitable la comparación: este no es mi sitio.

—¿Perdida? —me pregunta una voz desde el otro lado del pasillo.

Levanto la mirada. Es una mujer de pelo oscuro y gafas redondas. No parece antipática.

—Un poco —respondo, intentando que no se note demasiado la tensión en mi voz.

—Eres la alumna nueva, ¿verdad? —Se para a buscar entre el montón de papeles que lleva en las manos—. Talya Monroe.

Asiento.

—Perfecto. Soy la señora Campbell —dice mientras me tiende la mano—. Estás en el grupo B de S5. Vamos, te acompaño.

S5, el penúltimo año de instituto aquí, algo así como primero de bachillerato en España.

Una de las cosas que más vértigo me da es todo el cambio: las asignaturas tienen otros nombres, los horarios son distintos.

Cuando mamá y yo nos mudamos de Edimburgo a Madrid hace seis años, ambas estábamos deseando empezar de cero, así que adaptarme al sistema fue lo de menos. A excepción del idioma, que reconozco que fue una pesadilla al principio, todo lo demás lo asimilé sin problema.

Ahora… todo es distinto. Más difícil. Más ajeno.

Sigo a la señora Campbell por lo que me parecen una infinidad de pasillos y un par de tramos de escaleras. Me habla en voz baja, me cuenta cosas sobre el horario y las clases, pero solo retengo una

parte mínima. Estoy demasiado concentrada en no parecer asustada. Y en no llorar.

Cuando llegamos al aula, se detiene frente a la puerta.

—Tranquila. Estoy segura de que te adaptarás enseguida —me promete y yo intento creerla, aunque no me sale.

Abre la puerta. Todas las conversaciones se detienen al instante y ella comienza a hablar.

—Buenos días. Tenemos una nueva incorporación al grupo: Talya Monroe. Quiero que le hagáis un hueco y le facilitéis estos primeros días, ¿de acuerdo? —Luego se gira hacia mí—. Puedes sentarte donde prefieras, Talya.

Respiro hondo. Entro sin levantar la vista del suelo. Siento todas las miradas sobre mí, como cuchillos silenciosos. Camino despacio, con la boca seca y las manos frías.

Me duele el estómago, quiero salir corriendo e irme a casa, a mi verdadera casa, hacerme un ovillo en la cama y que mamá venga a darme un abrazo.

«No me voy a poner a llorar, no me voy a poner a llorar», me repito en bucle porque, si no, sé que voy a hacerlo.

Levanto la mirada, tengo que encontrar un sitio libre. Y es entonces cuando reparo en un rostro que me resulta familiar. Una chica rubia sentada junto a la ventana. Me está mirando. No como los demás. Su expresión no es de curiosidad ni de juicio, es algo más… atónito. Como si acabara de ver un fantasma o algo parecido.

¿Es ella? No puede ser.

Hay miles de estudiantes en Edimburgo, miles de rostros que podrían parecerse, y miles de institutos más en los que…

—Hola. —La chica se dirige a mí con una sonrisa y apunta con la mirada al pupitre que está justo a su lado—. Puedes sentarte, está libre.

Asiento mientras camino hacia la mesa, cuelgo la mochila en el respaldo de la silla y me siento, entonces ella suelta:

—¿De verdad eres tú? ¿Talya? La profesora ha dicho Monroe, pero juraría que…

Mi silencio es la confirmación a su pregunta. Parece que ella no se ha olvidado de mí en todo este tiempo.

—¡No me lo puedo creer! —celebra casi demasiado alto—. Dime que te acuerdas de mí. ¡Soy Alice Hartley!

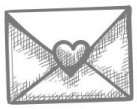
Y en ese momento se me revuelve algo por dentro. Me arden los ojos. Me tiembla la barbilla.

Me levanto de golpe. Murmuro una disculpa a la profesora y salgo del aula antes de que nadie pueda detenerme.

No pienso romperme delante de toda la clase. No en mi primer día.

Dos

Talya



Las clases ya han empezado, por lo que los pasillos están desiertos.

Camino deprisa sin saber muy bien a dónde voy, simplemente siento la necesidad de alejarme. Siento que es demasiado pronto para todo esto.

Cuando tu vida acaba de dar un giro de ciento ochenta grados, lo último que quieres es continuar como si nada. Y yo me siento perdida ante todo.

¿Estoy preparada para reencontrarme con personas que solían conocer a una Talya que ya no existe?

La respuesta no la tengo clara, porque te podría decir que no. No quiero sentirme obligada a explicar por qué ya no soy la que era antes y tampoco quiero interpretar el papel de una persona que no soy. Nunca se me ha dado del todo bien actuar.

Pero la respuesta también podría ser que sí; porque, aunque me asuste, una parte de mí se ha alegrado de ver a alguien conocido. Porque por un segundo no me he sentido tan sola, uno diminuto, frágil, casi invisible. Porque reconocer a alguien en un lugar desconocido es como encontrar un faro en mitad de la niebla.

Y aunque ese faro ilumine recuerdos que me duelen, también me recuerda que hubo una vez en la que fui feliz. Una vez en la que reír no me parecía imposible.

Así que no sé cuál es la respuesta correcta. Supongo que las dos y, al mismo tiempo, ninguna.

Alice Hartley. Hacía años que no pensaba en ella y, al mismo tiempo, nunca he podido olvidarla del todo. Éramos inseparables. De esas amigas que se pasan los recreos inventándose historias, que se aprenden los números de teléfono de memoria y se juran amistad eterna con una pulsera de colores.

Pero, cuando me mudé a España, dejamos de hablar. No porque quisiéramos, sino porque a los diez años no sabes cómo mantener a alguien en tu vida desde otra ciudad, mucho menos desde otro país. No teníamos redes sociales ni móviles propios, ni formas reales de sostener una amistad infantil a distancia.

Y, aunque nos prometimos escribirnos cartas, creo que solo llegamos a enviarnos tres. El tiempo hizo lo suyo. Yo seguí creciendo con otras personas y otros miedos, y ella… supongo que también.

Por eso, verla hoy, con los ojos tan abiertos, tan segura de que aún soy yo, me ha roto algo por dentro. Porque sí, nos conocimos cuando éramos niñas. Pero yo ya no soy aquella Talya. Y no sé si quiero que ella lo vea.

Veo una puerta al final del pasillo y me dirijo hacia ella sin tener muy claro a dónde lleva exactamente.

La abro y, por suerte, es el baño.

Está vacío y un olor fuerte a desinfectante me hace arrugar la nariz. Pero eso es lo que menos me importa ahora.

Me miro al espejo que recorre por completo una de las paredes y me apoyo en el lavabo.

Ahora que estoy sola, las lágrimas comienzan a caer por mis

mejillas, sin freno, sin señal de stop que las detenga. Ojalá la vida fuera como un videojuego, ojalá poder hacer clic en un botón que diga «reiniciar partida» para poder cambiar aquellas decisiones erróneas que tomé en el pasado. Volver al momento exacto en que todo empezó a romperse. Solo para ver si esta vez… sería diferente.

Aunque hay videojuegos que, por mucho que quieras reiniciar la partida, solo tienen un final posible y creo que, irremediablemente, mi vida es uno de ellos.

Decido que ya es suficiente por hoy, que de nada vale seguir lamentándome por cosas que no puedo cambiar, aunque me gustaría, y empiezo a secarme las lágrimas que me cubren toda la cara. Estoy demasiado roja, de esta forma no podría convencer a nadie de que no me acabo de pasar los últimos diez minutos llorando. Así que abro el grifo y me mojo la cara. Está congelada, pero lo agradezco porque consigue devolverme a la realidad de un tirón: es mi primer día de instituto en una ciudad casi desconocida y, definitivamente, no estoy empezando con buen pie.

La puerta se abre de golpe.

Me giro sobresaltada. Un chico entra sin mirar, como si tuviera prisa o simplemente no esperara que hubiera nadie dentro. Pero, en cuanto me ve, se detiene en seco.

Nos quedamos los dos en silencio, por lo que me parece una eternidad. Yo estoy con la cara y las manos empapadas; él, de pie en la entrada, con la sorpresa dibujada en el rostro.

Vuelve a abrir la puerta y la mira desde dentro, como si necesitara comprobar algo. Y cuando consigo ver el cartel que claramente contiene la figura de un hombre, es cuando me doy cuenta: he entrado en el baño equivocado.

—Creo que este no era el baño que buscabas —dice al fin. Su voz es baja, nada cortante. Casi suena divertida, aunque no se esté

riendo.

Pero yo me muero de vergüenza por dentro. ¿Te acuerdas de lo que he pensado esta mañana? ¿Eso de que tenía la certeza de que hoy iba a ser un mal día? Pues aquí va uno de los motivos que confirman ese pensamiento.

—Ya, sí. Me acabo de dar cuenta —balbuceo con una risa tensa que no me creo ni yo—. Lo siento, ya me iba.

Evito mirarlo directamente mientras me seco las manos con un trozo de papel que ni siquiera sé de dónde he sacado.

Él asiente con la cabeza con una media sonrisa. Incluso te diría que está a punto de echarse a reír.

—Eres nueva. —No pregunta, afirma.

—¿Tanto se me nota?

Se encoge de hombros sin quitar esa sonrisa que ya empieza a molestarme un poco.

—Bueno, las chicas de por aquí no van entrando en el baño de los chicos a menos que… —Se calla de golpe y en sus ojos noto que acaba de darse cuenta de que la broma no tiene gracia ahora mismo, no en este momento. Desvía la mirada y carraspea—. No te preocupes, el baño de chicas está justo enfrente.

Asiento, incómoda.

Estoy a punto de agradecerle la indicación y salir corriendo, pero entonces añade:

—Aunque no te voy a mentir, ha sido entretenido.

Lo miro, ahora sí, con el ceño fruncido.

—¿Te parece gracioso ver a alguien llorando en el baño?

Me sorprendo a mí misma hablando en un tono más agresivo de lo que pretendía, pero no puedo evitarlo. Estoy al límite.

Él se cruza de brazos, apoyado aún en el marco de la puerta, y niega con la cabeza.

—No, eso no. —Hace una pausa. Se le curva una comisura—. Lo gracioso ha sido ver tu cara cuando te has dado cuenta de que te habías equivocado de baño.

Abro la boca para responder algo, lo que sea, pero no me sale nada.

—Tranquila, no diré nada —afirma con una inclinación leve de cabeza, como si estuviera dándome permiso para olvidarlo todo.

—Gracias.

—Cuando te cruces conmigo en los pasillos, solo finge que no me conoces —añade mientras abre la puerta—. Así no tenemos que dar explicaciones de lo que acaba de pasar.

—No va a ser difícil —respondo más rápido de lo que debería.

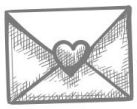
Y él se ríe, por primera vez. Una risa auténtica, sin burla.

Paso por su lado sin mirarlo, necesito salir de aquí ahora mismo.

—Bienvenida al Evercrest, chica nueva —dice justo antes de cerrar la puerta a mi espalda.

Tres

Talya



He dejado pasar casi por completo mi primera hora de clase en mi nuevo instituto encerrada en el baño; sí, esta vez en el de las chicas. Quizá parezca una cobarde, y justo así es como me siento, pero ¿qué más da? Últimamente es el adjetivo que mejor podría definirme.

Me habría encantado que el momento más humillante de este día fuese haber salido corriendo delante de toda la clase. Pero no, me he superado. Ahora puedo decir que he sido descubierta por un desconocido mientras lloraba en el baño de los chicos. Genial, ¿no?

Podría quedarme aquí todo el día, esperar a que llegue la hora de irme a casa y hacer como que no ha pasado nada.

Como si no hubiera entrado en clase.

Como si no hubiera echado a correr.

Como si no me hubiera cruzado con unos ojos verdes que me pillaron en el peor momento posible.

Porque a veces fingir que no ha pasado nada… es lo único que te salva de romperte del todo.

El timbre suena de pronto, sacudiendo el aire con ese zumbido

agudo que se mete en los huesos. Me sobresalto. Ya ha terminado la primera hora. Podría seguir aquí. De verdad que podría. Me miro en el espejo y mis ojos, aunque aún rojos, han dejado de llorar. Puede que hoy no sea el día en que me sienta fuerte. Pero, si salgo de aquí, aunque sea solo para sentarme en el aula en silencio, tal vez mañana sí lo sea.

Suspiro hondo y me obligo a mover los pies.

Salgo del baño y camino por un pasillo ahora lleno de estudiantes. Algunos corren hacia sus taquillas para cambiar los libros, otros charlan entre ellos aprovechando el hueco entre clases, otros ríen mientras (supongo) se cuentan anécdotas divertidas.

¿En algún momento estaré en ese lugar? ¿En algún momento mi única preocupación será saber cuál es mi siguiente clase? Cierro los ojos y rezo para que así sea.

Al llegar al aula, la puerta está entreabierta. Se escucha el murmullo de voces, risas suaves, el roce de mochilas y carpetas. La mayoría ya ha vuelto de los pasillos para esperar a que empiece la segunda hora. Nadie parece estar prestando demasiada atención a lo que ocurre a su alrededor. La profesora ya no está y aún no ha llegado la de la siguiente clase, supongo.

Respiro hondo antes de empujar la puerta.

Nadie se gira esta vez. O, si lo hacen, no me doy cuenta. Hay un chico sentado encima de su pupitre comiendo algo a escondidas, una chica pintándose las uñas, otro grupo compartiendo auriculares en una esquina… Podría ser cualquier aula del mundo.

Camino hasta mi sitio, me siento y percibo que Alice gira la cabeza.

—Eh —dice en voz baja—. Me alegro de que hayas vuelto.

La miro de reojo. No sé qué decir, pero asiento.

—¿Te ha pasado algo antes? —pregunta con un tono tan suave

que no parece querer respuestas, solo ofrecer espacio.

—No. Bueno, sí. Pero… estoy bien.

Miento. O no del todo. No estoy bien, pero estoy aquí. Y eso, para mí, ya es un paso.

Alice sonríe y vuelve a mirar hacia el frente, como si entendiera que no tengo más palabras ahora mismo.

—Siento… —comienzo a decir en un susurro—. Siento haber salido corriendo. Me ha alegrado verte, ¿sabes?

Alice sonríe. Tiene una sonrisa impecable, de esas que provocan que tú también quieras esbozar una mueca alegre. De esas que transmiten alegría.

—¡Pensaba que no me ibas a reconocer! —Se pasa un mechón de pelo por detrás de la oreja antes de continuar—. Aunque tampoco sería tan raro, parece que hayan pasado mil años desde la última vez que nos vimos.

La forma en la que lo dice, tan liviana, sin reproche, sin peso… me da un pequeño respiro. Como si de verdad no importara todo lo que no hemos compartido durante estos años.

—No me he olvidado —respondo. Y es verdad.

Alice asiente y, durante unos segundos, ambas nos quedamos en silencio. Pero es un silencio cómodo. Uno que es como un puente, no como un muro.

—Bueno, si necesitas ayuda con las clases, con los horarios o… lo que sea, solo tienes que decírmelo —añade—. Y no tienes por qué sentirte sola. Te presentaré a mis amigos. No están en nuestra clase, pero seguro que te caen bien.

Asiento otra vez. Todavía no me atrevo a prometer nada, pero esa invitación tan simple, tan cálida, me hace sentir menos fuera de lugar. Como si no hubieran pasado seis años desde la última vez que nos vimos.

Y, por primera vez en todos estos meses, me permito pensar que tal vez volver a ser feliz no es una misión del todo imposible.

Las siguientes horas de clase transcurren con normalidad, si es que puedo llamarlo así. Los profesores colaboran para que me sienta un poco menos perdida y me han ofrecido todas las facilidades del mundo para que me ponga al día con el temario de los últimos meses. Nada fuera de lo esperado, aunque sigo sintiéndome como una pieza suelta que intenta encajar en un puzle ya completo.

Ahora, Alice y yo caminamos juntas por el pasillo que conduce al comedor. El suelo de baldosas grises resuena con los pasos de decenas de estudiantes que, como nosotras, se mueven en grupo hacia el mismo destino. A lo lejos ya se escucha el rumor de bandejas, el murmullo de conversaciones y alguna que otra carcajada suelta. Es curioso cómo el ambiente cambia a la hora de la comida, como si todos hubieran soltado por un momento el peso de las clases.

Alice habla. Lo suficiente para que no me sienta incómoda. Me cuenta pequeñas cosas sobre el instituto, sobre algunos profesores, sobre que el menú de la mayoría de los jueves consta de sopa aguada y puré insípido, que Erik se queja cada semana como si fuera la primera vez. El nombre de Erik suena en los recovecos de mi memoria, pero no termino de situarlo.

En algún punto dejo de escucharla y me quedo observándola. Ha cambiado, pero no tanto. Sigue siendo tan guapa como cuando éramos niñas.

Tiene ese tipo de rostro que miras y dudas de si es real o no. Los ojos redondos de un color azul intenso y las pestañas largas y cubiertas de maquillaje parpadean rápidas mientras habla.

Juega con un mechón de pelo entre los dedos y se lo aparta detrás de la oreja cada pocos segundos. Su melena rubia, lisa y brillante le cae como un río por la espalda, moviéndose al ritmo de sus pasos.

Acompaña cada frase con las manos, como si necesitara dibujar en el aire lo que cuenta.

Compartimos altura, cosa que me sorprende porque cuando éramos pequeñas me sacaba varios centímetros. Supongo que pegué el estirón en algún punto.

—Hoy toca pasta, creo. —Alice me saca de mis pensamientos, mientras empuja una de las puertas dobles que dan al comedor—. Con suerte, estará comestible. —Justo antes de cruzar el umbral, baja un poco el tono—. Oye… ¿Puedo preguntarte algo?

Mi pecho se encoge, no estoy segura de querer responder a lo que sea que va a preguntar. Aun así, asiento.

—Claro, dime.

—¿Cómo es que has vuelto? —pregunta sin sonar inquisitiva, más bien como si de verdad necesitara entenderlo—. O sea, sé que estuviste en Madrid…, pero no pensé que volverías así de repente.

Trago saliva. Por un segundo, el mundo se vuelve borroso, mi cuerpo se adelanta a mi mente y empieza a recordar todo lo que yo intento enterrar. Vuelven las imágenes: una detrás de otra, sin orden, sin pausa. Lo que pasó. Lo que no supe manejar. Lo que se rompió sin avisar. Cierro los ojos y es como si alguien proyectara en mi mente cada uno de los momentos que me han traído hasta aquí.

Intento pensar en otra cosa, no puedo volver a derrumbarme tan pronto. Tengo que empezar a acostumbrarme a las preguntas. Así que le doy una respuesta vacía.

—Pasaron cosas —digo, y siento que mi voz se encoge—. Nada salió como pensábamos y… al final esta era la única opción.

Me encojo de hombros, intentando quitarle peso, aunque por dentro me duela más de lo que estoy dispuesta a admitir.

—Oye, ¿y qué tal está tu madre?

Cuando creía que las preguntas incómodas se habían terminado, llega la más difícil como una flecha al corazón.

No es que Alice lo haga a propósito. Es que hay heridas que no necesitan intención para sangrar.

Me gustaría no responder, pero sé que, si no lo hago, levantaré sospechas. Así que suelto la primera mentira, inaugurando oficialmente mi farsa.

—Bien, bien. Está… bien —respondo de manera escueta para intentar terminar la conversación.

Alice me mira y creo que va a seguir indagando. Pero no lo hace. Solo asiente con una especie de comprensión tranquila que me desarma.

—Me alegro de que estés aquí —dice y, aunque no lo diga con grandes palabras, su tono lo llena todo.

Le dedico una sonrisa pequeña, pero sincera.

Caminamos unos pasos en silencio. El comedor del Evercrest School es enorme. Las mesas alargadas están repartidas por secciones, algunas ya ocupadas por grupos que parecen tener sus territorios bien definidos. Huele a comida recién servida y a adolescencia en hora punta.

Nos ponemos en la cola, bandeja en mano. Alice me señala con la cabeza hacia el menú del día: pasta boloñesa, pan, fruta y, con suerte, una bebida fría.

—Hoy hemos tenido suerte —dice con una sonrisa que me contagia un poco de calma.

—Lo dirás tú —responde una voz femenina justo detrás de nosotras.

Nos giramos al mismo tiempo.

Una chica morena de pelo rizado y ojos muy oscuros me observa sin disimulo. Tiene los brazos cruzados, el ceño ligeramente fruncido y una energía que parece rezumar: «Sé exactamente quién soy y también estoy decidiendo si tú mereces saberlo».

A su lado hay un chico negro, alto y con gafas de montura gruesa que me resulta vagamente familiar.

—¡Eh! Justo a tiempo —comenta Alice—. Talya, estos son Noa y Erik, mis mejores amigos.

Por un segundo, me pasa por la cabeza que, si nunca me hubiera marchado, probablemente yo estaría en ese grupo de «mejores amigos».

Pero me marché. Y ahora solo soy la nueva.

—Hola —dice Noa, escaneándome con la mirada de arriba abajo. No como quien juzga. Más bien como quien está acostumbrada a leer a la gente en segundos.

—Ey —dice Erik, ladeando la cabeza con una media sonrisa que no sé si es amable o divertida—. Yo a ti te conozco de algo —añade sin dejar de mirarme.

Alice ya me ha hablado de él y al principio me cuesta ubicarlo en mis recuerdos. Pero hay algo en su forma de moverse, en cómo arrastra las sílabas al hablar, que me lleva directa a otro tiempo.

—Creo que… —empiezo a hablar sin estar muy segura de lo que voy a decir.

—Es Talya —interviene Alice, como si hubiera estado esperando ese momento—. Iba a nuestra clase en primaria.

Erik asiente despacio, encajando por fin la información en su cabeza. Y yo confirmo que, efectivamente, Erik iba a nuestra clase. Por ese entonces no habíamos intercambiado muchas palabras, pero recuerdo que ya era muy amigo de Alice.

—Vaya. Has cambiado.

No sé si lo dice en plan «has crecido» o si realmente nota que soy otra persona.

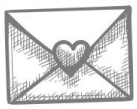
Porque lo soy.

Él me sostiene la mirada como si pudiera averiguar por qué.

Y eso me pone nerviosa.

Cuatro

Talya



Terminamos de llenar los platos con la comida del día y Alice nos guía hacía una mesa vacía junto a una ventana. Deja su bandeja en una esquina y se sienta con naturalidad. Supongo que ya todos tienen un lugar asignado y yo soy esa nota disonante que todavía no encuentra su sitio en la melodía.

—Nos solemos sentar siempre aquí, normalmente los tres solos, pero hay veces que se unen Jamie y los demás.

—Jamie… —Recuerdo por primera vez en mucho tiempo al hermano de Alice—. ¿Qué tal está?

—Igual que siempre —responde, dándole vueltas a la pasta con el tenedor—. Ya verás cuando se entere de que has vuelto. De pequeño estaba obsesionado contigo, ¿te acuerdas?

Me río por lo bajo porque sí, me acuerdo. Recuerdo a Jamie sumándose a todos los planes que hacíamos su hermana y yo, incluso lo recuerdo enfadándose cuando me quedaba a dormir en casa de los Hartley porque no le dejaban dormir con nosotras.

También recuerdo una vez que, cuando cumplí siete años, me regaló un peluche de una jirafa porque, según él, regalarme un oso

habría sido muy básico. Y lo acompañó de una carta en la que me prometía que, cuando fuéramos mayores, nos íbamos a casar. Confesión que le daría vergüenza admitir pasados un par de años.

—¿Cómo voy a casarme con mi casi hermana? —replicaba cuando se lo recordábamos.

Me acuerdo de que yo también lo quería tanto como a un hermano, al igual que a Alice.

Es reconfortante saber que, aunque ahora tenga que empezar de cero, hay personas que me recuerdan quién fui… y que, tal vez, sin saberlo, van a ayudarme a volver a sentirme en casa.

Pasamos casi toda la comida charlando, o más bien yo paso casi toda la comida escuchando anécdotas y nombres desconocidos.

Hablan de profesores, de compañeros que no reconozco, de fiestas que me suenan lejanas y de cosas de supuesto conocimiento obligatorio si estudias aquí.

Alice me va traduciendo en voz baja quién es quién, porque sabe que todo me suena a otro idioma. Noa añade datos con precisión quirúrgica, como si tuviera un catálogo de todas las personas en su cabeza, y Erik completa los huecos con comentarios sarcásticos que aligeran la charla justo cuando empieza a desbordarme.

—Y luego está Dylan —añade Erik, justo después de mencionar a otro compañero—. Imposible no hablar de él cuando repasamos el mapa social de este sitio.

—¿Dylan? —repito el nombre sin saber a quién se refieren.

—Es el mejor amigo de Jamie —dice Noa.

Alice se ríe y se gira hacia mí.

—Ya lo conocerás. Jamie y él van a todas partes pegados como lapas, no se han separado desde que se conocieron en el primer año de instituto —continúa poniéndome en contexto—. Todo el mundo lo conoce, aunque tampoco es que a él le guste especialmente llamar

la atención. De hecho, en el ranking de las personas más populares de todo el Evercrest, él encabeza la lista.

—¿Tenéis un ranking? —pregunto.

—Pues claro. —Alice pone los ojos en blanco, como si fuera lo más normal del mundo—. A ver, en el top cuatro está Jamie, ya sabes cómo es, se lleva bien con prácticamente todo el mundo.

—En el top tres: Violet Whitmore. —Noa se acerca un poco a mí para soltar en voz baja—: Es la hija del director, hay que tener cuidado con ella —advierte—. En segundo puesto está Emma Blackwood —dice mientras señala con el dedo hacia una chica rubia en la otra punta del comedor—. De hecho, es algo así como la novia intermitente de Dylan.

Asiento mientras intento retener toda esa información. Supongo que tiene sentido: la chica popular con el chico popular. Un clásico.

—Y en el top uno, como te decía, está Dylan. —Alice hace una pausa, como buscando las palabras exactas—. Te diría que el motivo es que es la estrella del equipo de fútbol, pero en realidad va mucho más allá. Tiene una especie de don que atrae todas las miradas sin ni siquiera proponérselo.

Me limito a asentir de nuevo. Sigo intentando ordenar todo el repertorio de nombres nuevos en mi cabeza, cuando una voz masculina me interrumpe.

—¡Ya están aquí vuestros chicos favoritos! —dice el dueño de esta voz mientras se sienta en el banco en medio de Alice y yo—. ¿Os estabais aburri…?

Entonces, deja la frase a medias mientras me mira con tal cara de sorpresa que parece que acabe de ver a su cantante favorito.

Le aparto la mirada, un poco avergonzada y a la vez temerosa de que él sí que quiera obtener respuestas reales sobre por qué he vuelto de repente.

—¿Talya? —pregunta con una mezcla de incredulidad y asombro mientras me mira con una sonrisa de niño pequeño. Es Jamie.

Asiento, un poco incómoda, sin saber cómo reaccionar. Pero Jamie no duda: se lanza a abrazarme como si no hubiera pasado ni un solo día.

Me aprieta tanto que siento los pulmones encogerse.

—Madre mía, estás igualita. —Me encantaría responderle que no tengo nada que ver con la Talya que conocía hace seis años, pero prefiero callarme—. ¿Qué haces aquí? ¿Cuándo has vuelto? ¡Alice! ¿Por qué no me lo habías dicho?

Lo confirmo: él sí es el mismo Jamie de hace seis años. Divertido, nervioso, con esa forma de llenar el espacio sin darse cuenta, dejando que sus palabras se atropellen unas a otras antes de lograr ordenarlas en su cabeza.

Verlo ha sido como abrir una caja vieja y descubrir que aún huele igual por dentro.

—Pero ¿cómo te lo voy a decir si ha llegado esta mañana? —le responde Alice mientras tira de él para que deje de abrazarme—. ¡Jamie! No seas pesado, la vas a agobiar.

Suelto una risita, me alegra mucho estar viviendo esta normalidad.

—No pasa nada, hacía mucho que alguien no me abrazaba de esa forma —suelto casi sin pensar y me arrepiento al instante de haberme mostrado tan vulnerable.

Jamie se ríe bajito y, por suerte, no se da cuenta de que esa frase se me ha escapado sin filtro.

—Pues prepárate, porque yo soy muy de abrazar —añade con una sonrisa torcida antes de volver a ponerse de pie.

Y al darme la vuelta es cuando compruebo que Jamie no viene solo, sino que va acompañado. Entonces lo veo: el chico del baño. El

estómago me da un vuelco. Habrá más de mil personas en este instituto y justo tuve que toparme en uno de mis peores momentos con uno de los amigos del hermano de Alice.

Está apoyado junto a la mesa de nuestra espalda. El pelo, de uno de los negros más intensos que he visto nunca, le cae desordenado por la frente. Lleva las manos en los bolsillos del pantalón gris del uniforme, como si nada de lo que pasara a su alrededor le importara. Aun así, me doy cuenta de que varias miradas se giran hacia él, parece que su mera presencia modifica el aire.

Me está mirando con una sonrisa casi invisible y, cuando mis ojos se encuentran con los suyos, me guiña uno de ellos para decirme en silencio: «Tranquila, tu secreto está a salvo conmigo».

—Ah, Talya, este es Dylan Ashmore, mi mejor amigo —me presenta Jamie—. Dylan, ella es Talya, una amiga de la infancia.

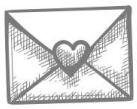
Me giro hacia el otro lado buscando al ya famoso Dylan, pero no veo a nadie más.

Ah, claro, el chico del baño también resulta ser el famoso Dylan Ashmore.

No debería estar sintiéndome de esta forma, pero aquí estoy, con el corazón a punto de salírseme del pecho.

Cinco

Talya



Ahí está el famoso Dylan, el que hasta hace unos minutos para mí era «el chico del baño».

Me está mirando con la ceja izquierda levantada y una media sonrisa. Lleva la corbata ligeramente aflojada y la chaqueta abierta, con esa apariencia despreocupada que esperarías que tuviera el chico más popular del instituto. De hecho, no sé por qué no he reparado en él cuando estaban hablando de ese tal Dylan.

Parece decirme algo, pero mi sorpresa es tal que no soy capaz de escucharlo.

—¿Te ha comido la lengua el gato? —dice al cabo de unos segundos, sin despegar la mirada de mí.

Parpadeo para intentar salir de mi estupor. No sé cuánto tiempo llevo mirándolo fijamente. Tal vez segundos, tal vez una eternidad.

—¿Qué? —respondo, sintiendo cómo me arden las mejillas.

—Decía que encantado de conocerte —añade con un tono burlón que solo yo parezco notar. Hay algo en su mirada que parece estar contando un secreto que solo conocemos los dos.

—S-sí —balbuceo—, lo mismo digo.

Dylan asiente con lentitud. Sus ojos verdes brillan un segundo más de lo normal antes de apartar la vista.

Y luego, justo cuando pienso que va a dejarlo pasar, se sienta enfrente de mí, al lado de Noa, y dice con naturalidad:

—Aunque creo que técnicamente ya nos conocíamos.

Mi corazón da un salto. Me prometió que no iba a mencionarlo. Que el haberme encontrado llorando encerrada en el baño masculino iba a ser nuestro secreto.

Noa frunce el ceño.

—¿Os conocíais de antes?

—Nos cruzamos justo esta mañana —responde él enseguida, como si hubiese preparado esa excusa de antemano—. En el pasillo.

Alice me mira de reojo y yo asiento con rapidez.

—Sí. Nada importante —añado casi demasiado rápido.

Dylan vuelve a guiñarme un ojo, gesto que empiezo a reconocer como su forma de decirme que esté tranquila. Justo después empieza a hablar con Erik sobre algo del entrenamiento de fútbol, como si nada.

Como si no hubiese sido testigo de una parte de mí que intento enterrar desde hace años. No estoy preparada para dejarla salir, ni para que nadie piense que tiene que salvarme. A estas alturas, no necesito que lo hagan.

El resto del día transcurre de la manera más normal posible, dentro de lo normal que puede ser tu primer día de instituto en otra ciudad.

Después de convencer a Alice para que no esperara conmigo a que pasara el autobús, ya que iba a llegar tarde a su cita con el dentista, me siento en la parada que se supone que va a llevarme a casa. Bueno, a casa de mis tíos. Según la aplicación debería pasar cada quince minutos, pero en los veinte que llevo aquí sentada solo

he visto circular los coches de los estudiantes que tienen la suerte de contar con uno.

Y me encantaría tener esa suerte, porque me estoy congelando. El aire es tan frío que me escuecen los dedos, aunque los esconda dentro de los bolsillos. Cada vez que respiro, mi aliento se dibuja en el aire como una nube pequeña que desaparece en segundos. Ha dejado de llover, pero el suelo está manchado de charcos que reflejan un cielo gris plomo, igual de apagado que mi ánimo.

Me descuelgo la mochila y abro la cremallera para poder acceder al bolsillo interior. Aquí está. La carta que llevo conmigo a todas partes, pero que no me atrevo a abrir todavía. Siento que, si lo hago, estaría poniendo por fin un punto final. Y no estoy preparada para eso, no sé si lo estaré algún día. Pero, al menos de momento, me tranquiliza tenerla cerca.

Aprieto los dedos alrededor del sobre, lo bastante fuerte como para sentirlo real, y luego lo dejo donde estaba, escondido entre mis cosas.

Empiezo a desesperarme, llevo más de media hora esperando un autobús que parece que nunca va a llegar, cuando escucho voces masculinas a mi espalda.

—Era tuya, tío, estás despistado, acéptalo —sentencia la voz grave de Dylan.

—Que sí, que Dylan siempre lleva razón y Jamie siempre está despistado. Vale, tú ganas —replica Jamie con un tono de falsa resignación.

—Venga, matrimonio feliz, dejad de discutir. Nos vemos mañana.

No reconozco esa última voz, pero sí las otras dos. Los veo salir de la parte de atrás del instituto vestidos con la equipación de fútbol del Evercrest, de color verde y azul. Supongo que han terminado el entrenamiento.

Los tres se despiden y el tercero se aleja calle abajo. Dylan y Jamie siguen avanzando, riéndose por algo que no escucho, hasta que sus miradas me encuentran sentada en la parada.

—¿Sigues aquí? —pregunta Jamie con la misma sorpresa que si acabara de encontrar un perro perdido.

—El autobús no ha pasado todavía —respondo, encogiéndome de hombros.

Dylan señala con la barbilla el cartel que cuelga de la esquina de la marquesina, arrugado por la humedad.

—Hoy esa línea no circula, chica nueva. Obras en el centro.

Me quedo mirando el cartel como si hubiera aparecido de la nada.

¿Cómo no he podido verlo antes?

Ahora tendré que encontrar otra forma de volver a casa.

—¿Dónde vives? Tengo el coche ahí, puedo llevarte —añade al darse cuenta de que me he quedado boquiabierta, y la naturalidad con la que lo dice me pone más nerviosa aún que la propuesta.

—No, gracias. Ya encontraré otra manera.

Jamie levanta las cejas divertido.

—¿Otra manera? A no ser que quieras dejarte la pasta en un taxi, no vas a encontrar muchas. Venga, yo te acerco, no voy a dejar que sufras la conducción temeraria de Dylan en tu primer día.

El hermano de Alice sonríe mientras se aparta justo a tiempo para esquivar el manotazo que le lanza Dylan con esa complicidad que solo existe entre amigos.

—¿Temeraria? Ya nos dirás quién es el que conduce como un loco —replica Dylan, dirigiéndose a mí—, y te aseguro que no soy yo.

Jamie me hace un gesto con la cabeza dejando claro que no hay nada más que discutir.

—Vamos, no voy a dejar que te congeles aquí fuera.

No tengo fuerzas para inventar otra excusa y tampoco me apetece andar casi una hora con este frío para llegar a casa, así que asiento despacio y me pongo de pie. Noto cómo Dylan aprieta la mandíbula, se aparta un paso para dejarme pasar y, durante un segundo, me late el corazón demasiado fuerte, como si me hubiera quedado sin aire.

Llegamos al coche, un Mini Cooper rojo. No me imaginaba a Jamie conduciendo un coche así y, sin embargo, le encaja perfectamente.

—Su carruaje, señorita —bromea Jamie mientras me abre la puerta con una exagerada reverencia.

—Payaso —murmura Dylan, poniendo los ojos en blanco.

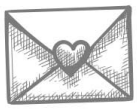
Me siento en el asiento del copiloto y me abrocho el cinturón muy rápido, buscando seguridad en alguna parte. El interior huele a una mezcla de un ambientador de pino bastante intenso y el cuero frío de los asientos. Justo cuando arranca el motor, la calefacción me golpea en la cara, demasiado brusca después del frío de fuera. Jamie empieza a hablar sin parar, golpeteando el volante al ritmo de una canción pop demasiado alegre para cómo me siento ahora mismo.

Miro por la ventanilla cada vez más empañada. Dylan abre la puerta de su coche un par de metros más allá y, antes de montarse, clava su mirada en mí.

No dura más de un segundo, pero basta para que mi estómago se retuerza por algún motivo que no pienso permitir.

Seis

Talya



—¿Y ahora vives en…? —me pregunta Jamie, bajando el volumen de la radio.

—Ah, sí. Lo siento, debería habértelo indicado. Sigue recto. Es por… ¿Ravelston? —pronuncio esto último a modo de pregunta, todavía no me acostumbro a nombrar esa zona.

Jamie silba para adentro.

—Guau, vaya nivel, ¿eh? —Me lanza una mirada rápida y sonríe —. Ravelston es territorio de gente muy estirada. No sé si esa zona termina de encajarme contigo.

—Ya, a mí tampoco.

Y lo digo en serio. Mis tíos viven en una zona de casas grandes y elegantes. Con jardines cuidados al milímetro y setos recortados como si alguien midiera cada centímetro. Las fachadas son tan impolutas que parece que dentro no puede ocurrir nada malo. Todo transmite esa perfección que se compra con dinero, ese tipo de vida que desde fuera parece tan envidiable.

Pero yo sé la verdad: lo que ves desde la acera nunca refleja lo que hay dentro. Por dentro esa casa no tiene nada que ver con la

imagen perfecta que pretende reflejar. La vida que parece tener desde fuera se apaga justo cuando cruzas la puerta. Allí no hay ni risas ni abrazos ni olor a café recién hecho por las mañanas.

Quizá esa sea la diferencia entre una casa y un hogar. Una casa puede ser perfecta, limpia, ordenada, enorme, estar llena de muebles… y, aun así, sentirse vacía.

La casa de mis tíos es solo eso. Una casa.

—Buah, ¿sabes lo bueno de Ravelston? —suelta Jamie de forma eufórica.

—Sorpréndeme.

—Cerca hay una pastelería que hace las mejores tartas de toda la ciudad. Te lo prometo, hacen ellos mismos la salsa de chocolate con leche. —Hace un gesto exagerado con las manos, como describiendo una obra de arte—. Es otro rollo.

—Me lo has vendido muy bien. —Sonrío, me hace feliz ver a alguien tan emocionado por una cosa tan simple—. Tendrás que llevarme algún día.

—Eso está hecho. Pero —pone ojos de corderito— no se lo digas a Alice. Me lo tiene prohibidísimo.

—¿Por qué? —pregunto, aunque puedo imaginarme los motivos.

—Porque dice que, si sigo yendo, acabaré financiando la jubilación anticipada de toda la familia que lleva la pastelería.

Suelto una risa. Una de verdad. Jamie es de esas personas que consiguen hacerte reír sin intentarlo; echaba de menos rodearme de gente así.

Alice también tiene ese efecto. Aunque lo suyo es distinto: no necesita hacer un chiste para cambiar el ambiente, basta con que hable y, de repente, todo parece menos pesado. Jamie, en cambio, lo llena todo de ruido, de bromas, de esa energía caótica que consigue que hasta lo más absurdo parezca importante. Los

hermanos Hartley son opuestos, pero, a la vez, no podrían ser más parecidos.

En Madrid también tuve amigos, pero nunca fue igual. Tenía amistades, sí, pero siempre me quedó la sensación de que estaban construidas sobre lo inmediato: trabajos de clase, fiestas improvisadas, conversaciones que empezaban y terminaban en el mismo día. No quiero ser injusta, hubo personas que de verdad se preocuparon por mí. Pero nunca llegué a sentir esa conexión profunda. Esa confianza que dice: «Pase lo que pase, voy a estar aquí». Quizá porque desde lo que pasó… nunca me atreví a volver a confiar del todo en nadie. Nunca me atreví a mostrarles quién era de verdad.

Óscar fue la excepción. Me convencí de que podía confiar en él. Aún recuerdo el momento exacto en el que me di cuenta de que nunca debería haberlo hecho.

Pero aquí, con Alice y Jamie…, no siento eso. Con ellos es diferente. Como si hubiera un lazo que nunca se llegó a romper. Me recuerdan a la Talya de hace seis años, cuando todo estaba bien, era feliz y mi vida era aparentemente perfecta. Con ellos es como si nunca me hubiera ido, como si nunca hubiera ocurrido todo aquello que me llevó a ser la Talya que soy ahora.

Eso es algo que, en parte, me asusta. Porque ya no soy esa niña y no sé si es lo que ellos esperan que sea.

Pero, a pesar de todo, me alivia que estén aquí.

Después de un par de indicaciones más para llegar a mi calle, Jamie aparca justo delante de mi puerta.

—Gracias por traerme, me has salvado. —Me desabrocho el cinturón.

—No iba a dejar que murieras de hipotermia. De todas formas, ya he pensado varias formas en las que podrías agradecérmelo.

—A ver, ¿cuáles son? —Sonrío, esperando a que suelte cualquier cosa.

—Por ejemplo, pidiéndole a tu madre que prepare esa tarta de queso que solía hacer. Te juro que aún sueño con ella.

Me quedo quieta con la mano en la manilla de la puerta. El comentario cae como una piedra en medio del silencio. Siento que el aire se me atasca en la garganta. El simple hecho de traerla a esta conversación es como un golpe bajo que no vi venir. Sé que Jamie lo ha dicho como algo natural; él no tiene ni idea de todo lo que ha pasado, para él es solo un recuerdo cálido de la infancia. Pero a mí ese recuerdo me aprieta el pecho hasta dejarme sin respiración.

Ojalá pudiera verlo de otra forma, ojalá pudiera tomármelo con ligereza. Reírme, asentir y prometerle que la próxima vez le guardaré un trozo de esa tarta. Pero eso es imposible. Jamie no va a volver a probar esa tarta de queso.

La calefacción está apagada y, aun así, tengo la piel cubierta de un sudor frío. La manilla se escurre entre mis dedos, los aprieto con fuerza, como si ese gesto pudiera sostenerme.

Acto seguido, Jamie rompe el silencio que se estaba haciendo demasiado pesado.

—Oye, que si ha dejado de hacerlas, no pasa nada. Lo decía de broma.

—No. O sea, sí —miento—, se lo diré.

Abro la puerta del coche y salgo disparada. Estoy a punto de ponerme a llorar por segunda vez en el día y no necesito más espectadores.

Corro hacia la entrada sin mirar atrás, aunque siento la mirada de Jamie clavada en mi espalda.

Las llaves me tiemblan en la mano mientras intento abrir la puerta, pero antes de que consiga meterla en la cerradura, la

puerta se abre desde dentro y aparece mi tía con los brazos cruzados y esa expresión que parece guardar solo para mí y a la que empiezo a acostumbrarme.

—Anda, has decidido aparecer —dice, dándose la vuelta para entrar a la cocina—. La próxima vez que decidas retrasarte, avísanos. No quiero tener que estar pendiente de ti todo el día.

—Lo siento, el autobús cambió el recorrido y no me di cuenta, un amigo ha tenido que…

—Me da igual lo que decidas hacer con tu vida —me interrumpe Margaret—. Simplemente avisa. Tienes un móvil, ¿no?

Asiento en silencio mientras trago saliva para intentar disipar el nudo que se me está empezando a formar en la garganta. No importa que apenas conozca la ciudad, no importa que no hubiese tenido forma de volver a casa de no ser por Jamie. Para ella, parece que siempre soy un problema.

De reojo, a través de la ventana, observo que el tío Douglas está aparcando el coche. He tardado tanto por culpa del percance con el autobús que hasta a él le habría dado tiempo de venir a recogerme.

Mamá me contó que Margaret era una de sus mejores amigas; así fue como conoció a su hermano, el tío Douglas, y acabaron casándose. Para cuando yo nací, ya no se llevaban bien. Nunca me dio demasiados detalles de por qué, pero la tía Margaret no podía ni verla.

Al principio, Douglas seguía visitándonos. Venía de vez en cuando, se interesaba por mí, incluso intentaba mantener ese lazo con mamá. Pero las visitas se fueron haciendo cada vez menos frecuentes. Una comida rápida, una Navidad a medias. Hasta que al final solo coincidíamos en casa de la abuela una vez al año.

La abuela murió poco después de mi noveno cumpleaños. Y con ella también murió esa costumbre. No volví a ver a Douglas en años.

No hasta hace un par de meses, cuando no me quedó más remedio que venir aquí, a invadir su espacio y su familia.

En parte, entiendo que a Margaret no le agrade mi presencia. Odiaba a mi madre, ¿por qué iba a quererme a mí? Pero también pienso que no debería pagar conmigo las diferencias que tuvieron ellas.

Margaret es de esas mujeres que nunca levantan la voz, no necesita gritar para herir; sabe qué decir y cómo hacerlo para hacerte daño. Es una mujer alta, rozará el metro ochenta, delgada y siempre va perfectamente peinada. Suele llevar los labios pintados de un rojo impecable, aunque no salga de casa. Todo en ella está controlado, medido.

Encaja perfectamente en esta casa. Fría, impecable, silenciosa.

Una fachada bonita para los demás, un espacio vacío para quienes la habitamos.

A veces pienso que no es ella la que se ha adaptado a esta casa, sino que la casa es un reflejo exacto de su forma de ser. Cada rincón ordenado, cada superficie limpia, cada gesto contenido… Todo parece una extensión de Margaret.

Douglas, en cambio, es otra cosa. Nunca ha sido un mal hombre. No es cruel, ni me habla con la dureza con la que lo hace su mujer. Pero su indiferencia me duele mucho más que la crueldad de ella.

Justo como ahora, que ignora los reproches de su esposa hacia mí en cuanto pone un pie en casa. Su casa. Cuando nos mira es solo para saludarnos con una tímida sonrisa y seguir de largo hacia el salón. Es el tipo de persona que siempre parece estar en segundo plano. Habla poco y, cuando lo hace, rara vez se moja. Asiente, se encoge de hombros, cambia de tema. Parece que ha hecho de la neutralidad su forma de vida.

Con Douglas no hay reproches, pero tampoco hay calor.

Y aquí estoy yo, atrapada entre los dos. Entre la perfección implacable de Margaret y la indiferencia pasiva de Douglas.

Dos extremos que, de algún modo, se complementan: ella se asegura de recordarme que soy un problema y él se asegura de no contradecirla nunca.

Subo las escaleras hasta llegar a un pasillo oscuro y sin vida. La casa es amplia y, como los tíos vivían solos, les sobraban un par de habitaciones. No me hubiese gustado tener que quitarles su despacho o algo así. Por suerte, tenían un cuarto libre al final del pasillo. Es amplio, aunque a la vez está demasiado vacío. A la derecha está la cama, impoluta, como todo en esta casa, y las sábanas huelen al suavizante que usa Margaret, un olor limpio y frío que no reconozco como mío.

Sobre la mesilla derecha hay una lamparita y un despertador digital cuyos números brillan con una intensidad molesta. La de la izquierda la he llenado con algunas de mis cosas: un libro, el cargador del móvil y un marco de fotos.

En la pared frente a la puerta hay dos grandes ventanales, cubiertos por unas cortinas blancas por las que ya apenas se cuela la luz, y, en una esquina, un pequeño escritorio blanco que desentona completamente con el resto del mobiliario. Lo único que rompe con el ambiente prestado es la montaña de libros apilados al lado de este. No pude viajar con tantos como me hubiera gustado, pero al menos conseguí traer algunos de mis favoritos y un par que aún están sin leer.

La pared contraria a las ventanas está cubierta por un armario demasiado grande para la poca ropa que traje conmigo de España.

Me dejo caer en la cama sin deshacerla y cierro los ojos. Las lágrimas acumuladas empiezan a caer sin pedir permiso. Quisiera poder desaparecer dentro de este silencio, pero un zumbido suave

me obliga a abrir los ojos.

El móvil vibra en el bolsillo de mi mochila.

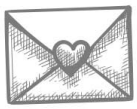
Paso unos segundos debatiéndome entre responder o no. Total, al fin y al cabo, ya no espero mensajes de nadie.

Al final, decido mirar y descubrir al menos quién ha escrito.

Y me alegra haberlo hecho.

Siete

Talya



Alice me pidió en clase mi número de teléfono, por si necesitaba algo, y ahora me están lloviendo mensajes de un chat grupal llamado «Club de fans de Jamie Hartley». Ese nombre consigue sacarme una sonrisa, porque podría apostar lo que fuera a que ha sido el propio Jamie quien lo ha elegido.

Club de fans de Jamie Hartley 💘

Alice
Bienvenida al grupo!!!!!! 💖💖💖

Jamie
Ahora eres oficialmente fan del menda, te daré
un autógrafo sin coste alguno. 😉

Noa
Jamie, por favor…

Alice
No hagas caso al idiota de mi hermano, no ha cambiado absolutamente nada en todos estos años. 🙄

Alice
Espero que no hayas sufrido mucho en el trayecto a casa con él, me ha contado que ha tenido que acercarte. Lo siento, prometo acompañarte la próxima vez.

Dylan
Bienvenida al grupo, chica nueva.

Erik
👏👏

El chat sigue llenándose de mensajes de los chicos. Pero, por alguna razón, tengo la vista clavada en el mensaje de Dylan: «Bienvenida al grupo, chica nueva». No consigo entender los motivos del aceleramiento repentino de mi corazón. Late tan rápido como un tambor fuera de compás, golpeando tan fuerte que parece querer abrirse paso a la fuerza por mis costillas.

Y no, tranqui. Antes de que pienses lo obvio: no es lo que te estás imaginando. Yo no siento esas cosas por los chicos. Al menos nunca antes me había fijado en ellos hasta… Bueno, hasta que conocí a Óscar.

Me permití hacerlo una vez y mira cómo terminó todo.

Ese mismo día prometí no volver a cometer ese error. No volver a bajar la guardia con nadie.

Así que no. Esto no es lo que parece. O, mejor dicho, no pienso permitir que esto sea lo que parece.

Sería demasiado obvio.

¿Fijarse en el chico popular del instituto?

¿Ese que roza el metro noventa con unos ojos tan verdes que parecen irreales y la sonrisa más absolutamente perfecta que probablemente exista en la faz de la tierra?

Venga ya, un completo cliché.

Así que, si es lo que estabas esperando, no pienso enamorarme de Dylan Ashmore.

El teléfono no ha dejado de vibrar, avisándome silenciosamente de que el grupo no ha parado de hablar. Leo por encima los mensajes. Alice mete corazones en exceso, Jamie suelta alguna tontería cada tres líneas, Noa lo manda callar y Erik responde con ironías que parecen escritas sin esfuerzo. Y Dylan… Dylan se ha limitado a ese único mensaje, escueto, como si no necesitara nada más para hacerse notar.

Escribo, borro. Vuelvo a escribir, vuelvo a borrar. Me debato entre saludar y agradecer que me hayan incluido en el grupo o continuar siendo una espectadora silenciosa. Pero… no quiero quedarme al margen. No otra vez. Así que respiro hondo y suelto lo primero que se me ocurre.

¿Club de fans de Jamie Hartley?
¡Increíble! ¿Incluye camiseta oficial
o aún está en producción?

Le doy a enviar y me arrepiento al segundo. Yo no suelo hacer bromas, no suelen salirme bien. No es que lo haya intentado muchas veces, pero las pocas en las que me atreví a intentar ser divertida

siempre terminé arrepintiéndome. O porque nadie entendió la broma o porque me miraron como si hubiera dicho la cosa más rara del mundo. Supongo que con el tiempo aprendí a callarme antes de hacer el ridículo.

Pero esta vez es distinto. En cuestión de segundos, la pantalla se llena de notificaciones.

Jamie
¡JAJAJA! Una fan con iniciativa,
me gustas.

Alice
Oh, madre mía, Talya, te recomiendo
que no alimentes su ego.

Erik
Si hacéis camisetas con la cara de Jamie,
yo quiero una para usarla de pijama.

Noa
Creo que prefiero estar muerta a llevar
una camiseta con tu cara, Jamie.

Jamie
¡Me tenéis envidia!

Me tapo la boca con la mano para intentar contener una risa que se me escapa igualmente. Es genial haberme cruzado con gente como ellos. A pesar de que solo conocía a Alice y a su hermano, Jamie, el resto me ha acogido con una naturalidad aplastante.

Es como si mi amistad con los dos hermanos hubiera servido de aval para que los demás me abrieran la puerta sin hacerme preguntas. Como si esos seis años en Madrid no hubieran existido y mi sitio en este grupo hubiera estado reservado para mí todo este tiempo.

Me dejo caer sobre la cama, el móvil apoyado sobre mi pecho mientras las notificaciones siguen iluminando la pantalla. La vibración me hace cosquillas en la piel, como si el teléfono tuviera vida propia. Cierro los ojos un segundo, solo para escuchar el murmullo apagado de la casa: el reloj del pasillo marcando cada segundo con una precisión insoportable, el crujido de las tuberías, el sonido lejano de los platos en la cocina. La rutina perfecta de un hogar que no me pertenece.

Y, aun así, en mis manos hay algo que me devuelve un poco de calor.

Me río bajito, sola, porque la escena es algo absurda: yo, escondida en un cuarto demasiado grande, riéndome por culpa de un grupo llamado «Club de fans de Jamie Hartley».

Lo que me sorprende es lo fácil que parece acostumbrarse a esto. Puedo imaginarlos perfectamente, sin haber compartido más de un par de horas con ellos. Alice escribiendo mientras, seguramente, se muerda las uñas, concentrada. Jamie enviando audios sin parar, sin dejar que nadie meta una palabra entre frase y frase. Noa respondiendo con sequedad, con esa autoridad natural que hace que todos bajen la cabeza sin rechistar. Erik entrando al grupo de vez en cuando solo para soltar ironías. Y Dylan… A Dylan todavía me cuesta leerlo del todo.

La conversación grupal ahora gira en torno a un plan improvisado para el viernes: una especie de quedada en una cafetería cerca del instituto. Jamie afirma que va a ser un plan épico

y Alice le rebate que no tendrá nada de épico porque solo será una merienda.

Mi dedo flota sobre el teclado. No digo nada. Aunque me encantaría escribir sin pensar un «Yo también me apunto» y dejar de ser la chica que tiene miedo hasta de su propia sombra.

Respiro hondo, dejo el móvil a un lado y me giro boca arriba, mirando el techo. Es curioso cómo en cuestión de un par de horas puedo pasar de sentir que el mundo me pesa demasiado a tener la sensación de que hay un sitio esperándome ahí fuera. Supongo que así es como funciona la esperanza. Aparece a destiempo, cuando menos la esperas, y se aferra a cualquier resquicio por el que pueda colarse.

Aún tengo que cenar, pero los párpados me empiezan a pesar. Estoy a punto de quedarme dormida, todavía con el uniforme del Evercrest puesto, cuando la pantalla se ilumina. Es justo antes de desactivar las notificaciones cuando descubro que esta vez no ha sido un mensaje del grupo.

Esta vez es uno individual, de un número de teléfono que aún no he guardado en mis contactos.

Número desconocido
Hola, chica nueva.

Me ha dicho Jamie que vives por aquí cerca. Estoy en Roseburn, si alguna vez te pilla mal el bus, puedes avisarme.

Espero que estés mejor por lo de esta mañana.

Por la forma en que me llama «chica nueva», deja claro quién

es. Aun así, pulso en la foto de perfil del susodicho para asegurarme.

Una imagen de Dylan ocupa la pantalla: lleva la equipación de fútbol del Evercrest y está girado hacia un lado, como si alguien lo hubiera llamado justo en ese instante, y sonríe con tanta fuerza que casi parece que estuviera riéndose de verdad. Se le ve natural, como si no tuviera ni idea de que lo estaban enfocando, pero aun así transmite esa seguridad suya que parece imposible de apagar.

«Si alguna vez te pilla mal el bus, puedes avisarme».

«Espero que estés mejor por lo de esta mañana».

El aire se me atasca en la garganta. ¿Cómo pueden un par de frases tener tanto poder? Lo releo hasta que las letras empiezan a bailar en la pantalla. Dylan todavía se acuerda de mi ataque de pánico de esta mañana.

Ha visto lo que los demás prefieren ignorar y, en lugar de apartar la mirada, lo ha nombrado. Eso me desarma. Estoy acostumbrada a que la gente pase de largo, a que finja no notar las grietas. Pero él lo ha visto.

Cierro los ojos con fuerza, como si pudiera huir de la oleada de recuerdos. De todo lo que día tras día intento enterrar.

La tentación de responder me quema en la piel, pero la idea de abrir esa puerta me aterra más todavía. No sé si podría soportar que él me viera de verdad. Ya sé cómo termina todo cuando me permito confiar, cuando dejo que alguien se acerque demasiado. Sin embargo, aquí estoy, con el corazón desbocado, visualizando en mi mente cómo sería que él viniera a recogerme algún día para llevarme al instituto.

Es ridículo. Estar pensando ese tipo de cosas es ridículo. Es un completo cliché y, a pesar de todo, me aferro a esas palabras como a un salvavidas.

Cierro el chat sin contestar, pero sostengo el móvil con la mano.

El miedo y el deseo se enredan dentro de mí, tirando en direcciones opuestas.

Y me descubro pensando que el verdadero problema no es que Dylan Ashmore me haya escrito.

El problema es que me ha gustado que lo hiciera.

Ocho

Dylan



Llevo casi diez minutos aparcado frente a la casa de Emma, con el motor apagado y preguntándome qué cojones hago aquí.

Me escribió hace un rato exigiéndome que viniera a buscarla porque era «urgente». Y yo, como el imbécil que soy, he venido. Pero mi cabeza está a kilómetros de esta calle. Exactamente, y por algún motivo que no logro comprender, en la chica nueva.

En cuanto Jamie ha mencionado que vivía por la zona de Ravelston, no he podido evitar enviarle un mensaje. Me he excusado a mí mismo pensando que solo era un gesto de cortesía, pero sé que es mentira. La imagen de esa chica temblando esta mañana, con los ojos de ese color tan peculiar llenos de pánico y la respiración rota, se me ha quedado clavada en el pecho como una astilla.

He visto a mucha gente agobiada por empezar en un instituto nuevo, pero lo de ella no era eso. Era terror puro.

«Si alguna vez te pilla mal el bus, puedes avisarme. Espero que estés mejor por lo de esta mañana».

La pantalla del móvil se ilumina boca abajo sobre el asiento. Lo giro a la velocidad de la luz sintiendo un latido estúpido e impropio

de mí en la garganta.

Pero no es un mensaje suyo. Ni siquiera lo ha leído.

Es una notificación del grupo de los chicos. Jamie soltando otra parida.

Suelto el teléfono cuando una ráfaga de aire helado invade el coche, seguida al instante de un perfume dulzón que me satura las fosas nasales.

Emma se deja caer en el asiento, me da un beso rápido en la comisura de los labios y tira su bolso en la parte de atrás como si el coche fuera suyo.

—Menos mal que has llegado rápido. —Saca el móvil para comprobarse el maquillaje en la pantalla—. Arranca. Violet me ha enseñado esta mañana una foto del mismo top que tenía pensado comprarme para este viernes. Necesito llegar al centro comercial antes que ella.

Me quedo mirándola, con las manos apoyadas en el volante, asimilando lo que acaba de decir.

—Emma, ¿me estás jodiendo? —pregunto incrédulo—. Me has escrito diciendo que era una urgencia. Pensaba que te había pasado algo.

—¡Es una urgencia! —replica abriendo mucho los ojos como si yo fuera el que no entiende nada—. ¿Sabes cuánto tiempo llevo queriendo ese top? Además, necesito que vengas conmigo para que su estúpido novio nos vea llegar juntos si nos lo cruzamos. Arranca, anda.

La miro fijamente y siento cómo se me tensa la mandíbula. Ni siquiera me ha preguntado qué tal el entreno. Tampoco le importa que le haya dicho que estoy reventado.

—No voy a ir a ningún centro comercial, Emma. Estoy destrozado y le prometí a Elsie que hoy cenaría con ella.

Ella deja el móvil de golpe en su regazo y me mira muy ofendida.

—Por favor, Dylan, no me hagas esto hoy. Tu hermana pequeña ni se va a enterar si llegas un poco más tarde. Solo te estoy pidiendo que me lleves, me acompañes un rato y ya está. ¿Tanto te cuesta hacerme ese favor?

Y, de repente, la ola de hastío me golpea con tanta fuerza que casi me deja sin aire.

La observo y me doy cuenta de que no hay absolutamente nada detrás de esa fachada. Llevo muchísimo tiempo metido en este bucle, sirviéndole de chófer, aguantando sus rabietas y dejándome usar como un puto accesorio. Por pura inercia. Por comodidad. Pero esto no es comodidad, es un puto desgaste.

El vaso, que llevaba meses a punto de desbordarse, se derrama por completo.

—No soy tu puto bolso, Emma —suelto con un tono tan plano y frío que hasta yo me sorprendo.

Ella frunce el ceño, cambiando la táctica al instante. Endereza la espalda y usa ese tono afilado que saca cuando quiere ganar una discusión por las malas.

—Mira, Dylan, si vas a ponerte en este plan de niñato aburrido, me pido un taxi y me voy sola. Pero te aviso: si me dejas tirada hoy, olvídate de buscarme este fin de semana.

Cree que es un chantaje. Cree que es otra de nuestras mil discusiones.

Pero ya estoy cansado, estoy cansado de verdad.

—Me parece perfecto —respondo sin un ápice de duda—. Olvidado. Ya me he cansado de este jueguecito, Emma. No quiero seguir con esta mierda que tenemos. Bájate de mi coche.

El silencio llena el habitáculo. La sorpresa le cruza la cara

durante un segundo antes de que la indignación se apodere de ella. Odia que le lleven la contraria y odia aún más que no le supliquen. Agarra su bolso de la parte de atrás de un tirón y abre la puerta de una patada.

—Eres un imbécil, Dylan. ¿Me oyes? —escupe—. Hazte el duro todo lo que quieras. Para el miércoles se te habrá pasado la rabieta y serás tú el que venga a buscarme. Pero ya veremos qué pasa.

Da un portazo que hace temblar los cristales y camina de vuelta hacia su casa, pisando fuerte, convencida de que su pequeño mundo sigue intacto y de que yo volveré a llamarla. Como ya ha pasado un millón de veces.

Discutimos. La busco. Discutimos. Me busca. Así es nuestra «relación».

Pero algo me dice que se ha acabado de verdad, estoy verdaderamente cansado de sentirme un puto complemento.

La veo alejarse y espero sentir algo. Pena, enfado, lo que sea. Pero lo único que me inunda el pecho cuando la pierdo de vista es un alivio inmenso.

Arranco el motor y conduzco hacia mi casa en absoluto silencio. Justo cuando estoy aparcando, me encuentro a Richard haciendo lo mismo.

Richard es el marido de mi madre. Y lo quiero de la misma forma en la que debería quererse a un padre.

Apago el motor, pero me quedo un momento dentro, con las manos aferradas al volante y la cabeza apoyada en el asiento.

Escucho el portazo del coche de Richard y, unos segundos después, dos golpecitos suaves en mi ventanilla. Bajo el cristal.

—Huele a que alguien necesita dormir catorce horas seguidas —comenta, asomándose ligeramente. Lleva el traje del trabajo, pero ya se ha aflojado la corbata.

—Ojalá. —Abro la puerta y salgo al frío de la calle. Me apoyo en la carrocería y me paso las manos por la cara—. Estoy reventado, Richard.

Él no me presiona. Se queda a mi lado, mirando hacia la calle vacía. Entró en la vida de mi madre y en la mía hace años, y se ganó el título de padre a pulso simplemente estando ahí. Y una de las cosas que mejor sabe hacer es leerme.

—A veces se te olvida que tienes diecisiete años, Dylan —dice con su tono tranquilo de siempre—. Te exiges demasiado. Con el fútbol, con tus responsabilidades… Incluso con las cosas que no dependen de ti.

Me encojo de hombros.

—Ya sabes cómo soy.

—Ese es el problema. —Se gira un poco hacia mí y me pone una mano en el hombro—. No tienes que cargar con todo. Y, sobre todo, no tienes que aguantar situaciones que te agotan solo porque estés acostumbrado a hacerlo.

Sus palabras se me clavan directamente en el pecho.

Joder, él cree que me habla del estrés en general, pero acaba de describir exactamente lo que me pasaba con Emma. Y tiene toda la puta razón.

Me tranquiliza hablar con él. Siempre lo hace.

Noto cómo el último nudo de tensión que me quedaba en los hombros desaparece.

—Gracias.

—No hay de qué. —Richard sonríe y me da dos palmadas en la espalda—. Ahora, entra antes de que tu hermana piense que nos hemos olvidado de ella.

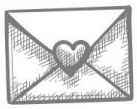
Se me escapa una media sonrisa mientras él se aleja hacia la puerta de casa.

Me quedo un segundo de más apoyado en el coche, sintiendo que el aire frío me llena los pulmones de una forma distinta.

Tengo mucha suerte de tenerlo.

Nueve

Talya



Los siguientes días de clase transcurren sin demasiada novedad.

Continúo intentando adaptarme a las clases mientras Alice hace todo lo posible para que no me sienta fuera de lugar. Alice ha tenido mucha paciencia. La clase de Matemáticas del miércoles estaba siendo un suplicio. El profesor escribía fórmulas a una velocidad imposible y yo sentía que me hablaba en un idioma desconocido. Mis apuntes parecían más un jeroglífico que algo que pudiera estudiar después. Así que Alice, sentada a mi lado, se inclinó sobre mi cuaderno y, sin pedir permiso, escribió con su letra redonda:

«Respira. Lo importante está en la segunda columna».

Levanté la vista, confundida, y ella sonrió con esa calma que parecía decirme que no estaba sola en el naufragio.

Durante el resto de la clase, cada vez que yo fruncía el ceño, Alice me pasaba un pósit con una explicación rápida o un dibujito absurdo: una raíz cuadrada convertida en un árbol con hojas o un polinomio con bigote y gafas.

Cuando sonó el timbre, yo tenía la sensación de haber entendido menos de la mitad de la lección, pero aun así me descubrí riendo

mientras guardaba los papeles.

Nunca he sido una mala estudiante, pero todo esto me viene demasiado grande. Recordaba que el sistema educativo aquí era diferente al de España, pero no hasta este punto. Ahora estoy en S5, el año de los temidos Highers, el penúltimo curso de educación secundaria. Aunque es curioso, porque aquí todo va más rápido; si quisiera, podría saltarme el último curso y entrar a la universidad con diecisiete años.

Esa diferencia de ritmo hace que haya cosas que me resulten incomprensibles, como si me hubieran colocado en mitad de un examen de otra persona. Aun así, entre tanto caos, de vez en cuando he encontrado pequeños respiros: fórmulas que ya domino, autores que reconozco, conceptos que me suenan familiares… Es ese vaivén lo que hace que todo sea más soportable.

Respecto al grupo, estos días han hecho que me integrara mucho mejor. A Noa empiezo a pillarle el punto poco a poco. Al principio me parecía inaccesible: ese gesto serio, la forma en la que te clava la mirada como si siempre buscara la verdad detrás de lo que dices. Pero, cuanto más tiempo pasamos juntas, más me doy cuenta de que esa dureza no es contra mí. Es simplemente su manera de estar en el mundo: directa, sin rodeos. Descubro que detrás de su silencio hay un humor afilado, casi escondido, que suelta de repente y me deja riéndome a carcajadas cuando menos lo espero.

Con Erik todo fluye mucho más fácil. Tiene esa forma tranquila de estar que relaja hasta los pasillos más alborotados. Siempre parece guardar un comentario bajo la manga, no necesariamente gracioso, pero sí justo lo bastante irónico como para romper la tensión. Me sorprende lo rápido que se da cuenta de los detalles, es bastante observador. Su compañía es cómoda, de esas donde los

silencios no pesan.

Jamie y Dylan, en cambio, son otra historia. Se acercan a la hora de la comida, Jamie con su ruido constante y Dylan con su presencia tranquila. Pero esas apariciones duran poco. Alice y yo salimos pitando hacia la biblioteca en cuanto terminamos el último bocado para que pueda ponerme al día con el temario.

Y, por si te lo estás preguntando: sí, terminé respondiendo a la propuesta de Dylan de llevarme a clase. Fue una respuesta impulsiva por la que me he estado arrepintiendo los últimos cuatro días.

Gracias, pero no es necesario.
Lo de esta mañana no ha sido nada,
eran los nervios del primer día.

Como era de esperar, no recibí respuesta.

Hoy ya es viernes y al final he decidido aceptar esa merienda con los chicos. Necesito salir un poco de esta casa que amenaza con aplastarme desde dentro.

Ahora estoy sentada enfrente del armario intentando decidirme entre la poca ropa que traje conmigo de España. Inevitablemente, me va a tocar ir a comprar más. El clima aquí es cien veces más frío.

Es el primer día que voy a salir oficialmente de casa sin tener que llevar el uniforme del Evercrest, así que cojo unos vaqueros sencillos y el jersey más calentito que tengo en el armario, uno gris de lana.

Rebusco entre los abrigos que Margaret me dejó. Ese signo de amabilidad se fue al traste cuando añadió, cito textualmente: «Lo hago para que no parezcas una vagabunda».

Elijo el menos llamativo, uno negro, demasiado rígido, que parece pesar el doble de lo que debería. Me lo pruebo frente al

espejo de cuerpo entero que hay en la puerta del armario. Este me devuelve una imagen que no es tan terrible como me esperaba. El pelo me cae suelto, todavía un poco húmedo de la ducha. Nunca he sabido muy bien qué hacer con él, así que lo dejo como está: liso en las raíces con un par de ondas rebeldes en las puntas. El castaño parece aún más oscuro que de costumbre, si es posible. Me recojo un mechón detrás de la oreja y me descubro con la mirada fija en mis propios ojos.

Miel. Así los describía mamá, aunque a mí siempre me han parecido más ámbar que otra cosa. Los suyos eran azules, así que no los heredé de ella. No recuerdo de qué color los tenía mi padre, pero tampoco sé si quiero hacerlo.

Respiro hondo y bajo la mirada. Los vaqueros se ajustan sin apretar, el jersey me hace sentir un poco más segura, como si pudiera esconderme dentro de él. No tengo la figura atlética de Alice ni las despampanantes curvas de Noa, pero tampoco tengo energía para preocuparme por eso.

Aprieto los puños y me relajo. La Talya que me observa desde el espejo parece más tranquila de lo que realmente está. Me pregunto si alguien más sería capaz de notar que la calma no me acompaña en este momento.

Cojo el móvil de la mesilla y repaso el chat del grupo. Jamie sigue insistiendo en que va a ser un plan épico. Noa ya ha dejado claro que, si él sigue usando esa palabra, no piensa ir. Alice ha mandado tres audios seguidos, cada uno acompañado de su foto correspondiente, explicando por qué debería o no llevar cada outfit. Y la verdad es que está preciosa con los tres. Me encantaría tener su energía y que mis máximas preocupaciones fueran esas. Quizá algún día.

Respiro hondo y guardo el teléfono en el bolsillo. Ya no tengo

excusas. No puedo seguir escondiéndome en esta habitación como si el mundo real no existiera. Hoy voy a verlos fuera de clase. Hoy voy a ponerme a prueba, aunque me tiemblen las piernas.

Recojo la bufanda de lana que mamá me tejió el invierno antes de que todo se viniera abajo. Es lo único verdaderamente mío en este armario, lo único que guarda algo de calor real. Me la enrollo al cuello con cuidado, como si fuera un talismán.

Y entonces bajo las escaleras, decidida a enfrentarme a la primera tarde con ellos.

Margaret está sentada en el sofá. Se gira un segundo para mirarme, pero vuelve a enfocar la vista en la televisión, como si le molestase haber cruzado su mirada conmigo.

—¿A dónde vas a estas horas? —dice, dándome la espalda.

—He quedado para merendar con gente del instituto.

—A las siete echamos la llave, así que, si tenías pensado volver más tarde, apáñatelas. Quédate en casa de alguno de esos.

No respondo, sería inútil. Su tono deja claro que no espera explicaciones. Solo quiere recordarme, una vez más, que soy una intrusa en su rutina. Siento en mis ojos el ya conocido escozor de las lágrimas. Pero consigo reprimirlas una vez más.

Me gustaría pedir ayuda al tío Douglas, aunque desde luego sería en vano, pero no ha vuelto todavía a casa.

Cruzo la puerta y el aire frío de Edimburgo me sacude de golpe, áspero como una bofetada. Aspiro con fuerza, dejando que el viento me limpie los pulmones de la tensión que se había acumulado en ellos. Fuera, incluso en la penumbra de noviembre, me siento más libre que dentro de esa casa.

Empiezo a apretar el paso para llegar a la parada del bus, pues no quiero llegar tarde y ya voy con el tiempo justo, cuando el móvil me vibra repetidas veces en el bolsillo. Es un mensaje de Alice.

Le he dicho a Dylan que pase a por ti.

¡Estará al llegar!

Así no te lías con el bus. 💖

Me detengo en seco en medio de la acera. No. No puede estar hablando en serio. Empiezo a sentir calor, a pesar de que el termómetro marca apenas tres grados.

Tiene sentido, claro. Dylan no vive lejos, no le viene tan mal pasar a recogerme, es lo más fácil, lo más lógico.

Excepto que mi lógica me grita otra cosa.

Dylan y yo.

Solos.

En un coche.

La idea me aprieta el estómago como un puño invisible. El aire se me queda atascado en la garganta, mis manos se cierran dentro de los bolsillos buscando algún ancla. El simple pensamiento me devuelve imágenes que intento rechazar.

Parpadeo con fuerza, intentando eliminar todos los pensamientos que amenazan con abrirse paso. Pero los recuerdos tienen esa mala costumbre de no pedir permiso para aparecer.

Una mano cerrándose sobre mi muñeca.

Sacudo la cabeza.

Una mano agarrándome demasiado fuerte.

La sacudo de nuevo.

Una puerta bloqueada.

No es lo mismo, me repito. Dylan no es él. Todo está bien.

Un par de faros iluminan la calle. Mi respiración se acelera más

todavía.

Lo reconozco antes de que se detenga: la silueta alta en el asiento del conductor, una mano apoyada en el volante con una naturalidad irritante. El coche negro frena justo delante de mí.

—Chica nueva —dice, con esa media sonrisa que acostumbra a poner—. Sube.

Quiero moverme, andar hasta la puerta del copiloto y entrar en el coche. Actuar normal, como cualquier chica de dieciséis años. Pero mi cuerpo se queda inmóvil, como si mis pies estuvieran pegados al suelo. La bufanda me aprieta demasiado y tengo que tragar saliva para que no me falte el aire.

—¿Estás bien? No muerdo, ¿eh? —añade él, arqueando una ceja.

—Yo… —intento formular una frase coherente—. No hacía falta que vinieras, puedo ir en bus. La parada está justo ahí.

Señalo la parada que hay a apenas cien metros. Dylan ladea la cabeza, sigue la dirección de mi dedo hacia la parada del bus y luego vuelve a mirarme. Después, apoya el brazo en la ventanilla y me sostiene la mirada.

—Podrías ir en bus, sí. Pero… a mí no me cuesta nada venir a por ti. Así te ahorras el frío. Además —hace un gesto con la mano, como señalando lo evidente—, ya estoy aquí.

Sus palabras caen con demasiada naturalidad. Como si venir a recogerme fuera lo más normal del mundo.

Dylan abre la puerta y baja del coche. El aire frío se cuela entre nosotros cuando se acerca un par de pasos, casi demasiado cerca.

—Vamos, tienes que estar helándote aquí fuera —dice mientras rodea el coche para abrir la puerta del copiloto—. Alice ya me ha amenazado para que te arrastre aunque no quieras.

Me quedo observando la puerta abierta, un umbral demasiado grande para un gesto tan simple. Dylan espera, sin impacientarse,

con una mano apoyada en el borde del coche. Me deja ese tiempo extra que necesito para terminar de decidirme.

Al final doy un paso. Y luego otro. Cuando me siento definitivamente en el asiento del copiloto, el olor a cuero frío y colonia masculina me invade. Trago saliva mientras clavo la mirada en el salpicadero para no cruzarme con la suya.

Dylan cierra la puerta con suavidad y rodea el coche hasta el asiento del conductor. Se sienta, pero no arranca de inmediato.

—¿Lista? —pregunta sin prisa, dándome la opción a decir que no.

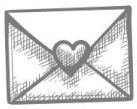
Y no estoy segura de si me encuentro lista, pero asiento atreviéndome a mirarlo por fin a los ojos.

Él me dedica una mueca alegre, esta vez es una sonrisa completa, y algo en mi interior se enciende.

Mi corazón late con fuerza entre mis costillas.

Diez

Talya



Dylan arranca sin prisas, conduce tranquilo, como quien lleva haciéndolo toda la vida. Las luces del salpicadero iluminan a medias su perfil, recortando la línea recta de su mandíbula y el puente de la nariz. No lo voy a negar: Dylan Ashmore es guapo. Lo sabe, además. Se nota en la forma en que se mueve, en el aire despreocupado que lo acompaña a todas partes.

Se pasa una mano por el pelo, de uno de los tonos más negros que he visto nunca. Le cae sobre la frente en un desorden demasiado perfecto para ser casual. Ese tipo de peinado que parece fruto del descuido, pero que sospechas que le roba más minutos frente al espejo de los que admitiría.

Me descubro observándolo un segundo más de la cuenta, medio embobada. Y justo antes de que pueda despegar la vista, clava sus ojos en los míos. Dura medio segundo, el tiempo suficiente para fijarme en que los tiene de un tono de verde único.

¿Cómo es posible que un humano tenga ese color de ojos?

Imagínate la hierba, la que está recién cortada, ¿lo visualizas? Pues ese es exactamente el tono de ojos de Dylan, incluso bajo

estas pésimas condiciones de luz.

Por alguna razón, no puedo dejar de mirarlo. Mi mirada va de un lado a otro. Pasa de la carretera al salpicadero del coche. De mis manos a la ventanilla. Pero siempre acaba volviendo a él. A la curva de su boca, que, aunque solo deja ver el perfil izquierdo, muestra unos labios firmes, definidos, con esa forma que parece hecha para sostener una sonrisa arrogante. No la lleva puesta ahora, pero basta recordarla para que mi pecho se apriete de alguna forma.

Lo confirmo: Dylan transmite seguridad. No solo por cómo agarra el volante o por su postura relajada, sino porque parece tener la certeza de que nada puede derribarlo. Esa clase de confianza que a veces resulta irritante, pero también magnética.

Si tuviera que diseñar al objetivo perfecto para quien prometió no volver a fijarse jamás en los chicos, saldría él. Alto, atractivo, con esa seguridad que descoloca y un toque de chulería que, por desgracia, funciona.

Vamos, el cliché personificado.

Dylan vuelve a apartar la vista de la carretera para mirarme durante un segundo. Y, cómo no, me descubre nuevamente con mi mirada clavada en él.

Que alguien me pare, por favor.

Se pasa la lengua por los labios y sonríe. Es perfectamente consciente de lo que está haciendo, del efecto que causa en las chicas.

—¿Te está gustando? —susurra, levantando apenas una ceja.

—¿Qué? —respondo nerviosa, clavando la vista en la carretera.

—El Evercrest. ¿Te estás adaptando bien?

—Ah, sí —suspiro, dándole a mi cuerpo el tiempo para relajarse —. Alice está siendo un gran apoyo.

—¿Qué te pasó?

Me quedo mirándolo, esperando a que diga algo más. No sé a qué se refiere exactamente, por lo menos no quiero que se refiera a lo que estoy pensando.

—¿De verdad fueron solo los nervios? —continúa, y me confirma que se refiere a mi primer día, en el baño.

—Sí, yo… —busco las palabras, mientras noto cómo los dedos se me enredan en el regazo—, solo estaba agobiada. El primer día siempre impone.

Lo digo rápido, demasiado ensayado. Dylan no me quita los ojos de encima durante unos segundos más de los necesarios.

—Ya —murmura, como si no estuviera del todo convencido—. Puedes contar conmigo si necesitas cualquier cosa.

Sube apenas el volumen de la radio, lo justo para que la música rellene el silencio. Acto seguido, apoya el codo en la ventanilla, como si no hubiera dicho nada importante.

Le respondo con una sonrisa. De verdad, le agradezco que intente ponerme las cosas fáciles, aunque todavía no pueda fiarme del todo.

Dylan realmente no parece un mal chico. Hay algo en él que desentona con esa apariencia de chico malo que intenta proyectar: esos gestos sencillos, sin pretensión, que lo vuelven demasiado cercano para alguien que debería ser inalcanzable.

La cafetería está abarrotada cuando llegamos. El murmullo de las conversaciones se mezcla con el traqueteo de las tazas y el olor intenso del café recién hecho. Alice levanta los brazos al vernos desde el fondo, sentada junto a la cristalera. Erik está a su lado en el sofá, y Jamie, sentado enfrente de este, mantiene una conversación con Noa, que por su cara pareciera que va a estrangularlo en cualquier momento.

—Por fin —Alice se incorpora para saludarnos—, estaba

empezando a pensar que Dylan te había secuestrado.

Mi amiga sonríe mientras me abraza.

—Aún es pronto —responde Dylan, mirándome de reojo y arqueando una ceja con esa media sonrisa que parece su sello personal.

El calor me sube a las mejillas y me obligo a reírme bajito, sin saber muy bien a dónde mirar. Me acomodo junto a Alice en el sofá, ocupando su sitio junto a la cristalera y dejándola a ella entre Erik y yo. Entonces, Jamie se pone en pie y exclama:

—¡Pues que empiece la fiesta! ¿Qué os pido?

—Lo que quieras, pero no te pases. —Noa pone los ojos en blanco—. La última vez pediste cinco *brownies* para compartir y te los comiste todos tú. —Dibuja unas comillas con los dedos al decir «para compartir».

—Mentira. —Jamie se lleva una mano al pecho, ofendido—. Erik se comió medio.

—Y tú el resto, que equivalían a cuatro y medio —replica Erik con su calma habitual sin despegar la mirada del menú.

Alice ríe mientras rebusca en su bolso.

—Bueno, pues esta vez prometo comerme solo mi parte. Talya, ¿te gusta el *brownie*? Espero que tu respuesta sea un sí —Jamie me apunta con el dedo—, si no, voy a llevarme una terrible decepción.

—¿A qué clase de persona no le gusta el *brownie*? —Finjo indignación con mi respuesta.

—¿Lo ves, tío? Eres un rarito en toda regla —dice Jamie dirigiéndose a Dylan—. Hasta ella lo dice.

—Técnicamente, Talya no ha dicho que yo sea un rarito. Además, te he dicho un millón de veces que sí que me gusta, solo que no es para tanto. —El aludido se encoge de hombros.

Jamie niega con la cabeza y, entonces, contesta:

—No te atrevas a desprestigiar así al *brownie*, no sabes de lo que hablas.

—Venga, deja de montar un numerito y vamos a pedir —termina Dylan, arrastrando a Jamie a la barra.

No puedo evitar reírme ante el surrealismo de la situación.

—¿Siempre son así? —pregunto.

—Siempre —contestan Alice, Noa y Erik al unísono.

—Ya te irás acostumbrando, pero no les hagas mucho caso. Jamie siempre está soltando disparates y Dylan intentando ponerle freno —dice Alice—. Aunque no siempre lo consigue.

—Son como un matrimonio —interviene Noa—. Dylan siempre finge estar harto de él, pero en realidad lo adora. No hay quien los separe.

Me descubro sonriendo. Es inevitable preguntarse cómo habría sido mi vida si no hubiera tenido que irme de aquí. Si hubiera estado para ver nacer todas esas bromas internas en lugar de tener que aprenderlas ahora. Envidio esa facilidad con la que ellos parecen encajar entre sí. Cada gesto, cada broma, incluso las peleas tontas tienen ese aire de rutina que solo se consigue cuando alguien realmente te importa.

Me encantaría ser capaz de abrirme así, de hablar sin tener que medir cada palabra, de reírme fuerte sin pensar en si estoy haciendo el ridículo. A veces siento que estoy atrapada en una especie de jaula invisible: veo a la gente moverse con total libertad y, en cambio, yo no sé muy bien cómo hacerlo. Me falta naturalidad.

Pero me gusta estar aquí. Más de lo que pensaba. Y a la vez me asusta reconocerlo. Porque, en cuanto admito que me importa, aparece ese miedo irracional a perderlo.

Dylan y Jamie regresan de la barra, cada uno con un par de tazas en las manos.

—Este es mío —murmura Jamie y deja una de las tazas en la mesa, frente a su silla—. Y este capuchino para… —hace una pausa dramática y lo deja delante de Noa— mi enanito gruñón de Blancanieves.

Ella levanta la vista de inmediato, frunciendo el ceño.

—Te he dicho que no me llames así.

—Así, ¿cómo? —Jamie sonríe descarado—. Si lo digo con cariño.

—Pues guárdate el cariño —replica ella, aunque sus mejillas se tiñen de un rojo que contradice su tono frío.

Dylan coloca enfrente de mí una de las tazas de café y me ofrece una leve sonrisa.

—Gracias —murmuro, envolviéndola con las manos frías.

—Te va a gustar, es chocolate caliente especiado. —Se acomoda en su sitio, enfrente del mío—. Está de locos.

Mi corazón se acelera casi sin darme cuenta. Que Dylan haya pensado en lo que me apetecería antes de que yo misma lo hiciera es un detalle tonto, pero me hace sentir presente, menos invisible.

—No te sientas mal si no te gusta, puedo bebérmelo yo —suelta Jamie, apuntando mi taza con el dedo.

—Ni lo sueñes. —Alice le aparta la mano.

La camarera se acerca con una bandeja con las bebidas que faltan y dos platitos llenos de *brownies.* Los deja encima de nuestra mesa y Jamie, sin esperar, atrapa el trozo más grande, como si fuera una misión de vida o muerte.

—¿Acabas de quedarte con el trozo más grande? —le pregunta Noa con el ceño fruncido—. Eres un ansias.

—Eres una malpensada, te lo iba a dar a ti —dice él, ofendido, y se lo acerca a la boca.

—Quita. —Noa le aparta la mano—. A saber dónde has metido esas manos.

—Pues luego bien que…

—¡Calla! —Ella lo interrumpe antes de que suelte cualquier burrada.

Me río en silencio por todo el rollo que se traen estos dos y soplo el chocolate, esperando a que se enfríe un poco antes de probarlo.

—Hala, está buenísimo —admito, dirigiéndome a Dylan sobre todo—. Qué pasada, nunca había probado un chocolate tan rico.

Dylan sonríe enseñando los dientes.

—Te lo he dicho y yo nunca miento. —Me guiña un ojo, ese gesto que acostumbra a hacerme. Después me ofrece un pañuelo—. Tienes chocolate por todo… —Se señala sus propios labios.

Siento cómo el calor me sube por las mejillas, debo de estar tan roja como un tomate. Le acepto el pañuelo y miro mi reflejo en la cristalera. Efectivamente, tengo un perfecto bigote de espuma de chocolate recorriéndome todo el labio superior.

—No te queda nada mal. —Dylan intenta contener una risa para quitarle hierro al asunto—. Incluso te da un toque.

Los demás siguen a lo suyo, sin enterarse de nada, y entiendo que no es una burla, ni una humillación, sino un momento divertido.

Primero se me escapa una sonrisa torpe… y, después, sin poder evitarlo, termino riendo a carcajadas.

La tarde pasa sin darme cuenta. Entre risas y anécdotas, en las que me incluían para contarme con todo lujo de detalles y que no me perdiera nada, el tiempo parecía correr a otra velocidad. Cuando por fin miro el reloj, el corazón me da un vuelco: faltan apenas diez minutos para las siete.

—Me tengo que ir —digo de golpe, poniéndome en pie.

—¿Tan pronto? —se queja Alice—. Os iba a decir que os vinierais

a casa, mis padres se han ido de noche romántica y tenemos la casa para nosotros solos.

—Nuestros padres —la corrige Jamie.

—Me encantaría, de verdad. Pero no puedo. —Me pongo el abrigo apresuradamente, aunque soy consciente de que, por mucho que corra, el autobús no va a tardar diez minutos en llegar a casa—. Se me ha hecho demasiado tarde. Nos vemos el lunes en clase.

Me despido y corro hacia la salida, tropezándome varias veces por el camino. El estómago me da vueltas, Margaret me avisó: a las siete cerraban la puerta.

¿Qué pasará si llego tarde? ¿Realmente no me dejará entrar?

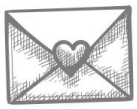
Obviamente, no va a dejarme en la calle, ni siquiera ella es tan cruel como para hacer algo así. Pero no me gustaría tener que comprobar las consecuencias. Puedo imaginármela enfadada, soltando esos comentarios hirientes que me hacen sentir que no valgo nada. Y no me apetece, estaba siendo un día increíble y lo último que me gustaría es estropearlo con un mal final.

Justo cuando estoy a punto de salir, alguien me agarra de la mano. Un tacto demasiado caliente que siento como una descarga eléctrica.

—Vamos, te llevo —dice Dylan aún con su mano sujetando la mía.

Once

Talya



Miro el reloj cada dos segundos, como si así pudiera frenarlo. El tráfico de Edimburgo es tan denso que pareciera haberse puesto de acuerdo para impedirme llegar a casa.

Le dije a Dylan que no hacía falta, que cogería el autobús o que incluso podía pedir un taxi. No me dio opción a seguir discutiendo y, a decir verdad, tampoco iba a negarme demasiado. Dylan era la única oportunidad que tenía de llegar a tiempo a casa, así que me subí al coche agradeciéndole el detalle una y mil veces.

Pero esa oportunidad se va volviendo cada vez más lejana conforme pasan los minutos. Según la aplicación de mapas, quedan seis minutos para llegar a Ravelston y solo dos para que sean las siete.

El movimiento de mi pie balanceándose, el sudor en mis manos, el horrible dolor de estómago y la sensación de falta de aire me hacen darme cuenta de que estoy al borde de un ataque de ansiedad.

Necesito relajarme. Me repito que no pasa nada: llegaré un poco tarde y Margaret me lanzará un par de comentarios hirientes,

haciendo que me arrepienta más de lo que ya lo estoy por haberme retrasado. Me recordará que vivo en su propiedad y que tengo que seguir sus normas.

Nada que no pueda soportar.

Respiro pausadamente para intentar tranquilizarme.

Inspiro.

Espiro.

Inspiro.

Espiro.

El coche avanza despacio entre un mar de luces rojas. Los frenos de los demás vehículos chirrían, un sonido que se mezcla con el tictac del intermitente, cada vez más insoportable. El semáforo cambia de color con una calma cruel, los peatones cruzan como si el tiempo no significara nada.

Noto la mirada de Dylan en cada frenada. Sé que se ha dado cuenta. Creo que era imposible no hacerlo, aunque me odio por no poder disimularlo. Sabe que no puedo llegar tarde y lo noto por cómo conduce. No corre, ni mucho menos se salta alguna norma, pero tampoco pierde tiempo.

Por fin giramos en mi calle y, en cuanto el coche frena, abro la puerta de un tirón.

—Gracias, ¡adiós! —me despido de manera atropellada.

Salgo del vehículo casi corriendo, sin detenerme a escuchar si responde.

El reloj marca las siete y cuatro minutos, seguro que Margaret ni se ha dado cuenta de que aún no he llegado. Al fin y al cabo…, tampoco soy tan importante para ella.

Las llaves tintinean en mi mano mientras subo los escalones del porche. Sin perder tiempo, las introduzco en la cerradura y giro con fuerza. Nada, no hay suerte. La cerradura está bloqueada por

dentro.

El corazón me da un vuelco tan fuerte que casi me dobla por la mitad. Vuelvo a intentarlo, más brusca, como si la violencia pudiera convencer al metal.

—Vamos, abre… —susurro con la voz temblorosa.

Vuelvo a girar, más y más rápido, hasta que me arden los dedos. No se mueve. El pestillo está echado.

Trago saliva con la garganta seca.

Pulso el timbre.

Espero.

Nada.

Doy otra pulsación, más larga esta vez, hasta que el pitido se me clava en la cabeza.

Silencio.

Saco el móvil de un tirón. Marco el número de Margaret.

Tono. Tono. Tono.

Nadie contesta.

Vuelvo a intentarlo con Douglas.

Igual.

La pantalla iluminada es lo único que me responde.

¿Lo decía en serio?

«A las siete echamos la llave, así que, si tenías pensado volver más tarde, apáñatelas. Quédate en casa de alguno de esos», me espetó.

Lo decía completamente en serio.

El aire empieza a faltarme de nuevo. Siento la presión en el pecho, como si alguien hubiera echado un candado también ahí dentro. Mis manos tiemblan tanto que casi se me caen las llaves. Me apoyo en la puerta, tengo los nudillos blancos de tanto apretar.

Un sollozo se me escapa sin permiso. Y después otro. Hasta que

las lágrimas me desbordan y resbalan por mis mejillas en un torrente que no consigo frenar.

¿Y mi tío? ¿No piensa hacer nada? ¿Van a dejarme aquí fuera toda la noche?

Me abrazo a mí misma, intentando que el temblor cese, pero cuanto más lo intento, más me sacude el cuerpo. La madera de la puerta es fría contra mi espalda y dura como la certeza de que ahí dentro no hay sitio para mí. Nunca lo ha habido.

Pienso en Madrid, en aquel piso diminuto donde al menos sabía que alguien me esperaba al llegar.

Alguien que siempre me recordaba que no corriera, que siempre se llega a tiempo de alguna manera.

Está claro que en esta casa no piensan lo mismo.

Ahora ni siquiera puedo cruzar la puerta de lo que se supone que es mi casa. La palabra «casa» me sabe amarga. ¿Cómo puedo llamar «casa» a un lugar donde no soy bienvenida? Esta no es mi casa, solo un lugar de paso en el que dormir.

Aunque hoy ni siquiera es eso.

El llanto me ahoga. Todo se mezcla: la impotencia de esta puerta cerrada, el eco de Margaret repitiendo que vivo de su caridad, la certeza de que, haga lo que haga, nunca será suficiente. Y, por encima de todo, ese vacío.

Ese vacío que me persigue desde hace meses.

Me deslizo despacio hasta quedar sentada en el escalón, con la cara hundida entre las manos. El aire me raspa al entrar y salir, irregular, inútil. Ni siquiera soy capaz de controlar algo tan básico como respirar.

—Talya.

La voz me hace levantar la cabeza de golpe. No sé cuánto tiempo lleva ahí, de pie junto a su coche. Pensé que se había

marchado en cuanto bajé, pero no: sigue ahí, con las manos en los bolsillos y el ceño fruncido.

Me apresuro a secarme las lágrimas con la manga para fingir que no pasa nada.

—¿Qué haces ahí? —murmuro sin ser capaz de mirarlo a los ojos —. Pensé que te habías ido.

Dylan se encoge de hombros, incómodo. Como quien presencia algo que no debería estar viendo.

—Estaba esperando a que entraras.

—Ya puedes irte, han debido de dejar las llaves puestas y… —invento una excusa lo más rápido posible— no puedo abrir la puerta. Pero seguro que en un rato me abren.

—Ya… —Se pasa una mano por el pelo y, después, señala el coche—. ¿Quieres esperar dentro?

—No, no. De verdad, puedes irte, estoy bien. No tardarán mucho.

Noto cómo otra lágrima empieza a bajarme por la mejilla. La seco con la mano, justo antes de que él pueda verla. O eso espero.

Dylan da un par de pasos y se sienta en el escalón, justo a mi lado. Su hombro está tan cerca del mío que puedo notar el calor que desprende.

—¿Qué haces?

—Si quieres esperar aquí, helándote de frío…, lo haremos los dos. —Se frota las manos para entrar en calor.

Me quedo mirándolo de reojo, incrédula. ¿Por qué se queda? ¿Por qué no hace lo que le digo y se marcha de una vez? Estoy segura de que habrá un millón de sitios en los que preferiría estar y, sin embargo, se ha topado con la chica rara que llora porque no puede abrir una puerta. Claro, y ahora se ve con la obligación de hacerle compañía para no quedar como un imbécil.

—Dylan, vete.

Me dedica una expresión compasiva, como si pudiera salvarme. Y eso es lo que termina de romperme.

—¡No me mires así! —escupo con la voz temblando de rabia—. No necesito tu lástima, no soy una cría que necesita que alguien le haga de niñera. No tienes que quedarte conmigo ni venir a recogerme ni llevarme a casa. No tienes que hacer nada de eso por mí.

El silencio me devuelve el eco de mis propias palabras. Me arde la cara, más por la vergüenza que por el enfado. Dylan se pone en pie y yo contengo el aliento, convencida de que por fin va a marcharse después de lo que le he soltado.

Pero no lo hace. Se queda ahí, inmóvil, con las manos hundidas en los bolsillos y la mirada fija en mí. No titubea, no dice nada.

Y ese silencio, esa calma imposible después de mi rabia, me desarma. La garganta se me cierra y, antes de darme cuenta, el llanto me sacude con tanta fuerza que apenas puedo respirar.

—No van a abrir… —murmuro, rota, más para mí misma que para él—. Ya me avisó, no van a hacerlo.

Decirlo en voz alta lo hace más real, lo que no consigue otra cosa que acelerar mis sollozos. No puedo frenarlos y ya ni siquiera me avergüenzan.

Pongo los codos sobre mis rodillas y apoyo la cabeza en mis manos, escondiéndome.

¿Qué voy a hacer? ¿Voy a tener que dormir en la calle? ¿Esto se repetirá más veces? ¿O solo es una llamada de atención para que compruebe las consecuencias de incumplir sus normas?

Miles de preguntas me golpean la mente, todas a la vez, hundiéndome aún más.

Cuando ya casi había olvidado que no estaba sola, noto un leve

tirón del brazo, lo que me obliga a ponerme en pie.

Alzo la mirada y Dylan está frente a mí, tan cerca que apenas tengo espacio para respirar. Me sostiene por los hombros, inseguro, como si no supiera muy bien qué decir o hacer.

Entonces, sin pensarlo demasiado, me envuelve con sus brazos. No es un gesto seguro ni perfecto, es algo torpe y un poco rígido, pero justo por eso me rompe aún más. Está intentando ayudarme de alguna manera, intentando hacerme sentir mejor. Se ha quedado conmigo, algo a lo que no estoy acostumbrada, y yo se lo he pagado de la peor manera. Le correspondo el abrazo, apoyando mi cabeza en su pecho. Dejo que las lágrimas recorran mis mejillas, mientras siento que me rompo un poco más cada segundo. No sé por qué se queda cuando lo único que he hecho ha sido echarlo a gritos. Pero lo hace y, de alguna manera, me reconforta.

—Lo siento —digo entre sollozos—. No tenía que pagarlo contigo. Tú… te has portado muy bien conmigo.

Tarda unos segundos en contestar. Siento cómo se encoge un poco de hombros.

—No pasa nada. —Su voz es baja, casi un murmullo junto a mi oído—. Todos tenemos días de mierda.

Me separo de Dylan, rompiendo el abrazo que, sin darme cuenta, ha conseguido tranquilizarme un poco. Me seco las lágrimas, que por fin parecen estar dándome algo de tregua.

—Vas a tener que comprarme una sudadera nueva… —bromea, señalando el círculo húmedo que le han dejado mis lágrimas—. Creo que ha encogido dos tallas con tanta agua.

Me tapo la cara con las manos muerta de vergüenza. Siento que debería disculparme otra vez, pero, por el tono con el que lo ha dicho, no puedo evitar soltar una risa torpe.

—Tengo un par de preguntas, pero antes… ¿podemos subirnos al

coche, Talya? Te juro que me estoy congelando.

No estoy segura de querer responder a esas preguntas; no obstante, ya sabe que me han cerrado la puerta en las narices, sabe que no me dejan entrar en casa.

Asiento y lo sigo hasta el coche. Es irónico que hace unas horas me diera miedo entrar en él y ahora parece el único lugar seguro al que puedo ir.

Dylan arranca deprisa y enciende la calefacción. No era consciente del frío que tenía hasta que el aire caliente me da de lleno en la cara helada.

—¿Quieres contarme qué pasa? —Se acomoda en el asiento para mirarme de frente.

—Yo no…

Bajo la vista hacia mis uñas como si de pronto fueran lo más interesante del mundo. De reojo, observo que Dylan arquea las cejas, espera el final de la frase.

—Bueno, pues no hay mucho que contar… He llegado tarde y han cerrado la puerta.

—¿A qué hora tenías que volver?

—A las siete.

Levanto la mirada. Dylan toca la pantalla de su móvil para comprobar la hora.

—Y hemos llegado a las… ¿siete y cinco? ¿Y diez? —dice sin terminar de creerse que me hayan dejado fuera por unos minutos.

—Y cuatro exactamente.

—Vale… Eso sí que es tener unos padres estrictos.

«Padres estrictos». Ya. Al menos, si fueran mis padres, estaría acostumbrada.

—Se me ha ocurrido un plan genial. —Se vuelve a colocar frente al volante—. Nos vamos a casa de Alice. Le diremos que he

conseguido convencer a tu madre para que vinieras con nosotros.

Trago saliva. Mi madre.

La palabra me escuece, pero corregirlo implicaría desenredar una madeja de explicaciones para las que no tengo fuerzas. Tendría que hablar de Margaret, de por qué vivo con mis tíos y ver cómo su expresión cambia de la complicidad a la lástima. Prefiero quedarme con la etiqueta de «hija con padres estrictos». Es una mentira, sí, pero una que me hace parecer normal.

Asiento, supongo que no me quedan más opciones. Estar con Alice no me parece una mala idea. Y que haya sido él quien haya propuesto inventar una excusa para no tener que explicar la verdad al grupo me quita un gran peso de encima.

Doce

Dylan



No me entra en la cabeza.

¿De verdad la han dejado en la calle por llegar cuatro minutos tarde? Es ridículo.

No son unos padres estrictos, son unos gilipollas.

Ni siquiera sé por qué no me largué en cuanto se bajó del coche, pero algo me hizo esperar a que estuviera dentro de casa.

Iba tan nerviosa por el camino… Podía sentir su angustia cuando nos quedábamos parados más de la cuenta en cualquier semáforo. Ella sabía que no podía llegar tarde, pero aun así no me dijo ni una palabra. «He llegado tarde y han cerrado la puerta». ¿Qué cojones? Y lo dice como si fuera algo a lo que está acostumbrada. He tenido un millón de discusiones con mi madre y jamás me ha cerrado la puerta en las narices. Y eso que ella tiene la paciencia justa, pero siempre está ahí al final del día. Porque para eso están los padres, ¿no?

Pero está claro que estos son otra cosa. ¿Qué clase de personas dejarían a su hija de dieciséis años en la calle como si fuera un perro? Por cuatro minutos, joder. Ni aunque hubieran sido cuarenta.

Es que no consigo entenderlo. Hay otras mil formas de castigar a tu hijo. Me los imagino dentro, cenando tan tranquilos mientras ella se queda fuera helándose, y me hierve la sangre. Pensar en ella toda la noche sola sentada en esos escalones, sin saber si la van a dejar entrar o no, me revuelve el estómago. Me dan ganas de estamparles la cabeza contra la pared a esos dos.

Lo que más me jode es que no sé por qué sigo dándole vueltas. Está claro que no la iba a dejar ahí tirada, muerta de frío. Me ha gritado que me fuera y, aun así, es lo último que se me ha pasado por la cabeza. Podría haber llamado a Jamie. Que se ocupara él. Se conocen desde pequeños, ¿no? Habría sido mucho más fácil para mí y para ella. Está claro que no confía en mí. Es normal, conozco a esta chica hace menos de una semana y ni siquiera hemos mantenido una conversación de verdad.

Pero, joder, no es la primera vez que la veo así. El primer día me la encontré en el baño con cara de haber estado los últimos tres días llorando. Tenía los ojos hinchados y la piel roja, todavía con gotas de agua resbalando por su rostro como si quisiera borrar las pruebas a toda prisa. Al principio pensé que era el típico agobio por ser la chica nueva. Pero, cuanto más la conozco, más claro tengo que en el fondo hay algo más.

El caso es que tampoco quiero meterme donde no me llaman. Es obvio que no se siente cómoda respondiendo preguntas. Por eso se me ha ocurrido esa chorrada: decir que convencimos a sus padres, así se ahorrará tener que dar explicaciones de lo que le acaba de pasar.

—¿Estás mejor? —pregunto al fin, sin estar muy seguro de si debería haber abierto la boca.

Talya asiente despacio, sin mirarme.

—¿Quieres hablar de…?

—No, por favor —me corta enseguida—. Olvídalo. No pasa nada. Y no se lo cuentes a los demás. No quiero que se preocupen.

—Vale —respondo, y no insisto.

Está claro que no quiere hablar del tema y yo tampoco voy a presionarla.

Enciendo la radio y los primeros acordes de «Dakota» llenan el coche, como un ruido de fondo que rompe el silencio.

—¿Stereophonics? —pregunta, arqueando una ceja—. ¿Te gusta el grupo? Te hacía más escuchando rap o…, no sé, trap.

Casi me río.

—¿Te estás burlando de mi gusto musical?

—¡No, no! —responde algo nerviosa—. No es eso, a mí también me gusta.

La miro de reojo y noto cómo se recoloca en el asiento algo incómoda.

—Vaya. —Contengo una sonrisa—. Ya tenemos algo en común. ¿Qué más escuchas?

—Pues…, la verdad es que un poco de todo.

—¿Por ejemplo?

—Me gustan mucho Boygenius, Lana del Rey, Coldplay… Música del estilo —responde, casi como si temiera que me pareciera una tontería—. Pero me gusta escuchar de todo.

—A mí me gusta sobre todo el rock alternativo —digo, encogiéndome de hombros—. Me mola mucho Nothing But Thieves o Sam Fender. Dermot Kennedy también me flipa, ¿lo conoces?

—¿El que canta «Outnumbered»? Creo que la tengo en una de mis *playlists*.

—Sí, justo. —Sonrío, aunque niego con la cabeza—. Eso sí, tiene canciones mucho mejores. «An Evening I Will Not Forget», ¿la has escuchado?

Talya niega con la cabeza.

—Buah, pues tienes que hacerlo. Ya me lo agradecerás —añado, volviendo la vista a la carretera—. Y luego están Arctic Monkeys o Muse, son un clásico, esos nunca fallan.

—Estuve en un concierto de Arctic Monkeys en Madrid —dice. De reojo percibo que le brilla la mirada—. Me llevó mi madre. En directo son increíbles.

No puedo evitar mirarla un segundo más de la cuenta. Después de la mierda que acaba de pasar, verla hablar con esa ilusión me arranca una sonrisa. Aunque al mismo tiempo me descoloca. Me cuesta entender cómo la misma madre que la acompaña a conciertos puede ser capaz de dejarla tirada en la calle. No tiene puto sentido.

No digo nada más. Dejo que la canción siga sonando mientras mis dedos golpean el volante al ritmo de la batería.

Talya está mirando por la ventanilla, se le nota más tranquila desde que he encendido la radio. Pero, aun así, no para de morderse la uña del pulgar.

—¿Por qué estás tan enfadada con esa uña? —pregunto, más por romper el silencio que por otra cosa.

Ella me mira con los ojos muy abiertos, como si la hubieran pillado haciendo algo malo.

—Oh. Bueno, es una mala costumbre —murmura, y enseguida aparta la mano.

No sé por qué me da la sensación de que todo dentro de ella son «malas costumbres» que en realidad esconden otra cosa. Ojalá las personas vinieran con un manual de instrucciones cuando las conoces. Así sabría leer a Talya, porque siento que hay algo que se me escapa y me encantaría saber el qué.

¿Por qué ha vuelto a Edimburgo? Jamie me contó que se

mudaron a Madrid y ahora han vuelto. Pero ¿por qué? ¿Movidas de trabajo de sus padres? ¿O algo más chungo? No me sorprendería que hubiera tenido algún problema allí. Se me viene a la cabeza el tema del *bullying*. ¿Alguien estaría haciendo *bullying* a Talya? No creo, joder. ¿Por qué alguien se metería con ella? Es una chica tranquila, al menos por lo que veo. Se la ve buena persona. Y amable, correcta, educada.

Y es preciosa.

Es un hecho, no pienses movidas que no son.

Tiene la nariz puntiaguda y los labios gruesos. No tan gruesos que parecen exagerados, pero sí en comparación con sus facciones pequeñas. Pero lo que más llama la atención de su cara sin ninguna duda son sus ojos. Los tiene grandes y alargados, pero lo más flipante no es eso. ¿Has visto alguna vez a alguien con los ojos amarillos? Yo tampoco, hasta que vi por primera vez a Talya. Ni marrones ni verdes ni avellana. Una mezcla imposible de colores que hace que a primera vista parezcan amarillos. Son una puta pasada.

Y pensándolo bien, nada de eso te libra de acabar siendo el blanco perfecto para los capullos de turno.

Aunque… No sé, me sigue pareciendo demasiado extremo. ¿Mudarse de país solo por eso? Si te hacen la vida imposible, te cambias de instituto y listo. Para huir a miles de kilómetros tiene que haber algo mucho más gordo. Algo que la obligó a dejarlo todo atrás de verdad.

Sea lo que sea, no es asunto mío. Pero no puedo evitar darle vueltas.

Aparco delante de la casa de los Hartley. Las luces de dentro están encendidas y desde fuera puedo escuchar las voces de Jamie. Este chico no tiene remedio, no sabe estar sin llamar la atención.

Quito el contacto del coche y miro a Talya, que se está

mordiendo el labio inferior como si no supiera dónde meterse.

—Gracias por todo lo de hoy —murmura sin atreverse a mirarme.

—No tienes que volver a darme las gracias. No iba a dejarte ahí tirada. —Finjo indignación—. ¿Tan cruel crees que soy?

Se le escapa una sonrisa y niega con la cabeza.

—No cuentes nada, porfa.

—No voy a hacerlo, tranquila. Ahora, vamos, estoy seguro de que Alice va a dar saltos cuando te vea —respondo para calmarla.

Talya camina detrás de mí a un paso demasiado lento. Juraría que no termina de creerse que no vaya a contarles nada y está atrasando el momento.

A ver, que no es por falta de ganas. Si por mí fuera, les contaría tanto a Jamie como a Alice lo que acaba de pasar. Son sus amigos, deberían saber lo poco que se preocupan por ella en casa. Pero no soy tan gilipollas como para cargarme de primeras la mínima confianza que acaba de poner en mí al soltarme algo que claramente no quería revelar.

—Has tardado mucho, tío, te estábamos esperando —dice Jamie al abrir la puerta—. Espera, ¿Talya? ¡Alice! —grita—. Ven a ver esto, ¡ahora sí que empieza la fiesta!

—¡Que dejes de gritar, retrasado! —lo reprende Alice, apartándolo de la puerta para mirar afuera—. ¡Talya! Pero ¿qué haces aquí? ¿Cómo es que has venido?

Entonces la hermana de Jamie la abraza como si llevara medio año sin verla. Talya duda un segundo, pero intervengo por ella.

—He convencido a su padre para que la dejara venir. Hasta para quedarse a dormir —suelto intentando sonar casual.

—A mi madre. —Talya me corrige demasiado rápido—. Ha convencido a mi madre. No se le da nada mal.

Alice me lanza una mirada rara, como si no entendiera nada,

pero al segundo vuelve a sonreír y la arrastra hacia dentro.

—Menos mal que has venido, Noa se ha tenido que ir y me ha dejado aquí sola con esta panda de descerebrados. —Señala a los chicos.

No termino de pillar muy bien qué pasa con Noa. Debería estar aquí, pero a veces sale corriendo con alguna excusa y sin dar muchos detalles.

Sentados cada uno en una punta de uno de los sofás están Nathan y Harry, que no se pierden un viernes de pizza y consola por nada del mundo.

Los dos van a nuestra clase desde mitad de segundo, cuando tuvieron que trasladar de manera aleatoria a todos los estudiantes de un instituto cercano por culpa de un derrumbamiento. La mayoría fueron al Lochside High School, mientras que unos pocos afortunados acabaron en el Evercrest gracias a unas becas que el director se sacó de la manga solo para quedar bien públicamente. No obstante, es bien sabido que a ese hombre solo le importa el dinero. Pero le funcionó, salimos en las noticias durante semanas con titulares como «La solidaridad del Evercrest School tras el derrumbe: el centro acoge a decenas de alumnos desplazados y garantiza su continuidad académica». O «James Whitmore, director del Evercrest School, lidera la iniciativa solidaria que ofrece becas a los estudiantes afectados por el derrumbe». Al año siguiente, la demanda para entrar al Evercrest se triplicó.

El caso es que congeniamos desde el principio.

—¡Ey! —Nathan acompaña sus palabras con un leve movimiento de cabeza, pero no dice más.

—Él es Nathaniel —le explica Alice a Talya—. Pero lo llamamos Nathan.

Nathan es de los que suelen hablar poco; es más de escuchar

que de meter baza, pero cuando lo hace suele ser para quejarse por algo o soltar algún comentario inoportuno.

Tiene ese aire de pasota, con la capucha siempre subida hasta las orejas, incluso dentro de casa, igual que hoy, como si el mundo le importara una mierda. Solo le interesan dos cosas: el fútbol y las chicas. A veces adopta ese tono creído que le sale casi sin pensar, aunque detrás no hay tanta maldad como parece. Sus comentarios pueden ser de vestuario, algo brutos, pero nunca con intención de hacer daño. Es buen tío, aunque a veces le cueste demostrarlo.

—Talya, ¿verdad? —interviene Harry—. Justo estábamos hablando de ti, ¡qué ganas tenía de que nos presentaran! Eso sí, tengo que hacerte una pregunta que determinará el futuro de nuestra amistad: ¿cuál es tu serie favorita y por qué es *Breaking Bad*?

Ella se muestra nerviosa por si su respuesta no le sienta bien a nuestro amigo.

—Eh… No he visto *Breaking Bad*.

—¡Cómo puedes no haber visto la mejor producción audiovisual del siglo XXI y haber vivido tan tranquila! —Se coloca una mano en el pecho—. No, no. Eso tiene que cambiar. Al principio, puede parecer una simple historia de un profesor que fabrica drogas, pero…

Continúa hablando, pero yo ya no lo estoy escuchando. Me pellizco el puente de la nariz mientras niego con la cabeza. Desde luego, Harry es todo lo contrario a Nathan. Habla por los codos de cualquier cosa: puede soltarte un discurso de media hora sobre la liga escocesa, sobre que los exámenes miden memoria y no inteligencia o sobre por qué *Breaking Bad* es la mejor serie de todos los tiempos, tal y como está haciendo ahora.

Talya fuerza una sonrisa para que no parezca que la está incomodando, pero a mí me queda claro que lo está haciendo.

—Va, tío —le suelto—, no la agobies con tu disertación de media hora sobre una serie de hace trescientos años.

A veces me pone de los nervios. Una vez tuvimos que presentar un trabajo en grupo y la profesora nos suspendió porque su exposición había triplicado el tiempo permitido. Y eso que aún quedábamos tres personas por hablar. Es imposible seguirle el ritmo, pero, por algún motivo, siempre acaba cayéndole bien a todo el mundo. Como a Talya.

—No te preocupes, Dylan. —Después se dirige a Harry—. Me la apunto para verla.

En el otro sofá, medio despatarrado, está Erik. Ya lo conocía de antes, más que nada por ser uno de los mejores amigos de la hermana de Jamie, aunque lo que de verdad nos hizo congeniar fue el fútbol. Entró en el equipo el año pasado y desde entonces nos hemos entendido bastante bien junto con Jamie en el campo. Juega de lateral derecho y hay que reconocer que es lo suyo. Tiene buen fondo físico y corre como un condenado. No es de los que hacen florituras con el balón, aun así, cumple y mete unas entradas limpias que dejan al rival temblando. Fuera del campo es más tranquilo; no obstante, cuando pita el árbitro, se transforma. A veces me sorprende lo observador que es. No habla mucho, pero suele acertar cuando suelta algo. Tiene ese humor seco e irónico que te pilla desprevenido y te hace reír cuando menos te lo esperas. Supongo que por eso, aunque no sea tan ruidoso como Harry o tan descarado como Jamie, siempre acaba siendo alguien con quien te apetece estar.

Y, por último, dando vueltas por el salón, porque no sabe estarse quieto, está Jamie. Nos conocimos el primer año de instituto y desde entonces no nos hemos soltado. Es la típica persona que siempre tiene algo que decir. Pero no te lo imagines montando discursos; él

es más de soltar la primera tontería que se le cruza por la cabeza y hacer que te rías, aunque estés de mala leche. Me suele volver loco con tanta energía, pero la verdad es que es imposible aburrirse con él. Jamie Hartley es, sin duda, una de las mejores personas que he conocido a lo largo de mis diecisiete años. Es como un hermano para mí. Tenemos nuestras broncas, y no pocas, porque le encanta tocar las narices y sabe exactamente cómo hacerlo, pero nunca duran demasiado. Daría mi vida por ese cabrón y sé que él también lo haría por mí.

Alice conduce a Talya hasta el sofá donde está despatarrado Erik y le da varios toquecitos para que se incorpore y les deje espacio para sentarse. Yo cierro la puerta y las sigo hasta dejarme caer en un hueco del otro sofá y estirar las piernas. Enseguida Jamie aparece con dos latas en la mano y me tira una.

—Antes de que digas nada: mañana no tenemos entreno. —Me apunta con el dedo, abre la lata de cerveza y pega un trago exagerado.

Pongo los ojos en blanco y bebo un sorbo, más por no darle la razón que por otra cosa. Tampoco es que yo sea el más responsable del planeta, pero me gusta cuidarme cuando juego. No me mola la sensación de levantarme con la cabeza embotada y tener que correr como si nada. Jamie dice que soy un paranoico, que un par de cervezas no van a arruinarme la carrera, pero yo no lo veo así. Me gusta estar en condiciones, sentir que controlo. Me gusta tomármelo en serio. Para mí el fútbol es importante.

—Ya te había visto por el insti —le comenta Nathan a Talya, levantando la barbilla.

—Sí, yo también. No es que te esté espiando ni nada, ¿eh? —Harry empieza a soltar palabras como un torrente—. Pero, claro, es que tampoco es difícil fijarse en alguien nuevo. Sobre todo porque

entraste en mitad del curso y eso siempre es raro. —Harry le sigue hablando a Talya mientras esta frunce el ceño como si no terminara de entender lo que dice—. Bueno, raro no, diferente, ya me entiendes. Aunque, claro, supongo que para ti será un rollo, porque ya todos nos conocemos y tú tienes que adaptarte y…

—Harry, respira, tío —lo corto dándole una palmada en el hombro.

—Perdona, a veces no controlo —dice, dirigiéndose a ella—. El caso es que estoy encantado de conocerte oficialmente.

—Gracias, yo también —responde Talya, ofreciéndole una sonrisa.

—Talya —dice Jamie, moviendo la lata que lleva en la mano—, ¿quieres una?

—No, gracias, no me gusta la cerveza.

Jamie la mira como si se hubieran metido con alguien de su familia.

—Eso es porque todavía no has probado una buena cerveza escocesa. —Niega con la cabeza.

Me quedo embobado mientras estudio a Talya con atención. Parece mentira que hace apenas veinte minutos estuviera llorando en mis brazos. Me alegra ver que la tormenta ha pasado y me siento extrañamente orgulloso de haber sido yo quien la ha traído hasta aquí.

Hay algo en ella que me cautiva y necesito conocer exactamente el qué. Encariñarme con esa chica que conocí el otro día en el baño no entraba en mis planes.

Y, desde luego, no se parece en nada a lo que siento por Emma. Con Emma todo es ruido, intensidad, una actuación constante para el resto del instituto. Una montaña rusa de la que acabas mareado. Con Talya es algo distinto… No siento la necesidad de impresionarla,

solo unas ganas inmensas de quedarme aquí, mirándola, y descubrir qué hay detrás de esa barrera que levanta.

Talya parece darse cuenta de que, de vez en cuando, mis ojos se posan en ella. Aun así, desvía la mirada para que no la descubra observándome.

—O, simplemente, Talya no quiere una cerveza porque no todo el mundo es un alcohólico como tú —interviene Alice.

—¿Alcohólico yo? Lo dice la que se pasó una semana entera sin querer ir a clase porque hizo el ridículo en una fiesta delante de medio Evercrest.

Después, Talya vuelve a cruzar una mirada conmigo, la cual sostiene durante un segundo de más. Parece un poco avergonzada por habernos pillado conectando en mitad del caos. Pero, si estuviéramos a solas, le diría que no hay razón para ello.

Sin embargo, esa expresión tímida se oscurece de golpe con algo que parece… miedo. Aparta la mirada bruscamente y trata de recuperar la compostura. Se le ha tensado la mandíbula.

Frunzo el ceño. No entiendo qué acaba de suceder. ¿He sido demasiado intenso? Joder, parece asustada de verdad.

—Eres un idiota, eso fue un día puntual e hice el ridículo por tu culpa —responde Alice indignada mientras le lanza un cojín a la cabeza. Jamie consigue esquivarlo por los pelos y se parte de risa. Después se gira hacia Talya—. ¿Quieres que te enseñe mi habitación? Han cambiado muchas cosas. Y ya de paso podemos ponernos el pijama.

Talya se queda callada mirando a Alice, por la forma en que alza las cejas intuyo que está buscando qué decir.

—¿No te has traído pijama? —adivina Alice antes de que pueda contestar—. ¡Mejor! Así vamos a juego, tengo un par a conjunto que te van a encantar.

La hermana de Jamie no le da opción, tira de ella y la arrastra hacia las escaleras.

El salón se queda en silencio, solo se escucha el crujido de las patatas cuando Harry mete la mano en la bolsa. Nathan estira las piernas y suelta un resoplido.

—Pues, oye, la nueva está bastante buena —comenta este último.

Jamie le lanza una mirada asesina.

—Tío, cállate. La conozco desde pequeña. Es… como una hermana, supongo.

—En ese caso, tienes dos hermanas que están bastante buenas —continúa Nathan, encantado de tocarle un poco las narices.

—Eres un pedazo de cabrón.

Y, como era de esperar, Jamie se abalanza contra él en el sofá como cada vez que este suelta algún comentario sobre Alice.

Jamie está encima de él, forcejeando y retándolo a que repita el comentario si se atreve. Harry se parte de risa, animando la pelea como si fuera un árbitro de feria. Erik ni se inmuta, se limita a llevarse una patata a la boca y mirar la escena como quien la ha visto mil veces. Y yo también, la verdad. Todos estamos acostumbrados a eso: Nathan suelta burradas sobre Alice porque le encanta picar a Jamie, aparte de porque es un salido, y a Jamie le molesta y se pone como un loco. Es lo normal.

Lo que no es normal es que yo haya sentido esas mismas ganas de abalanzarme contra él cuando ha hecho ese comentario de mierda sobre Talya. Con Alice sé que es pura coña: a Nathan le encanta joder a Jamie y todos lo sabemos. Hasta Alice está acostumbrada a sus comentarios, lleva años aguantando sus tonterías y sabe defenderse. De todos modos, con Talya me ha parecido distinto. Es cierto que acaba de conocerla y que la típica

broma de «está buena» le sale sola. Pero, aunque lo haya soltado sin pensar, no me mola ni un pelo que empiece con ella así. Acaba de llegar, no conoce a nadie y ya tiene bastante con adaptarse como para encima tener que aguantar comentarios de ese estilo.

Me excuso mentalmente pensando que tampoco me gusta cuando hace ese tipo de comentarios en general. Que hable de las chicas como si fueran cromos que coleccionar. No me parece. Punto.

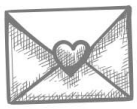
Y no es que yo sea ningún santo. He estado con chicas, claro. Pero nunca me ha molado ese rollo de ir contándolo después como si fueran medallas. Nathan se apunta cada lío en la lista mental de trofeos que lleva en la cabeza y lo suelta a la mínima. Yo no. Si pasa, pasa, y ya está.

Así que, supongo que después de todo lo de hoy, lo último que me apetece es escucharlo soltar esas gilipolleces.

Esas gilipolleces sobre Talya Monroe.

Trece

Talya



No estoy segura de dónde poner las manos. En las rodillas, cruzadas, escondidas en las mangas del jersey. El salón de los Hartley es acogedor y ruidoso a partes iguales: luces cálidas, una alfombra mullida que invita a tumbarse en ella y demasiadas voces a la vez. Siento una tensión rara en los hombros que me entra cuando soy «la nueva» en cualquier sitio y todo el mundo parece saber dónde sentarse, qué bromas entender y qué recuerdos compartir. Me siento un poco fuera de lugar, aunque ya haya estado aquí antes.

Años atrás, cuando Alice me arrastraba con ella después de clase, este salón era casi una extensión de nuestra amistad. Y, aunque la casa ha cambiado, reconozco pedazos casi intactos: la estantería de madera llena de libros que solía pensar que era demasiado alta, pero ahora ya no me lo parece tanto; las fotos enmarcadas en la pared, aunque ahora hay más; y el jarrón enorme junto a la ventana, del que ahora brota una planta tan grande que parece tragarse la luz.

Lo que sí es completamente distinto son esos detalles que gritan que el tiempo ha pasado: las cortinas ya no son las de flores

desteñidas, ahora son lisas y elegantes; los cojines parecen multiplicarse en los dos sofás inmensos color crema; la mesita baja de madera clara está llena de bolsas de patatas a medio abrir; y la enorme televisión de setenta pulgadas que me hace imaginarlos a todos sentados alrededor viendo películas y jugando a videojuegos.

En esta casa todo transmite vida, a diferencia de en la que yo vivo.

Ese pensamiento me hace recordar por qué estoy aquí y que el motivo no es precisamente que mi madre me haya dado permiso. Parpadeo repetidas veces para disipar las lágrimas que amenazan con escaparse y hago todo lo posible por llevar mis pensamientos a otra parte.

A Dylan. Está sentado en el otro sofá, entre Harry y Nathan, con una lata de Tennent's entre los dedos y una expresión que no termino de leer; no es distante y tampoco es invasivo. Está… atento. Lo noto por cómo lo descubro fijando su mirada en mí cada pocos minutos.

Desvío la mirada. ¿Por qué ha hecho todo eso por mí? Ni siquiera tendría que haberse preocupado en un principio. Pero lo ha hecho y he sentido por primera vez en mucho tiempo que alguien se preocupaba realmente por mí. Quiero pensar que solo ha hecho lo que habría hecho por cualquier chica en una situación así. No quiero confundirme ni empezar a pensar o sentir cosas que no debería.

Porque, de verdad: no debería.

Y pienso repetírmelo las veces que haga falta.

En Madrid, antes de que… Bueno, antes de que todo se jodiera, me habría fijado en alguien como Dylan sin ningún tipo de duda. No es que haya tenido nunca un interés enorme en los chicos, lo mío solía ser algo más platónico. Si me fijaba en alguien era en silencio y nunca iba más allá, no me gustaba que fuera más allá. Dylan habría

sido un amor platónico perfecto: atento, amable, guapo, con ese aire seguro de sí mismo que parece hacerle fácil existir en cualquier sitio y con esos ojos que podría mirar durante horas sin aburrirme ni un solo segundo.

El problema es que ahora no soy la misma y no puedo permitirme mirarlo más de la cuenta sin sentir que algo dentro de mí se encoge. No porque no me guste lo que veo, sino porque me asusta. Me asusta demasiado.

Aun así, cuando lo sorprendo de nuevo observándome, hay una parte de mí, una que odia lo rota que estoy, que querría volver a ser aquella chica que lo miraba todo y se permitía imaginar. Me descubro sosteniéndole la mirada un segundo más de lo que debería hasta que Alice, sin saberlo, me rescata lanzándole un cojín a Jamie por algo que ha dicho.

—¿Quieres que te enseñe mi habitación? —me dice, pasando por completo de los comentarios de su hermano—. Han cambiado muchas cosas. Y ya de paso podemos ponernos el pijama.

Claro, si realmente mi madre me hubiera dado permiso para venir a dormir, me habría traído el pijama junto a un par de cosas de aseo. El caso es que ni siquiera me han permitido entrar. Me quedo callada unos segundos más de la cuenta, pensando qué decir para que suene creíble.

Mis ojos recorren la sala, buscando una vía de escape o una mentira piadosa que cuele. Y es entonces cuando me doy cuenta de que Erik está mirando a Alice con un brillo en las pupilas que me deja descolocada. La mira como si para él, en esta habitación llena de ruido, solo existiera ella.

Parpadeo sorprendida por haber pillado ese momento tan íntimo, pero Alice habla justo antes de que pueda inventar algo.

—¿No te has traído pijama? ¡Mejor! Así vamos a juego, tengo un

par a conjunto que te van a encantar. —Sin darme opción a contestar, me coge de la mano como cuando teníamos nueve años y me arrastra escaleras arriba. El tirón es idéntico al de entonces, rápido y lleno de energía, y por un momento me siento como si el tiempo se hubiera plegado sobre sí mismo.

El piso de arriba está tal y como lo recordaba: al subir las escaleras, en la pared que queda justo enfrente, hay tres puertas. La de la izquierda es la habitación de Alice, lo habría reconocido igualmente porque hay un cartel con su nombre pegado en la puerta, rodeado de pegatinas de unicornios y corazones. En el centro está lo que reconozco como el baño, y a la derecha, el cuarto de Jamie. Tampoco me cabe ninguna duda por el cartel gigante con la señal de PELIGRO, NO PASAR en el centro de la puerta. En la pared de la derecha, queda la habitación de sus padres.

Alice empuja la puerta de su habitación y me invita a pasar con la misma emoción que si estuviera enseñándome un lugar nuevo. Pero no lo es. Reconozco la disposición en cuanto cruzo el umbral. La cama sigue pegada a la pared derecha. El escritorio continúa bajo la ventana, y a la izquierda se ubica otra puerta que lleva a un pequeño vestidor. Antes solía ser nuestro sitio favorito cuando jugábamos al escondite.

Lo que sí ha cambiado es el aspecto del mobiliario. La cama, que era de una plaza, ahora es doble. Por otro lado, la colcha ya no es rosa chillón, como recordaba, ahora es blanca con pequeños bordados celestes. El escritorio, antes lleno de cuadernos de dibujo y rotuladores de colores, ahora se divide en dos: un lado funciona como tocador, con un espejo rodeado de frascos y mil productos diferentes; y el otro hace la función que haría cualquier escritorio. Con un tablero de corcho lleno de fotos, entradas y notas que parecen resumir su vida en fragmentos. La pared está ahora pintada

de un suave color gris y hay algunos marcos con fotos sacadas de Pinterest que completan el conjunto.

Todo es familiar y extraño a la vez. Es una habitación bastante más pequeña que la mía, pero se ve infinitamente más grande. Más viva. La mía solo es un lugar de paso, esta es hogar.

—¿Morado o azul? —me pregunta de repente.

—¿Recuerdas mi color favorito? —la reto, alzando una ceja—. Sigue siendo el mismo.

Entonces la veo salir del vestidor con un pijama en cada mano y una sonrisa que ilumina todo el cuarto.

—Entonces, este es para ti. —Me guiña un ojo mientras me tiende el morado—. No me he olvidado.

Le sonrío mientras desdoblo el pijama. Alice se desviste delante de mí y yo dudo en hacer lo mismo. No estoy acostumbrada a este tipo de confianza. Pero decido darme la vuelta y cambiarme rápidamente.

Es de un algodón grueso y suave, de un tono lila apagado con pequeños estampados de estrellitas blancas. El pantalón es largo y suelto, con un cordón en la cintura del mismo color que el pijama de Alice. Cuando vuelvo a mirarla, me fijo en que el suyo, azul cielo, tiene exactamente el mismo diseño, solo que el cordón es lila.

—Me encanta que vayamos a juego. —Termino de pasar los brazos por las mangas.

—Tía, te queda ideal.

Mi amiga de la infancia me escudriña de arriba abajo con una sonrisa que me hace ruborizarme un poco.

—Lo dices porque es tuyo.

—Lo digo porque es verdad. —Se deja caer en la cama de golpe, lo que causa que el colchón rebote—. Además, ¿te imaginas a Jamie entrando ahora y viéndonos iguales? Se moriría de la risa.

Lanzo una carcajada suave al pensar en Jamie soltando cualquiera de sus bromas.

—Ya veo que no ha cambiado nada, ¿eh? —Me acomodo en la cama junto a ella.

Alice pone los ojos en blanco.

—Sigue igual de payaso que siempre. Aunque ahora se cree gracioso de verdad, no solo con mamá.

—A mí me parece gracioso de verdad —digo, mordiéndome los labios en un gesto divertido, disculpándome por reconocerlo.

—Tú dale tiempo y verás. —Coge un cojín en forma de corazón con la frase «I love you» en el centro y lo abraza—. Vale, necesito que nos pongamos al día ahora de verdad. Cuéntamelo todo. ¿Qué tal por Madrid?

—Madrid es… grande —respondo con una sonrisa que no termina de llegarme a los ojos.

—¿Grande? —Enarca una ceja, divertida—. ¿Eso es todo lo que tienes para contar de una ciudad en la que has vivido seis años?

—Bueno, también hay mucho tráfico y gente que anda con prisa. Y es bonito. Es una ciudad muy bonita.

Alice se ríe ante mi descripción sobre la ciudad.

—Vale, gracias por el folleto turístico —la ironía le sale por los poros—, pero sabes que no me refiero a eso.

—Entonces ¿a qué?

—Pues a ti. —Se incorpora un poco, apoyándose en un codo—. ¿Cómo te ha ido? ¿Hiciste amigas? ¿Algún profesor insoportable? Venga va, dame carnaza.

Me tenso. Alice espera historias de adolescentes normales, no imagina que mis recuerdos en Madrid son un campo minado que prefiero no pisar. Si le contara la verdad, las traiciones y el miedo, esa sonrisa expectante se borraría de golpe.

Y no quiero eso. No quiero ser la víctima otra vez.

—Hubo un poco de todo. —De repente, la manga del pijama se vuelve muy interesante para evadir su pregunta—. Algunas amigas, aunque ya casi no hablo con ellas. Los profesores bien…, la mayoría. Nada fuera de lo normal.

—Ajá. —Me observa con media sonrisa, intentando leer entre líneas—. Y seguro que también hubo algún chico…

Me río por lo bajo y niego con la cabeza.

La risa es mi único escudo, porque si dejo de reír, igual me pongo a llorar. El nombre de Óscar todavía escuece como una herida infectada. Fue el error más doloroso de mi vida. Porque fui yo quien dejó que aquello ocurriera. Ahora es solo un motivo más para que confiar sea tan complicado.

—Siempre con lo mismo.

—¡Qué! Es información básica —se defiende—. No me creo que no te haya gustado nadie en seis años.

—Sí, bueno, pero nada importante —me encojo de hombros—, de verdad. No hay nadie en Madrid esperando a que vuelva.

Ese pensamiento hace que se me encoja el pecho.

Alice me lanza una mirada de esas que dicen: «Me estás ocultando la mejor parte». Aun así, decide dejarlo pasar.

—Ya te sacaré la información poco a poco. —Me guiña un ojo.

—¿Y tú qué? —Adopto su papel de detective y la señalo con la barbilla.

—¿Yo? Pues… —Mira hacia la puerta, como si temiera que alguien estuviera escuchando, y se inclina un poco hacia mí—. En verano, Erik y yo…

Me incorporo de golpe, casi atragantándome con las palabras que estoy pronunciando.

—¿Erik? ¿El mismo Erik que está sentado en tu sofá ahora

mismo?

—Sí, ese Erik. —Se lleva un dedo a los labios en señal de silencio y abre mucho los ojos, como si fuera un secreto de Estado—. Baja la voz, Jamie no lo sabe.

—Pero ¿estáis juntos?

—¡No! —responde enseguida—. Solo fue un besito de nada, sin importancia alguna.

—¿Un besito de nada? No existe tal cosa, Alice Hartley.

—Claro que existe. Fue… una tontería. Ya sabes, calor, verano, aburrimiento…

—Ajá. —Cruzo los brazos como si la estuviera interrogando—. Y entonces ¿por qué bajas la voz cuando lo cuentas?

Alice se tapa la cara con el cojín en forma de corazón y suelta una risa ahogada.

—Porque, si Jamie se entera, me lo va a recordar todos los días de mi vida. Y paso. —Se destapa un poco y me mira con los ojos entrecerrados—. Además, a Erik no le intereso en absoluto.

—Pero él a ti sí.

—¡Que no! —Desvía la mirada a un lado, pensativa—. A ver, es guapo, es evidente. Pero nos conocemos desde pequeños y sería… raro.

—¿Y eso es un problema? —pregunto retórica, porque realmente no me parece ningún problema—. Además, ahora que lo dices…, ya entiendo por qué no te quita el ojo de encima.

Me lanza el cojín a la cara y yo suelto una carcajada.

—Él mira así a todo el mundo, no me mira de ninguna forma especial.

—Te estás haciendo la tonta —digo para picarla—. Te gusta, te gusta mucho.

—Talya Monroe, estás empezando a hacer que me arrepienta de

haberte contado nada. —Se tapa la cara con las manos—. ¡Bueno! Ya que nos ponemos así… Dylan y tú, ¿qué?

Ahora soy yo la que abraza el cojín contra el pecho.

—Es buen chico, ¿no? Me ha… a-ayudado. —Me escucho a mí misma tartamudear un poco—. Ya sabes, con lo de venir a recogerme y lo de convencer a mi… a mi madre.

—Sí, Dylan es buen tío. A veces se hace el duro de más. Pero se puede confiar en él.

—¿Sí?

Intento sonar desinteresada, aunque noto que me traiciona la voz.

—Créeme, lo conozco de sobra. —Se deja caer de espaldas sobre la cama, con el pelo extendiéndose sobre la almohada—. Lleva casi seis años sin despegarse de Jamie ni un solo segundo. Desde que entraron al instituto.

—Y… ¿con las chicas?

Me sale sin pensar, no sé por qué lo he hecho. Es algo que no me importa en absoluto.

—La última fue Emma Blackwood. Bueno, eso ya te lo contó Noa el otro día en el comedor. —Alice se incorpora un poco, como si la sola mención del nombre requiriera énfasis—. Ni siquiera estoy segura de que lo hayan dejado del todo. Y, si soy totalmente sincera, no le pega nada a Dylan. Aparte de que ambos son conocidos en todo el Evercrest, no se parecen en nada.

—¿Y cómo es? —pregunto demasiado deprisa. Aclaro la garganta e intento sonar casual—. Me refiero… ¿cómo es que estaban juntos?

—Pues porque Emma siempre consigue lo que quiere —responde como si fuera la cosa más obvia del mundo—. Y Dylan se le metió entre ceja y ceja. Y supongo que él vio a una tía guapa y pensó: «Vale, ¿por qué no?». No le veo otra explicación.

Asiento. Mis dedos aprietan el cojín con fuerza, como si necesitara algo donde anclarme. No sé por qué imaginar a Dylan con esa rubia perfecta que me mostraron el otro día en el comedor me revuelve el estómago de alguna forma.

—¿Te gusta Dylan? —Alice entrecierra los ojos con picardía antes de soltar una carcajada—. ¡Te gusta Dylan! —añade, dándome un pequeño empujón con el pie.

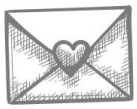
—¡No! —exclamo enseguida, quizá demasiado alto. Me escondo un poco más tras el cojín, como si pudiera taparme con él—. Estoy intentando enterarme de las relaciones del grupo.

—Ajá, claro. —Alice estira las palabras con una sonrisa socarrona, pero al final levanta las manos como si se rindiera—. Si dices que no, te creo. Pero, Talya Monroe —me señala con el dedo, acusándome—, si no soy la primera en enterarme cuando de verdad empiece a gustarte, tendremos problemas.

Pongo los ojos en blanco, fingiendo que no me afecta, aunque el calor me sube a las mejillas. Ojalá pudiera asegurarle con la misma convicción que ese momento no va a llegar, pero ni yo misma estoy segura de creerlo.

Catorce

Talya



Jamie levanta las manos como si acabara de marcar un gol en plena final.

—¡He ganado, pringados! —anuncia, tirando el mando al sofá.

Alice y yo acabamos de entrar al salón después de estar casi una hora en su cuarto poniéndonos al día y no tardo en descubrir que el motivo de tanto escándalo es Jamie celebrando su victoria a la consola, mientras Dylan, su único rival en la partida, lo observa con el mando sobre las rodillas.

—Jamie, te has dado cuenta de que has ganado porque estabas jugando solo, ¿verdad? —le dice Dylan con calma, como si ya conociera la respuesta.

—¿Qué? —pregunta indignadísimo, mirando a los chicos—. ¿Por qué no me habéis avisado?

—Te he dicho que me había quedado sin batería —responde Dylan, agitando el mando apagado—. Y te ha dado completamente igual. ¿No has visto que mi equipo no se movía?

Jamie busca un modo de defender su nada merecida victoria.

—¡Excusas! En realidad, has preferido dejarte ganar porque

sabes que es una derrota menos humillante para ti.

Esto despierta las risas de sus demás amigos, que no parecen estar de acuerdo con él.

—Jamie, te quiero, tío —dice Dylan, poniéndole las manos en los hombros—. Pero me alegra que tus dotes en el campo no se parezcan en nada a las de la consola —termina con una media sonrisa que suena a burla cariñosa.

Harry suelta una carcajada tan fuerte que casi tira el bol de palomitas que tiene en la mano y Erik asiente a modo de «menos mal», agradeciendo que Jamie no sea tan malo en la vida real.

Alice se deja caer en el hueco libre del sofá, entre Dylan y Erik. Yo dudo un segundo, hasta que Dylan se aparta un poco para hacerme sitio. Me siento entre él y Alice, incómoda al principio, pero la calidez del ambiente termina envolviéndome sin darme cuenta.

—¿Os habéis puesto pijamas a juego? —pregunta Jamie, alternando la mirada entre Alice y yo.

—¿A que estamos monísimas?

Alice se levanta y da una vuelta sobre sí misma, para luego volver a sentarse donde estaba.

—Parecéis las gemelas de *El resplandor* —comenta Harry sin filtro, con la boca llena de palomitas—. Talya, no te lo tomes a mal.

Me río del comentario porque, en parte, lleva razón.

—Sí, pero en versión menos terror y más revista para adultos —añade Nathan con una sonrisa ladeada.

—Eres un cerdo. —Alice responde con una naturalidad que deja claro que ya está acostumbrada a ese tipo de comentarios y remata la frase enseñándole el dedo corazón con una sonrisa inocente.

Yo, en cambio, noto que la incomodidad me atraviesa el estómago. No es que me sorprenda lo que ha dicho, parece una broma común que forma parte de su papel en el grupo. Pero me

pesa más de lo que debería. Me dan ganas de subir, volver a ponerme mi ropa y dejar de llamar la atención. Aprieto los labios y me obligo a sonreír como si no pasara nada.

Erik me saca del estupor al levantarse del sofá con demasiada energía.

—Vale, como nueva integrante del grupo, te toca hacer los honores de elegir el sabor de la pizza —me explica mientras me pasa un menú de una pizzería llamada Fornetto's, con el logo medio arrugado por las veces que lo habrán usado.

—¿Yo?

Sujeto el papel, incrédula, y miro a Alice en busca de ayuda.

—Tú, sí —responde Dylan, centrando toda su atención en mí.

—Presión máxima, Monroe —añade Jamie, inclinándose hacia mí —. Ten en cuenta que de tu decisión depende nuestra cena y, posiblemente, la amistad de este grupo.

Trago saliva. Sé que lo dice en broma, veo la chispa divertida en sus ojos, pero mi estómago se encoge igual. Es el problema de sentirte una intrusa, cualquier tontería se convierte en una prueba final. ¿Y si escojo mal y eso realmente afecta a mi relación con el grupo?

Es estúpido, lo sé, pero el miedo a no encajar es más rápido que mi sentido común.

—No seas dramático. —Nathan le tira una palomita que rebota en su camiseta—. Pide barbacoa, Talya, siempre pedimos barbacoa.

—No, no, no. —Harry se incorpora en el sofá—. Barbacoa otra vez no. Cuatro quesos es un acierto seguro.

Mejor que elijan ellos.

—¿Hawaiana? —propone Jamie.

—Jamie, eres un tío raro de cojones —contesta Dylan—. A nadie le gusta la pizza con piña, joder.

—La pizza hawaiana es el claro ejemplo de innovación culinaria —defiende con una seriedad exagerada—. El problema es vuestro, que tenéis un paladar poco desarrollado.

Todos lo miran con el ceño fruncido, como si acabara de soltar la mayor estupidez de la historia de la gastronomía.

—Venga, Talya. —Dylan me propina un leve codazo—. Sálvanos de esta locura y elige tú.

Todos se giran hacia mí a la vez, expectantes. El menú en mis manos empieza a pesar y noto cómo me sudan un poco las palmas. Parece que estoy a punto de tomar una decisión de vida o muerte.

Y para mi ansiedad, lo es.

Necesito una zona neutral, una respuesta que mantenga el equilibrio y me permita seguir siendo invisiblemente aceptada.

—Vale… —Me muerdo el labio, pensativa, mientras repaso las opciones—. ¿Mitad queso y mitad barbacoa? Así todos estamos contentos.

Un silencio breve, seguido de un murmullo colectivo que aprueba la decisión.

—Estáis ignorando la revolución que supondría la hawaiana —protesta Jamie, aunque nadie le hace caso.

En ese momento, Dylan se inclina hacia mi oído, para que solo yo lo escuche.

—Me parece la mejor idea que hemos escuchado en toda la noche.

Le sonrío y siento que me suben los colores. Sé que es una tontería de decisión sobre el sabor de la pizza, pero me hace sentir integrada. Como si, de repente, no fuera la invitada que acaba de llegar, ni la chica que no sabe dónde meter las manos en una sala llena de voces. Por un segundo, siento que llevo años aquí y que mi opinión cuenta igual que la de todos. Siento, por primera vez desde

que llegué a Edimburgo, que pertenezco a algo.

Aunque, por otro lado, sé que esta sensación va a terminar en cuanto cruce la puerta de casa de mis tíos.

Vamos en el coche. El olor a orégano y masa caliente inunda el espacio, aunque las cajas están en el asiento de atrás. Fuera chispea, de ese modo fino que no parece lluvia, pero empaña las farolas y les deja un halo turbio. El parabrisas va y viene marcando un ritmo cansado. Él conduce con una mano y, con la otra, juguetea con el dial de la radio.

—El reparto a domicilio tardaba un siglo —dice, sin apartar los ojos de la carretera—. Mejor haber ido nosotros a recogerlas.

Asiento. Tengo las manos entre las piernas para que no me delaten. El cinturón me roza justo por la clavícula.

—¿Tienes frío? —pregunta.

—Un poco.

Sube la calefacción y el ventilador sopla una brisa tibia. En la radio suena una canción suave que no consigo reconocer. El limpiaparabrisas avanza.

Retrocede.

Avanza.

Retrocede.

Avanza.

Retrocede.

Pasamos un semáforo justo en el instante en que cambia a rojo. Me estremezco por si tenemos un accidente, aunque no hay más coches. La carretera está vacía. Él sonríe.

—Tranquila, lo tengo todo controlado.

El corazón me golpea tan fuerte que me cuesta respirar. El aire

se me atasca en la garganta y me arden las manos. La radio se acopla un segundo y la voz del cantante se entrecorta, como si la emisora perdiera señal. La música vuelve, pero la misma estrofa se repite dos veces seguidas.

Me humedezco los labios.

—¿Puedo bajar un poco la ventanilla? —pregunto.

—Claro, pero te vas a helar.

Aun así, busco el botón. El cristal desciende dos centímetros y entra un aire frío y cortante, con olor a asfalto mojado. Respiro hondo. El coche gira a la izquierda. La calle no me suena en absoluto. «¿Estamos volviendo a casa de Alice?», me pregunto. Las fachadas se repiten, idénticas, como si diéramos vueltas a la misma manzana.

Parpadeo, pero el cristal empañado no aclara nada.

Me digo que es la lluvia, que lo deforma todo.

El cinturón se me clava un poco más.

¿Estaba así de apretado hace un minuto?

Paso los dedos por la cinta y lo separo del pecho.

—Tranquila —repite bajito.

Asiento, aunque él no me esté mirando.

—¿Falta mucho?

No contesta. La radio se apaga de golpe, o eso me parece. Y el coche frena frente a una casa que no reconozco.

—¿Dónde estamos? —pregunto, mirando por la ventana.

Noto un roce en la mejilla. Me pasa un mechón por detrás de la oreja. Está más cerca que hace un segundo.

¿Por qué está tan cerca?

De repente no veo nada, todo está algo borroso.

¿Qué está haciendo?

¿Está aún más cerca?

—Oye, para. Tenemos que volver.

Tengo que salir de aquí.

Intento abrir la puerta. La manilla está fría y no se mueve. Vuelvo a intentarlo, pero no funciona.

No puedo salir de aquí.

—Para, de verdad, tienes que parar.

Pero no se detiene, está tan cerca que puedo sentir su respiración en mi cuello. Su mano resbala por mi brazo, atrapándome.

—Por favor, déjame —suplico—. No puedo respirar.

—Te he dicho que estés tranquila.

Su rostro está tan cerca que ya no lo reconozco. La sonrisa cambia, se estira demasiado y forma una mueca extraña. En ese instante todo se vuelve negro.

Me incorporo de golpe en la cama, con un grito ahogado en la garganta y el pijama pegado a la piel. Tardo unos segundos en recordar dónde estoy: la habitación de Alice, oscura y tranquila. Ella respira hondo a mi lado, ajena a lo que acaba de pasar.

Miro el teléfono: las 05.28.

Me paso una mano temblorosa por la frente, empapada en sudor. El corazón me late desbocado, como si todavía estuviera encerrada en ese coche. Me doy cuenta de que también estoy llorando: las lágrimas me corren por las sienes y han empapado la almohada. Me las seco con la manga del pijama, intentando borrarlas, como si al hacerlo pudiera borrar también las pesadillas.

No es la primera vez que las tengo, pero nunca termino de acostumbrarme. Son tan reales… No siempre son iguales, pero siempre me encierran en el mismo bucle: un espacio del que no

puedo escapar y una voz que promete calma mientras me roba el aire de los pulmones.

La ansiedad me recorre de arriba abajo y siento que, si me quedo aquí, el cuarto entero va a derrumbarse sobre mí. Necesito tomar el aire, no puedo quedarme aquí.

Con cuidado de no despertar a Alice, aparto las sábanas y me pongo de pie. Camino de puntillas hacia la puerta, intentando no hacer ruido.

El pasillo está oscuro y en silencio, salvo por el crujido de la madera que parece delatar cada uno de mis pasos. Bajo las escaleras sujetándome a la barandilla para no temblar más de la cuenta.

Al llegar al salón, la televisión está encendida, con el volumen muy bajo e iluminando la estancia con reflejos azulados. Distingo a Dylan dormido en el sofá, con una manta enredada a medias sobre las piernas. La cabeza ladeada, el pelo despeinado y una calma en el rostro que contrasta demasiado con el caos en mi pecho.

¿Qué hace aquí? Se suponía que solo yo me quedaba a dormir en casa de Alice y Jamie.

Por un instante, me quedo quieta, sintiendo que me he colado en un lugar que no debería. El eco de la pesadilla me susurra que vuelva arriba y cierre los ojos hasta que amanezca.

Pero mis pies se mueven igual, empujándome hacia la cocina. Necesito agua, algo frío que me devuelva al presente.

Entro en mi destino con pasos rápidos, casi conteniendo la respiración y sin hacer ruido. Tampoco enciendo la luz para no despertar a Dylan.

Abro el mueble de arriba del fregadero, intuyo que los vasos deben de estar ahí.

Y acierto.

Cojo uno y lo lleno con agua del grifo. Por suerte está fría, pero mi garganta tarda en aceptarla. Aún puedo sentir el peso del cinturón sobre mi pecho. Apoyo ambas palmas sobre la encimera, inclinándome hacia delante. Y respiro.

Una.

Dos.

Tres veces.

Con el dorso de la mano me limpio disimuladamente otra lágrima que se había quedado atrapada en mi mejilla. Es justo en ese instante cuando escucho una voz:

—¿Talya?

La voz llega desde la puerta, algo ronca del sueño. Me giro sobresaltada y Dylan está ahí. Se frota los ojos con el puño, como si tuviera cinco años.

El brillo azul de la tele se cuela por detrás de él y lo envuelve en una atmósfera casi irreal.

—Lo siento —me apresuro a decir con la mirada baja—, no quería despertarte.

—No pasa nada. —Avanza un par de pasos y se apoya en la encimera, justo enfrente de mí—. Nos hemos puesto una serie y me he quedado frito. El idiota de Jamie me ha dejado ahí, tendría que haberme ido a casa. ¿Estás bien?

—Sí —me sale demasiado rápido y agudo. Me aclaro la garganta y sigo hablando—. No podía dormir y… tenía sed.

Balanceo el vaso medio vacío en la mano y doy un trago para terminarlo. En cambio, él ladea la cabeza, como si evaluara mis palabras. Se acerca hasta quedar a unos centímetros de mí y, a pesar de mi metro casi setenta, tengo que levantar la cabeza para mirarlo a los ojos. Le sostengo la mirada más tiempo de lo normal porque, por algún motivo, no puedo apartarla. Y, justo cuando un

nudo empieza a apretarme el estómago, alza un brazo sobre mí para abrir el armario de los vasos y agarrar uno.

El movimiento es tan natural que ni siquiera parece reparar en lo cerca que está, pero yo sí. Puedo notar el calor de su brazo que casi roza mi hombro y me envuelve su aroma. Ya no es la colonia intensa de antes, sino algo más sutil y personal: una mezcla de jabón, madera de sándalo y el calor de su propia piel.

Dylan huele muy bien.

Trago saliva y me pellizco el borde de la manga, obligándome a mirar hacia otro lado.

—Yo también tengo sed —dice mientras llena su vaso con calma.

Después vuelve a apoyarse en la encimera a pocos centímetros de mí y bebe un trago desde la distancia, para observarme por encima del borde del recipiente de cristal. Aunque no puedo comprobarlo del todo bien. La cocina está a oscuras, excepto por la luz tenue que llega del salón.

El corazón me va a mil por hora y no sabría decir si la culpa es de las pesadillas o de tener a Dylan tan cerca.

Está verdaderamente cerca.

Y madre mía.

¿Es posible que alguien se despierte así, despeinado, y a pesar de eso esté tan perfecto?

No me he mirado al espejo, pero podría asegurar que mis pintas ahora mismo dan miedo.

En cambio, él… está tal y como lo estaría alguien que lleva despierto toda la mañana después de haber descansado sus buenas ocho horas.

Se pasa una mano por el pelo, despeinándoselo aún más, y yo tengo que apartar la vista antes de que note que lo estoy mirando demasiado.

—Entonces… —empiezo a decir, sin saber muy bien cómo continuar, pero estoy nerviosa y necesito decir algo—. ¿Te vas a ir a casa?

—Debería irme a casa —responde, aún con la vista clavada en mí—. ¿Tú quieres que me vaya?

—¿Yo? No… —titubeo—. Bueno, puedes quedarte. A mí no me molestas y… no creo que a Jamie le molestes tampoco. Sois mejores amigos, ¿no?

Las palabras me salen atropelladas, como si mi propia boca estuviera intentando rellenar el silencio.

Ni siquiera estoy segura de lo que estoy diciendo.

¿Quiero que se vaya?

Mierda.

Creo que, por alguna extraña razón, no quiero que se vaya. Su presencia debería incomodarme, pero en lugar de eso me tranquiliza. Y eso no tiene ningún sentido.

Definitivamente, estoy perdiendo la cabeza. De verdad, todo lo que ha pasado en los últimos meses… ha hecho que pierda completamente la cabeza.

Conozco a Dylan Ashmore desde hace… ¿Cuánto? ¿Cinco días?

—Sí, es mi mejor amigo —responde con un leve encogimiento de hombros—. ¿Tú vas a irte a la cama? Aún es muy temprano.

La imagen de la pesadilla vuelve y me oprime el pecho. Aun así, intento que no se me note.

—Sí, es temprano. Pero ya no tengo sueño. Esperaré a que se haga de día y veré si mis tíos… —Abro mucho los ojos ante mi metedura de pata, demasiado tarde—. Quiero decir, mis padres… deciden responder a mis llamadas.

—¿Tus tíos?

—He dicho mis padres.

—Pero antes has dicho tus tíos…

—Me he equivocado. —Agacho la cabeza y aprieto el vaso, como si pudiera esconderme en él—. Quería decir mis padres.

—Aún no te han dicho nada —no pregunta, afirma. Baja un poco el volumen y noto un filo de ira que no va dirigida a mí, sino a ellos —: ¿Saben acaso dónde estás?

El nudo en mi garganta se hace más fuerte. Aprieto los labios y paso el pulgar por el borde del vaso, una y otra vez, para evitar mirarlo a la cara.

No saben dónde estoy.

Y ni siquiera han llamado para preguntarme si estoy bien.

¿Se habrán acordado siquiera de que existo?

¿De verdad no les importo en absoluto?

Suspiro y me giro, dándole la espalda a Dylan. Abro el grifo y empiezo a enjuagar el vaso con movimientos mecánicos; el agua disimula el ruido de mis propios pensamientos.

—Claro que no. —Oigo su voz por detrás—. Tampoco se han preocupado por eso, ¿no? Su hija podría estar en cualquier parte, sola, y aun así han decidido pasar del tema porque prefieren hacerse los importantes con castigos de mierda. —Su voz sube de nuevo, sin poder contenerse—. ¿Qué cojones les pasa?

Me quedo quieta mientras el agua sigue corriendo en el fregadero. Cuando por fin me atrevo a girarme, Dylan está tan cerca que no me da margen para escapar con la mirada. Lo miro y siento que mis ojos se empañan antes de que pueda controlarlo. Una lágrima se escapa y me arde en la mejilla.

—Talya… —Mueve la mano hacia mí con cuidado, pero lo aparto justo antes de que llegue a tocarme.

—No. No me toques. Deja de fingir que te preocupas por mí. —La voz me tiembla más de lo que debería, pero intento sonar firme

—. Deja de meterte en mi vida y déjame en paz. No nos conocemos y no tienes ni idea de absolutamente nada.

Cierro el grifo de golpe y salgo de la cocina sin mirarlo.

Todo esto ha sido una mala idea. Entraré al cuarto de Alice y me quedaré ahí hasta que alguien decida responder a mis llamadas.

Oigo sus pasos detrás de mí y, cuando pongo un pie en la escalera, su voz me llama.

—Talya, espera.

Acelero el paso todo lo posible, pero sin hacer ruido.

—¡Talya! —repite ahora más fuerte.

No me detengo, me aferro a la barandilla y subo los peldaños de dos en dos, intentando tragarme las lágrimas.

Entro en la habitación despacio y me dejo caer en la cama, tapándome hasta la cabeza. Como si pudiera desaparecer. Pero lo único que consigo es quedarme a solas con el eco de su voz martilleándome desde dentro.

Quince

Dylan



He metido la pata hasta el fondo, a ver quién me manda meterme en su vida, joder. No debería haberla presionado, si es que ya lo sabía… Pero aun así lo hice y ella se fue. Aunque la llamé para disculparme, me ignoró y yo me quedé con cara de imbécil, que es lo que soy.

A partir de ahora, y como llevaba haciendo hasta hace cinco días, voy a mantenerme alejado de esa chica. Al fin y al cabo, antes de que llegara al instituto ni siquiera sabía de su existencia.

«Deja de meterte en mi vida y déjame en paz. No nos conocemos y no tienes ni idea de absolutamente nada». Lleva razón.

No tiene sentido quedarme aquí después de lo que ha pasado, así que salgo cagando leches de la casa después de que Talya se encierre en el cuarto de Alice.

Cojo el coche y me dirijo a casa. Espero un par de segundos hasta apagar el motor. Siendo la hora que es, comeré algo y después iré a entrenar un rato.

La puerta de casa se resiste como siempre. Tengo que empujar dos veces hasta que la madera cede con un crujido que retumba

demasiado alto para lo pronto que es. Hago una mueca y me cuelo rápido, esperando que nadie se despierte. Aún no ha amanecido y quedarán un par de horas hasta que lo haga.

El recibidor está en penumbra; aun así, me doy cuenta de que él está ahí, esperándome como si llevara toda la noche de guardia.

—Hola, Gary —susurro mientras coloco las llaves en el cuenco de madera de la entrada.

Él se estira sobre la alfombra, me dedica un maullido ronco que suena más a reproche que a saludo y me roza la pierna con la cola levantada. Siempre hace lo mismo, da igual a la hora que llegue: Gary está ahí, esperándome.

Me agacho para rascarle la cabeza y empieza a ronronear al instante, traicionando toda esa pose de tipo duro que se gasta. Yo tampoco soy mejor, en realidad confío más en este gato que en la mayoría de las personas que conozco.

Lo encontramos junto a sus cuatro hermanos recién nacidos en una caja de cartón frente a la entrada del parque al que siempre iba. Yo tenía diez años y nunca antes había tenido una mascota. Eran enanos y de pelaje negro. Ese día, los cinco chillaban como locos, con los ojos cerrados todavía. Mamá me dijo que no podíamos quedarnos a ninguno, pero me aferré a esa caja como si dentro llevara un verdadero tesoro. Estaba decidido: quería quedarme con ellos. Y al final cedió, aunque dejó claro que sería solo «hasta que encontraran familia».

Siete años después, Gary sigue aquí. Más bien, creo que fue él mismo quien decidió que nosotros seríamos su familia. Mientras los otros cuatro detestaban el contacto humano, Gary lo ansiaba. Se enganchaba a mí como una lapa, se subía a mi cama, aunque lo echara diez veces, y maullaba detrás de la puerta si me encerraba. Supongo que, de alguna forma, él me adoptó a mí. Dicen que los

gatos negros, como Gary, dan mala suerte. Pero, desde que está conmigo, me considero la persona más afortunada del mundo.

Por suerte, sus hermanos no tardaron en encontrar dueños. Una vecina se quedó con uno y los otros acabaron en casas de amigos del colegio.

Gary me sigue hasta la cocina, maullando como si llevara días sin comer. Su plato está medio lleno, pero eso le da igual: quiere comida nueva.

Abro un sobre y el olor me revuelve el estómago mientras se lo pongo en su cuenco. Pero él lo celebra como si le hubiera servido un festín de cinco estrellas. Mientras devora, me apoyo contra la encimera y lo observo.

Cada pocos segundos, me devuelve la mirada. Clavándome esos ojos redondos y brillantes de un amarillo casi dorado que, sin querer, me recuerdan un poco a los de Talya.

Joder, lo que me faltaba.

Abro la nevera y saco lo primero que pillo: un plátano y un yogur. No tengo ganas de nada, pero necesito algo en el estómago si no quiero caerme redondo en mitad del entrenamiento. Gary me observa como si esperara que también le ofreciera a él.

—Ni lo sueñes —le digo con la boca llena—. Ahí tienes tu comida.

Me contesta con un maullido y se tumba en el suelo, lamiéndose una pata como si fuera el rey de la casa. Mejor dicho, es que es el rey de la casa

Cuando termino, tiro la piel de plátano y el recipiente del yogur a la basura. Después, subo las escaleras con cuidado. Intento no hacer mucho ruido para no despertar a Elsie, que duerme en la habitación de al lado. Por suerte, mi madre y Richard ocupan el dormitorio del final del pasillo, así que están a salvo de mis ruidos, pero con mi

hermana es distinto.

Tiene cuatro años y un don para aparecer en mi cuarto justo cuando menos me lo espero, siempre con el pelo despeinado y su peluche bajo el brazo.

Me pongo la ropa de entrenamiento casi a oscuras y, cuando estoy vestido, salgo con las botas colgando de una mano. Hoy no hay entrenamiento con el equipo, pero me da igual. Necesito moverme, vaciar la cabeza a base de correr hasta que me ardan los pulmones.

La calle sigue desierta cuando arranco de nuevo y, en menos de diez minutos, aparco frente a las verjas del Evercrest. El instituto entero duerme, pero el entrenador me dio la llave del campo para que entrene cuando me apetezca. Supongo que no se imaginaba que acabaría viniendo a todas horas.

Empecé a jugar al fútbol a los cinco años. Ni siquiera era porque me gustara al principio, sino más bien porque mi madre necesitaba que me cansara de alguna forma. Siempre estaba corriendo de un lado a otro, trepando a cualquier cosa que pareciera mínimamente escalable y volviendo a casa lleno de barro y heridas. Según ella, era «un culo inquieto» y necesitaba algo donde gastar mi energía.

Recuerdo el primer día como si fuera ayer. Mamá me compró unas botas que me quedaban grandes, para que pudiera usarlas durante más tiempo. Me acuerdo de estar más pendiente de no tropezar que de seguir la pelota.

Ese mismo día, marqué un gol de rebote, casi metiéndome dentro de la portería, y todos los niños se me echaron encima como si hubiera salvado una final de la Champions.

Fue la primera vez que sentí que valía para algo.

Empecé a obsesionarme. Quería ver todos los partidos, aprenderme el nombre de todos los jugadores de la Scottish

Premiership y copiar los regates de cualquiera que me pareciera mínimamente bueno. Mi madre me encontraba practicando en el pasillo, dándole toques a la pelota hasta que acababa rompiendo algo. Al final tuvo que prohibirme jugar dentro porque me cargué todos los marcos de fotos que había por casa.

Con el tiempo, el campo dejó de ser solo un sitio para soltar energía. Se convirtió en mi refugio. Ahí todo tiene reglas: corres, pasas, fallas o aciertas. Un balón y once tíos con un mismo objetivo: ganar.

Ahora, casi trece años después, lo sigo necesitando. El fútbol ya no es solo un juego: es mi forma de ordenar la cabeza cuando todo lo demás parece un puto desastre. Ahora ya no me lo tomo a la ligera, esto ya va en serio.

Jugué en un club local desde los siete y de ahí pasé a un equipo regional que me exigía más: entrenamientos duros y viajar de vez en cuando. Entonces entendí que no bastaba con tener talento, había que currárselo. Cuando entré en el Evercrest, ya tenía ese rodaje.

El Evercrest no es cualquier instituto. Su equipo tiene bastante renombre y compite contra otros equipos importantes. Algunos lo ven como un simple hobby, pero los que queremos algo más nos lo tomamos en serio.

Mientras que Jamie es delantero, y Erik, lateral derecho, yo juego de mediocentro ofensivo. Es la posición que mejor me va porque se me da bien dirigir a los demás: saber dónde está cada uno, a dónde va a correr, qué hueco va a quedar libre antes de que se abra. Básicamente, mi objetivo en el campo es hacer que la jugada funcione, que el balón llegue en el momento justo a quien tiene que marcar.

No me llevo el mérito del gol, pero casi siempre la jugada empieza conmigo.

Eso no significa que no marque. También me toca llegar desde atrás y rematar. A veces soy yo el que define, otras, el que da el último pase. Me da igual mientras el balón acabe dentro. Pero lo que de verdad disfruto es saber que, si el gol ha entrado, es porque yo lo vi antes que nadie.

No voy a ir de sobrado, pero sé lo que valgo: cuando el balón está en mis pies, todos esperan que haga algo con él. Y la mayoría de las veces lo hago.

Recorro las instalaciones vacías del Evercrest y me siento en el banquillo, me ato las botas con fuerza y salgo corriendo hacia el centro del campo. El aire helado me corta los pulmones, pero aprieto más. Corro, chuto, vuelvo a correr. La pelota golpea la red una y otra vez.

El sudor me resbala por la frente y la camiseta se me empieza a pegar al cuerpo. Las piernas me queman y los pulmones me arden, pero no paro. Necesito reventarme aquí antes de que la cabeza me explote.

Es la única forma de apagar el ruido. Dejar de darle vueltas a la mirada de pánico de Talya, a mi torpeza, a la sensación de haberlo estropeado todo antes incluso de empezar.

Después de casi una hora haciendo todo tipo de movimientos con el balón, me acerco a mi mochila para beber agua y, al hurgar dentro, siento el móvil vibrar.

Es un mensaje de mamá:

¿Ya estás otra vez entrenando a estas horas?

Sonrío de lado, todavía jadeando. Mamá nunca entiende por qué necesito tanto esto. Para ella el fútbol nunca dejó de ser un pasatiempo. Cree que me lo tomo demasiado en serio y que solo me

sirve para presionarme en exceso.

Richard sí lo entiende.

Desde que apareció en nuestra vida, cuando yo tenía once años, fue como si alguien encajara las piezas que faltaban en el puzle. Con él todo se hizo más estable, más fácil. Luego llegó Elsie y todo terminó de tener sentido.

Estoy en casa de Jamie, llego en un rato.

Decido mentirle para que deje de darme la vara de una vez.

Dylan James Ashmore, no me mientas.
He visto que tu bolsa de entrenamiento
no está en tu habitación.

Me ha pillado.

Vale, sí. Estoy aquí, pero ya he terminado, te veo ahora.

—¿Tanto te cuesta enviarme un mensaje para avisarme de que vas a pasar la noche fuera? —me reprende mi madre con los brazos cruzados en cuanto entro por la puerta.

—Fue sin querer, nos quedamos dormidos viendo una película. —Dejo caer la bolsa en el suelo y me acerco a ella.

—Elsie no dejó de preguntar por ti. Le prometiste que ibas a dormir con ella.

Con toda la movida de ayer, me olvidé por completo. No me gusta fallarle a mi hermana. Siempre está deseando pasar tiempo conmigo. Y entre las clases, el fútbol y tener un mínimo de vida social paso poco tiempo en casa. Hoy era uno de esos pocos

sábados libres de partidos o entrenamientos, tendría que haber aprovechado para estar con ella.

—Lo siento, mamá, ayer tuve un día complicado —me disculpo, aunque no es excusa. Podría haber dejado a Talya en casa de los Hartley y venirme a la mía a estar con mi hermana. Pero algo, más bien alguien, me impidió hacerlo.

—No me lo digas a mí, díselo a ella.

Mamá apunta a mi hermana con la mirada, que se encuentra detrás de mí. Me giro y ahí está Elsie, con el pelo suelto despeinado y bajando las escaleras con torpeza. Lleva su peluche de un gato apretado contra el pecho. Solemos bromear con que es el hermano pequeño de Gary, igual que ella es mi hermana pequeña.

—¡Dylan! Te *chado* de menos —exclama mientras corre hacia mí.

La levanto del suelo con un movimiento rápido y ella me rodea el cuello con los brazos, apretando su peluche contra mi espalda.

—Yo también te eché de menos, peque —le susurro, besándole la frente.

—No he dormido contigo —dice mientras hace esos pucheros que hacen que se me derrita el corazón.

—Pues de hoy no te escapas.

Empiezo a hacerle cosquillas en la barriga y ella suelta carcajadas estridentes mientras se retuerce entre mis brazos.

—¿Lo prometes?

—Lo prometo, Els. —Y esta vez me aseguro de que suene tan serio como real.

Verla sonreír hace que me olvide de todo lo demás.

Joder, no sabía que era capaz de querer tanto a alguien hasta que vi por primera vez a Elizabeth. Tenía trece años cuando nació y lo recuerdo como si hubiera sido ayer: una cosita diminuta, con los puños apretados y la cara roja como un tomate. No entendía cómo

algo tan pequeño podía hacerme sentir tanto de golpe. Pero, desde ese día, todo gira un poco en torno a ella.

Había pasado mis primeros once años de vida viviendo solo con mamá, después de que mi «padre» biológico nos abandonara para empezar otra vida, cuando yo apenas era un bebé, olvidándose por completo de que tenía un hijo y apareciendo de vez en cuando solo para calmar su conciencia. Nunca ha estado de verdad, y cada vez que vuelve lo único que consigue es recordarme que no le debo nada.

Mi madre siempre hizo lo posible para que no notara la ausencia de una figura paterna, y la verdad es que nunca me hizo falta.

Pero entonces, justo cuando cumplí once, apareció Richard, y me hizo darme cuenta de que no importan los lazos de sangre, sino quién está ahí de verdad.

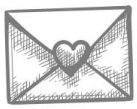
Él no necesitaba demostrar nada, pero lo hizo igual: apoyándome con el fútbol, estando pendiente de mamá y cuidando de mí como si hubiera estado desde siempre.

Cuando Elsie nació, todo terminó de encajar. Richard nunca hizo diferencias entre nosotros, nunca le importó que no compartiéramos sangre.

Entonces sentí que de verdad tenía una familia completa.

Dieciséis

Talya



Siento un vacío en el pecho del que no consigo desprenderme mientras mi tío me lleva de vuelta a casa.

No conseguí volver a quedarme dormida después de la conversación con Dylan. Así que me aferré a mi teléfono móvil esperando a recibir noticias por parte de mis tíos.

La primera llamada llegó más pronto de lo que habría esperado. Eran un poco más de las siete cuando la pantalla se iluminó con el nombre de mi tío. Me encerré en el baño para hablar, no quería que nadie más me oyera.

—¿Talya? —Noté su voz algo tensa—. He visto tus llamadas. ¿Qué ha pasado? Lo siento, he estado fuera de Edimburgo por trabajo y no llevaba el móvil encima.

Intenté tragar saliva como pude, poniendo todas mis fuerzas en no ponerme a llorar.

—Estoy en casa de Alice, una amiga. Tu… —Me quedé callada, buscando una palabra que no fuera «esposa». Ese título le quedaba demasiado grande a la persona que me cerró la puerta en las narices ayer a las siete de la tarde, así que opté por la distancia más

absoluta—. Margaret me avisó de que no llegara tarde, pero… —Me callé acto seguido, no estaba preparada para otra bronca—. Lo siento. Me retrasé unos minutos y no me dejó entrar. Te llamé para intentar que me abrierais.

Hubo un silencio al otro lado, como si necesitara procesar lo que acababa de oír.

—¿Margaret no te ha dejado entrar en casa? —repitió incrédulo —. ¿Estás segura de que estaba ahí? Quizá se quedó dormida… o no te oyó llamar.

Le expliqué que llevaba mis propias llaves, que la cerradura estaba bloqueada desde dentro. Tampoco lo noté especialmente preocupado. No sé si no terminó de creerse lo que había pasado o si estaba intentando proteger a Margaret. Me dijo que ya hablaríamos cuando estuviéramos en casa y prometió venir a recogerme en cuanto llegara a la ciudad.

Le di las gracias a Alice por haberme dejado pasar la noche en su casa, aunque me costó apartar la mirada del calor de su salón antes de salir pitando en cuanto Douglas estuvo fuera.

—He hablado con Margaret —dice él mientras conduce—. Me ha contado otra versión de lo que pasó anoche.

Me encojo en el asiento, jugando con el borde de la manga de mi jersey. Claro que iba a contarle otra versión.

—¿Qué te ha dicho? —pregunto en voz baja, aunque no sé si quiero escuchar la respuesta.

Douglas tarda unos segundos en contestar. Suspira, como si estuviera eligiendo con cuidado las palabras.

—Dice que intentó llamarte varias veces, que estabas tardando demasiado… y que pensó que habías decidido pasar la noche fuera sin avisar.

Cierro los ojos durante un momento. Eso no es verdad.

—Tío Douglas, eso no es cierto —le hago saber, esperando que me crea.

Él aprieta fuerte la mandíbula, se pasa la mano por el cuello y añade:

—Mira, sé que esto no está siendo fácil para ti. —Aparta la mirada de la carretera un segundo para mirarme—. Pero tampoco lo está siendo para ella. No tenemos hijos, ella no ha tenido hermanos, no está acostumbrada a cuidar de nadie. Tú dale tiempo, ¿vale?

¿Lo está diciendo en serio? Me dan ganas de soltar una risa. Tengo dieciséis años, no cinco. Margaret no tiene que cuidar de mí. Simplemente tiene que aprender a no odiarme. Pero tengo claro que Douglas no va a entender eso. Así que decido asentir y mantener la boca cerrada.

Douglas para en un supermercado a comprar un par de cosas para la comida antes de llegar a casa, y yo tengo que respirar hondo varias veces antes de cruzar la puerta.

—¿Qué tal por Glasgow? ¿Todo bien? —Margaret saluda a su marido sin ni siquiera dirigirme la mirada.

Él asiente y empieza a contarle algo del trabajo mientras yo sigo en el recibidor sintiéndome una completa intrusa. Pienso que debería disculparme por lo de anoche y fantaseo con que me responda con un: «Yo también lo siento, no volverá a pasar». Pero también soy consciente de que eso no va a suceder y de que lo único que voy a conseguir es empezar otra discusión. Así que la mejor opción es encerrarme en mi habitación hasta que tenga que volver al instituto.

Me hago un ovillo en la cama perfectamente estirada y empiezo a pensar en cómo era mi vida hace tan solo algunos meses.

Mi vida hace cinco meses era una vida completamente normal.

Hace seis años, mamá tomó la decisión de mudarnos a Madrid. Ella decía que era por un nuevo comienzo, pero, aunque no pudiera expresarlo en voz alta, yo sabía que en realidad estábamos huyendo.

Huyendo de algo que nunca he sabido poner en palabras sin que me tiemble la voz.

Las primeras semanas fueron complicadas, pero fue cuestión de un par de meses que empezáramos a adaptarnos. Madrid nos recibió con calles demasiado abarrotadas y un calor sofocante al que yo no estaba acostumbrada. Poco a poco, ese caos se convirtió en rutina. Con mamá, todo era fácil: preparar juntas el desayuno mientras veíamos las noticias en un idioma que todavía no controlábamos del todo, pasear sin rumbo por El Retiro los domingos por la mañana y acabar siempre comprándonos un helado, aunque fuera pleno invierno. Todavía recuerdo el esfuerzo que tuvo que hacer para que yo pudiera estudiar en un colegio inglés. No era barato, pero ella quería que la transición me resultara más llevadera y sabía que el idioma podía convertirse en una barrera demasiado alta para mí.

Esos años con ella fueron lo más parecido a la felicidad que recuerdo. Todo giraba en torno a nosotras dos. Estuvimos unidas cada día, sin excepción. Incluso cuando el trabajo la devoraba, ella sacaba tiempo para preguntarme cómo me había ido el día. Nunca tuvimos secretos. Me dio la confianza suficiente para contarle absolutamente todo: lo que me ilusionaba, lo que me dolía, lo que me daba miedo. Nunca tuve que fingir con ella.

A mis diez años, desde que ocurrió aquello que nos obligó a huir de Edimburgo, mi primera gran fractura, me había convertido en una niña desconfiada, incapaz de abrirme a nadie más. Me costaba hacer nuevos amigos y hablar con la gente. Sentía que había una parte de mí que se había roto para siempre. Pero ella estaba ahí para recordarme cada día que no todo el mundo iba a hacerme daño, que

aún podía volver a sentirme a salvo.

Y poco a poco, con ella a mi lado, empecé a creerlo.

Hasta que un día, todo volvió a romperse.

Por primera vez en años, me atreví a bajar la guardia.

Estaba verdaderamente ilusionada. Durante años pensé que sería incapaz de encontrar a alguien con quien pudiera ser yo misma. Y acababa de hacerlo.

Tenía una forma de hablar que me hacía creer en todo lo que decía.

Pero aprendí, de la peor manera, que la confianza puede convertirse en un arma contra ti. Que basta un solo gesto equivocado para recordarte por qué juraste no volver a abrirle la puerta a nadie.

Quería esconderme para siempre.

Quería desaparecer.

Gracias a mamá, comprendí a medias que esa segunda herida tampoco había sido mi culpa. Me explicó que yo había hecho bien en confiar en alguien que se había ganado mi confianza a pulso, porque de verdad lo hizo. Pero añadió, con esa voz que siempre usaba cuando algo era serio y no quería asustarme, que también existían personas capaces de traicionar esa confianza de la forma más cruel.

Comprendí aquello: yo no tenía la culpa. Pero no iba a dejar que nada de eso volviera a pasarme. Nadie volvería a tener la oportunidad de hacerme daño de ese modo.

Lo que todavía no sabía era que había formas mucho peores de sentir dolor. Formas irremediables e irreparables.

Todo pasó muy rápido y de repente. Un día estaba escuchando sus palabras de consuelo y, al siguiente, ya no. Se fue sin darme ni una sola advertencia, arrebatándomelo todo de un plumazo. Fue como una pesadilla de la que estaba deseando despertar. Y estaba

segura de que lo haría, de verdad que pensaba que nada de eso era real.

Entraba en su habitación cada mañana, esperando encontrarla tumbada en la cama leyendo un libro tal y como hacía siempre. Abría la puerta con la esperanza de ver el borde del libro asomando entre las sábanas, el brazo apoyado en la frente, el sonido lejano del televisor que no apagaba nunca completamente. Pero la cama estaba vacía. El libro seguía ahí: en su mesita de noche, completamente cerrado.

Los días fluyeron en mi vida como lo hace la corriente del río. Empecé a vivir en automático, sin ser realmente consciente de nada de lo que ocurría a mi alrededor. Abría puertas, contestaba llamadas, daba las gracias sin tener muy claro por qué me escribían para darme sus condolencias. No servían de nada. Respondía con gestos, con monosílabos, con la atención dispersa.

Había momentos en los que la esperaba en el umbral de cualquier puerta, en el trabajo, en nuestra librería favorita, en la parada del bus. Me agarraba a la idea de que volvería a entrar por la puerta con ese olor a caramelos de menta y a flores, como siempre; a que me diría algo tan absurdo como: «¿Has comido?». Y yo, obediente, respondería que sí, aunque no lo hubiera hecho.

Esas escenas se repetían en mi cabeza con la exactitud de una película vieja y mal proyectada; cada vez que imaginaba su risa, el cristal roto de la pérdida me cortaba un poco más.

Lo peor no era la ausencia física; era el huracán de preguntas que se quedaron flotando en mi mente sin respuesta. ¿Por qué no la protegí? ¿Por qué no pude ver las señales de que algo iba mal? ¿Qué parte de mí habría podido cambiarlo todo?

No supe llorar del todo en público. Nunca había tenido a nadie más que a ella y no estaba acostumbrada a abrirme con nadie más.

Lloré sola, con las manos hundidas en la cabeza. Lloré en la parte de atrás del coche, en silencio, cuando nadie podía verme. Lloré cada noche hasta quedarme dormida. Lloré por las pequeñas cosas que creía imposibles de perder: su forma de ordenar los libros en la estantería, su colección de pegatinas en la nevera, la manera en la que me llamaba por ese apodo que solo ella usaba. Lloré por las mañanas que ahora no tendrían sentido, por los planes que ya no haríamos. Lloré por la costumbre de hablar con ella de cualquier asunto trivial y por todo lo importante que, sin querer, habíamos dejado para después.

Lloré tanto que hasta mis lágrimas dejaron de obedecerme, cansadas de trabajar para mí.

El tío Douglas se encargó de todo lo que yo no podía hacer: papeles, firmas, decisiones. Yo, mientras, permanecía en silencio, escuchando cómo mi vida se decidía en una conversación en la que yo no participaba.

Cuando consigo darme cuenta, la colcha está empapada. Ni siquiera era consciente de haber estado llorando todo este tiempo. Ni de estar sujetando en mis manos esa carta. La carta que mamá escribió para mí antes de irse y que no me he atrevido a leer porque eso significaría despedirme completamente de ella.

¿Pasaré el resto de mi vida sintiéndome así?

¿Habrá algún momento en el que pensar en todo esto no duela tanto?

Quizá esa sea mi condena de por vida.

Diecisiete

Dylan



Hoy me he cruzado con Talya por los pasillos un total de siete veces.

No me ha mirado ni una. Tampoco lo hizo las tres que nos cruzamos ayer, ni las ocho del lunes.

Llevo todo el día con un cabreo de cojones y ni siquiera sé explicar muy bien por qué.

No suelo rayarme por este tipo de cosas y tampoco sé si realmente estoy preocupado o es que no estoy acostumbrado a que me ignoren.

Bastante tengo ya con haberme pasado todo el sábado preocupado por ella.

¿Qué cojones me pasa?

Tuve que escribirle a Jamie con un pretexto de mierda para saber si Talya seguía en su casa o si por fin sus padres habían decidido preocuparse por ella. Me quedé mucho más tranquilo cuando me dijo que habían ido a recogerla.

Pues ya está, ¿no? La chica está bien, llegó a casa sana y salva. Todo perfecto.

Me he convencido de que eso era lo único que me importaba, así

que no sé por qué le sigo dando vueltas.

—Tío, ¿qué mierdas te pasa? —suelta Jamie en cuanto me ve clavar el tenedor en el plato con tanta fuerza que casi hago saltar la bandeja.

—¿Qué me va a pasar? Nada.

—¡Venga ya! —Se echa atrás en la silla, con esa sonrisa de imbécil que me dan ganas de borrarle de un puñetazo—. Llevas todo el día que no hay quien te hable. ¿Has dormido bien?

—He dormido de putísima madre, Jamie.

—Pues menos mal —dice mientras se lleva un trozo de pollo a la boca—, sabes que es malísimo no dormir, ¿verdad? Mínimo ocho horas.

Lucho por no poner los ojos en blanco.

—Lo sé.

—Vale, una vez aclarado eso, cuéntame. ¿Qué te perturba? —Levanta las cejas de una forma ridícula.

—Me perturbas tú, joder. Yo estoy genial.

—Venga, Ashmore, suéltalo ya. No tienes que ocultarme cosas.

Acto seguido, Jamie se inclina hacia mí, como si estuviéramos compartiendo un secreto importante.

Joder, el cabrón puede ser muy insistente cuando quiere.

—No tengo nada que ocultar —respondo seco y aparto la bandeja de golpe. La comida del instituto cada día está peor.

—Claro, y yo soy Mbappé —replica. Entonces se mete un trozo enorme de pan en la boca y habla con la boca llena a propósito—. No me jodas, Ash, llevas dos días con cara de perro apaleado.

Resoplo y me paso la mano por la cara. Jamie no se rinde, nunca lo hace. Este tío me conoce más que mi propia madre.

—¿Es por esa chica?

Casi me atraganto con el agua.

—¿Qué chica? —pregunto demasiado rápido, y me maldigo en cuanto escucho que mi propia voz suena a la defensiva.

Jamie me mira como si hubiera pillado a un niño robando galletas. Mastica despacio, saboreando el momento.

—Emma —dice mientras se gira en el banco del comedor para mirar a la rubia que está sentada en la mesa del fondo.

Suelto el aire tan fuerte que casi me río de lo absurdo que es. Emma. Ya, claro. A ojos de cualquiera, si estoy raro por alguna tía, tiene que ser por ella.

Lo mío con Emma es… raro.

Ni siquiera sé cómo empezó y mucho menos hacia dónde va.

Nunca hemos tenido nada serio. Nada de ir juntitos al cine ni mierdas de esas, no me queda tiempo para nada de eso.

Ella me busca de vez en cuando y yo no suelo decir que no. Supongo que es cómodo, en cierto modo.

No pienses que soy un cabrón que va jugando con las chicas: Emma también es así. Nunca nos hemos prometido nada.

La primera vez que estuvimos juntos fue hace dos años y desde entonces hemos tenido mil idas y venidas, incluso con otros líos de por medio. Pero a ella le encanta marcar territorio y tenerme atado, aunque sepa tan bien como yo que no hay futuro en esto.

Así que, de alguna manera, siempre volvemos a vernos.

No me quejo, es sencillo, con ella no tengo que pensar ni explicar nada.

—Venga, dímelo —insiste Jamie—. ¿Habéis discutido o qué? ¿Estás rayado?

Sí, estoy rayado.

Pero no precisamente por Emma.

—Lo dejamos. —Discutimos, no había nada que dejar—. ¿Te acuerdas?

—Ya, bueno, pues como siempre. ¿La echas de menos?

—Para ya, tío. —Levanto la vista para fulminarlo con la mirada—. No la echo de menos. ¿Cuándo me has visto echar de menos a Emma?

—Pues nunca. Pero, oye, siempre hay una primera vez.

—Estás gilipollas —gruño.

Entonces, Jamie echa los hombros para atrás y se prepara como si fuera a darme el mejor consejo de su vida.

—¿Sabes qué? Deberías buscarte una novia. Una de verdad.

—Definitivamente estás para que te encierren. —Me aprieto el puente de la nariz. ¿Por qué tengo que aguantar esto?

—Piénsalo, Ash, te vendría bien para ablandarte un poco. —Pone una sonrisa socarrona—. Estoy cansado de aguantar tu mal humor ¿sabes?

Luego, Jamie cierra los ojos fingiendo indignación. Cualquiera que lo escuche creerá que encima lo trato como a una mierda. Lo que hay que aguantar.

En ese momento se abre la puerta y entran corriendo Noa, Alice y, un poco más atrás, Talya.

Entran como si llevaran la prisa metida en el cuerpo, riéndose de algo que no alcanzo a oír. Talya se pasa uno de esos mechones largos por detrás de la oreja y le dice algo a Noa mientras sonríe ampliamente.

Joder, tiene una sonrisa preciosa. Debería sonreír más a menudo.

Estoy seguro de que ni el mejor de los artistas sería capaz de dibujarla.

Me siento como en uno de esos momentos de la película en el que la protagonista entra en escena y la imagen empieza a ir a cámara lenta.

Es completamente ridículo, pero no puedo dejar de mirarla.

—Tío, qué descarado —suelta Jamie, dándome un codazo—. No hacía falta que te lo tomaras tan en serio.

—¿Qué dices?

—Que estás babeando. —Se ríe con la boca llena, dejando caer migas sobre la bandeja—. Un poco más y hay que llamar a los de mantenimiento para que vengan a limpiar el suelo.

—¿Eres imbécil? No estoy babeando.

—¿Te mola Talya?

Decido ignorarlo, no merece la pena darle más bola.

—A ver, que lo entiendo, eh. Siempre ha sido muy guapa y todo eso. ¿Crees que tienes oportunidad? —Chasquea la lengua y se encoge de hombros—. Joder, claro que no tienes oportunidad. Emma te cortaría las pelotas.

—Déjalo ya, ¿vale? Emma no va a cortarme nada y tampoco quiero ninguna oportunidad con nadie.

—¿Y si ese nadie está acercándose justo ahora? —susurra, poniendo su cara demasiado cerca de la mía.

Antes de que pueda mandarlo a la mierda, escucho el golpe de unas bandejas cerca de nosotros.

—Hemos llegado tarde y nuestra mesa está ocupada —anuncia Alice con toda la naturalidad del mundo. Mientras habla, se acomoda justo enfrente de mí.

Noa se encoge de hombros como si no hubiera alternativa y se sienta al lado de Jamie.

Y Talya… Talya se acomoda en silencio, con una sonrisa que nada tiene que ver con la de cuando ha entrado en el comedor. Ocupa el sitio al lado de Alice, frente a Jamie.

Él me mira con los ojos brillando de diversión y yo le doy un codazo por debajo de la mesa. Siento que acaban de quitarme el suelo bajo los pies.

Llevo días quejándome mentalmente de que me ignora, pero ahora que la tengo a centímetros y Jamie está de espectador, me doy cuenta de que en realidad no estoy preparado para tenerla tan cerca.

—¿Y esa cara, Noa? —le espeta Jamie—. ¿Vienes de clase o de un funeral?

Noa le dedica una mirada poco amistosa mientras clava la pajita en el zumo.

—Sigue hablando y el funeral será el tuyo.

Jamie suelta una carcajada y apoya el codo en la mesa para inclinarse hacia ella con descaro. Esboza una de esas sonrisas que irritarían a cualquiera.

—¿Vas a venir a vernos al partido del sábado?

—Lo pensaré —responde, llevándose la pajita a la boca sin mirarlo.

—Traducción: sí, pero no quieres admitirlo.

—Traducción: no, pero me divierte verte insistir —le devuelve Noa, quien por fin alza una ceja.

—Te dedicaré todos los goles —suelta él decidido—. Y, cuando ganemos, tendrás el honor de verme sin camiseta.

—¡Puaj! ¡Jamie! —grita Alice, tapándose la cara con ambas manos—. Soy tu hermana pequeña y Noa es una de mis mejores amigas. Muéstrame algo de respeto.

—Ya has completado el cupo de gilipolleces de hoy —le lanzo a Jamie.

Jamie se encoge de hombros con una sonrisa aún más amplia. Después levanta las manos como si fuera inocente.

—Tranqui, tía, paso de él —responde Noa, aunque la media sonrisa que intenta esconder con el cartón de zumo la delata.

Todos se ríen menos yo. Tengo los ojos puestos en Talya, que

está rompiendo un trozo de pan en pedacitos y se los lleva a la boca casi sin levantar la vista. Sonríe de vez en cuando a Alice y a Noa. Incluso a Jamie. Pero ni una sola vez a mí.

Está enfadada de verdad, joder.

—Deja de mirarla, tío —me susurra Jamie al oído—. Vas a hacerle un agujero en la cara.

Lo peor de todo es que lleva razón.

Aprieto la mandíbula y me fuerzo a apartar la vista justo cuando ella levanta los ojos, fugaz, como si hubiera sentido el peso de los míos.

Durante un segundo se cruzan y siento que se me encoge el pecho.

Ella es la primera en apartar la mirada, pero ese gesto mínimo me deja el corazón desacompasado. Ya está bien. Tengo que parar de una vez, debo de estar enfermo o algo por el estilo.

A lo mejor tengo fiebre y por eso estoy delirando. Tiene que ser eso.

—¿Tú vienes al partido, Monroe? —pregunta Jamie antes de llevarse una uva a la boca.

—¿Yo? —Talya se señala a sí misma y Jamie asiente—. Eh…, pues yo… No creo que pueda.

—¿Cómo que no? —Jamie frunce el ceño de una manera exagerada—. Es el primer derbi de la temporada, los retrasados del Lochside contra el Evercrest. Va a ser un partidazo.

—Ya, pero… —Talya se encoge de hombros y baja la vista al plato.

—Vamos, venga. —Jamie le retira la bandeja para que lo mire—. Tienes que estar presente cuando meta el gol de la victoria. —Se da un golpe en el pecho y añade con solemnidad—: Va a ser un momento histórico, Monroe. Hasta mis nietos hablarán de él.

Este tío está pirado. De verdad que me pregunto cada día cómo es posible que sea mi mejor amigo. Luego recuerdo que no sé qué haría sin él y se me pasa.

Pero, igualmente, ¿qué cojones está diciendo?

Talya arquea una ceja mientras intenta contener la risa.

—¿Y si no metes ningún gol? —pregunta.

—Eso no va a pasar. —Hace un gesto con la mano como si acabara de oír la mayor gilipollez del mundo—. Por eso mismo no te lo puedes perder.

—Me encantaría verlo, pero no puedo. Todavía tengo que ponerme al día con las asignaturas y… —Juguetea con el tenedor, como si buscara una salida rápida—. Tengo muchas cosas que hacer en casa. Tal vez el próximo.

Ni ella misma termina de creerse esa excusa. Que no quiere tener movidas con su familia sería la respuesta correcta.

—Solo serán un par de horas, después Alice puede ayudarte con tus cosas.

—Déjalo ya, tío —intervengo, quizá demasiado brusco—. Si ha dicho que no puede, será por algo.

Jamie levanta las manos y arquea las cejas como si no hubiera roto un plato, aunque el mensaje le ha quedado claro.

Talya me clava la mirada apenas un instante. No sonríe, ni dice nada, pero hay algo en la forma en que me mira. Algo parecido a un asentimiento silencioso que podría interpretarse como un agradecimiento por sacarle de un aprieto.

Y yo me quedo con esa tontería mínima que probablemente ni siquiera haya sido intencional.

Pero he conseguido que me mire por primera vez en estos días.

Y la imagen de sus ojos no para de repetirse en mi cabeza.

Dieciocho

Dylan



El partido de hoy es importante.

No porque defina la temporada ni porque nos juguemos un título, sino porque es el derbi. Y contra el Lochside no se juega para ganar puntos: se juega para ganar respeto.

En teoría, es un partido de liga más, tres puntos como cualquier otro. Pero, en la práctica, es el partido que divide el año en dos: antes y después del derbi.

La rivalidad entre el Evercrest y el Lochside viene de lejos y, si pierdes, no es solo que te quedes atrás en la clasificación, es que te van a recordar la derrota cada vez que te cruces con alguien de ese puto instituto.

Y no se les da nada mal. Tienen al maldito Peter Goldman, que es uno de los mejores porteros con los que me he cruzado en años, y a Malcolm Anderson, su capitán y delantero estrella. Es rápido, ágil y con un ego que no le cabe en el campo. Lleva semanas dando por culo en redes diciendo que nos va a pasar por encima.

El cabrón sabe jugar, eso no se lo quita nadie. Pero, si hay algo que haga que me hierva la sangre, es que lo sepa y se encargue de

recordárselo al mundo cada dos malditos segundos.

Pero ni Peter ni Malcolm me preocupan. Sé que tenemos mejor plantilla.

Jamie, con su particular número nueve a la espalda, vive para este tipo de partidos. Puede ser un payaso fuera del campo, pero cuando pisa el césped es un delantero letal. Tiene olfato de gol y lo peor, o lo mejor, es que lo sabe. Yo pienso la jugada y él ya está arrancando la carrera antes de que el balón salga de mis pies. Es instinto. Basta con que levante la cabeza un segundo para saber dónde va a estar y casi siempre acierta. Él mete los goles, yo se los pongo en bandeja.

Luego está Erik, nadie diría que nuestro lateral derecho, el número dos, es mil veces más rápido de lo que parece cuando lo ves callado en el pasillo del instituto. Y le sobra resistencia. Es capaz de recorrer la banda entera durante noventa minutos sin aflojar el paso. Más de uno acaba mordiendo el polvo intentando superarlo en carrera.

Y ahí entro yo, con el número diez. El que tiene que unir todas las piezas. El que decide cuándo acelerar y cuándo pausar, cuándo atacar y cuándo defender. Llámalo ego o realidad, pero el juego pasa por mí. Y con el equipo que tenemos, sé que hoy no vamos a fallar.

Con un equipo así, ni Peter Goldman ni el egocéntrico de Malcolm Anderson me quitan el sueño.

El vestuario es un hervidero, huele a nervios y a desodorante en espray. Normalmente los minutos antes de un partido son un caos ruidoso: música a tope, toallas volando y risas despreocupadas. Pero hoy es diferente. Hoy sentimos una tensión sofocante. Sabemos que no hay opción: tenemos que ganar.

Jamie se ha adueñado de un balón y no para de dar toques

contra la pared como si fuera incapaz de estarse quieto.

—Tío, me estás poniendo más nervioso de lo que ya estoy —gruñe Erik, que está atándose las botas.

—Tranquilo, tío —responde Jamie con una sonrisa malvada—. Estoy calentando la pierna con la que voy a reventar la portería de Goldman.

—Lo único que vas a reventar es la pared del vestuario como sigas así —replica Erik con los ojos en blanco.

Me río por lo bajo. Esta es la forma de Jamie de controlar los nervios: bromear y no parar hasta que pite el árbitro. Luego, cuando pise el césped, se transformará.

—Estoy deseando verle la cara al subnormal de Anderson cuando pierdan —suelta Jamie—. ¿Creéis que eso también lo publicará en sus redes?

Su expresión se ilumina, como si imaginar la humillación fuera el mejor de los trofeos.

—¡Qué va a publicar! —respondo—. Se tirará lo que queda de mes desaparecido y pondrá alguna excusa de que ha estado enfermo. Es lo que hace siempre que pierden.

Nathan, el extremo derecho del equipo, se sienta en el banco al lado de Erik y suelta un bufido.

—Tened cuidado con él —dice—. ¿Os acordáis de la que me lio el año pasado? Se tiró al suelo a llorar por un empujón que nunca existió.

Nathan tiene razón. Anderson no solo es bueno como delantero, es experto en convertir cualquier roce en falta. Y entonces es cuando se corta el ritmo del partido: con discusiones, tarjetas y pérdidas de tiempo.

—Hay que jugar con cabeza —advierto—. Si Anderson monta el teatrillo, no entréis. Si insiste en liarla, que lo haga solo. Nosotros

seguimos jugando.

Los tres me miran y asienten casi al mismo tiempo. No es solo una afirmación automática, es aquella que te deja claro que creen en ti.

—Vale, cerebro. —Jamie rompe el silencio—. Pero, cuando ganemos, porque lo vamos a hacer, os quiero a todos en Rusty's para celebrarlo. Nada de rajarse a última hora.

—Eso dalo por hecho —respondo, dándole una palmada en la nuca con la confianza de siempre.

Poco después, el entrenador nos da la charla táctica con un par de frases cortas. Pero todavía falta la voz que de verdad escuchamos todos.

Nuestro capitán y portero: Owen Whitaker. No me imagino a nadie mejor representando al equipo. No es de los que gritan ni de los que se echan encima de los demás, pero todos lo respetamos. Es tranquilo, noble, justo, y tiene esa extraña capacidad de calmarte incluso en el puto caos de un partido. Él es quien nos mantiene a todos centrados. Yo puedo ser el cerebro del equipo, el que mete pases y jugadas que levantan al público, pero esto sería una guardería sin Whitaker controlando al resto.

Se pone en pie y se queda en medio del vestuario.

—Escuchad —empieza Owen—. Hoy no quiero a nadie guardándose nada. No se trata de quién meta el gol más bonito ni de lucirse con una jugada. Se trata de que ellos no tengan ni un espacio libre. —Nos recorre a todos uno por uno con la mirada—. Que cada vez que levanten la cabeza tengan a alguien encima. Que sientan cada choque, cada carrera, cada segundo. Que sientan que este partido se juega aquí, en nuestra casa.

Hay un silencio absoluto, todos lo miramos.

—¡Así que hoy vamos a salir ahí a dejarles claro de qué estamos

hechos!

Un rugido de «¡sí!» llena el vestuario y, por un instante, todos estamos en la misma frecuencia. El corazón acelerado y la mirada fija, como si ya estuviéramos dentro del campo.

Antes de volver a su sitio, Owen me clava la mirada.

—Dylan, tú marca el ritmo. Confío en ti.

El peso de las miradas cae sobre mí, pero no como una carga, sino como un recordatorio: no estoy solo ahí fuera. Ellos confían en mí y yo no pienso fallarles.

Frank, uno de los defensas, me da un golpecito en el hombro para recordarme que, en efecto, soy yo quien marca el ritmo. Nathan asiente en silencio y Jamie, que siempre tiene algún comentario de sobra, esta vez solo suelta bajito: «Podemos hacerlo».

En ese instante, la puerta del vestuario se abre de golpe. El árbitro asoma la cabeza.

—Cinco minutos.

Cada uno empieza con su ritual para antes del partido. Jamie besa una pulsera que le regalaron Noa y Alice, mientras que Erik se santigua tres veces y yo me ato las botas en orden. Primero la de la izquierda, después la de la derecha. Como si de verdad esa disposición fuera un ritual que pudiera marcar la diferencia.

—Vamos a machacarlos. Tú y yo. —Jamie me señala a mí y luego a él mismo—. Juntos.

Entonces, alarga el puño hacia mí.

—Como siempre —contesto, chocando el suyo con el mío.

Nos levantamos casi a la vez y ese momento, cuando las botas golpean el suelo al unísono y salimos todos juntos, siempre me recuerda por qué amo este deporte.

Avanzamos hacia el pasillo que nos lleva al campo. No es un

túnel de estadio, es un pasillo estrecho con paredes llenas de humedad. Pero para mí como si es un pasillo de mármol, lo único que importa es lo que espera al final. El ruido de la grada se filtra desde fuera, amortiguado todavía.

Hoy jugamos en casa y sé que ahí fuera está todo el instituto, además de profesores, familiares y algún que otro ojeador.

A nuestra derecha, los del Lochside forman fila. Amarillo contra verde. Anderson encabeza su fila con la barbilla alta, disfrutando demasiado de su propio teatro. Me sostiene la mirada con esa sonrisa de sobrado que me revuelve las tripas. No necesito que hable, su cara ya es suficiente para provocarme.

Se ajusta la cinta del brazalete con exageración, como si necesitara que todo el pasillo supiera quién manda.

—Vaya, Ashmore —suelta, apenas lo bastante alto para que yo lo escuche—. ¿Me estás mirando porque tienes miedo? Todavía puedes darte la vuelta e irte corriendo a casa.

Suelto el aire por la nariz.

—Estoy deseando ver tu cara al final del partido, cuando ni siquiera hayas tenido la oportunidad de tocar el balón. —Me paso la lengua por los dientes y esbozo una media sonrisa que sé que lo revienta.

Ahora tengo todavía más ganas de reventarlos en el campo.

El árbitro hace una señal y las puertas dobles se abren de par en par. Los vítores de la grada nos golpean como una ola. El murmullo que antes se filtraba por el pasillo ahora es un rugido que me atraviesa el pecho. El aire frío me golpea en la cara y me corta la respiración un segundo. El olor a hierba mojada se mezcla con el de la comida grasienta que llega desde los puestos junto a la valla.

Pisamos el césped y siento el suelo vibrar bajo los tacos.

La grada contraria también hace ruido. Gritan, silban, provocan.

No me importa. Cuanto más ruido hagan, más fuerte va a ser nuestra respuesta.

Formamos en el centro y Owen estrecha la mano de Anderson. La moneda sube al aire y todo se congela un instante. No importa quién saque, lo único que importa es que ya no hay marcha atrás. El árbitro da la orden y, mientras nos vamos colocando, miro hacia las gradas.

En primera fila, acompañada de otras dos chicas que parecen cortadas por el mismo patrón, veo a Emma.

Está de pie, con la cara pintada de verde y azul —los colores del equipo—, aplaudiendo y saltando como si quisiera que la viera todo el estadio. El griterío que la rodea se mezcla con su voz chillona. Distingo que está gritando mi nombre demasiado fuerte.

Me sorprende tanto que, por un segundo, pierdo el hilo de todo lo demás.

¿Qué está haciendo aquí? No hemos vuelto a cruzar palabra desde que discutimos y ahora está saludándome con la mano y tirándome besos como si no hubiera pasado nada.

Le sonrío brevemente. Joder, estoy acostumbrado a esto. Es lo que hacemos siempre. Dejamos de vernos un tiempo y luego hacemos como si nada.

Lo normal sería que verla aquí me diera la seguridad de siempre. Pero esta vez es distinto.

La sonrisa se me borra antes de darme cuenta.

Porque, un poco más al centro, una fila más arriba, la veo.

Talya, sentada entre Noa y Alice. El sol se refleja en su pelo, que le cae desordenado por los hombros.

No aplaude, no grita. No intenta llamar mi atención como Emma. Simplemente mira al campo, como si no entendiera qué hace aquí.

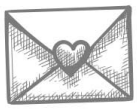
El silbato corta el aire. El balón empieza a rodar. Y, justo cuando

iba a apartar la mirada, la suya me alcanza.

De repente, el partido deja de ser lo más importante.

Diecinueve

Talya



No sé por qué siempre acabo metida en estos líos.

Le dije a Alice que de verdad no podía ir al partido de hoy porque tenía que ayudar a mamá con unas cosas. Y ahora está insistiendo en ser ella misma la que venga a casa a convencer a «mi madre» para que me deje ir.

Ojalá fuera verdad y tuviera alguna madre a la que ayudar.

Pero el problema son mis tíos; para ser más específica, mi tía. No quiero tener que lidiar luego con sus comentarios pasivo-agresivos. Ni que me recuerde que debería quedarme en casa para ponerme al día con todo el temario que llevo atrasado, usando la excusa de que voy a suspenderlo todo. Ni mucho menos quiero que vuelva a cerrarme la puerta en la cara como la última vez.

Ella siempre encuentra la manera de señalar aquello en lo me equivoco, aunque no haga nada.

Hoy, al menos, tengo una pequeña ventaja, y es que mi tío Douglas está en casa y con él suele ser un diez por ciento menos insoportable. Al menos con él finge que no me odia y solo actúa como que no le importo.

Así que, si calculo bien mis movimientos, podré escabullirme un par de horas sin que se arme ningún drama después.

Lo que sí tengo claro es que Alice no puede venir aquí, ni por asomo. Me aterra que vea con quién vivo realmente. Porque ahí empezarían las preguntas y, tarde o temprano, acabarían en la que más temo: «¿Dónde está tu madre?».

Y no estoy preparada para contestar a eso.

Lo único que puedo hacer es decirle a Alice que no se preocupe, que lo he conseguido yo solita y que nos encontraremos en el campo. Ella ha aceptado porque lo que de verdad le importa es que vaya, da igual cómo.

Cada día me alegra más tener a Alice a mi lado. Es de esas amigas que hacen que todo sea más fácil. Sin ella, estas dos semanas habrían sido insoportables de llevar. Con ella siento que todavía alguien se preocupa por mí de verdad, y eso me hace sentir mucho mejor.

Es como si no hubiéramos pasado ni un solo día separadas en todos estos años.

Y justo por eso se me hace tan difícil no revelarle nada. No es porque no quiera, es que no puedo. Siento que, si se lo cuento, si se lo digo en voz alta, lo que ocurrió se terminaría de hacer realidad. Y después vendría la compasión, las miradas de lástima… Ese papel de pobrecita que no estoy dispuesta a soportar.

Así que por eso me siento mal cada vez que me quedo sin respuesta cuando ella hace preguntas inocentes: «¿Cómo está tu madre? ¿Sigue trabajando de enfermera? ¿Por qué volvisteis a Edimburgo?». Preguntas normales para cualquiera, pero que para mí son trampas.

Me levanto de la cama, ese lugar en el que paso el noventa por ciento del tiempo, y me quito el pijama de franela que mamá me

regaló el año pasado. Es rosa y en el centro tiene una frase bordada en español: «Si quieres, puedes». Supongo que no está de más tener ese recordatorio cerca.

Me visto rápido, sin darle demasiadas vueltas, con unos vaqueros negros y una sudadera azul. Nada especial. Me dejo el pelo suelto, como siempre, aunque hoy mi cabello parece estar de buen humor, es decir, menos encrespado de lo habitual.

Mis ojos se detienen en la bolsita de maquillaje que está encima de la mesita de noche. Lleva cerrada desde que llegué aquí. Nunca he sido de pintarme mucho, pero antes me gustaba ponerme un poco de máscara de pestañas y colorete. Me hacían verme más despierta.

Pero hoy todavía no me siento con ganas de volver a intentarlo.

Recojo el móvil del escritorio y me lo meto en el bolsillo. Respiro hondo intentando reunir fuerzas. Cada vez que cruzo esa puerta me preparo como si fuera a una especie de examen. En este, en lugar de escribir acerca de un temario sobre el que he estudiado, tengo que medir las palabras, controlar la expresión y no darles motivos para lanzarme ningún comentario.

Abro la puerta despacio y empiezo a bajar las escaleras, pero una voz me frena desde detrás:

—¿Vas a salir?

Es el tío Douglas y eso me hace soltar el aire un poco más tranquila. Me giro para mirarlo. Está de pie en el umbral de su pequeño despacho, al final del pasillo, con unas gafas de lectura colgando del cuello y unos papeles en la mano. Me observa con curiosidad, pero sin rastro de enfado.

—Eh, sí. Hoy juega el equipo de fútbol y… —empiezo a justificarme antes de tiempo, como si necesitara permiso—. Bueno, van a ir todos. Y me han invitado.

Él asiente despacio con un gesto cansado, pero no hostil.

—Está bien. Te vendrá bien distraerte un rato.

Sus palabras me sorprenden. Normalmente se limita a ignorarme, así que ese pequeño atisbo de consideración casi me desarma. Me aferro a él como si fuera un salvavidas.

—Volveré pronto —añado rápido, por si acaso.

—Avísame si necesitas que te recoja.

—¿Recogerla de dónde? —Otra voz irrumpe desde su dormitorio.

Ahí está. Margaret. Apoyada en el marco con los brazos cruzados, como quien lleva un rato esperando la oportunidad de intervenir. Su mirada recorre de arriba abajo mis vaqueros y la sudadera, y sé lo que viene: la inspección disfrazada de comentario casual.

—Va a salir un rato —responde Douglas. Sin darle más importancia.

—¿Salir a dónde? —Su tono es tan cortante que me clava en el sitio—. Lo digo porque, con esa cara lavada y esa ropa tan simple, no pareces muy lista para que te vea nadie.

—Voy a ver un partido, juega el equipo del instituto.

Ella arquea una ceja.

—Un partido. Vaya, qué interesante —comenta irónicamente—. Con todo lo que tienes que hacer por aquí y resulta que tienes tiempo para ir a gritarle a unos críos corriendo detrás de una pelota.

Me muerdo la lengua. Ya empiezo a acostumbrarme a esos comentarios que siempre encuentran la manera de hacerme sentir culpable.

Douglas carraspea incómodo.

—Solo será un rato —salta en mi defensa—. Le vendrá bien tomar el aire.

Abro un poco los ojos, casi sin dar crédito a lo que acabo de

escuchar. ¿Douglas llevándole la contraria a Margaret por mí? Debería tomarle la temperatura. Seguro que tiene fiebre. Margaret resopla. Por un segundo, la sorpresa le cruza la cara; no está acostumbrada a que Douglas le lleve la contraria y mucho menos para ponerse de mi lado.

—Haced lo que queráis —finge indiferencia mientras se da la vuelta y vuelve a entrar en su habitación—. Luego no quiero quejas cuando lleguen las notas y veas que no vas a ser capaz de pasar de curso.

Douglas me dedica una mirada breve y una sonrisa compasiva.

—No te preocupes, Talya, vete tranquila a ese partido —dice en tono amable—. Pero no llegues tarde.

Asiento sin confiarme demasiado. Sé que cualquier mínimo paso en falso me puede salir caro después, pero igualmente agradezco ese respiro.

Cojo la chaqueta del perchero y salgo por la puerta antes de que Margaret cambie de idea.

El aire frío hace que me estremezca. Está nublado, pero no parece que vaya a llover. Incluso puede que salga el sol más tarde, en Edimburgo nunca se sabe. La parada del autobús está solo a un par de calles y el trayecto hasta el instituto me lleva casi media hora. Me paso todo el camino con la frente apoyada en el cristal de la ventanilla, agradeciendo haber podido escapar de casa, aunque sea solo un par de horas.

Ya en el Evercrest, entro por la puerta que da acceso al campo de fútbol y veo a Alice haciendo aspavientos con las manos junto a Noa para que sepa dónde están. Ambas llevan camisetas con los colores del equipo puestas por encima de otras de manga larga.

—¡Sabía que vendrías! —grita Alice para hacerse oír por encima del murmullo.

—Te dije que lo intentaría —respondo, devolviéndole el abrazo de oso que me está dando.

—Venga, vamos a sentarnos antes de que la grada se llene —comenta Noa con una de esas sonrisas indiferentes.

Subimos entre empujones, voces y el sonido metálico de las vallas temblando cada vez que alguien las golpea. No entiendo muy bien por qué hay tanta gente. Pensaba encontrar a algunos alumnos y tal vez a algún familiar, pero aquí parece estar toda la ciudad. La grada está a rebosar, juro que parece que regalen dinero en vez de que sea un partido de instituto.

Alice va delante saludando a todo el que se cruza. Parece conocerlos a todos. Yo solo me concentro en no perderla de vista porque sería muy difícil encontrarla después. Noa, en cambio, camina con paso decidido sin perder de vista tres huecos vacíos en la segunda fila.

—Desde aquí se ve perfecto —dice Noa, prácticamente empujándome hasta el asiento del medio.

—Tiene que estar a punto de empezar. —Alice se sienta a mi izquierda y se frota las manos mientras sonríe mirando al campo.

¿De verdad están tan emocionadas por ver un partido?

A mí no me gusta el fútbol. De hecho, creo que jamás he visto un partido completo. Mi padre era… un aficionado al Celtic y alguna que otra vez lo vi pegado a la tele gritando como un loco cuando marcaban.

Pero mamá no era fan, así que, cuando nos mudamos a Madrid, este desapareció de casa como si nunca hubiera existido. Y yo nunca me interesé, ni siquiera cuando en España parecía ser lo más importante.

Alice da un salto en el asiento y me arrastra de vuelta al presente.

—Mira, ahí salen ya.

El griterío aumenta de golpe. La gente se pone de pie, agita bufandas, silba, aplaude. Yo me quedo quieta, no entiendo qué pasa exactamente, solo que el ambiente agitado se multiplica por diez de repente.

Los jugadores entran al campo en fila. Reconozco al instante la equipación del Evercrest: camisetas verdes y pantalones azules. Los que van de amarillo, por descarte, son el equipo rival.

Alice aplaude como si le fuera la vida en ello. Noa silba con los dedos en la boca, fuerte y segura, y me pregunto de dónde ha sacado esa habilidad. Jamás he sido capaz de aprender a silbar.

Yo intento imitar el entusiasmo, pero lo único que siento es que estoy en medio de una fiesta a la que no me han invitado.

—¡Vamos, Jamie! —vitorea Alice, haciendo de altavoz con las manos.

Intento encontrarlo dentro del campo y no me cuesta demasiado distinguirlo con esa mata de pelo rubia tan clara como la de Alice. Lleva el número nueve en la espalda y corre hacia las gradas saludando a alguien del público, igual de desbordante que su hermana.

—Ya verás, hoy marca fijo. —Alice está tan convencida que parece que lo ha visto en una bola de cristal.

Noa niega con la cabeza, aunque se le escapa una sonrisa.

—Si no se distrae saludando a medio estadio, quizá.

—¡Erik, vas a reventarlos! —Alice sigue animando a los chicos mientras mis ojos intentan encontrar a una persona en concreto.

Justo un segundo antes de que mi mirada se cruce con la del número diez, es decir, con la de Dylan, el árbitro anuncia el comienzo del partido.

¿Dylan me estaba mirando?

Ha tenido que ser cosa mía, pero juraría que sus ojos estaban clavados en mí justo antes de girarse.

Estos últimos días casi no hemos coincidido. Y, cada vez que me he cruzado con él por los pasillos, he tratado de ignorarlo con todas mis fuerzas. Ya suficiente he tenido con sorprenderme a mí misma pensando en él. En cómo se quedó conmigo aquella noche después de lo de mi tía. En cómo me abrazó cuando no pude evitar ponerme a llorar. En cómo me miraba con esos ojos tan verdes mientras hablábamos de música en el coche. En el modo en que se me aceleró el corazón cuando se inclinó demasiado en la cocina.

También he pensado varias veces en la rabia que noté en su voz cuando se refirió a mis tíos y luego yo me fui corriendo porque no estoy preparada para que alguien conozca esos detalles que tanto odio de mi vida.

Así que decidí que la mejor idea era hacer como que no existía estos días. Mantener la distancia es la única forma que conozco de protegerme. Pero, claro, tampoco voy a negar que me he pasado más veces de las que me gustaría admitir observándolo con disimulo en el comedor. Él suele sentarse con los chicos en una mesa cercana a la puerta, así que tenemos una visión casi perfecta de ellos desde el sitio que solemos ocupar, junto a una ventana. Y siempre termino mirando hacia él. Aunque no quiera, de alguna manera, no puedo evitarlo.

Como el otro día, cuando nuestra mesa estaba ocupada y Alice decidió que sentarnos con ellos era la mejor idea del mundo. Me pasé toda la comida clavando la vista en la bandeja, rogando que no notara lo rápido que me latía el corazón. Me esforcé tanto en fingir que su presencia no me alteraba el pulso que acabé agotada.

Dylan es de esas personas que resultan imposibles de ignorar, por mucho que lo intentes. Y que sea uno de los chicos más

populares del Evercrest tampoco ayuda.

Su nombre acaba apareciendo en muchas más conversaciones de las que me gustaría y, aunque intente actuar como que no me importa, siempre me quedo escuchando.

Por ejemplo, ahora sé muchas cosas sobre Dylan Ashmore.

Que toca la guitarra mejor de lo que cualquiera esperaría de alguien como él.

Que odia la clase de Historia y aun así el profesor lo adora.

Que, a pesar de ser el mejor jugador del equipo, no le gusta ir presumiendo.

Y que, aunque van y vienen, lleva dos años saliendo con Emma Blackwood de manera intermitente, como me aseguraron Noa y Alice.

Cosa que no debería importarme en absoluto, pero me cuesta no sentir esa punzada incómoda cada vez que alguien nombra lo buena pareja que hacen y que deberían formalizar la relación de una vez.

¿Es posible que esté, de alguna manera, empezando a sentir algo por Dylan?

Quiero decir, no sería algo raro, ya que reúne todas las cualidades posibles para gustarle a alguien.

No solo es, probablemente, el chico con el físico más increíble que haya visto nunca, sino que además su personalidad lo acompaña. Va por ahí con esa actitud de que todo le da igual, pero al mismo tiempo no es chulo ni prepotente. Camina con tanta seguridad que, sin ir buscándolo, llama la atención de cualquiera.

Y ahora, viendo cómo se mueve en el campo, no hay duda: aunque yo no tenga ni idea ni de táctica ni de posiciones, por algún motivo estoy hipnotizada viéndolo jugar.

Dylan acaba de recibir el balón en medio del campo. Tiene a dos chicos de amarillo cerrándole el paso y, justo cuando parece que van

a quitarle la pelota, se gira con una rapidez que me hace dudar de lo que acabo de ver.

—¡Qué buena, Dylan! —Alice salta del asiento y, en consecuencia, me da un susto.

Él parece que sabe exactamente a dónde va y el resto del equipo se mueve en consecuencia. Cuando un tercer jugador rival intenta cerrarle el paso, Dylan levanta la cabeza y patea el balón, que atraviesa medio campo hasta llegar a los pies de Nathan, que estaba pegado a la banda y ya está arrancando como un loco.

—Este tío es buenísimo —me explica Noa, viendo mi cara de pez fuera del agua—. La mayoría en esa situación habría perdido la pelota. Él no solo no la pierde, sino que acaba de convertir el lío en una ventaja. Imagínate una partida de ajedrez: Dylan es el que mueve las fichas para conseguir el jaque mate.

Asiento como si estuviera entendiendo algo y veo que Nathan avanza unos metros a toda velocidad y se desprende del balón. Apenas tengo tiempo de procesar lo que está pasando antes de que Jamie aparezca de la nada, se lance en carrera y remate con fuerza hacia la portería.

Pero el portero rival se estira en el aire y consigue despejar con una mano.

El estadio entero ruge, unos de frustración, otros de alivio. Yo solo estoy boquiabierta.

—¡Sois los mejores! —grita Alice—. ¡Los estáis machacando!

—Pero si no han marcado —digo, mirando a ambas. No entiendo nada.

Alice se queda mirándome, incrédula por lo que acabo de decir, y Noa se ríe por lo bajo.

—No siempre se trata de marcar —me aclara Noa con paciencia —. Se trata de crear ocasiones. Esa jugada ha sido medio gol,

aunque no haya entrado.

—Exacto —salta Alice todavía vibrando—. ¿Has visto cómo se ha girado Dylan con esos dos encima? ¡Eso ha sido brutal! En cuanto levantó la cabeza, todos se abrieron porque sabían que iba a soltar un pase.

Yo sigo con cara de no entenderlo del todo, sigo viendo solo a varios chicos corriendo tras una pelota, y Alice me mira sin creerse mi ignorancia futbolera.

—Vale, para que lo entiendas: Jamie es el delantero, quien normalmente mete los goles. Dylan tiene que pensar las jugadas y organizarlo todo, por eso siempre lo buscan. Erik está atrás, defendiendo la banda y Nathan es el que intenta desbordar a los que están defendiendo la portería contraria.

—Ah —murmuro, definitivamente no lo tengo nada claro.

Me quedo en silencio, procesando lo que estoy presenciando. Puede que no entienda las reglas, pero hasta yo puedo reconocer cuando alguien destaca. Y, por lo que estoy viendo, Dylan lo hace.

Conforme van pasando los minutos, empiezo a ponerme más nerviosa cada vez que alguien del equipo rival posee el balón.

Me descubro llevándome las manos a la boca en alguna que otra ocasión y cerrando los ojos cada vez que alguien chuta hacia nuestra portería. Cuando el portero, creo que se llama Owen, se lanza al suelo para parar algún disparo, suelto el aire al quedarme mucho más tranquila.

El partido continúa y, justo cuando quedan dos minutos para el descanso, un rugido recorre la grada y todo el mundo se pone de pie.

Levanto la vista justo a tiempo para ver a Dylan avanzar con el balón pegado al pie.

No parece que esté corriendo, más bien diría que flota. Se

mueve con tanta seguridad que parece que haya practicado ese movimiento exacto un millón de veces. Tiene a un jugador rival delante y otro pegado al costado, pero en lugar de frenarse amaga hacia un lado y cambia de dirección con una rapidez que me hace parpadear para comprobar que no me lo he imaginado.

—¡Vamos, Dylan! ¡Lo tienes! —chilla Alice, agarrándome del brazo como si yo pudiera hacer algo para ayudarlo.

El balón termina en los pies de otro de los delanteros, que ya está arrancando por el lado izquierdo. Corre como si lo persiguiera el mismísimo diablo, tanto que apenas puedo seguirlo con la vista. Pero Dylan no le quita ojo y se coloca justo detrás, pidiéndole que se la devuelva.

—Si la pasa ahora… —murmura Noa, inclinándose hacia delante.

Y lo hace. Lanza la pelota justo en el momento en que Dylan entra con fuerza. Apenas roza el balón, lo justo para cambiarle la dirección y dejarlo a los pies de Jamie, que aparece desde el otro lado como una bala.

Jamie chuta sin pensárselo. Un golpe seco, potente. La pelota cruza el área y entra directa a la portería.

Ahora sí, el estadio explota. Los aficionados saltan, gritan, animan. Incluso se meten con los rivales.

Alice me sacude los hombros, fuera de sí, y casi me caigo hacia delante, riéndome nerviosa mientras intento apartarle las manos. Siento el corazón tan acelerado que parece que he estado corriendo con ellos.

—¡Gol! ¡Gol! ¡Lo sabía! —Mi amiga está tan emocionada que parece que haya marcado ella misma.

Me descubro sonriendo y animando, pero mis ojos siguen fijos en Dylan, que ni siquiera mira a la grada. Solo levanta un brazo y choca la mano de Jamie, como si fuera lo más normal del mundo

haber fabricado un gol así.

Para todos los demás, acaba de marcar Jamie.

Pero yo sé, aunque no entienda de fútbol, que la jugada nació en los pies de Dylan.

El árbitro pita el final de la primera parte y las gradas comienzan a despejarse un poco. Alice se levanta para ir a buscar algo de beber y Noa se pone en pie al mismo tiempo.

—Yo voy al baño —anuncia, estirándose un poco—. No aguanto otros cuarenta y cinco minutos ni de broma.

—¿Vienes con nosotras? —me pregunta Alice.

Sacudo la cabeza, todavía con el corazón acelerado por lo que acabo de ver.

—Tranquilas, prefiero quedarme. Así guardo el sitio.

La verdad es que la idea de tener que volver a caminar entre toda esa marea de gente me agobia un poco. Ellas asienten y se pierden entre el gentío mientras yo me acomodo en el asiento.

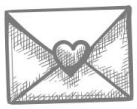
La multitud se mueve a mi alrededor, pero entonces escucho una voz familiar que llama mi atención:

—¿Talya?

Me congelo antes de girarme, he reconocido esa voz al instante.

Veinte

Talya



Me tenso en el asiento en cuanto escucho mi nombre.

No me hace falta girarme para reconocer esa voz cálida, firme e imposible de olvidar.

Respiro hondo y, cuando levanto la vista, ahí está.

Eleanor Hartley.

Hace años que no la veía y, aun así, siento un nudo en el estómago.

De golpe, vuelvo a tener diez años y a cruzar la puerta de su casa, cuando me recibía con la misma ternura que lo hacía mamá.

El ruido de la grada se desvanece a mi alrededor y solo puedo fijarme en que está igual a como la recordaba. Y en que me recuerda mucho a mi madre, a pesar de que no se parecen en nada. El pelo rubio, aunque varios tonos más oscuro que el de sus hijos, está recogido en una coleta alta y bien peinada. Los ojos son del mismo azul intenso que los de Alice, rodeados por esas arruguitas que se marcan más al entrecerrarlos. Y su sonrisa, amplia y sincera, me hace sentir que de verdad se alegra de verme después de tanto tiempo.

—Señora Hartley —digo, poniéndome en pie con torpeza.

—Talya, cariño —responde, y antes de que pueda reaccionar ya me tiene entre sus brazos—. ¿Cómo que señora Hartley? Hace tiempo que no nos vemos, pero sigo siendo Eleanor para ti.

Vuelve a apretarme con fuerza, parece que no han pasado los años y, por un instante, me dejo envolver en ese cálido abrazo. Su familiar perfume me devuelve a una época en la que todo estaba aparentemente bien y todavía tenía a mamá.

No he sentido ese cariño maternal desde que…, ya sabes. Y no estaba preparada para lo mucho que duele con Eleanor.

El nudo en mi garganta amenaza con hacerse visible, así que me obligo a apartarme un poco y a sonreír como si nada.

—Has crecido tanto… —murmura Eleanor con los ojos brillándole de emoción—. Estás preciosa, Talya.

Intento contestar, pero mi voz se queda atrapada en un nudo que me impide hablar. Me limito a asentir.

Y entonces, con toda la naturalidad del mundo, lanza la pregunta que más temo.

—¿Y tu madre? ¿Cómo está? No he vuelto a saber nada de ella.

El aire se me queda atascado en la garganta y, durante un segundo, pienso que debería decir la verdad, soltarlo de golpe, como quien se arranca una tirita. Pero sé que no puedo.

—Bien —respondo demasiado rápido, forzando una sonrisa que espero que parezca convincente—. Trabajando mucho…, como siempre.

Eleanor me mira con ternura y asiente, sin sospechar absolutamente nada. A estas alturas me he vuelto una experta en fingir.

—Dile que me encantaría verla un día. Puedes darle mi teléfono —dice mientras saca una tarjeta del bolso—, sería genial que nos

pusiéramos al día.

Asiento mientras me quedo mirando la tarjeta con la inscripción «Eleanor Hartley y asociados». Me la guardo en el bolsillo como un recordatorio más de lo mucho que estoy ocultando.

En algún momento, todo explotará y tendré que cargar con las consecuencias de haber guardado tantos secretos. Pero me preocuparé de eso más tarde. Ahora seguiré fingiendo que todo está bien y me imaginaré a mí misma teniendo esa vida que ya no existe pero que invento en mi cabeza y ante los demás para poder sobrevivir.

—Mamá, ¡has venido! —Alice aparece de repente con tres botellas de agua en las manos.

—Me ha sido imposible llegar a la primera parte, pero no podía perderme esto de ninguna manera —contesta, y se inclina hacia Alice para acariciarle el pelo—. Tu hermano me lo habría recordado toda la vida.

—Lo que nos va a recordar ahora toda la vida es el gol que acaban de marcar —replica Alice mientras abre su botella—. Así que prepárate para aguantar a Jamie repitiéndolo cada cinco minutos.

Entonces, mi amiga da un enorme trago de agua. Eleanor suelta una risa y, antes de que pueda responder, otra voz se hace presente desde la escalera.

—¡Eleanor!

Una mujer muy guapa, de pelo castaño oscuro y con un jersey sencillo, le sonríe mientras se abre paso entre la gente hasta nosotras. Lleva a una niña de no más de cinco años agarrada de la mano que justo está mirándome con los ojos muy abiertos. Supongo que intentando averiguar quién soy.

—Estamos sentados justo ahí. —Señala un par de filas más atrás —. Te hemos guardado un sitio, aunque no estábamos seguros de si

vendrías.

—Oh, Bell, muchísimas gracias —responde Eleanor, poniéndole una mano de forma cariñosa en el antebrazo. Luego desvía toda su atención a la niña pequeña, que ahora la está mirando a ella con una sonrisa tímida—. ¡Elizabeth! Estás mucho más grande que la última vez que nos vimos.

La pequeña se esconde medio segundo detrás de la pierna de su madre, pero acaba soltando una risita cuando Eleanor le guiña un ojo.

—Ya casi me alcanzas a mí —añade con tono juguetón.

—Bueno, espero que todavía le quede mucho —responde la tal Bell.

No creo haber visto a esta mujer nunca, pero hay algo en su rostro que se me hace familiar.

—El tiempo pasa tan rápido… —Eleanor se endereza de nuevo—. Bueno, vamos, no quiero que perdáis el sitio por mi culpa.

Bell asiente y hace un gesto para que la sigan. Antes de subir las escaleras, nos dedica a Alice y a mí una sonrisa cordial.

—Te espero cuando termine el partido para que volvamos todos juntos —dice Eleanor a su hija. Después, me mira a mí—. Talya, puedo acercarte a ti también.

Asiento devolviéndole la sonrisa antes de que vaya detrás de Bell y la pequeña Elizabeth. Tendré que pensar en algo más tarde para evitarlo.

El murmullo de la grada vuelve a crecer cuando los jugadores aparecen otra vez en el campo. Justo cuando el árbitro pita y la segunda parte arranca con un estallido de silbidos, gritos y aplausos, Noa aparece de la nada y vuelve a sentarse a mi derecha.

—¿Por qué has tardado tanto? —le pregunta Alice.

—El baño estaba a reventar.

Continúo viendo el partido, esta vez tengo que obligarme a concentrarme en los chicos para no dejar que mi mente siga atrapada en la imagen de Eleanor abrazándome.

Ha sido agradable, eso de estar en los brazos de un adulto. Hace meses que nadie me trata de esa forma, como si yo siguiera siendo una niña que merece ser cuidada sin pedir nada a cambio.

Sacudo la cabeza y fuerzo mi atención de nuevo en el campo. El balón rueda de un lado a otro con una velocidad que me marea, pero al menos me mantiene anclada al presente.

El tiempo corre hasta que el pitido final estalla en el aire. Han ganado y, aunque no han vuelto a marcar, la pelota ha estado dirigida la mayoría del tiempo por los verdes, es decir, por Evercrest.

Alice está emocionada y me repite sin parar que ha sido un partido increíble. Cosa que puedo asegurar por la cantidad de veces que se ha levantado a aplaudir y a gritar el nombre de los chicos.

Ahora estamos caminando hacia la salida y Noa comenta algo sobre una celebración a la que están obligadas a ir.

—Ya lo verás —afirma Noa con un bufido—. Van a querer arrastrarnos allí y no sé si quiero estar rodeada de tanta testosterona junta.

—¿Allí a dónde? —pregunto, intentando participar en la conversación.

—Al Rusty's —responde Alice—. Es el bar al que suelen ir cuando ganan un partido. Y hoy me huelo que no van a dejarlo pasar.

Noa pone los ojos en blanco con gesto cansado.

—¿Y tenéis que ir con ellos? —inquiero.

—No siempre —me aclara Alice—, pero suele llenarse de gente del instituto cuando es algún partido importante como el de hoy. Todo el mundo lo celebra como si ellos mismos hubieran ganado.

—Suena… agobiante —suelto al imaginarme un bar pequeño tan

abarrotado de gente que resulte hasta imposible respirar.

—Un poco, pero ahí es cuando ser la hermana de uno de los jugadores tiene sus ventajas. —Se gira hasta quedar frente a mí para empezar a caminar de espaldas—. A la familia y amigos nos dejan una parte reservada para que podamos entrar.

Noa se ríe por lo bajo mientras se pone la chaqueta. Había salido el sol, pero ya está volviendo a esconderse entre las nubes. Seguimos avanzando hacia la salida y la corriente de gente es tan densa que a veces me cuesta mantener el paso.

Junto a la puerta está Eleanor acompañada de Bell y de un hombre que, por la forma en que carga a la pequeña Elizabeth en brazos, debe de ser su marido. La niña descansa apoyada contra su hombro, con los párpados medio caídos, pero aun así vuelve a dedicarme una mirada curiosa.

—¡Alice! —Eleanor levanta la mano y la agita con entusiasmo en cuanto nos ve acercarnos.

Alice responde con el mismo gesto y acelera un poco el paso. Cuando está lo bastante próxima a ellos, se dirige a su madre, emocionada.

—Ha sido superemocionante, ¿verdad? —Luego sonríe a la pareja de al lado—: Vuestro hijo ha estado increíble.

Bell asiente con una sonrisa leve, pero es el hombre que está a su lado quien habla.

—Ha jugado muy bien, sí —añade con un deje de orgullo—. Pero Jamie tampoco ha estado nada mal, ¿eh?

Eleanor ríe suavemente.

—No seas tan modesto, Richard, sabes que Dylan se ha llevado toda la atención hoy.

El estómago me da un vuelco tan violento que por instinto doy medio paso atrás. Claro, la pareja que tengo enfrente son los padres

de Dylan. Llevo días esforzándome al máximo por mantener las distancias con él y, de repente, la vida me pone a menos de un metro de su familia. Es demasiada cercanía de golpe, una intimidad para la que no estoy acostumbrada. El corazón me empieza a latir tan fuerte que temo que puedan escucharlo.

Ya decía yo que el rostro de Bell se me hacía familiar. Tiene la misma mirada que él, aunque el color de los ojos no se parezca en absoluto; ella los tiene marrón claro mientras que los de Dylan son extremadamente verdes. Me fijo en que los de Richard tampoco son de ese color, sino de un tono miel tan claro y brillante que casi parece artificial. «Qué cosas», pienso. A veces la genética se entretiene jugando a lo impredecible.

Richard se encoge de hombros mientras sonríe y se lleva una mano a la nuca como restándole importancia, aunque puedo notar el orgullo que siente de que a su hijo se le dé tan bien jugar.

Me quedo pensando en lo injusta que puede ser la vida a veces. Dylan lo tiene absolutamente todo: aparte de ser extremadamente guapo, atlético, querido por todo el mundo y una estrella del fútbol, tiene una familia que parece sacada de un retrato perfecto.

Una madre que muy probablemente no se pierda ninguno de sus partidos.

Un padre que rebosa orgullo.

Y hasta una hermana pequeña que seguro que lo adora sin medida.

Vive una vida perfecta en el instituto, y al llegar a casa esa vida continúa.

Yo, en cambio, siento que vivo en la versión agrietada de esa misma realidad. Como si a mí me hubiera tocado habitar los escombros de lo que para otros es una vida perfecta.

No tengo nada de eso.

Dudo que mi padre me haya querido realmente en algún momento, de hecho, preferiría que nunca lo hubiera hecho.

Hasta hace unos meses, al menos tenía a mi madre. Ella era la única que celebraba mis pequeños logros, que nunca tuvieron nada que ver con los de Dylan porque nunca he destacado especialmente en nada, y me hacía sentir que con eso bastaba.

Pero ahora ni siquiera me queda eso.

Lo mío no es un retrato familiar, sino un lienzo manchado.

Un padre al que no quiero nombrar.

Una madre que ya no está.

Y unos tíos que me han abierto las puertas de su casa, pero no de su vida.

A mí no me alegra llegar a casa, porque no tengo a nadie que me espere con los brazos abiertos y me pregunte qué tal me ha ido el día o se preocupe por cómo me siento.

Por eso, al ver vidas tan perfectas como la de Dylan, siento una envidia que se escapa de mi control.

No es solo querer lo que él tiene; es darme cuenta de que nunca lo tendré.

Que hay personas destinadas a brillar, a ocupar un lugar en el mundo.

Y otras, como yo, que solo aprendemos a sobrevivir en los huecos que dejan los demás.

Veintiuno

Dylan



Hemos ganado.

El vestuario es un absoluto caos en este momento, pero no me puede dar más igual, porque lo hemos hecho, joder.

No es que tuviera ninguna duda. De hecho, estaba convencido de que íbamos a darles una paliza. Aunque no deja de ser una descarga brutal escuchar el pitido final, sentir que todo el esfuerzo ha merecido la pena y ver a Jamie gritando como si acabara de levantar un título.

—¡Campeones, campeones! —lleva cinco minutos repitiéndolo, dando saltos por el vestuario con la toalla en la cabeza como si fuera un estandarte—. ¿Has visto, Ash? Soy imparable.

—Imparablemente pesado, sí —respondo, y el vestuario estalla en carcajadas.

No puedo evitar sonreír también. Este es mi lugar, aquí, con ellos. Y no lo cambiaría por nada.

Jamie se acerca, ahora con la toalla colgando del hombro y me rodea los hombros con un brazo.

—En serio, Ash… —dice en voz más baja, aunque con esa

sonrisa que nunca se le borra—, has estado increíble. ¿De dónde has sacado esos movimientos? ¿Y ese pase? Uf, se me pone dura solo de pensarlo.

Le suelto un codazo en las costillas y él se dobla de risa.

—Eres imbécil —murmuro, aunque no puedo evitar que se me curve la boca.

—Lo digo en serio, tío —insiste, recuperando el aliento—. Yo la he llevado hasta la portería, pero lo tuyo ha sido de otro planeta.

Suelto una carcajada seca y niego con la cabeza mientras me levanto del banco para ir hacia la ducha. Jamie es capaz de mezclar la broma más absurda con un halago que sabes que dice de verdad. Y, aunque no se lo diga, me gusta tenerlo cerca. Es el tipo de delantero que cualquier mediocampista querría delante y el tipo de amigo que todo el mundo debería conservar.

—Deja de hacerte el humilde, que tú también has brillado —respondo, dándole un manotazo en el pecho—. Has estado brutal, tío. Enhorabuena.

Veo que Jamie me sonríe orgulloso. Y se lo he dicho en serio, a Jamie se le da muy bien. A pesar de que le gusta más vacilar que otra cosa, si entrenara aún más duro, llegaría muy alto.

La verdad, hoy todos hemos estado a la altura. Y eso que no ha sido fácil.

Peter ha hecho unas paradas imposibles. Y Anderson, con su puto ego de estrella…, llevaba días pavoneándose como si fueran a aplastarnos. Qué gusto me ha dado ver su cara cuando se ha dado cuenta de que el partido se le escapaba de las manos. Que lo jodan, hoy hemos sido mejores. Y ya se encargarán los de la prensa de recordárselo.

Nada más acabar, me han rodeado con preguntas que apenas he contestado: si pensaba seguir en serio con el fútbol, qué sentí al

dejar a Anderson atrás en la jugada del gol, que si era cierto que varios clubes me estaban observando. A veces disfruto de esa atención, pero hoy solo me apetecía que me dejaran en paz. Estaba realmente agotado.

Después, entro en una de las duchas y cierro la cortina. Abro el grifo y dejo que el agua caliente me golpee la espalda. Dejo que arrastre todo el sudor, la tierra y un poco de la tensión que todavía siento en los músculos. Cierro los ojos y, durante un segundo, me concentro solo en el sonido del agua contra los azulejos.

Pero, inevitablemente, me viene una imagen a la cabeza.

Talya.

La imagen de su rostro entre la multitud me asalta como un destello. Al final ha podido venir. Y ver que sus ojos alcanzaron los míos justo antes de que empezara el partido hizo que me quedara ahí clavado como un idiota.

Me desconcentró. Mucho más de lo que debería.

Pero después, por alguna extraña razón, saber que ella estaba ahí me ha encendido de una manera que no tiene nada que ver con la adrenalina del público ni con las órdenes del entrenador. Ni siquiera con las ganas de callar al jodido Anderson. Ha sido otra clase de presión silenciosa que me ha empujado a darlo todo solo porque ella estaba mirando.

Me río solo, apoyando la frente contra la pared mojada. No sé qué me pasa. Talya Monroe no debería tener ese efecto en mí. Y, sin embargo, lo tiene.

Respiro hondo, termino de enjuagarme y me paso la toalla por la cara.

Será mejor que me centre en la victoria y en la celebración.

El resto no tengo por qué pensarlo ahora.

Salgo de la ducha y me doy cuenta de que he tardado más de lo

normal porque ya solo queda Jamie, con el pelo mojado y vestido con un chándal limpio.

—¿Qué estabas haciendo ahí dentro? —me pregunta, arqueando una ceja.

—Pensando en lo insoportable que eres —le respondo mientras me subo los pantalones de chándal gris.

—Pues piénsalo rápido, que en el Rusty's nos están esperando para cantar el gol por enésima vez.

Mi amigo me guiña un ojo y me acerca el desodorante de mi bolsa. Niego con la cabeza, dándolo por imposible porque no tiene remedio, pero sonrío mientras me rocío cada axila con el espray.

Jamie siempre consigue aligerar el ambiente.

Nos colgamos las bolsas de deporte al hombro y nos dirigimos juntos a la salida. El aire frío me azota la cara y lo agradezco después del calor insoportable del vestuario.

Lo que no me espero es lo que me encuentro a pocos metros.

Mi madre, con esa sonrisa serena que guarda siempre para después de los partidos. No le entusiasma el fútbol, pero nunca deja de estar ahí. A su lado, Richard sostiene a Elsie, que se ha quedado dormida contra su hombro. Él asiente al verme y no puede evitar sonreír con fuerza. Al lado de mamá está Eleanor Hartley, la madre de Jamie, charlando con Alice, Noa y prestando muchísima atención a Talya.

Mi mirada se clava justo ahí porque, entre todas esas caras familiares, está ella.

El aire frío que hace un segundo me despejaba, ahora se me queda atascado en el pecho. Verla aquí, tan cerca de ellos, me resulta casi imposible de procesar. Mi familia y ella en el mismo plano. Se me hace raro, incluso hace que me sienta algo… ¿nervioso?

Me quedo observándola medio embobado. Y, como si lo notara, Talya levanta la vista. Nuestros ojos se cruzan. Ella esboza una sonrisa pequeña y rápida, más de cortesía que de otra cosa, y enseguida aparta la mirada como si nada. A mí, en cambio, me deja clavado en el sitio con el corazón acelerado.

«Basta ya, Dylan. Tienes que parar».

«Te estás volviendo completamente loco».

«Ni siquiera la conoces, joder».

—¿Estás bien?

La voz de Richard me arranca en seco de mis pensamientos. Me doy cuenta de que llevo demasiado rato parado, con la bolsa colgando del hombro y mirando a Talya como un idiota. Asiento y le hago un gesto con la mirada para que entienda que no lo he oído.

—Te decía que ha sido un partidazo. —Me da una palmada suave en la espalda, con cuidado de no despertar a Elsie—. Has jugado muy bien.

—Gracias —murmuro, incómodo por recibir tanta atención.

—Nosotros nos vamos ya. —Mamá me da un beso en la mejilla —. Cariño, nos vemos luego, tened mucho cuidado y avísame si vas a llegar tarde.

—Tranquila, mamá —le digo mientras me acerco a Elsie, que sigue sobada en el hombro de Richard. Le aparto un poco el pelo de la cara para darle un beso suave en la frente—. Te quiero, Els.

Pero ella ni se inmuta. Ojalá yo tuviera esa facilidad para quedarme dormido.

Mamá y Richard se despiden de la señora Hartley y se alejan hasta quedar fuera de mi visión.

En ese momento, Jamie da una palmada que nos obliga a todos a prestarle atención.

—No es por nada, pero nosotros también tenemos que irnos —

dice mi amigo con entusiasmo—. No quiero perderme la ronda gratis que nos da el Rusty's por haber ganado.

—Entonces ¿vais a ir todos? —pregunta Eleanor.

—Parece que no nos queda otra —contesta Noa, encogiéndose de hombros.

—Venga ya, pero si luego eres la primera a la que le encanta estar ahí —la pica Jamie.

Noa resopla sin negar nada y le da un empujón con el hombro.

—Entonces ¿vas con ellos? —Eleanor se dirige a Talya con calidez—. ¿No necesitas que te acerque?

Talya se endereza de golpe. Sus manos empiezan a enredarse entre sí, frotándose los nudillos con un gesto nervioso.

—No, no —responde demasiado rápido, y fuerza una sonrisa breve—. De verdad, no hace falta. Muchísimas gracias de todas formas, señora Hart…, quiero decir, Eleanor.

—Pasadlo bien, entonces. Ya tienes mi número por si necesitas cualquier cosa.

Eleanor reparte un beso rápido a Alice y un abrazo a Jamie. Se despide con un gesto de mano y una sonrisa y se encamina en la misma dirección que lo han hecho mamá y Richard.

Jamie da otra palmada impaciente.

—Ahora sí que sí, vámonos. —Mira a las chicas—. Venís en mi coche, ¿no?

—Chicos, yo… —murmura Talya, y agacha la cabeza un segundo, como si buscara la forma de decir algo sin estropear el momento—, en realidad no puedo ir. Pero pasadlo bien.

Alice frunce el ceño al instante.

—¡No! ¿Qué? —La agarra de la mano—. ¡Va a ser solo un ratito! Luego puedo acompañarte a casa, lo prometo.

Ella sonríe y se muerde el labio a modo de disculpa.

—No es eso, de verdad, me encantaría ir. Pero le prometí a mi madre que iba a ayudarla con unas cosas y ya bastante me he escaqueado con esto del partido.

—Eres demasiado responsable —se queja Alice mientras le hace pucheros—. Pero no pasa nada, en la próxima no te escapas. Podemos llevarte a casa de todas formas, ¿verdad, Jamie?

—Claro —responde él sin pensárselo.

—No tenéis que desviaros por mí, puedo coger el autobús.

—De eso nada, Monroe. —Jamie niega con la cabeza y le lanza una sonrisa amplia—. Si alguien merece chófer privado hoy, eres tú por haber hecho el esfuerzo de venir.

Ella deja escapar una risa nerviosa, pero el gesto apenas le dura un segundo. El silencio se estira y noto cómo se pone rígida; está deseando desaparecer.

Antes de que se enrede más, abro la boca casi sin pensarlo.

—Yo la llevo. Así vais tirando vosotros.

Alice me mira sorprendida, Noa arquea una ceja y Jamie sonríe como si acabara de pillar algo. Talya, en cambio, parece aún más desconcertada que yo mismo.

No sé qué estoy haciendo.

Solo sé que he notado que se ha puesto nerviosa y que intentaba buscar excusas. Ya empiezo a ser consciente de cada vez que lo hace. Y no he podido evitar sacarla de ahí, aunque no tenga ni idea de por qué cojones lo he hecho.

Talya fija su mirada en mí, como si quisiera asegurarse de que hablo en serio, luego asiente y aprieta los labios. Alice se cruza de brazos y me observa entre la confusión y la sospecha.

—Cuídala, Ashmore. Sé dónde vives —me advierte, llevándose dos dedos a los ojos y luego apuntándome a mí. Acto seguido, se acerca para abrazar a Talya.

—Lo haré.

—Nos vemos en el Rusty’s —se despide Jamie.

Entonces me da una palmada en la espalda con una sonrisa cómplice que me revienta los nervios. Después echa a andar hacia el aparcamiento.

Cuando nos quedamos unos pasos atrás, Talya se aclara la garganta.

—Gracias, otra vez —susurra, pasándose un mechón por detrás de la oreja—. Alice puede ser muy insistente. Pero puedes irte, no quiero atrasarte. Esa celebración debe de ser importante.

—Sí, bueno. —Me encojo de hombros para restarle importancia —. Va a alargarse, así que no voy a perderme nada. Quiero llevarte.

—Ya —murmura, y se humedece los labios—. Vale, está bien.

Hago un gesto con la cabeza para indicarle que me siga y ella duda un segundo antes de dar el primer paso.

Caminamos en silencio, con la distancia justa para que nuestros hombros no se rocen y me descubro deseando que el trayecto se alargue más de lo necesario.

Me gustaría pensar que puedo controlar esto.

«Solo voy a llevarla a casa», pienso.

Pero me doy cuenta de que me estoy metiendo en un problema del que no voy a saber salir.

Veintidós

Dylan



Estoy verdaderamente jodido.

Yo no suelo quedarme sin palabras, ¿sabes? Se me da bien esto de hablar con chicas y todo eso. Puedo soltar alguna broma estúpida, un comentario ingenioso, incluso improvisar cuando no tengo ni idea de lo que digo.

Pero con Talya Monroe no funciona nada de eso.

Yo debería estar pensando en la victoria, en la fiesta que me espera en el Rusty's, en cualquier cosa que no sea la chica que tengo sentada a menos de un metro de mí. Pero aquí estoy, intentando no mirarla más de la cuenta y buscando desesperadamente algo que decir.

—¿Sueles ver muchos partidos o lo de hoy ha sido un milagro irrepetible? —acabo soltando al final.

Ella inclina la cabeza y deja escapar una risita suave por la nariz.

—Más bien lo segundo.

—¿Y qué tal? ¿Te ha gustado la experiencia?

—No he entendido nada, realmente. Siempre me ha parecido que el fútbol son solo unos chicos corriendo tras una pelota.

En cuanto las palabras salen de su boca, abre un poco los ojos como si acabara de darse cuenta de lo mal que suena.

—¿Chicos corriendo tras una pelota? —repito, ladeando la cabeza hacia ella—. Guau, vaya forma de destrozar mi deporte.

Talya se tapa la cara y veo cómo empieza a sonrojarse.

—Perdona, no quería decirlo así. A lo que me refiero es a que…, se nota que sabes lo que haces. Me ha gustado veros jugar. Ha sido… emocionante.

—Tranquila, Monroe. —Sonrío. Joder, estoy disfrutando más de la cuenta al verla sonrojarse—. Te perdono. Aunque solo porque al final lo has llamado «emocionante».

—Me he explicado fatal —susurra, apartando la vista hacia la ventana.

—Y tú, ¿qué haces?

—¿Yo?

—Sí. ¿Qué te gusta hacer?

—Bueno…, me gusta hacer muchas cosas. —Se muerde el labio —. Pero, si te refieres al deporte, no practico ninguno. De pequeña hice gimnasia rítmica un par de años y luego mi madre me apuntó a natación.

—¿Y qué tal? ¿Eras buena?

—Normalita —contesta con rapidez—. Nunca destaqué mucho.

No sé por qué, pero esa forma de restarse importancia me incomoda más de la cuenta. Así que insisto.

—¿Y aparte del deporte? ¿Qué te gusta?

Ella se queda un segundo en silencio, pensativa, y entonces suelta con una sonrisa tímida:

—Hala, pues… No lo sé. Me gusta leer.

Asiento sin sorprenderme lo más mínimo.

—Me lo imaginaba. Te pega mucho.

—¿Me pega leer? ¿Cómo sabes a quién le pega y a quién no?

—Pues no lo sé… —Me encojo de hombros—. Supongo que se nota por cómo hablas. Tienes pinta de darle más vueltas a las cosas que la mayoría.

—Vaya análisis. Igual simplemente es que soy rara.

—Lo definiría mejor como interesante —replico, y al decirlo me descubro sonriendo.

Talya aprieta los labios y baja la mirada hacia sus manos, que no paran de juguetear con la manga de la chaqueta. En vez de continuar con la conversación, cambia de tema.

—La pequeña que estaba allí, ¿era tu hermana?

—¿Elsie? —Sonrío al pensar en ella—. Sí, tiene cuatro años y más energía de la que yo podría tener en tres vidas.

Ella sonríe.

—Es muy guapa, se parece mucho a… —Parpadea rápidamente, dándose cuenta de lo que estaba a punto de decir. Se muerde el labio y sacude la cabeza—. Bueno, se parece mucho a tu madre, creo.

Entorno los ojos divertido.

—¿Ibas a decir que se parece mucho a mí?

—¿Qué? —Sus mejillas se encienden mientras me lanza una mirada rápida casi de súplica—. Sí, bueno…, también. O sea…

—¿Se parece mucho a mí porque yo también soy muy guapo? —Arqueo una ceja, disfrutando demasiado de la situación.

Talya lanza una especie de risa nerviosa, mezclada con incredulidad y vergüenza.

—No era eso lo que quería decir. A ver, que tú tampoco estás nada mal, pero…

La carcajada se me escapa sin poder evitarlo. Hay algo adictivo en verla perder esa compostura que tanto intenta mantener.

—Relájate. Solo estaba bromeando.

—Pues no hace gracia.

Mientras habla, dirige la mirada hacia la ventanilla. Pero la curva diminuta en la comisura de sus labios me dice lo contrario.

—¿Tú tienes hermanos? —pregunto. No quiero terminar la conversación todavía.

—No. —Niega despacio—. Soy hija única. Me habría encantado, pero… —se encoge de hombros— no se pudo.

Su tono cambia en la última palabra. Algo en su voz se afloja, como si llevara demasiado peso escondido ahí dentro.

Me quedo unos segundos en silencio, sin saber si decir algo o no.

—Yo no me imagino sin Elsie —acabo soltando al final. Me resulta inevitable pensar en ello—. Es pequeña, pero llena la casa como si fuera diez veces más grande.

Talya sonríe imaginando la escena. Luego vuelve a bajar la mirada.

—Debe de ser bonito… tener a alguien que te quiera así, sin condiciones. Seguro que te adora tanto como tú a ella.

Esa frase me hace sonreír al pensar que lleva razón, pero a la vez hay un hueco en su mirada, un vacío que me remueve por dentro y que me entran ganas de tapar como sea.

—Oye… —comienzo despacio sin apartar la vista del asfalto—. No tienes por qué decirme nada si no quieres, ¿vale?

Ella me mira con un gesto confuso.

Respiro hondo.

—Es por tus padres, ¿verdad? —añado al fin.

Talya gira el rostro hacia mí, claramente confundida.

—¿Qué? ¿El qué?

—Pues lo de no poder venir. Lo de que siempre pongas excusas.

—Trago saliva, consciente de que puedo estar cruzando una línea—. Es por ellos, ¿no?

No me responde. Se queda quieta, demasiado quieta. El sonido de su respiración empieza a temblar.

Cuando me atrevo a mirarla de reojo, veo que los ojos le brillan, cargados de lágrimas que no está dispuesta a dejar caer delante de mí.

«No tendrías que haber sacado el tema».

«No quiere hablar de eso contigo, joder».

Mi mente habla por mí, recordándome que no paro de cagarla.

El nudo en la garganta me aprieta hasta doler. Quiero decirle que no pasa nada, que no tiene que explicarme nada si no quiere. Quiero estirar la mano y rozar la suya, aunque sea un segundo, demostrarle que no está sola.

Pero me quedo paralizado, con los dedos tensos en el volante y el corazón martilleándome en el pecho.

Por el rabillo del ojo, veo que se lleva una mano a la mejilla, secando una lágrima que está a punto de caer. Su respiración se quiebra una vez más y entonces es cuando cedo.

Giro el coche hacia el arcén y aparco de golpe, incapaz de soportar seguir conduciendo como si nada.

—Talya… —Mi voz sale más áspera de lo que pretendía—. ¿Qué pasa?

Ella se encoge sobre el asiento sin mirarme. Está tan pegada a la puerta que creo que, aunque estirara el brazo, no llegaría a tocarla.

—Vámonos, por favor. ¿Por qué paras?

—Estás llorando, joder. —El nudo en mi garganta me quema—. ¿Es por mi culpa?

—No, es solo que… —Traga saliva, la voz le sale entrecortada—. No es tu culpa, no pasa nada. Lo siento. Vámonos.

—¿No pasa nada? —suelto con algo de rabia contenida—. Entonces ¿por qué lloras?

Ella aprieta los puños sobre las piernas, intentando retener el temblor de su cuerpo, pero, en cuanto levanta la cabeza, la veo deshacerse. Los ojos ahora inundados, la respiración entrecortada.

—Mierda… —murmuro. Joder, me siento un completo inútil—. Talya, puedes decirme qué está pasando. Puedes confiar en mí.

—No puedo. —Sacude la cabeza con fuerza—. No puedo confiar en ti, Dylan. No puedo confiar en nadie. Te prometo que no puedo.

Sus palabras me atraviesan como un puñal. Me quedo agarrado al volante, sin saber qué hacer con las manos ni con la puta impotencia que siento al verla así y no poder ayudarla.

—¿Te están haciendo daño? —pregunto al borde del pánico—. ¿Tus padres están haciéndote daño?

Ella me mira, al fin, con los ojos muy rojos y llenos de tristeza.

—¿Qué? ¡No!

Estoy haciendo mil suposiciones y ninguna me calma. Mi cabeza va a cien por hora mientras imagino escenarios que me revuelven el estómago. Cualquier mierda que pueda justificar por qué tiene tanto miedo de hablar.

—Por favor. —Mi voz sale quebrada, ni siquiera suena como la mía—. Quiero entenderlo.

Ella niega. Una. Dos veces.

Las lágrimas están cayendo al fin sin ningún control. Siento una jodida tentación de tocarla, de cogerle las manos para detener ese temblor.

Joder, quiero abrazarla.

Quiero prometerle que lo que sea que le está pasando se arreglará. Quiero prometerle que va a estar bien.

—Mamá… —murmura de repente entre sollozos.

—¿Tu madre? —repito con cuidado—. ¿Te ha hecho algo? ¿Te está haciendo algo?

Talya niega con la cabeza, ahogada en lágrimas.

—No está. Ella… se ha ido.

—¿Se ha ido? —Frunzo el ceño intentando entender—. ¿Cómo que se ha ido? ¿De casa?

Ella vuelve a negar. Aprieta los ojos con fuerza, como si cada palabra le costara una batalla entera.

—Se ha ido. —Cierra los ojos aún más fuerte, como si estar diciendo esas palabras en voz alta terminaran de romperla del todo —. Ya no está aquí, Dylan. No va a estar nunca más. Me ha dejado sola.

Creo que me he quedado sin respiración. Estoy mirándola como un gilipollas sin saber qué decir.

«Se ha ido».

«No va a estar nunca más».

¿Su madre ha muerto? La idea me golpea con violencia. Ella está llorando por su madre porque… porque ya no la tiene.

Y yo preguntándole si estaba haciéndole daño o si se había ido de casa como un auténtico imbécil.

Me estoy mordiendo el labio con tanta fuerza que casi me sangra, intentando encontrar las palabras adecuadas.

Pero no existen las palabras adecuadas para arreglar esto.

—Talya… —susurro—. Lo siento, joder. Yo… no tenía ni idea.

Ella niega despacio con el rostro aún empapado y la mirada clavada en el parabrisas.

—Nadie lo sabe. —Su voz se parte en mil trozos—. No he sido capaz de admitirlo hasta ahora. —Se cubre la boca con una mano para ahogar otro sollozo y aprieta los ojos con tanta fuerza que, si pudiera, desaparecería dentro de sí misma—. Todo esto es horrible,

Dylan. Y además no paro de mentir. Lo hago todo el tiempo porque no soy capaz de reconocer que mi madre me ha dejado sola.

Me congelo un instante. Nadie lo sabe. Eso quiere decir que soy la primera persona en enterarse. Por eso siempre está poniendo excusas y por eso titubea cada vez que habla de «su madre». Porque no existe ninguna madre en realidad. Las piezas comienzan a encajar en mi cabeza poco a poco, aunque hay algo que se me escapa.

—Pero no estás sola, ¿no? —pregunto, esperando que me diga que no, que en realidad vive con su padre o con algún familiar que la trate tan bien como se merece—. ¿Lo estás?

—Yo… Tuve que venir a vivir con mis tíos. Pero me odian, soy una carga para ellos. No soportan que esté aquí.

—No digas eso… —Reprimo las ganas de limpiarle una lágrima que amenaza con caer en el asiento—. Nadie que te tenga cerca podría odiarte.

—Es la verdad, Dylan. Lo sé. Vivían solos y ahora tienen que hacerse cargo de mí. Soy una molestia.

—¿Fueron ellos los que te dejaron fuera la otra noche?

Ella asiente bajando la cabeza.

La rabia me sube por el pecho en forma de calor, mezclado con una impotencia que me hace apretar el volante hasta que me crujen los nudillos.

—No me jodas —escupo más para mí que para ella—. ¿Hace cuánto que pasó? Lo de… tu madre.

No sé a qué viene esa pregunta, pero necesito entender de alguna manera cómo cojones pueden tratarla así después de lo que ha perdido.

—Fue a finales de agosto —responde mordiéndose el labio.

De eso no han pasado ni tres meses. No hace ni tres malditos

meses que ha perdido a su madre. Y ahora tiene que cargar con todo ese dolor sola. Mientras sus tíos le hacen la vida imposible.

Se supone que deberían ayudarla, sostenerla, darle un puto respiro. Joder, tiene dieciséis años y acaba de perder a su madre. ¿No hay nadie más en su familia aparte de esos cabrones?

Mierda, ahora mismo me vienen a la cabeza muchísimas preguntas.

Sin poder aguantarme ni un segundo más, me desabrocho el cinturón.

Necesito darle un abrazo e intentar tranquilizarla de alguna manera.

Así que lo hago. Me inclino sobre la palanca de cambios, esquivándola como puedo, y la atraigo contra mi pecho. Ella se queda rígida, noto que aguanta la respiración.

Pero después, con las manos aún a los lados, me deja abrazarla. Se derrumba contra mi camiseta y solloza como si por fin hubiera dejado de luchar contra ello.

Joder, no sé cómo ha podido aguantar tanto tiempo sin hablar de esto con nadie.

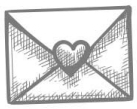
Ni siquiera puedo imaginarme el dolor que debe de sentir.

La aprieto con suavidad, no demasiado fuerte para no hacerle daño. El volante me golpea la espalda. Esta posición es incómoda de cojones, pero me da igual.

Lo único que me importa en este momento es que ya no tiene por qué volver a llorar sola.

Veintitrés

Talya



No sé cuánto tiempo llevo aquí, atrapada entre sus brazos, escuchando el golpeteo acelerado de su corazón contra mi oído. Quizá segundos. Quizá toda la vida.

Me he quedado rígida al principio. Pero después… después me he rendido.

Y ahora estoy escondida en su camiseta, dejando que mis lágrimas se mezclen con el olor a detergente de su ropa, con ese calor extraño que me hace sentir segura cuando no debería.

No sé en qué momento decidí empezar a hablar. Solo sé que las palabras salieron disparadas demasiado rápidas.

Mi madre ha muerto.

He sido capaz de reconocerlo en voz alta por primera vez.

Y la primera persona en oírlo ha sido Dylan.

¿En qué estaba pensando?

No lo entiendo.

No entiendo por qué he tenido que decirlo justo ahora.

Ni por qué a él.

Quizá mi mente no soportaba más el peso de ese secreto y ha

querido liberarse de algún modo.

Y, de entre todas las personas del mundo, le ha tocado a Dylan Ashmore estar presente justo en ese instante.

O quizá, simplemente, es que confío en él más de lo que debería.

«No puedes confiar en él, Talya».

«Eso es un error enorme».

«Ya sabes lo que ocurre cuando lo haces».

El nudo se aprieta aún más en mi garganta. El mismo que me avisa de que acabo de cruzar una línea y que ya no hay manera de retroceder.

Decírselo debería haberme aliviado, y en parte lo ha hecho, pero lo único que siento ahora es miedo.

Como si acabara de poner en sus manos un trozo demasiado frágil de mí y no supiera si va a sostenerlo o a dejarlo caer.

Me aterra lo que eso significa. Al decirlo en voz alta, ese secreto ha dejado de ser solo mío y ahora nos pertenece a los dos.

Aprieto los ojos, intentando recordar qué cara ha puesto cuando lo he dicho. Si se ha sorprendido, si se ha compadecido de mí o si lo va a soltar a la primera de cambio cuando alguien pregunte.

Porque, aunque lo haya reconocido en voz alta, no me siento preparada para que lo sepan todos.

No quiero esas miradas cargadas de lástima ni escuchar cómo bajan la voz cuando paso cerca.

No quiero convertirme en un recordatorio andante de lo frágil que puede ser todo.

Y, sobre todo, no quiero que nadie me haga preguntas.

Si lo saben, me lo recordarán cada vez que me miren, y yo no necesito que nadie me recuerde lo que ya me desgarra cada día.

Si nadie se entera, al menos puedo seguir fingiendo que todo

está bien.

Aunque en realidad nada lo esté.

Me froto los ojos con el dorso de la mano, intentando borrar las lágrimas, pero solo consigo esparcir la humedad por mis mejillas. El cansancio me aplasta los hombros como si hubiera corrido kilómetros. Hablar me ha dejado vacía.

Dylan sigue envolviéndome con sus brazos, firme, inamovible. No me ha soltado ni un segundo. Su barbilla descansa contra mi cabeza y, cada vez que respira, siento el movimiento en mi cabello. Uno de sus brazos me rodea por los hombros, el otro me sostiene contra su pecho, temiendo que vaya a desvanecerme en cualquier momento.

—Lo siento… —susurro tan bajo que apenas se escucha.

Siento cómo se tensa contra mí y baja un poco la cabeza para poder oírme mejor.

Cuando alzo los ojos, me lo encuentro ahí, demasiado cerca.

Tanto que puedo distinguir cada destello dorado en sus iris verdes.

—¿Por qué? —pregunta en voz baja.

Su respiración roza mi frente y me eriza la piel. El espacio entre los dos parece inexistente.

Intento apartar un mechón húmedo que me molesta en la cara, pero él se me adelanta. Sus dedos lo recogen con cuidado y lo lleva detrás de mi oreja, rozándome apenas. El contacto es ligero, casi imperceptible, pero aun así mi cuerpo se tensa, confundido entre la necesidad de retroceder y la incapacidad de hacerlo.

Trago saliva antes de responder:

—Por… por todo esto. —La voz me sale quebrada.

Él no se aparta, sigue sosteniéndome la mirada, tan de cerca que siento que me atraviesa. Su mano sigue suspendida a un lado

de mi rostro.

—No tienes que pedir perdón —afirma en voz baja sin apartar los ojos de los míos—. Ni por llorar ni por haber sido capaz de soltarlo todo.

El aire entre nosotros se vuelve denso, eléctrico, como si cada respiración nos perteneciera a los dos. No sé si es porque sigo atrapada entre sus brazos o porque su voz me envuelve como un refugio al que ya no estoy acostumbrada, pero me descubro a mí misma sin querer apartarme. En ese momento, un bucle de pensamientos me azota.

«Aléjate, Talya».

«No puedes dejar que siga abrazándote».

«Después, acabarás sufriendo aún más».

Mi mente no para de repetirme que me aleje, que ponga distancia de inmediato. Me está intentando proteger y debería hacerle caso.

Pero otra parte de mí, esa que llevo días intentando silenciar, no quiere moverse.

Llevaba tanto tiempo sin sentirme arropada por alguien que me gustaría quedarme aquí toda la vida.

Había olvidado lo que era esto.

Tener un pecho en el que apoyarse. Unos brazos que no exigen nada a cambio.

Quien debería cumplir esa función, ahora que mamá ya no está, solo sabe tratarme como si fuera una intrusa en su hogar.

El contraste me duele; no debería encontrarme así de bien entre unos brazos que no me pertenecen. Y, sin embargo, aquí estoy, con la piel erizada y sintiéndome segura por primera vez en los últimos tres meses.

Puedo notar cómo su mirada se suaviza, perdiendo cualquier

rastro de dureza. Un gesto que me hace sentir demasiado expuesta, porque reconozco esa expresión. Es exactamente la misma lástima de la que tanto intento huir.

—No quiero que… —empiezo a decir aún a centímetros de él—. No quiero que te compadezcas de mí. Yo solo… creo que no podía aguantar más sin hablar de esto con alguien.

Sus cejas se fruncen apenas, la duda en sus ojos revela lo mucho que busca las palabras exactas para convencerme.

—No es compasión, Talya. —Su voz es firme y segura—. Solo creo que nadie debería guardarse algo así para sí mismo todo el tiempo. —Sus palabras me pesan más que el silencio, porque no sé qué responder. No quiero que me vea como alguien roto, pero tampoco puedo negar que sea cierto.

Entonces, su mano se acerca despacio a mi rostro, dudando en el aire un segundo antes de atreverse a tocarme. Sus dedos rozan apenas mi piel cuando aparta una lágrima silenciosa que empezaba a resbalar por mi mejilla. Lo hace con una ternura que me hace contener la respiración. Ese gesto tan simple consigue dejarme sin aire.

Sigue estando tan cerca que, si llegara a inclinarme apenas unos centímetros, podría sentir sus labios rozando los míos.

La idea me golpea tan de repente que me hace estremecer.

Él tampoco se mueve, su mirada sigue fija en la mía.

No sé cuánto tiempo llevamos ahí, mirándonos tan de cerca, pero al final soy yo la que rompe el hechizo en el que parecemos atrapados. Parpadeo, giro el rostro y me escapo de su abrazo.

El crujido del asiento acompaña mi movimiento. Su mano cae despacio, sin hacer ruido, como si nunca hubiera estado envolviéndome.

El calor de su abrazo se extingue al instante y un frío áspero me

recorre los brazos. Instintivamente, me los froto, buscando recuperar el calor perdido, pero lo único que consigo es recordar dónde había estado ese calor unos segundos antes.

Me aclaro la garganta intentando recomponerme.

—Debería irme ya. —Mi voz suena más firme de lo que esperaba, aunque no sé si lo digo por convicción o porque necesito poner distancia antes de perderme más en esto.

Dylan frunce el ceño, ha vuelto a acomodarse en el asiento y tiene una mano apoyada en el volante.

—No tienes que volver todavía. —Se humedece los labios—. Podemos ir al Rusty's con los chicos o… no sé, también podemos quedarnos aquí si lo prefieres.

El corazón me da un vuelco. Cualquiera de esas opciones me parece infinitamente mejor que tener que enfrentarme de nuevo al silencio de esa casa.

Pero sacudo la cabeza obligándome a mantener la distancia y a no empeorar más las cosas.

—Gracias, de verdad —respondo—. Pero, si no vuelvo ahora, será peor.

Veo cómo aprieta la mandíbula, el músculo se tensa con fuerza. Sus dedos tamborilean contra el volante, marcando un ritmo nervioso que no se corresponde con la calma en su voz.

—Entiendo. —Lo dice tan despacio que parece obligado a tragarse todo lo que de verdad querría contestar.

El silencio que sigue es incómodo, distinto al de antes.

—De verdad, no pasa nada —añado, aunque ni siquiera yo misma me lo creo.

Lo veo cerrar los ojos un segundo, inspirar hondo y volver a abrirlos. Entonces se pasa una mano por el pelo, despeinándolo y, sin mirarme, gira la llave del contacto. El zumbido del motor

sustituye a nuestras palabras y el coche vuelve a circular por la carretera.

El trayecto que sigue lo hacemos en silencio y se me hace demasiado corto. Apenas parpadeo y ya reconozco mi calle por la ventanilla. El estómago se me encoge en cuanto distingo la silueta de la casa de mis tíos.

Dylan se detiene frente a la acera. El sonido constante del motor sigue llenando el silencio que ninguno de los dos se ha atrevido a romper en todo el camino.

Me quedo mirando la puerta oscura de la casa, con la garganta cerrada. Siento el impulso de abrir la puerta del coche y salir corriendo, pero no hacia el que debería ser mi hogar, sino hacia cualquier otra dirección.

—Talya. —Su voz me obliga a girarme. Tiene los dedos aún aferrados al volante, los nudillos tensos, pero sus ojos están puestos en los míos—. Puedes contar conmigo.

Trago saliva, incapaz de contestar.

Él duda un instante, se humedece los labios de nuevo y su voz baja todavía más cuando añade:

—Si alguna vez no puedes más…, puedes llamarme. A la hora que sea.

Siento mi pecho encogerse.

—Gracias —susurro, apenas audible, temiendo que esa simple palabra pueda quebrarme todavía más.

Sin apartar mis ojos de los suyos, abro la puerta despacio. El aire frío me golpea al salir.

Camino hacia la entrada, pero antes de meter la llave, me sorprendo echando una última mirada hacia atrás.

El coche sigue ahí, con las luces encendidas, y Dylan espera con las manos en el volante y esa expresión contenida que no sé cómo

descifrar.

Cuando al fin cierro la puerta tras de mí, sus palabras todavía resuenan en mi cabeza, agarrándose a mí con más fuerza que el silencio de esta casa.

Ojalá las circunstancias fueran otras.

Ojalá pudiera creerlo sin reservas, dejarme caer en lo que me ofrece.

Pero mi vida es la que es.

Así que me aferro al único refugio que conozco: fingir que estoy bien, aunque lo único que quiera sea volver a salir y quedarme con él.

Veinticuatro

Dylan



Me quedo un par de minutos con las manos apretadas contra el volante después de que Talya haya cerrado la puerta.

Todavía siento el peso de ella contra mi pecho y el temblor desesperado de sus dedos crispados en mi camiseta. También, el eco quebrado de su voz, las palabras que llevaba tanto tiempo tragándose y que al fin se han derramado sobre mí.

Y sus ojos… Me miraban tan tristes que parecían estar agarrándose a mí como si yo fuese el último lugar seguro que les quedara en el mundo.

Me arde la garganta. En el silencio del coche, solo puedo oír el eco de su respiración irregular.

Joder, la he tenido tan cerca que he podido distinguir un lunar diminuto al lado de su ojo izquierdo. Y también las pecas casi invisibles que le recorren la nariz como constelaciones escondidas.

He tenido que morderme la lengua para no decirle que no iba a dejar que se marchara.

Mi instinto era aferrarme a ella y no soltarla nunca.

Y, aun así, lo he hecho.

Ahora me siento como un cabrón por dejarla entrar en ese lugar como si ella no acabara de confesarme que está viviendo en un infierno.

Aprieto el volante con más fuerza. La idea de salir del coche, tocar el timbre y sacarla de ahí me golpea una y otra vez.

Pero sé que no es tan fácil, que, si lo hago, lo único que voy a conseguir es que cierre otra vez todas las puertas que acaba de entreabrirme.

Respiro hondo y me paso las manos por la cara.

«Déjala, Dylan. Esta vez no es cuestión de lo que tú quieras».

Cierro los ojos un segundo. El aire huele a su champú o quizá lo estoy imaginando. No lo sé.

Lo único que sé es que tengo que irme de aquí.

He recibido varios mensajes de Jamie insistiendo en que no tarde demasiado. «Ya habrá tiempo de hacer manitas con Talya en otro momento, ahora tienes que venir a celebrar que hemos ganado», me dice en uno.

Será idiota…

Pero él qué sabrá.

Es cierto que debería estar en el Rusty's, celebrando la victoria con los chicos.

Pero ahora mismo es lo último que me apetece.

Aun así, termino girando en esa dirección. Sé que no voy a pegar ojo esta noche si me voy directo a casa y tal vez el bullicio del bar consiga acallar mis pensamientos.

Pensamientos que no paran de repetirse en bucle.

«Su madre ha muerto».

«No tiene a nadie».

«Sus tíos le hacen la vida imposible».

Joder.

Decido poner la música a tope, dejar que sean los acordes de las guitarras y los golpes de la batería lo que ocupe el sitio de sus palabras en mi mente.

Cuando aparco cerca del Rusty's, ya puedo escuchar el follón desde la acera. El bar está a reventar. El olor a fritanga y cerveza me golpea incluso antes de cruzar la puerta.

Dentro, una bocanada de calor denso me recibe al instante, cargada de sudor, cerveza y humedad de decenas de abrigos amontonados. Todo está abarrotado: estudiantes, compañeros de equipo, chicas que reconocen nuestras caras del campo. Algunos me señalan, otros me dan palmadas en el hombro mientras me abro paso hacia el fondo.

Miro hacia la izquierda y veo a los chicos al final del todo, en nuestro lugar reservado para días como hoy. Una mesa larga junto a la pared de ladrillo, medio escondida del resto, donde siempre acabamos apilando chaquetas y vasos vacíos. Jamie es el primero que distingo, de pie sobre el banco, agitando los brazos como si fuera el puto héroe de la noche.

—¡Ashmore ha decidido honrarnos con su presencia! —grita, haciendo que todos se giren hacia mí.

—No grites, joder —murmuro mientras me dejo caer en la silla libre que hay a su lado.

Él no me hace caso. Tiene las mejillas un poco coloradas y la jarra de cerveza medio vacía en la mano, señal clara de que no es la primera del día. Me pasa un brazo por los hombros y me zarandea como si fuéramos críos.

—No me seas aguafiestas, Ash. Hoy toca celebrar.

Da un trago largo, se termina la bebida que le queda y me guiña

un ojo.

—¿Qué? ¿Se te ha hecho tarde porque estabas demasiado ocupado dándole arrumacos a la señorita Monroe?

Pongo los ojos en blanco mientras el nudo en mi estómago se aprieta.

—Cállate —respondo, intentando sonar relajado.

Jamie suelta una carcajada que resuena por encima de la música.

—Tranquilo, tío, que no voy a chivarme. Si quieres cambiar el fútbol por hacer manitas, aquí nadie te va a juzgar.

—Estás borracho, tío. ¿Cuántas te ha dado tiempo a tomarte? —digo, apuntando con la mirada a su jarra vacía.

—¿Cinco? ¿Seis? No lo sé. —Se encoge de hombros con una sonrisa amplia.

—Con razón hablas tanta mierda.

—Venga ya, no te pongas tan serio. Solo estoy de coña. Además… —Me señala con el dedo, moviéndolo de arriba abajo—. Borracho o no, sé reconocer cuando alguien está diferente. Y tú, colega, llevas días muy raro.

No sé si es el alcohol hablando por él o su instinto de protección hacia mí, pero la incomodidad me sube por la garganta.

—Déjalo, Hartley. Solo estoy cansado —murmuro, haciéndole un gesto a Teo, el camarero, para que traiga otra ronda. Ya pediré un taxi más tarde, ahora mismo necesito cualquier cosa que me ayude a silenciar el ruido en mi cabeza.

Por un segundo, parece que Jamie va a seguir pinchando. Me aguanta la mirada con esos ojos entornados que pone cuando huele que algo no encaja.

Al final, me da un manotazo en la espalda y añade con media sonrisa:

—Como me entere de que le ocultas información a tu mejor amigo, tendremos problemas.

Suelto un resoplido y niego con la cabeza.

Él centra su atención en Noa, que está sentada a su otro lado, y ya te aseguro que no ha sido por pura casualidad. No termino de comprender esa dinámica que se traen los dos. Ella finge que lo odia, pero a la vez gravita a su alrededor como si fuese la única órbita capaz de atraerla. Necesita tenerlo cerca para poder quejarse de él, para tener siempre a mano a alguien contra quien lanzar sus pullas. Y lo peor, o lo mejor, es que Jamie no parece cansarse nunca. Al contrario, parece vivir para provocarla.

Aprovecho para echarle un vistazo a los demás.

Nathan, cómo no, ya ha encontrado compañía. Tiene en el regazo a una chica, que ni siquiera reconozco, inclinada hacia él. Mi amigo le susurra cosas al oído mientras ella no para de sonreír. Lo suyo no cambia nunca: si no es en el campo, es aquí donde despliega su juego, y parece que siempre consigue marcar.

Harry está sumergido en una conversación, que más bien parece un monólogo, con Owen sobre cuatro documentales distintos que se ha visto esta semana y que todos se conectan con el partido de hoy. Nuestro capitán no para de asentir como si lo que dice fuera la revelación del siglo.

Alice y Erik funcionan en una frecuencia distinta. No necesitan alzar la voz ni lanzarse pullas para llenar el espacio: basta con una mirada rápida, un gesto mínimo. Ella le roba un sorbo de la bebida sin preguntar y él la deja con esa calma suya que parece resignación, pero no lo es del todo. Entre ellos hay algo… más silencioso, más difícil de descifrar. Como si guardaran un secreto que ninguno de los dos está dispuesto a confesar delante del resto.

—¿Todo bien con Talya? —me pregunta Alice, y mis músculos se

tensan al escuchar su nombre—. La habrás dejado sana y salva en casa, ¿no?

La he dejado en casa, pero no tengo claro que esté concretamente a salvo.

—Claro —respondo en cambio, encogiéndome de hombros mientras tomo una de las jarras que Teo acaba de dejar sobre la mesa.

—Bueno, ahora que no falta nadie… —Jamie vuelve a ponerse de pie sobre el banco y nos mira a todos—, ¡podemos brindar!

Los vasos se levantan casi al mismo tiempo, la mayoría rebosantes de cerveza, otros con refresco y algunos, por el color, parecen esconder algo más fuerte.

—¡Por el Evercrest, que sigue siendo imparable! —proclama Jamie orgulloso.

—¡Por la defensa más sólida del partido! —añade Erik.

—¡Y por el extremo más guapo del equipo! —remata Nathan, lo que provoca carcajadas en la mesa y un «gilipollas» de Noa.

—Y por el que de verdad hace que todo funcione en el campo —interviene Jamie de repente, mirando hacia mí con esa mezcla de respeto y complicidad—. Vamos, Ash, di algo.

Decenas de ojos se giran en mi dirección. No me apetece soltar ningún discurso, pero tampoco voy a quedarme callado con todos esperando.

—¡Por el equipo! —digo sin adornos—. Porque, sin cada uno de vosotros, lo de hoy no habría pasado.

Chocamos las jarras en el centro y la espuma salta por todas partes.

Jamie me zarandea el hombro como si acabara de dar el discurso del año, mientras las carcajadas estallan a mi alrededor.

Yo solo doy un trago largo. La cerveza me golpea la lengua con

ese amargor áspero. El líquido frío baja demasiado rápido y me quema el estómago.

Me apoyo contra el respaldo y cierro los ojos un segundo. La música me retumba en las costillas y el calor del local se me pega a la piel. Normalmente me agobiaría, pero esta vez prefiero perderme en este estruendo que volver a escuchar la respiración temblorosa de Talya en mi cabeza.

Creo que ya voy como por la quinta jarra de cerveza y eso, sumado a unos cuantos chupitos que Nathan y Jamie me han puesto por delante y al hecho de que no he probado bocado desde esta mañana, por lo que tengo el estómago completamente vacío, está haciendo que el alcohol empiece a afectarme. Normalmente esta sensación me causa rechazo. Odio que la cabeza empiece a darme vueltas y también odio sentir que estoy perdiendo el control.

Pero ahora mismo eso me trae sin cuidado e incluso lo agradezco.

El cosquilleo en las sienes, la ligereza de los músculos y la risa fácil son un respiro comparados con la avalancha de pensamientos que empezaban a aplastarme hace un rato.

En mi mente no paraba de repetirse la imagen de esos ojos dorados anegados en lágrimas, mirándome como si por un segundo hubiera bajado sus defensas y me hubiera dejado entrar en un lugar donde nadie más tiene acceso.

Mierda. Otra vez no.

—Ojalá estuviera aquí Talya —dice Alice de repente, como si hubiera escuchado mis pensamientos—. Se estaría partiendo con vosotros.

—Mamá Monroe la tiene atada en corto —responde Jamie, al

que ya se le empieza a trabar un poco la lengua—. Tendremos que ir a verla para que vuelva a confiar en nosotros. Seguimos siendo una buena influencia.

Entonces, Jamie se encoge de hombros y vuelve a dar un trago a la cerveza. Fuerzo una media sonrisa, pero me arde el estómago. Si ellos supieran…

El silencio amenaza con pesar demasiado, pero Owen lo rompe señalando a Harry.

—¡Que alguien le quite la cerveza, que está a punto de empezar el tercer monólogo!

—Esto es importante —dice Harry muy serio—. Os digo que no hay peor sensación que jugar con las botas mojadas. Y eso lo aprendí de la peor forma, porque el año pasado, ¿os acordáis del partido contra el Saint Mary's? —Apenas nos da tiempo a asentir antes de que siga—. Pues llovía a cántaros y yo, listo de mí, dejé las botas en la ventana. Mi padre siempre dice que me huelen los pies, un exagerado. —Hace un gesto con la mano, como quitándole importancia—. El caso es que, cuando me las fui a poner, estaban empapadas. Literal que podía exprimirlas como si fueran una toalla.

—Harry… —suspira Noa, pero él no se calla.

—Total, que jugué así y me salió una ampolla que parecía otro dedo. Y hablando de dedos…, ¿sabíais que el portero suplente del Saint Mary's se rompió tres el año pasado haciendo *snowboard*? —suelta de golpe, como si ambos temas tuvieran alguna relación.

Nathan pone los ojos en blanco y vuelve a centrar su atención en la pelirroja que sigue sobre sus piernas. Por otro lado, Jamie empieza a golpear la mesa mientras estalla en carcajadas. Yo tampoco me puedo contener la risa.

—Tío, lo tuyo es de estudio —suelto—. ¿Cómo pasas de las botas a un portero con dedos rotos?

Las carcajadas vuelven a inundar el lugar y así nos quedamos bastante tiempo. Consigo despejar mi mente y dejar que sean el alcohol y las risas lo que me mantenga a flote. Por primera vez en toda la noche, siento que el nudo en mi estómago empieza a aflojarse del todo.

Hasta que un peso se acomoda sobre mis piernas con total naturalidad.

Veinticinco

Dylan



Emma.

Tengo a Emma sentada en mi regazo mientras sus manos frías me agarran el cuello.

Como si no llevásemos días sin intercambiar palabras, como si la última discusión nunca hubiera existido.

Pero esta es nuestra dinámica. Discutimos por cualquier tontería y luego volvemos a vernos como si nada.

Y nunca me ha molestado, al contrario. Estoy bien así.

Normalmente me gusta verla, consigue distraerme y, joder, me alegra la vista.

Lleva un top tan diminuto que apenas llega a cubrirle el pecho. La minifalda es tan corta que si llegara a agacharse lo más mínimo dejaría de ser falda para convertirse en un maldito cinturón.

El pelo rubio le cae en ondas brillantes sobre los hombros descubiertos y la luz del Rusty's hace que su piel parezca casi dorada.

Es una chica extremadamente guapa y es completamente consciente de ello.

Emma nunca pasa desapercibida. Sabe cómo entrar en un sitio y que todas las miradas giren hacia ella. Soy consciente de que más de uno en este bar la está mirando ahora mismo, aunque esté sentada sobre mí.

Me roza el cuello con sus largas uñas, pintadas de un rosa empolvado idéntico al de sus labios, y me sonríe como si supiera exactamente el efecto que provoca.

Solo que, esta vez, por algún motivo, ese efecto no es el de siempre.

Me quedo mirándola, impasible, mientras pienso en cómo cojones ha conseguido entrar al reservado. Aunque la verdad es que no debería sorprenderme. No es la primera vez que lo hace. Otras veces hemos venido juntos y aquí todos la conocen de sobra. Si Emma quiere estar en algún sitio, termina estando. Así de simple.

—He venido antes a buscarte y no estabas aquí —dice, inclinándose hacia mí. Sus labios rozan mi oreja al hablar y noto el cosquilleo de su voz en mi piel.

Después se aparta despacio, calculando al milímetro cada uno de sus movimientos y se queda mirándome mientras se muerde el labio.

Sus dedos juegan con el borde de mi camiseta, apenas rozándome la piel del pecho, y luego ascienden otra vez por mi cuello, donde las uñas dibujan un recorrido lento que me pone los pelos de punta.

Hace un pequeño puchero y ladea la cabeza con un gesto infantil que no pega en absoluto con el destello malicioso de sus ojos.

—Casi pensaba que no ibas a venir —reconoce mientras me lanza un pestañeo rápido y juguetón.

Fuerzo una sonrisa. En cualquier otro momento, yo le estaría siguiendo el juego. Es lo que hacemos siempre. Pero ahora mismo

mantengo las manos apoyadas en el banco, a ambos lados de mi cuerpo. Porque lo más fácil sería sujetarla por la cintura, y eso es justo lo que no quiero hacer.

—Pues ya ves, aquí estoy —respondo, e intento centrarme en la jarra de cerveza.

—¿Me has echado de menos?

Después, me sujeta la cara con sus frías manos para obligarme a mirarla.

—Habíamos discutido, ¿no?

—Han pasado días… —Su sonrisa torcida y su mirada traviesa me deja claro que cree que seguimos jugando—. ¿Es que pensabas ignorarme para siempre?

—¿Crees que vamos a estar en esas toda la vida?

—No te hagas el duro, Dylan —replica con una risa baja.

Sus dedos se enredan en mi pelo y tira suavemente como si buscara provocarme un escalofrío.

Pero el escalofrío que siento no es de placer. Es incomodidad.

Joder, quiero que me deje en paz.

El alcohol cada vez está empezando a nublarme más la vista y la presión de su peso sobre mis piernas me resulta asfixiante.

Me obligo a esbozar una sonrisa, tampoco quiero tratarla como un gilipollas. Aparto un mechón de su cara y lo coloco detrás de su oreja solo para poder acercarme lo suficiente y susurrarle:

—Esta noche no, Emma.

Ella se echa hacia atrás un poco, con las cejas arqueadas, sorprendida. Creo que nunca antes la había rechazado.

—¿Tan enfadado estás? Ni siquiera fue para tanto.

—No estoy enfadado. —Trago saliva—. Estoy celebrando que hemos ganado. Podemos hablar en otro momento.

—Vale… —Se inclina de nuevo hacia mí—. Podemos ir a mi casa

después.

—Hoy no.

Ella ladea la cabeza, como si no me hubiera escuchado, y sus labios ya están a un suspiro de los míos. Me sonríe mientras se pasa la lengua por el labio inferior con descaro.

Y, antes de que pueda reaccionar, me besa. No es un beso tímido ni un tanteo. Es directo, con la seguridad de que siempre acabo cediendo.

Pero esta vez no.

El golpe en el estómago es inmediato. No por el gesto en sí, sino porque siento que me está robando el aire justo cuando más necesito respirar.

Apoyo las manos en su cintura, no para corresponderla, sino para apartarla. Lo hago con cuidado, pero con firmeza. Me levanto de golpe y durante un segundo queda suspendida en el aire, obligada a recomponerse rápido para no perder el equilibrio.

Emma me mira con los labios entreabiertos, desconcertada.

—¿Qué te ocurre? —pregunta sin gritar, pero sí con una mezcla de enfado y sorpresa en la voz.

Me paso una mano por la nuca y siento el calor del local demasiado sofocante.

—Te he dicho que hoy no. —La voz me sale ronca, más grave de lo que pretendía.

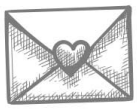
El murmullo del bar parece bajar de golpe. Sé que más de uno habrá presenciado lo que acaba de suceder.

Emma parpadea sin terminar de creerse que por primera vez no le esté siguiendo el juego.

Sin decir nada más, agarro mi chaqueta de la silla y me abro paso hacia la salida. Necesito tomar el aire.

Veintiséis

Talya



Este fin de semana, mis emociones han variado constantemente.

Del alivio al miedo y del miedo a la confusión.

Ahora me siento aliviada, como si me hubiera quitado de encima un millón de ladrillos que llevaban apilándose en mi pecho mucho tiempo, presionando cada vez más fuerte, dejándome sin aire. Al soltar uno de esos secretos, sentí que, por fin, gran parte de ellos caían al suelo.

Pero no se rompieron contra el asfalto. Fue como si Dylan los hubiera recogido al vuelo y ahora no solo los cargo yo, también él los sostiene entre las manos. Y, aunque eso me permite respirar un poco mejor, también me aterra haber dejado mis escombros en manos ajenas; que él, de alguna manera, termine mostrándolos.

Mi cerebro está confundido porque mi corazón ha decidido que quiere confiar en él.

Aunque no tiene del todo claro por qué.

Hoy es lunes y vuelvo a caminar por los pasillos del Evercrest. No paro de pasear la mirada de un lado a otro, buscando algo. O… a alguien.

—¡Tía! ¿Me estás escuchando? —Alice se coloca delante de mí para llamar mi atención mientras caminamos hacia la clase de Geografía.

—¿Qué? Claro que sí, me estabas hablando de que Jamie rompió un par de vasos en el Rusty's el otro día.

—Talya Monroe, me estabas ignorando. He terminado esa historia hace media hora —exagera, llevamos caminando no más de cinco minutos—. ¿Qué te tiene tan embobada que te impide prestar atención a tu mejor amiga?

Parpadeo, pillada con la guardia baja.

«Mejor amiga».

Una sensación cálida se me instala de golpe en el pecho. Hace apenas unas semanas me aterraba la idea de no terminar de encajar con ella, de que el tiempo nos hubiera vuelto unas desconocidas. Pero, a pesar de todo, me sigue guardando ese sitio.

—Nada —respondo.

Acto seguido, me paro en las taquillas para coger los libros que necesito.

—Ajá. —Alice me lanza una mirada sospechosa arqueando una ceja—. ¿Ese «nada» que te tiene embobada camina con botas de fútbol y su sonrisa es de anuncio, quizá?

Me atraganto con el aire que respiro y uno de los libros termina en el suelo.

—¿Qué dices? —intento sonar ofendida, aunque mi voz sale un poco más aguda de lo normal.

Alice se agacha, recoge el libro del suelo y me lo tiende con una sonrisa demasiado satisfecha.

—Por favor, Talya. No soy tonta. Llevas todo el camino con los ojos dando saltitos, como si esperaras que alguien apareciera en cualquier momento.

—No sé de qué estás hablando —respondo.

No obstante, soy incapaz de mirarla a los ojos, ya que siento que el calor sube por mis mejillas. En ese momento, Alice fija la mirada en algún punto detrás de mí.

—Entonces no te importará que esa persona esté caminando ahora mismo en nuestra dirección.

El corazón me da un vuelco. Intento aparentar normalidad, pero me giro tan rápido que casi se me escapan los libros otra vez.

—¡Te pillé! —exclama Alice, dándome un pequeño empujón con el hombro—. Te has puesto nerviosa y has picado.

Me cubro la cara con una mano mientras cierro la taquilla y le pongo el candado. Cuando la vuelvo a mirar, me doy cuenta de que me dedica una expresión pícara.

—¿Te gusta, Talya? ¿Un poquito aunque sea? —Acerca el pulgar y el índice dejando apenas un espacio entre ellos.

—No me gusta, Alice. Ni siquiera lo conozco —respondo bajito mientras retomamos el camino a clase.

—Pero reconoces que es guapo. Y alto. Y atractivo. Y tiene una sonrisa que…

—Vale, para —la corto bajando aún más la voz—. Te va a oír todo el mundo.

Ella sonríe como si acabara de ganar una apuesta.

—Entonces ¿lo admites?

Suelto un resoplido, incapaz de contener una pequeña risa nerviosa.

—Admito que es… guapo. ¿Contenta?

—¡Muy contenta! —responde triunfal. Entonces, enlaza su brazo con el mío mientras entramos en clase—. Ya sabía yo que no eras tan inmune como finges.

Niego con la cabeza, aún con la sonrisa escondida, y me dejo

arrastrar.

Alice se deja caer en su sitio, todavía sonriendo, y yo paso toda la hora intentando prestar atención al profesor. Hoy imparte clase sobre cómo los glaciares han modelado gran parte del paisaje escocés, creando los característicos valles en forma de U y de los depósitos que estas enormes masas de hielo dejaron tras retirarse miles de años atrás.

Mis pensamientos se distraen más de lo que me gustaría. La voz del profesor va perdiendo intensidad hasta que en mi cabeza solo escucho la de Dylan.

«Puedes contar conmigo».

«Puedes llamarme, a la hora que sea».

Una sonrisa se me escapa sin permiso al recordar sus palabras.

¿Alice tendrá razón? ¿Tan evidente es?

Me descubro con el impulso absurdo de querer escribirle solo para darle las gracias otra vez, para asegurarme de que sabe lo mucho que significó para mí que se quedara a escucharme y consolarme.

La hora se me hace eterna. Cuando por fin suena el timbre, recojo mis cosas con más prisa de la necesaria.

—Voy al baño —me despido de Alice con un movimiento de labios.

Ella asiente y yo me uno rápidamente al pequeño embudo de alumnos que salen al pasillo.

Estoy en uno de esos días y necesito llegar con urgencia.

Empujo la puerta del baño de chicas y me encuentro con una escena un poco… extraña.

Hay una chica rubia apoyada contra la pared y, frente a ella, un chico al que solo distingo de espaldas, inclinado hacia delante. Él tiene una mano escondida en el bolsillo, y la otra, apoyada en la

pared, justo al lado de su cara. No alcanzo a oír lo que dicen, pero por la forma en que están colocados me da la impresión de que acabo de interrumpir un momento privado.

La chica alza la vista en cuanto me ve entrar y me fulmina con la mirada. Tardo un par de segundos en ubicarla entre todas las caras nuevas del instituto, pero de pronto lo recuerdo: es Emma, la chica que me señalaron el otro día.

—¿No ves que estamos hablando? —Su tono es cortante, casi una orden—. ¡Fuera!

Me quedo quieta, desconcertada, con una mano aún en la puerta. Estoy a punto de desaparecer justo cuando el chico se gira.

Nuestros ojos se encuentran apenas un segundo, lo suficiente para que el corazón me dé un vuelco.

Es Dylan.

—Talya… —empieza a decir.

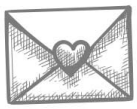
No espero a escuchar nada más. El calor me sube de golpe por la cara y retrocedo torpemente hasta salir del baño.

Me mezclo entre los alumnos con el corazón desbocado, intentando poner la mayor distancia posible entre esa puerta y yo.

Habrá cientos de baños repartidos por todo el instituto y yo tenía que entrar justo en ese. Justo en el que Dylan parecía estar compartiendo un momento demasiado íntimo con, supongo, esa tal Emma de la que todo el mundo habla.

Veintisiete

Talya



De verdad que no hay quien me entienda. Ni yo misma soy capaz de hacerlo.

Por algún motivo, mi mente ha estado repitiendo en bucle el momento de Dylan y Emma en el baño.

¿Qué estaban haciendo? Mi cabeza me lo dejó bien claro:

«Pues qué iban a estar haciendo, idiota».

«¿Acaso has visto bien a Emma?».

«Y vas tú y los interrumpes».

Siento en el estómago algo parecido a ¿celos?

Mierda, ¿qué estoy diciendo?

Ya sabía que Dylan tenía novia. Y una novia muy guapa.

Como él.

De hecho, se ven increíblemente bien juntos. Parecen una pareja sacada de una foto de esas de Pinterest.

«Y seguro que ella no está tan llena de problemas como tú», me recuerda mi mente.

Eso también.

Pero ¿qué más me da? No es que yo fuera buscando tener

absolutamente nada con Dylan. Todo lo contrario, de hecho.

Tampoco es que piense, dado el caso, que él se fijaría en mí teniendo opciones como Emma.

De todas formas, da igual, porque, repito: no veo a Dylan de ese modo.

Ni a él ni a nadie. Así es como debería ser. Y así es como va a seguir siendo durante muchísimo tiempo.

No debería darle tantas vueltas, pero el caso es que todos esos pensamientos me han acompañado durante todo el camino de vuelta a casa, como una sombra de la que no consigo deshacerme. Además, como no he vuelto a cruzarme con él, no he tenido la oportunidad de agradecerle lo del otro día.

Un olor a algo dulce mezclado con lejía y friegasuelos se me mete en la nariz nada más cruzar el umbral. Margaret está en la cocina, con el delantal puesto, alternando entre la encimera y un cubo de la fregona. Un bol con la masa de un bizcocho a medio batir descansa junto a la ventana y en el horno parpadea una luz naranja.

Dejo la mochila al lado de las escaleras y me acerco a ella.

—¿Necesitas ayuda? —pregunto en un intento por ganarme algo de su simpatía.

Ella levanta la vista del suelo que está limpiando.

—Ya estás aquí. —Me mira con la ceja arqueada—. ¿No tienes que hacer deberes?

—Los he hecho todos en la hora de la comida. Puedo ayudarte con algo —insisto, haciendo un gesto con las manos apuntando a todas las tareas que tiene a medio empezar—. No me cuesta nada.

Ella se lo piensa demasiado tiempo, como si sopesara el riesgo de dejarme meter las manos en su cocina. Al final señala con la barbilla el bol de la masa.

—Pues bate eso mientras termino de fregar.

Nada, ni un gesto de agradecimiento ni una sonrisa. Ni siquiera una señal mínima que indique que no le molesta tener que compartir espacio conmigo.

Me acerco al bol, como me ha pedido, y empiezo a remover.

El movimiento circular y el olor dulzón me transportan irremediablemente a las tardes en que mamá horneaba su famosa tarta de queso mientras canturreaba. Y siempre me dejaba rebañar la cuchara. El pecho se me encoge tanto al recordar su sonrisa que tengo que tragar saliva para no ponerme a llorar.

Para apartar el recuerdo, me centro en la masa, pero enseguida noto la mezcla más densa de lo que pensaba. Veo el cartón de leche a un lado y decido echarle un chorrito para que sea más fácil trabajarla. Muevo la varilla con fuerza, pero, al estar más líquida, pierdo el control. En un mal movimiento, la varilla resbala y la masa sale disparada, salpicando la encimera, el suelo… y parte del delantal de Margaret.

—¡Por el amor de Dios, Talya! —suspira mientras deja caer la fregona en el cubo con un golpe seco y viene a quitarme la varilla de las manos—. ¿Tan difícil es? Si no sabías hacerlo, mejor no te hubieras ofrecido. ¿Qué hago ahora con todo esto? —Señala los restos de masa desparramados por toda la cocina—. Este pastel tenía que llevarlo Douglas al trabajo. ¿Vas a decirle tú ahora cuando llegue que no está porque te has encargado de fastidiarlo?

—Lo siento —susurro, y parpadeo rápido para evitar ponerme a llorar.

Ni siquiera batir un simple bol con masa se me da bien. Lo que era un intento por ganarme la simpatía de Margaret se ha convertido en un motivo más para que me odie.

—Puedo empezar a hacerlo de nuevo —digo mientras intento recoger como puedo los restos de harina, huevo y algo más con un

papel—. Lo tendré listo antes de que llegue el tío Douglas.

Margaret suelta una risa seca mientras me quita el papel de las manos.

—Déjalo. —Su tono es tajante—. Lo último que necesito es perder más ingredientes contigo.

Se queda en silencio un momento, observando el desastre, y luego añade:

—Ve al supermercado y compra un pastel ya hecho. Al menos así Douglas tendrá algo que llevarse mañana.

La orden me sirve como un recordatorio de que, por mucho que lo intente, aquí siempre seré la que estropea las cosas.

—Lo siento, Margaret, de verdad que quería ayudar.

—Bueno, pues ya ves que no es necesario. —Va en búsqueda de su bolso, saca de la cartera un billete de veinte libras y me lo entrega—. No tardes.

Aprieto el billete en el puño hasta arrugarlo. El papel cruje entre mis dedos mientras salgo de casa y trato de ignorar el nudo que me arde en la garganta.

Me froto los ojos con la palma de las manos mientras una voz en mi cabeza no para de repetirme: «No eres capaz de hacer nada bien».

Me gustaría poder hablar de esto con Alice, contarle lo que pasa y así poder desahogarme con alguien. Pero eso implicaría confesarle todo lo demás.

No, todavía no.

Saco el móvil casi sin pensarlo. La pantalla me ilumina la cara y, de inmediato, pienso en él.

«Puedes contar conmigo», me dijo.

Con Dylan sí que podría desahogarme, él ya sabe la peor parte. Pero no quiero molestarlo para una tontería como esta. Tampoco es

que sea tan importante.

Aun así, mis dedos parecen tener vida propia porque empiezo a escribir algo en su chat.

Oye…, gracias otra vez por lo del otro día.
Y… lo siento mucho.

Los he enviado antes de que me diera tiempo a arrepentirme en un intento por sentirme menos estúpida.

Bloqueo el móvil y lo meto en el bolsillo. El corazón me empieza a ir más rápido, como si imaginarme su respuesta ya fuera suficiente para agitarme por dentro.

Quizá no conteste.

Quizá ni siquiera lo lea.

O tal vez lo haga y piense que soy una idiota.

Aprieto el paso hacia el supermercado y busco distraerme con cualquier cosa: las luces de los coches, una pareja agarrada de la mano mientras pasea a un perro o las hojas de los árboles que se balancean de un lado a otro por culpa del viento.

El murmullo de la ciudad me acompaña, pero no consigue acallar el martilleo de mi propio corazón.

Entro al supermercado y me dirijo a la sección de dulces. Me fijo en un par de pasteles que tienen buena pinta, incluso parecen recién hechos. «Seguro que Margaret se alegra cuando le lleve este», pienso tras decantarme por un bizcocho con sabor a limón.

De camino hacia la caja, el móvil vibra en mi bolsillo.

¿Dylan me habrá contestado?

Pero la vibración no se detiene, es insistente, continua.

No ha sido un mensaje, alguien me está llamando.

Lo saco convencida de que será Margaret para pedirme que lleve

algo más.

Pero no.

En la pantalla parpadea un nombre que me deja sin aliento.

No es una respuesta escrita.

Es una llamada.

Dylan Ashmore.

Veintiocho

Dylan



Estos últimos días han sido un completo asco.

Normalmente, después de una victoria como la del otro día solemos pasarnos toda la semana con la autoestima por las nubes, felices y llenos de energía.

Pero esta vez mis malditos pensamientos han estado centrados en otras cosas.

En Emma. Que no ha parado de reventarme a mensajes y llamadas. Quería que le diera explicaciones después de haberla rechazado en el Rusty's.

¿Qué razones iba a darle?

Joder, no me apetecía, simplemente.

Y eso me ha tenido peleándome conmigo mismo mientras intento descubrir el verdadero motivo. Porque tiene que haber uno.

En los dos años que hemos estado con nuestras idas y venidas, nunca nos habíamos negado el uno al otro. Aunque intento convencerme de que solo tuve un mal día y no estaba para esas mierdas, mi cerebro acaba proyectándome una imagen de unos ojos enormes y preciosos del color del sol de manera inconsciente.

¿Qué cojones?

Pienso en Talya más veces de las que me gustaría, me viene a la mente su voz quebrada y sus manos temblando mientras confesaba lo que llevaba tanto tiempo guardándose. Eso ya sería suficiente para tenerme algo jodido, pero lo peor es que no se queda ahí.

También pienso en cómo se le erizaba la piel cuando le pasaba un mechón de ese pelo tan suave detrás de la oreja, en la calidez que desprendía a pesar de estar temblando y en cómo se mordía el labio. En lo fácil que hubiese sido acortar la poca distancia que nos separaba y rozarlos con los míos.

A veces me torturo imaginándolo. Porque en mi cabeza ese instante se repite una y otra vez como si me estuviera pidiendo traspasar esa línea que sé que no debo cruzar.

No paro de repetirme que no debería pensar en eso; no es lo que ella necesita de mí.

Ella necesita apoyo, calma y a alguien que la sostenga cuando sienta que se derrumba.

No un imbécil que se pasa todo el día imaginando cosas que no debería.

¿Será Talya el motivo de mi extraña actitud hacia Emma?

No.

La verdad es que esa relación ya estaba condenada desde mucho antes.

Yo lo sabía y aun así me dejaba arrastrar porque era fácil. Y cómodo. Y no me exigía demasiado.

Y estoy bien así. O… lo estaba.

Porque lo que ha terminado de tocarme las narices ha sido lo que ha pasado esta mañana.

Emma me había arrastrado hacia el baño de las chicas con un: «Vas a decirme ahora mismo por qué cojones me estás ignorando».

No sé cómo termino siempre en estas escenas con Emma. Arrastrado por ella, como si yo no tuviera ni voz ni voto. Y lo peor es que ni siquiera me sorprende.

—Dylan, ¿qué cojones fue lo que pasó en el Rusty's? —me espetó en cuanto cerró la puerta a sus espaldas—. ¿Es que ya no me deseas?

—No es eso…

Mentira. O al menos una verdad a medias. Por cómo arqueó la ceja, ella sabía perfectamente que mi cuerpo seguía reaccionando a ella por pura inercia.

—Es que estoy harto de este jueguecito, Emma —suspiré, intentando mantener la distancia—. Ya lo hablamos. Íbamos a parar. ¿Qué quieres? ¿Que esté disponible para ti solo cuando a ti te apetezca?

Lo dejé claro aquel día, pero Emma odia perder el control sobre las cosas, y estaba claro también que no iba a rendirse tan fácilmente.

No pareció conforme con mi contestación. Tiró de mi camiseta de golpe, acercándome a ella y pegando su cuerpo al mío.

Después, me observó de ese modo que antes me volvía loco. Por un momento, sentí que mis defensas bajaban. No es que fuera a tirármela ahí mismo contra los azulejos, ni de coña, pero la gravedad de dos años de costumbre tiraba de mí con demasiada fuerza. Estaba regresando el anterior Dylan. El Dylan que se dejaría llevar por la facilidad de un beso de esos labios.

Joder. No quería seguir siendo ese mismo tío. Pero ella sabía exactamente cómo ponérmelo difícil.

—Me deseas y lo sabes —murmuró contra mi boca, acariciando mi pecho con delicadeza—. Aunque quieras hacerte el duro.

Sí, ella me conocía muy bien. Sabía que a mi cuerpo le quedaba

muy poco para perder el control y rendirse a lo de siempre.

—Además… ¿Sabes que llevo ese tanga que tanto te gusta? —susurró, rozando sus caderas con las mías como si fuera un secreto entre los dos en ese baño desierto.

En ese momento, alguien irrumpió en el aseo con prisas. No sabía quién era, porque estaba de espaldas a la puerta, pero a Emma le molestó que alguien tuviera la osadía de necesitar usar uno de los baños públicos del instituto, como si estuvieran reservados solo para ella, así que le soltó:

—¿No ves que estamos hablando? ¡Fuera!

Estaba a punto de decirle que podíamos irnos a otro sitio para terminar de hablar o para lo que cojones estuviera a punto de pasar entre nosotros, pero entonces escuché a la chica susurrar un «lo siento» cargado de culpa.

Ahí reconocí su voz y se me heló la sangre.

Me giré justo a tiempo para verla desaparecer por la puerta. «Talya…», alcancé a llamarla, pero salió corriendo.

La rabia me subió de golpe. Siempre me ha molestado que Emma se vea en el derecho de hablar a la gente con ese tono, pero que lo usara con Talya me encendió de una forma distinta.

—¿Quién es esa? —preguntó Emma, con la ceja tan arqueada que casi se confundía con el nacimiento de su pelo.

—¿Por qué tenías que hablarle así?

—¿Ahora tampoco puedo pedir un poco de privacidad?

—Una cosa es pedirlo —gruñí, apretando la mandíbula— y otra es tratar a la gente como basura.

Me separé de ella, dándome la vuelta sin esperar respuesta, y eché a andar hacia la puerta. La escuché quejarse a mis espaldas.

—¿No vamos a continuar por donde íbamos? —me dijo, con ese tono cargado de suficiencia que me dio aún más ganas de largarme.

No me detuve. Había estado a punto de cagarla, a un solo paso de dejarme arrastrar. Sin embargo, verla tratar así a Talya fue como una hostia de realidad que rompió cualquier rastro de deseo de golpe. Nunca iba a poder estar con alguien como Emma.

Salí del baño, con la mirada fija en el lugar por donde Talya había desaparecido. Por mucho que la busqué, no la encontré. El pasillo estaba lleno de alumnos que iban y venían en todas direcciones. En cuestión de segundos, se había perdido entre la multitud. Maldije por lo bajo. Necesitaba verla, comprobar que Emma no le había hecho daño. Y, sobre todo…, pedirle perdón. ¿Por qué exactamente? Ni yo mismo habría sabido responder a esta pregunta.

Sentía que no podía fallarle y menos después de la confianza que había depositado en mí contándome lo de su madre.

Pero ni siquiera di con Talya a la hora de la comida. Menos mal que, durante mi búsqueda, me topé con Erik. Como ella solía juntarse bastante con él, sabría dónde se encontraba.

—Están en la biblioteca, tío, adelantando trabajos, que vamos a tope —me respondió—. ¿Ha sucedido algo? Te veo muy preocupado.

Me cago en todo, lo último que quería era dar explicaciones.

—No, eh… ¡Nos vemos luego!

No pensaba perder el tiempo inventándome excusas.

Para mi desgracia, cuando llegué a la biblioteca estaban a punto de cerrar, pronto empezarían las clases. Por lo que no iba a poder hablar con Talya.

Mientras me alejaba de esa biblioteca, intenté convencerme de que mi actitud con Emma no tenía nada que ver con Talya, sino que simplemente me había cansado. Pero ¿a quién quiero engañar?

—Hoy has estado en otra parte. —El entrenador Walter se acerca a mí y me pone una mano en el hombro—. ¿Todo bien?

La verdad es que el entrenamiento ha sido un suplicio. Me he notado más torpe de lo habitual y sé que lo que le ocurra a mi cabeza no debería repercutir en el campo.

—Lo sé y lo siento —contesto, pasándome la camiseta por la cara para disimular el sudor y, de paso, la frustración—. No he dormido bien esta noche.

Walter entrecierra los ojos para terminar negando con la cabeza.

—Te he visto viniendo a entrenar con fiebre, habiendo dormido un par de horas e incluso con resaca. Y nunca habías fallado tantos pases como hoy.

No sé qué contestar. Trago saliva y agacho la mirada hacia la cantimplora que llevo en la mano.

—Lo que sea que te tenga la cabeza en otra parte, arréglalo. El equipo te necesita aquí —dice, dándome un par de palmadas en la espalda para luego alejarse por donde ha venido.

Si supiera qué es lo que tengo que arreglar, quizá hasta lo haría.

Pero lleva razón. Cuando acostumbras a dar el cien por cien todos los días, la mínima bajada se nota como si fuera un desplome. Lo último que me apetece es dar la imagen de que no estoy a la altura. Y, sin embargo, es justo lo que está pasando.

Después de darme una ducha y prometerle a un muy insistente Jamie que mañana lo acompañaré a esa pastelería de tartas de chocolate que tanto le gusta, me dirijo al coche para, por fin, irme a casa.

Cuando saco el móvil para conectarlo al altavoz, veo un par de notificaciones que dudo en abrir. Podría ser mamá, preguntándome cuánto me queda para llegar a casa cuando sabe que siempre llego a la misma hora o, lo que es peor, Emma, volviendo a pedirme

explicaciones. Y ambas cosas pueden esperar.

Pero, aun así, suspiro y decido leer los mensajes.

Talya

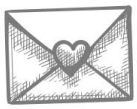
Oye, gracias otra vez por lo del otro día.

Y… lo siento mucho.

No me importa si es buena idea o no. Antes de darme cuenta, ya estoy escuchando el primer tono al otro lado de la línea.

Veintinueve

Talya



El corazón me golpea tan fuerte que casi me impide respirar. Siento un calor incómodo subiéndome por el cuello mientras me pregunto si debería contestar a Dylan.

Nunca me ha gustado hablar por teléfono. Prefiero los mensajes, me causan menos vértigo. Te dan tiempo para pensar, para borrar y volver a escribir antes de lanzarte. Una llamada no te da margen. Te obliga a decidir en milésimas de segundo, a exponer la voz, las dudas, el temblor.

La vibración persiste en mi mano, insistente, como si quisiera taladrarme los huesos.

Pienso que debería dejar que suene y luego enviarle un mensaje diciendo: «Acabo de ver tu llamada, ¿ocurre algo?». Sería lo lógico y lo seguro. Aunque tengo claro que, si me llama, es por los mensajes que le acabo de enviar.

Sujeto el móvil con tanta fuerza que me hago daño en los dedos.

Pero, sin darme cuenta, mis dedos se mueven antes de que mi cabeza lo apruebe. Deslizo la pantalla para hablar con él.

—¿Hola? —murmuro al aparato. Mi voz apenas supera el

murmullo del supermercado, temblorosa, casi ridícula. Por un instante, me pasa por la cabeza la idea de que Dylan se haya equivocado al marcar, que en realidad no quisiera hablar conmigo.

—Talya. —Su voz llega clara, grave, demasiado real al otro lado de la línea. El estómago me da un vuelco tan fuerte que casi se me caen el móvil y la bolsa del bizcocho que llevo en la otra mano.

Aprieto los dedos alrededor de ambos objetos como si de ello dependiera para no desmoronarme en mitad del pasillo de los lácteos.

—Dylan. —Su nombre se me escapa como un suspiro más que como una palabra.

Él guarda silencio al otro lado y, por un segundo, me aterra haber sonado demasiado sorprendida, demasiado… vulnerable.

—¿Cómo estás? —me pregunta.

—Eh…, bien. ¿Y tú?

—Bien, muy bien. —Hay unos segundos de silencio que se me hacen eternos—. Te he buscado a la hora de la comida.

¿Me ha buscado a la hora del almuerzo?

¿A mí?

—Sí, a ti.

Mierda, ¿lo he dicho en voz alta?

—Eh, sí, ya, es que… —Ay, Dios, ¿por qué me estoy poniendo tan nerviosa?—. Hemos comido rápido y luego hemos ido corriendo a la biblioteca. Todavía tengo que adelantar trabajos.

—Ya, me lo ha dicho Erik.

—¿Le has preguntado a Erik por mí?

—Claro, ¿cómo iba a encontrarte si no? He ido a la biblioteca, pero quedaban cinco minutos para que empezaran las clases y no me han dejado entrar.

—Y… ¿por qué me buscabas?

Joder, joder. Ya lo sé, me estaba buscando para mostrarme sus molestias por haberlo interrumpido mientras estaba con Emma. Mierda. No debería haber contestado la llamada.

—Quería verte. —Su voz suena un tono más bajo, como si se le hubiera escapado sin querer, como si solo al pronunciarlo se hubiese dado cuenta de lo que realmente estaba diciendo—. Y pedirte perdón por… lo del baño.

Ay, madre. Tengo la boca seca. ¿Acaba de admitir que quería verme?

Cuando quiero darme cuenta, mis pasos me han dirigido hasta la cola para pagar. Sacudo la cabeza, es como si me hubiera teletransportado. Hace nada estaba en el pasillo de los lácteos.

—¿Pedirme perdón? ¿Tú a mí? —Creo que debe de haberse equivocado—. Yo acabo de mandarte un mensaje disculpándome, no quería interrumpiros.

—¿Interrumpirnos? ¡No! ¿Tus disculpas han sido por eso? Venga ya, no has interrumpido nada. El que tenía que disculparse era yo. Emma no debería haberte hablado así. Lo siento.

—Ah, bueno… No pasa nada. Supongo que yo tampoco tenía por qué estar allí. —Trago saliva, deseando que el suelo me engulla.

—Talya, solo ibas a entrar al baño. El que estaba en un baño que no le correspondía era yo. No ha sido culpa tuya.

Me quedo en silencio unos segundos y asiento como si pudiera verme.

—Lo sabes, ¿no?

—¿Efectivo o tarjeta? —La voz de la cajera me sacude de golpe.

—Ah, hola. Efectivo —respondo mientras le entrego el billete de veinte libras.

—¿Qué? —Dylan me habla desde el teléfono.

—Espera un segundo.

Mary, se llama así según la chapa que lleva en la camisa, se queda quieta con el billete en la mano, mirándome con cara de: «¿En serio tengo que esperar?».

—No, no, no es a ti. Puedes seguir —le digo a la cajera, nerviosa.

—Vale…, sigo —responde Dylan, como si yo se lo hubiera soltado a él.

—No, no era a ti, dame un momento —me apresuro a aclararle, sintiéndome idiota.

Mary está a punto de entregarme el tique junto con el cambio, pero por mi petición vuelve a quedarse quieta. Cree de nuevo que las palabras van para ella.

Tierra, trágame.

Estoy tardando más en pagar un simple bizcocho que la señora que lleva un carro hasta arriba en la caja de al lado.

—Perdone, no se lo decía a usted —me dirijo a la cajera—, lo siento.

Ella me da las monedas y, para mi sorpresa, me lanza una pequeña sonrisa, como si se apiadara de mi torpeza.

—Gracias, que tenga una buena tarde —murmuro, recogiendo el cambio a toda prisa y sujetando la bolsa del bizcocho como si fuera un salvavidas.

—¿Ahora me hablas de usted? —pregunta Dylan, y puedo imaginarlo con una sonrisa ladeada al otro lado de la línea.

Me río nerviosa.

—Estoy en el súper.

—Lo he intuido, ha sido divertido presenciar el espectáculo —responde, y puedo escuchar la risa contenida en su voz.

Me tapo los ojos con una mano mientras camino hacia la salida. Rezo para que nadie más me haya visto discutir con una cajera y

con un teléfono al mismo tiempo.

—Genial, me alegra haberte entretenido —le espeto con ironía.

—Oye, ha sido adorable.

Trago saliva, notando cómo el calor me sube a las mejillas.

—No creo que Mary piense lo mismo —opino.

—¿Mary?

—La cajera.

Lo oigo reír, fuerte y sincero, y me muerdo el labio. De repente, no me parece tan horrible eso de hablar por teléfono.

Quizá lo horrible sea lo mucho que me ha gustado oírlo reír. Porque eso hace que me sienta vulnerable.

—¿También te ha dado tiempo a aprenderte su nombre? —pregunta aún entre risas.

—Lo llevaba en la chapa, no es que yo le haya preguntado.

Vuelve a reírse antes de carraspear y decir:

—Bueno, aparte de para pedirte perdón, también te llamaba para… —titubea— asegurarme de que te encuentras bien. ¿Lo estás?

—Sí, estoy bien.

—¿Bien… de verdad?

No sé si «bien» sería la palabra que mejor define mis emociones, pero entiendo que se refiere a si estoy mejor después de contarle que mi madre había muerto.

—Sí, eh… Me sentó muy bien hablar contigo el otro día —confieso—. Creo que lo necesitaba.

—Lo dije en serio. —Su voz se suaviza antes de continuar—: Lo de que puedes contar conmigo cuando lo necesites.

—Eso dijiste… —Fuerzo una risa nerviosa—. Solo espero no abusar demasiado de la oferta.

—¿Qué oferta? —replica con un deje divertido en la voz, claramente bromeando—. ¿Todavía sigues en el súper?

Se me escapa una carcajada algo estridente.

—Dylan, ¿en serio? —digo mientras sigo riéndome.

Quien me vea ahora mismo, caminando por la calle, a oscuras, con un bizcocho en la mano y riéndome sola, pensará que he perdido la cabeza.

Las luces de los escaparates todavía abiertos parpadean en el asfalto mojado y mi reflejo me devuelve la imagen de alguien que parece… feliz.

Qué ironía.

Él ríe también durante unos segundos, después, retoma la conversación.

—Bueno, si abusas…, ya veremos la tarifa. De momento aprovecha que me siento generoso.

Me muerdo el labio, incapaz de borrar la amplia sonrisa que he esbozado.

—¿Y qué incluye exactamente tu generosidad? —pregunto, intentando seguir con la broma, aunque no termino de acostumbrarme a soltar este tipo de comentarios.

—Hum… —finge pensarlo—, escuchar todo lo que quieras contarme, asegurarme de que llegas a casa bien de vez en cuando, recordarte que no tienes la culpa de todo… No sé, lo básico.

—Vaya, un pack completo —intento sonar liviana, aunque en realidad noto un nudo en la garganta.

—Y exclusivo. —Puedo imaginarme otra vez su sonrisa ladeada; de hecho, casi podría decir que la estoy visualizando.

—¿Exclusivo para todo el que lo pida?

—Exclusivo para ti —responde rápido, demasiado rápido.

Me muerdo el interior de la mejilla, agradeciendo que no pueda verme, porque siento el calor acumulándose en mi cara.

El aire parece mil veces más frío cuando doblo la esquina hacia

mi calle. Crujen las hojas secas bajo mis zapatos y, por primera vez en mucho tiempo…, no me siento sola al recorrer este camino.

Estoy llegando a casa y, aunque es lo último que me apetece ahora mismo, tengo que colgar.

—Gracias —murmuro, deteniendo mis pasos frente a la puerta—. Por eso y… por hacerme reír. Me ha gustado hablar contigo.

—A mí también.

—¿Nos vemos mañana?

—Nos vemos mañana.

No colgamos al instante. Permanecemos en silencio unos segundos, escuchando la respiración del otro a través de la línea. Al final soy yo quien se atreve a deslizar el dedo por la pantalla.

Mientras guardo el móvil en el bolsillo para sacar las llaves, me descubro con una sonrisa que no consigo borrar.

Treinta

Dylan



—Hola, Gary —saludo a mi gato, que estaba esperándome en la puerta de entrada y le doy un par de caricias en la barbilla—. Te echaba de menos.

Me responde con un maullido exigente y, sin el menor pudor, se deja caer de lado para ofrecerme la barriga. Normalmente a los gatos no les gusta que les toquen ahí, pero a Gary le encanta cuando yo se lo hago. Bueno, y cuando lo hace Elsie. A ella le deja hacer cualquier cosa.

Dejo las llaves en el cuenco de madera y cierro la puerta con el pie, mientras Gary me sigue de cerca como una sombra.

—Ya, ya, pesado. Primero le digo «hola» a mamá y luego te doy de comer —lo aviso, aunque él me hace saber con un maullido que el orden debería ser al contrario.

—¿Qué tal el día, campeón? —Richard me saluda desde la cocina. Cuando entro, veo que se ha puesto un delantal y que está secándose las manos húmedas con un paño.

El olor me llega antes que su voz: tomate y orégano. Debe de estar cocinando lasaña, su plato estrella.

—No ha ido mal —respondo mientras me encojo de hombros—. ¿Dónde están mamá y Els?

—Arriba —contesta Richard. Entonces, se gira hacia la encimera para volver a la salsa. Luego añade con una sonrisa—: Tu hermana está enseñándole en primicia el baile que están preparando en el colegio para la función de Navidad.

—¿Solo a ella?

—Quiere que sea una sorpresa para los demás. —Ríe mientras remueve la mezcla de carne y verduras.

Esbozo una media sonrisa porque conozco a Elsie. Se toma en serio esas sorpresas, aunque al final siempre termina mostrándolo todo a cualquiera que le insista un poco.

Me dejo caer en una de las sillas de la cocina y a los pocos segundos tengo a Gary reclamando su sitio en mi regazo.

—¿El entrenamiento bien? —pregunta Richard sin apartar la vista de la sartén.

—Genial —miento con toda la naturalidad que puedo.

Antes de que Richard pueda contestar, el sonido de unos pasos torpes resuena en la escalera. A los dos segundos aparece Elsie con las mejillas encendidas y el pelo recogido en un moño torcido que amenaza con deshacerse en cualquier momento.

—¡Dylan! —chilla antes de correr hacia mí. Gary protesta con un bufido cuando mi hermana se lanza sobre mis piernas, obligándolo a saltar hasta al suelo.

—Eh, tranquila —me río mientras la abrazo—. ¿Qué pasa con tanto entusiasmo?

—¿Quieres ver mi baile? Es una sorpresa, así que no se lo puedes contar a *naide* —me susurra con total seriedad.

—Cariño, se dice nadie —la corrige mamá, que acaba de aparecer en la puerta de la cocina y se acerca a mí para darme un

beso en la frente.

Richard le da la espalda medio segundo a la sartén, con una sonrisa divertida.

—¿Ves? No puede guardarse la sorpresa ni media hora.

—¡Sí que puedo! —replica—. Pero Dylan tiene que verlo, porque si me sale mal, él me ayuda.

—Yo no sé nada de bailes, enana.

—Sí sabes —dice con convicción—. Tú juegas al fútbol.

—Pero eso no tiene nada que ver.

—Claro que sí. —Se planta delante de mí con las manos en la cintura, como si hubiera resuelto un gran misterio—. Tú también tienes que mover los pies rápido, girar —da una vuelta torpe sobre sí misma, casi perdiendo el equilibrio— y saltar. —Pega un brinco exagerado, como si con ello mostrara la prueba definitiva—. ¡Eso es como bailar!

No puedo evitar soltar una carcajada a la vez que asiento y levanto las manos. ¡Me rindo!

—Vale, vale. Supongo que llevas razón. —La cojo en brazos y le planto un montón de besos ruidosos en la mejilla, haciéndola chillar entre risas.

—¡Ya! ¡Oye! ¡Que me despeinas!

Demasiado tarde. Su pelo ya está alborotado por naturaleza.

Al final, Elsie me lleva de la mano a su habitación y termino siguiendo sus pasos frente al espejo. Manos arriba. Vuelta. Salto. Izquierda. Me da más instrucciones que el señor Walter, mientras yo intento imitarla y aguantarme la risa.

Al final, más que enseñarme su baile, me está obligando a que me lo aprenda. Como si yo fuera a participar en la función también…

—¡Dyl! ¡Así no! —Acto seguido, coloca mis brazos como cree que deberían estar.

Me dejo corregir sin protestar, porque verla tan seria en su papel de profesora me resulta muy adorable. Su risa contagiosa y la forma en la que se toma tan en serio algo tan simple consiguen apartarme de cualquier nube gris. Estar con Els es como respirar aire fresco después de llevar demasiado tiempo bajo el agua.

Y, mientras estoy con ella, consigo evadirme de cualquier pensamiento que me estuviera persiguiendo.

Sin embargo, en cuanto cierro los ojos, vuelve a mí la imagen de Talya al otro lado del teléfono. Con esa risa que sonaba tan frágil y, al mismo tiempo, como un regalo. Me sorprendí con lo mucho que me gustó oírla. Podría convertirse en mi canción favorita… Es como esas canciones que descubres de repente y, sin darte cuenta, terminas queriendo escuchar en bucle hasta aprendértelas de memoria.

«¿Qué estás diciendo?».

«Dylan, estás perdiendo la cabeza».

Sacudo la cabeza para dejar de pensar estupideces y me obligo a centrarme en Elsie.

Después de que mi hermana me ofrezca un generoso «aprobado por los pelos» y me obligue a salir de su habitación para seguir ensayando sola, me tumbo en mi cama. Gary me acompaña una vez más y se ha enroscado a mis pies. Acto seguido, desbloqueo el móvil sin pensar demasiado en para qué. Así que leo por encima las notificaciones que se han ido acumulando a lo largo del día: un par de memes de Jamie, más de cien mensajes que no pienso abrir del grupo de clase y un mensaje que me congela por un segundo.

Enhorabuena por el derbi.

Muy orgulloso de ti.

La palabra «papá» me arde en la pantalla.

Siempre aparece cuando hay algo que celebrar. Ni siquiera recuerdo la última vez que me preguntó cómo estaba.

¿Acaso alguna vez lo ha hecho?

Me incorporo para acariciar a Gary, que empieza a ronronear en cuanto mi mano roza su suave pelaje. Mientras pienso que la familia no siempre viene contigo cuando naces.

No es algo que esté escrito en la sangre ni garantizado por un apellido. No basta con compartir genes si nunca compartes tu vida con esa persona, si no hay llamadas cuando no pasa nada importante, si no hay palabras amables ni manos tendidas cuando todo va mal.

La familia no es quien aparece solo para aplaudir desde lejos. Es quien se queda cuando no hay nada que celebrar.

La familia es algo que eliges… o que otros eligen no ser.

Y asumir eso duele más de lo que debería, porque durante mucho tiempo te pasas la vida esperando que alguien cumpla un papel que nunca tuvo la intención de aceptar. Convenciéndote a ti mismo de que, si haces lo necesario, si destacas lo suficiente, si no fallas, quizá esta vez sí que se quede. Quizá esta vez sí que merezcas estar en su vida.

Pero hay personas que no saben cómo formar parte de la tuya. Y no importa cuánto lo intentes: no puedes convertirlas en familia, por mucho que el ADN diga lo contrario.

Como si leyera mis pensamientos y quisiera mostrarme su apoyo, Gary se estira y acaricia su cabeza contra mi mano.

—Menos mal que tú nunca me fallas.

Al día siguiente, estoy parado frente a la máquina expendedora del

pasillo principal del instituto, intentando decidirme entre una barrita energética o un sándwich mixto que tiene una pinta bastante dudosa. No he desayunado esta mañana, por lo que tengo un hambre descomunal y aún queda la mitad de la jornada para que empiecen a servir en el comedor.

Saco las monedas que me piden, a punto de pulsar el botón de esa barrita de cereales, cuando alcanzo a ver de reojo un movimiento familiar. Un par de mechones castaños que últimamente visualizo más en mi mente de lo que me gustaría admitir.

Joder.

Me olvido de la máquina y me giro para mirarla de frente.

Camina en mi dirección a paso lento, haciendo malabares con un puñado de libros en un brazo, una carpeta fina bajo el otro y un papel entre las manos que parece llevarse todo su interés. Sus ojos van de un lado a otro mientras escanea las puertas del pasillo con atención.

Me quedo observándola y apoyo el hombro en la máquina expendedora. En ese momento siento cómo, sin darme cuenta, mis comisuras se elevan hasta formar una sonrisa. Intenta con todas sus fuerzas mantener el equilibrio para que no se le caiga nada y se muerde el labio inferior en un gesto de concentración que me resulta ridículamente tierno.

Aprovecho que no me ha visto para recorrerla con la mirada.

Lleva el pelo suelto, que le cae por los hombros de forma descuidada, como si no hubiera dedicado mucho tiempo a domarlo esta mañana. Aun así, mis dedos hormiguean al recordar su tacto.

¿Alguna vez había prestado tanta atención al pelo de una chica?

No es algo en lo que suela fijarme, pero sé que me muero por volver a tocar el de Talya.

Mientras la mayoría de las chicas llevan el uniforme del Evercrest

adornado de alguna forma llamativa para hacerlo menos aburrido, ella no parece preocuparse en absoluto por cómo la ven los demás. Busca pasar desapercibida. Y no entiendo por qué, en mí, causa justo el efecto contrario.

Pasa por mi lado sin verme, concentrada en el papel que sostiene entre los dedos, y, cuando está a punto de dejarme atrás, me despego de la máquina.

—¿Estás perdida, chica nueva?

Tarda un segundo en reaccionar, como si mi voz le hubiera llegado a destiempo. Entonces, se gira de golpe hacia mí y el movimiento brusco hace que su torre de libros se tambalee peligrosamente. La carpeta amenaza con salir disparada de su brazo.

Doy un paso al frente, rápido, y sujeto la carpeta en el aire justo antes de que termine en el suelo.

—Ha estado a punto —murmuro cerca de ella.

Talya se queda quieta y clava sus intensos ojos color ámbar en los míos.

Joder.

Es tremendamente guapa.

—Hola, Dylan —dice, exhalando el aire de golpe. Intenta ordenar el caos que lleva en los brazos y se pasa un mechón por detrás de la oreja; ese gesto que ya empiezo a catalogar como su señal de «estoy nerviosa».

—Hola —contesto sin dejar de mirarla. Guardo en el bolsillo del pantalón las monedas que había olvidado que aún sujeto. De repente, se me ha pasado el hambre y solo puedo pensar en que estoy aquí con Talya.

Sonríe, haciendo que se le marquen dos pequeños hoyuelos en las mejillas. Eso sí que es adorable.

—¿A dónde vas cargada con todo esto? —Levanto la carpeta que

he rescatado y señalo la montaña de libros que le llega casi a la barbilla.

—Pues… estoy buscando el aula A-8. Pero empiezo a pensar en serio que no existe.

—¿El aula de conferencias?

—Sí, eh…, la señora Collins necesitaba voluntarios para ayudar con el acto del mes que viene y a Alice le ha parecido buenísima idea que seamos nosotras.

—Eso me cuadra bastante. Pues, vamos —señalo con la cabeza el fondo del pasillo—, te acompaño. No está tan escondida como parece.

—No, no te preocupes —se apresura a contestar—. Si me dices dónde está, puedo…

—Talya, quiero acompañarte —la interrumpo.

No es una pregunta y mi tono deja claro que no voy a aceptar un no. Podría simplemente decirle que está al final del pasillo, pero me apetece acompañarla. Me apetece alargar esto un poco más.

—Además… —añado, bajando un poco la voz y dándole una mirada significativa—, creo que esto entra dentro de mi «pack completo». ¿No?

Noto cómo se sonroja al recordar la conversación que tuvimos ayer y suelta una risita nerviosa que mis oídos reciben con demasiada alegría.

—Entonces, supongo que no puedo rechazar la oferta —responde mientras me sigue el juego y noto que sus hombros se relajan.

Y eso me gusta. Me gusta ser yo quien consiga eso.

—Pero eso sí… —me acerco un paso más y extiendo las manos —, tienes que dejarme que sea yo quien te ayude con la montaña que llevas encima. Si sigues de ese modo, alguno de estos libros no

llega vivo al aula.

Talya frunce el ceño y abre mucho la boca para fingir que se ha indignado.

—¿Me estás llamando torpe, Dylan Ashmore?

—Oh, para nada. No me atrevería a insinuar algo así —digo muy serio, aunque la risa me baila en los ojos—. Es todo culpa de los libros. Parecen querer escapar y tú… Bueno, digamos que tu técnica de sujeción es mejorable.

—Dylan —me señala con el dedo, intentando contener una carcajada—, te estás burlando de mí. Que sepas que puedo yo sol…

Pero parece que la propia gravedad quiere darme la razón, porque el libro de arriba del todo vuelve a resbalarse peligrosamente, haciendo que Talya pierda el equilibrio.

—Vale, vale, vale. —No puedo evitar reírme mientras sujeto la montaña entre mis manos. Talya no intenta impedírmelo, se ha rendido—. Tranquilos, chicos, ahora estáis a salvo.

Acaricio el lomo de uno de los libros con una suavidad exagerada y los aprieto contra mi pecho. Talya me mira con una mezcla de diversión e incredulidad y niega levemente con la cabeza.

—Estás fatal —murmura, pero es incapaz de ocultar una mueca alegre.

Me quedo mirando esa sonrisa. El pasillo está lleno de gente, pero tengo la sensación de que estamos solos en nuestra propia burbuja.

—¿Fatal yo? ¿Qué pasa? —pregunto bajando un poco el tono. Doy un paso hacia ella, invadiendo sutilmente su espacio personal, lo justo para que tenga que levantar un poco la vista hacia mí—. ¿Estás celosa?

Ella parpadea algo desconcertada.

—¿Celosa? —repite—. ¿De unos libros?

Esbozo una media sonrisa, disfrutando de ver cómo duda, cómo intenta descifrarme.

—De que los lleve tan pegados a mí…

Dejo la frase en el aire, suspendida entre los dos. No hace falta que diga nada más.

Veo que sus ojos descienden hacia mis brazos por un instante y luego vuelven a los míos. Traga saliva y un rubor suave le sube por el cuello.

Lo entiende, pero no entra al trapo.

Se ha quedado sin respuesta y, verla así, nerviosa, me recuerda que tengo que frenar.

Decido darle un respiro antes de que se ponga más roja.

—Estoy de broma —le guiño un ojo, relajando el ambiente y empiezo a caminar—. Vamos, chica nueva. No hagamos esperar a Alice.

Empiezo a caminar hacia la sala de conferencias, que no está a más de dos minutos de aquí. Compruebo por el rabillo del ojo cómo Talya también echa a andar, pero se queda unos pasos por detrás de mí, así que bajo el ritmo hasta quedar a su lado.

—Y tú… ¿qué tal estás? —pregunta, rompiendo el silencio cómodo que se había instalado entre ambos.

La pregunta me sorprende y no entiendo muy bien por qué. Acostumbrado a ser yo quien la saca a ella de su escondite, de repente las tornas han cambiado. Con una pregunta tan sencilla, ha conseguido hacerme sentir igual de expuesto que ella hace un momento.

—Bien, estoy muy bien —respondo rápido.

—¿Sí?

—Claro —digo con demasiada convicción—. ¿Por qué no iba a estarlo? —No sé si se lo pregunto a ella o a mí mismo—. ¿Cómo

estás tú?

—Bien. He convencido a mi madre… —Se muerde el labio y sacude la cabeza—. Bueno, ya sabes, a mis tíos… para pasar la tarde en casa de Alice.

Casi olvido que soy la única persona que sabe la realidad. Está tan habituada a fingir delante de los demás que supongo que no se acostumbra a no tener que hacerlo ya conmigo.

—Necesito ayuda con un par de asignaturas —me explica— y, con el poco tiempo que tenemos para estar en la biblioteca, no podemos avanzar mucho.

—¿Te ha costado mucho?

Frunce el ceño, confundida, y añado:

—Convencerlos.

—Bueno, menos de lo que esperaba —responde tras pensarlo un segundo.

—¿Por qué son tan duros contigo?

Quizá no debería haber preguntado, pero es algo que de verdad me intriga. Se me hace difícil entender por qué alguien querría ponerle las cosas difíciles.

Talya se encoge de hombros, no obstante, percibo un atisbo de cansancio en el gesto, como si llevara una mochila invisible más pesada que el montón de libros que estoy cargando ahora mismo.

—Douglas…, mi tío Douglas suele estar a lo suyo —dice esquivando mi mirada—. Es más bien… cosas de mi tía. —Niega con la cabeza—. Bueno, es una larga historia. Y ni siquiera yo tengo todos los detalles.

Asiento y decido no insistir. No creo que sea el momento.

—¡Tachán! —anuncio al detenernos frente a la sala de conferencias—. Señorita, ha llegado a su destino sana y salva. Y los libros también.

—Has ayudado a esta damisela en apuros —suelta con una risita suave—. Otra vez. Gracias.

Me inclino hacia ella para devolverle sus cosas. Talya extiende los brazos y yo le paso la pila de libros con cuidado y me cercioro de que los tiene bien sujetos antes de soltarlos.

En el intercambio, mis dedos rozan los suyos.

Noto la calidez de su piel contra la mía. Es un contacto breve, pero suficiente para que mis manos tarden un segundo más de la cuenta en retirarse. Observo cómo asegura el agarre y, cuando levanto la vista, me doy cuenta de que ella también me está mirando, con los labios entreabiertos, como si estuviera a punto de decir algo más.

—¡Vaya! Pero qué caballero.

La voz interrumpe el momento. Talya da un pequeño respingo y yo giro la cabeza, aunque ya sé quién es.

Emma sale del aula A-8, abandonando los preparativos de la sala, con una sonrisa radiante, de esas que enseña todos los dientes, y se detiene justo a nuestro lado. Lleva el uniforme impecable, la falda un poco más corta de lo reglamentario y esa expresión de suficiencia que antes me hacía gracia y ahora, por algún motivo, me resulta molesta.

—Espera…, tú eres la chica del baño de ayer, ¿verdad? —dice Emma, quien abre mucho los ojos tras reconocerla.

Siento cómo Talya se tensa. De hecho, Emma no parece contenta de haberla visto. Sabe que ayer me fui del baño por la chica que tiene delante y ahora nos ha pillado tan… Bueno, ni yo sabría explicarlo.

—Ay, perdona por echarte así. —Emma pone una mano en el pecho, con falso arrepentimiento—. Es que Dylan y yo estábamos… Bueno, ya sabes. —Su tono es demasiado agudo, parece casi dulce

—. Hablando de cosas importantes. Privadas.

El énfasis en «importantes» cae como una losa. Lo pronuncia con una sonrisa, pero el mensaje es claro: Emma y yo compartimos una intimidad que ella jamás entendería. O eso es lo que cree la chica por la que ahora solo siento apatía.

Talya baja la mirada, avergonzada.

—No pasa nada —balbucea, y abraza los libros como si fueran un escudo.

—Me alegro, cielo. Por cierto, me encanta cómo te queda el pelo así tan… natural. Yo no podría salir de casa sin peinarme, me paso horas frente al espejo con la plancha.

—Esto… Bueno, no sé —contesta Talya. Puedo notar su incomodidad.

Emma le dedica otra sonrisa y, sin esperar respuesta, se gira hacia mí y le da la espalda, como si Talya ya no existiera.

—Dyl, menos mal que te veo. Te estaba buscando.

Entonces, se acerca un paso, invadiendo mi espacio con una familiaridad ensayada y me aprieta con suavidad el antebrazo.

Me quedo algo rígido ante su gesto. No me molesta que me toque, estoy acostumbrado, pero sí el momento en que ha decidido hacerlo. Me revienta cómo ha construido un muro invisible entre nosotros dos y Talya en cuestión de escasos segundos, usando nuestro encuentro en el baño como si fueran ladrillos para alejarla de mí.

—Quería hablar contigo un momento, en privado —dice, y gira apenas la cabeza para señalar a Talya con la mirada, sin ni siquiera disimular.

—Sí, yo ya iba a entrar —murmura ella—. Gracias por acompañarme, Dylan. Encantada, Emma.

—Espera, Talya —le pido.

Doy un paso para rodear a Emma, pero ella no me suelta el brazo. Se pega un poco más. Bloqueándome sutilmente.

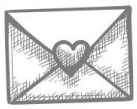
—Claro, pasa. La hermana de Jamie está dentro —le responde Emma con dulzura, haciéndole un gesto con la mano libre para que entre—. Ya nos veremos.

Talya asiente rápido, sin mirarme, y desaparece por la puerta del aula.

Y yo me quedo ahí clavado, sintiéndome como un imbécil por no haber sabido detenerla.

Treinta y uno

Talya



—Si continúas suspirando así, vas a conseguir que se levante un vendaval aquí dentro y mis apuntes salgan volando por la ventana.

Levanto la vista del libro de Historia y parpadeo un par de veces para volver a la realidad. Alice está tumbada boca abajo en la alfombra de pelo blanco de su habitación, con los pies en el aire y un bolígrafo mordisqueado entre los dientes.

—No estaba suspirando —miento, mientras paso de página sin haber leído ni una sola línea.

—Ya, y yo soy la reina de Inglaterra. —Alice se quita el bolígrafo de la boca y me señala con él—. Llevas diez minutos mirando el párrafo de la Revolución Industrial con cara de que acabas de ver un fallo en la Matrix.

Siento cómo el calor sube por las mejillas y cierro el libro de golpe. Me dejo caer hacia atrás en los cojines que hay esparcidos por el suelo.

«Cosas importantes. Privadas».

Las palabras de Emma se repiten en mi cabeza como un disco rayado, una y otra vez. El tono tan dulce que ha usado para dirigirse

a mí me ha hecho sentir pequeña. Insignificante. Pero reconozco que me ha servido para volver a la realidad. Me ha hecho ver que, comparada con ella, para Dylan no soy nadie.

«Eres idiota, Talya».

«Eres idiota por creerte, ni siquiera por un segundo, que podías encajar en su mundo».

Dylan es luz, es fútbol, es el chico que todo el mundo quiere. Tiene una vida, una historia con gente como Emma, un pasado que desconozco. Y yo…, yo soy un puzle al que le faltan la mitad de las piezas, mientras que las de la otra mitad están rotas.

¿En qué estaba pensando? ¿Que me iba a acompañar a clase y de repente todo iba a ser fácil?

Lo peor es que por un momento sí. Me ha hecho sentir… bien.

Aún puedo notar el fantasma del roce de sus dedos. No ha sido nada, apenas un segundo. Pero mi cuerpo ha reaccionado como si me hubiera tocado un cable de alta tensión.

Había calidez en su mirada. Una promesa silenciosa en esa sonrisa torcida que tiene y que, por un instante, me ha hecho olvidar dónde estaba.

¿Qué me ha sucedido?

«¿Qué pasa? ¿Estás celosa?». Siento un cúmulo de nervios en el estómago al recordar sus palabras. Y, al recordar cómo se ha acercado a mí al decirlas, invadiendo mi espacio de esa forma que, por primera vez, no me ha dado ganas de huir.

Y eso es lo que más me asusta. Me ha hecho olvidar quién soy y el motivo por el que no puedo sentir nada.

La vida me ha enseñado, a base de golpes, que las cosas fáciles esconden un precio demasiado alto. Que las sonrisas encantadoras pueden esconder dientes afilados. Que cuando bajas la guardia, es cuando más daño te hacen.

Y eso sí que no puedo permitirme olvidarlo.

—¿Vas a contarme qué está pasando por esa cabecita o tengo que adivinarlo? —Alice vuelve a sacarme de mis pensamientos, lanzándome una mirada inquisitiva.

Suelto el aire despacio, rindiéndome.

—Estaba pensando en Dylan.

—¡Ajá! —suelta un gritito agudo y da una palmada en el aire—. ¡Por fin lo reconoces! Te gusta —afirma—. Es eso, ¿verdad?

—No, Alice, no es eso. —Niego con la cabeza e intento convencerme tanto a mí misma como a ella—. Simplemente me ha encontrado perdida en el pasillo y me ha acompañado a la sala de conferencias y…

—¡Lo sabía! —me corta—. Te avisé de que el aula estaba escondida, tendría que haberte esperado.

Lleva razón, todo comenzó porque en la clase anterior tuve que quedarme unos minutos más para terminar de pasar mis apuntes a limpio. Insistí en que Alice se adelantara para no hacerla llegar tarde. Demasiado hace ya por mí dedicando sus ratos libres en la hora de la comida como para, encima, convertirla en mi sombra.

—Alice, no tienes que cuidarme tanto. Puedo hacer las cosas sola, de verdad. —Me acomodo en los cojines, abrazando uno contra mi pecho como escudo—. El caso es que —continúo— me ha gustado estar con él. Me ha ayudado con los libros, hemos bromeado… Ha sido amable.

—Te gusta —repite cantarina, con una sonrisa de oreja a oreja. Después, se pone a bailar sin ni siquiera levantarse del suelo.

—Que no —persevero, pero siento cómo el miedo empieza a trepar por mi garganta—. No me gusta porque no tengo tiempo para eso. Mi vida ya es demasiado complicada como para añadirle más líos. Además, tiene novia.

Alice detiene su baile de la victoria en seco.

—¿Te refieres a Emma?

Asiento, encogiéndome de hombros.

—Emma no es su novia. —Hace un gesto despectivo con la mano—. Ella cree que es su dueña, aunque ya no estén juntos. Pero realmente nunca han tenido nada serio.

—Pues yo diría que parecen muy novios —murmuro.

—¿Los has visto juntos? —Alza las cejas.

—Me los encontré en el baño. Creo que estaban a punto de besarse o algo parecido. —Me estremezco al recordarlo—. Y esta mañana le ha faltado poco para colgarse un cartel que me gritase: «Dylan es mío».

—Puaj. —Arruga la nariz y tuerce un poco la boca—. Emma es posesiva. Pero no creo que ahora estén juntos de ese modo. Dylan es libre. Y tú estás buscando excusas baratas.

—No son excusas…

Se incorpora despacio y se sienta frente a mí, cruzando las piernas. Su expresión se suaviza.

—Talya, mírame —pide y espera a que mis ojos encuentren los suyos—. Escúchame: no pasa nada.

—¿Qué?

—No pasa nada por que te guste alguien. —Se inclina hacia delante y me pone una mano en la rodilla—. Sé que tienes tus cosas y que hay partes de tu vida que son un desastre, aunque no me las hayas contado. Pero eso no significa que tengas que prohibirte sentir algo bonito.

—Alice, no es tan sencillo…

—Sí lo es —me interrumpe con dulzura—. No puedes comportarte como si fueras un personaje secundario en tu propia vida, Tals. Eres importante. Eres inteligente, divertida y mucho más

interesante que la mitad de la gente de ese instituto. También eres preciosa y te asusta que la gente lo vea.

Se detiene para conectar nuestras miradas y asegurarse de que la escucho de verdad.

—Te asusta porque crees que, si te ven, verán también las grietas —añade—. Pero escúchame bien: que tu vida se haya roto en algún momento no significa que tú seas los escombros que quedaron en el suelo.

Siento cómo el aire se me atasca en la garganta ante esa frase. Es como si hubiera metido la mano en mi pecho y hubiera tocado justo donde duele.

—Tienes derecho a que te pasen cosas buenas, Talya. —Baja un poco el volumen—. Tienes derecho a sentir cosas bonitas sin sentirte culpable por ello. Tienes derecho a gustarle a alguien y tienes derecho a ser feliz.

Me muerdo el labio con tanta fuerza que noto el sabor metálico de la sangre. Para no saber qué era aquello que día tras día callaba, ha sabido leer mis pensamientos muy bien.

Alice lo hace parecer tan fácil… Como si confiar fuera un interruptor que simplemente he decidido mantener apagado por miedo a la oscuridad. Ella me mira con esa esperanza limpia, intacta, y me doy cuenta de que no tiene ni idea.

No sabe que, para mí, la confianza no es una elección. Es un lujo que me robaron hace mucho tiempo.

No sabe que las manos que debían cuidarme fueron las primeras en hacerme daño. No sabe que he aprendido que «gustarle» a alguien puede resultar algo peligroso. Que abrir la puerta, aunque sea solo una rendija, es invitar al lobo a entrar.

Quiero creerla, juro que quiero. Pero mi cuerpo tiene memoria y, cada vez que pienso en dejarme llevar, esa memoria grita para

protegerme.

—Ojalá tuviera tu seguridad —consigo decir, esquivando la verdad real que se agolpa en mi garganta.

Alice parece notar que ha tocado un nervio demasiado sensible, porque suaviza la expresión y retira la mano de mi rodilla para darme un pequeño empujón en el hombro.

—La tendrás. Es cuestión de práctica —dice y, acto seguido, se pone de pie de un salto—. Y de azúcar. Definitivamente, es una cuestión de niveles bajos de glucosa.

Me tiende la mano, ofreciéndome una vía de escape que acepto agradecida.

—¿Azúcar? —repito.

—Más bien chocolate. Jamie cree que ha guardado un paquete de galletas en la despensa. Lo que no sabe es que ya me sé todos sus escondites. Tenemos que acabárnoslas antes de que vuelva del entrenamiento.

—Eres imposible.

—Soy necesaria —corrige ella, sonriendo aún más y tirando de mí hacia la puerta—. Venga, vamos. Si nos damos prisa, será el crimen perfecto.

Nos hemos comido más de la mitad del paquete sentadas en la cocina cuando el sonido de la puerta principal abriéndose nos hace dar un respingo. Segundos después, aparece Jamie, con el pelo rubio revuelto y la bolsa de deporte al hombro. Se detiene en seco al vernos y sus ojos van del paquete de galletas que sujeta Alice a mis manos agarrando una de ellas.

—¡Seréis brujas! —suelta mientras tira la bolsa al suelo—. ¡Mis galletas! Llevo todo el día soñando con ellas. Han sido mi gasolina

para no morir en el entrenamiento. ¿Cómo sabíais que estaban detrás de los paquetes de harina? Nadie mira nunca ahí.

Alice se mete el último trozo de galleta en la boca con una lentitud exasperante, manteniendo el contacto visual con su hermano.

—Subestimas mi capacidad de rastreo cuando hay chocolate de por medio, hermanito —dice con la boca llena—. Además, te hacemos un favor. El azúcar es malo para el rendimiento deportivo.

Jamie se lleva una mano al pecho, como si le acabara de dar un infarto, y avanza hacia nosotras con paso trágico.

—De ti no me lo esperaba. —Me señala con el dedo—. Alice es una criminal reincidente, pero tú me has traicionado, Monroe. ¡En mi propia casa! —Le quita el paquete de las manos a Alice y mira el interior con desolación—. Dos. Me habéis dejado solo dos tristes galletas. —Levanta la vista hacia nosotras con ojos brillantes—. Sois el mal.

Suelto una carcajada.

—Deja de llorar, *drama queen* —se ríe también Alice—. Cómetelas antes de que cambie de opinión y te las robe también.

Él no necesita que se lo digan dos veces. Se mete una galleta entera en la boca y apoya la cadera en la encimera, frente a nosotras. Mientras mastica con satisfacción, Jamie suelta ruiditos de placer.

—¿Qué tal el entrenamiento? —pregunta Alice—. Aparte de haber sobrevivido gracias a la esperanza de comer galletas.

Jamie resopla y pone los ojos en blanco.

—Agotador. Walter nos ha hecho correr hasta que casi echamos el pulmón. Y, para colmo, la actitud de la grada ha sido lamentable.

—¿Actitud? —pregunto yo, atreviéndome a intervenir.

—Oh, sí. Hemos tenido espectadoras —dice Jamie con la boca

llena con la segunda y última galleta.

—¿Espectadoras, en plural? —pregunta Alice, alzando una ceja.

—En plural, tal y como lo oyes. Emma y Violet. Se han pasado las dos horas gritando el nombre de Dylan cada vez que tocaba el balón. «¡Vamos, Dyl!», «Qué guapo estás cuando corres». —Imita una voz aguda y chillona, haciendo muecas de dolor—. Me han sangrado los oídos, te lo juro. He visto mi futuro y era sordo.

Alice se ríe y yo tampoco puedo evitarlo.

—Ya, a ti lo que te molesta es que esos comentarios no fueran dirigidos a ti.

—¡Ja! —suelta él, con una carcajada seca, casi ofendido—. Créeme, hermanita, antes me hago ermitaño. Prefiero el celibato eterno a que cualquiera de esas dos me mire más de dos segundos seguidos. Cuanto más me ignoren, mejor.

Jamie es el chico más sociable del mundo, así que, si dice eso, es porque la energía que desprenden ambas no es precisamente buena.

—Eres un exagerado —ríe Alice.

—¿Exagerado? Alice, han gritado el nombre de Dylan tantas veces que, si yo me llamara así, ahora estaría embarazado de mí mismo.

—Qué asco, Jamie.

—Gracias, era justo la reacción que buscaba.

Se sacude las migas de las manos sobre el suelo, ignorando la mirada asesina de su hermana y sigue.

—Suelo soportar a Emma y Violet por Dylan. —Hace el gesto de las comillas al decir «soportar»—. Pero hoy no parecía hacerle mucha gracia a él. Creo que están pasando por una crisis matrimonial.

—Dylan es demasiado educado como para pararle los pies —

comenta Alice.

—Puede ser. Pero para estar en crisis, al final siempre cede.

Me quedo escuchando, todavía con la sonrisa en la cara. Sigo divertida por el teatro de Jamie y me autoconvenzo a mí misma de que solo está exagerando.

—Nada más pitar el final, Emma ha bajado corriendo a la zona de vestuarios —continúa—. Y ahí se ha quedado plantada hasta que él ha salido.

—Ah, ¿sí? —La voz de Alice suena ahora un poco más aguda.

—Sí. Y parece que hoy os habéis puesto todos de acuerdo para traicionarme —se queja indignado—, porque me ha dejado tirado para irse con ella. Me ha dejado plantado a mí, a su mejor amigo.

El trozo de galleta que me acababa de comer se convierte en una piedra en mi estómago. Alice estaba equivocada: Dylan y Emma sí están muy juntos.

—Ha sido como si me dieran una puñalada —continúa Jamie, totalmente ajeno a mis pensamientos—. ¡Íbamos a ir a comer tarta de chocolate!

Jamie lo dice sin malicia. Para él, que Emma y Dylan salgan juntos es algo que entra dentro de la normalidad. Es el orden natural de las cosas. Pero a mí me revuelve algo por dentro. Me hace ser consciente de la realidad. Que por mucho que Alice intente animarme, Emma siempre va a estar ahí, ocupando un espacio en la vida de Dylan al que yo ni siquiera sabría cómo acceder.

—Eres un dramático, Jamie —se queja Alice, negando con la cabeza.

—Pero a esa relación le quedan dos telediarios. —Jamie la ignora y continúa su discurso mientras coge una botella de agua—. Ya os lo digo.

—Pienso igual. —Alice se encoge de hombros y me lanza una

mirada cómplice, en un intento silencioso de darme seguridad—. Dylan es demasiado bueno para aguantar algo serio con Emma. Es demasiado posesiva.

Recuerdo nuestro encuentro esta mañana. Sus comentarios disfrazados de falsa simpatía pero que querían dejarme claro quién es ella. Y quién soy yo.

—En fin —concede Jamie después de dar un trago largo a su botella de agua—. Yo paso de sus dramas. —Me mira y me dedica una sonrisa—. ¿Te quedas a cenar? Mi madre va a hacer sopa.

—Eh…, no —murmuro, levantándome de la silla—. Ya se me ha hecho tarde y tengo cosas que hacer en casa.

—¿Necesitas que te lleve? —se ofrece.

—No, debe de quedar nada para que pase el próximo bus. Pero gracias. —Le ofrezco una sonrisa sincera.

—Tú te lo pierdes. Yo voy a ducharme antes de que el olor a vestuario os deje inconscientes —habla mientras se dirige a la puerta—. Y la próxima vez que toquéis mis galletas —nos apunta con el dedo—, llamaré a mi abogado.

Jamie desaparece escaleras arriba, silbando.

Alice me despide en la puerta, no sin antes asegurarse casi un millón de veces de que me encuentro bien.

—No hagas caso a Jamie con lo de Dylan y Emma —me aconseja —. No pueden estar en crisis matrimonial porque para eso tendrían que estar juntos primero. Y no es el caso.

—De verdad, que no me pasa nada. —Esquivo su mirada—. Gracias por lo de esta tarde, Alice. Nos vemos mañana.

El aire frío en contraste con la calidez de la casa de los Hartley me golpea en la cara al salir, colándose por el cuello de mi abrigo, pero lo agradezco. Es mejor que el ardor que siento en el pecho.

Camino hacia la parada del autobús con las manos metidas en

los bolsillos, contando las baldosas del suelo para no pensar.

Una, dos, tres.

Grieta.

Una, dos…

El sonido de un motor que se va acercando me hace perder la cuenta.

Levanto la vista instintivamente justo cuando un coche negro pasa por la carretera principal, reduciendo la velocidad para girar en una esquina.

El mundo parece detenerse un segundo.

Es el coche de Dylan.

Y justo al lado, en el asiento del copiloto, está ella. Puedo reconocer su pelo rubio perfecto incluso desde aquí.

Está recostada contra el asiento, con la cabeza girada hacia él. No puedo ver sus expresiones ni oír qué dicen, pero la imagen es nítida. Emma está ahí, con él.

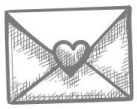
El coche gira y desaparece calle abajo, dejando tras de sí una estela de humo rojizo por el destello de los faros traseros y que se clava en mis retinas.

Alice ha dicho que tengo derecho a que me pasen cosas buenas. Que tengo derecho a ser feliz.

Pero mientras veo cómo el coche se aleja llevándose a la única persona que me ha hecho sentir algo real en todo este tiempo, tengo la terrible certeza de que el universo me acaba de recordar cuál es mi lugar.

Treinta y dos

Talya



El sonido de los cubiertos chocando contra la porcelana es lo único que se escucha en la cocina. Un sonido agresivo que marca el ritmo de una mañana gris, de esas en las que el cielo de Edimburgo parece estar a punto de caerse sobre nuestras cabezas.

Remuevo la avena de mi tazón sin ganas, creando espirales con la cuchara, mientras siento la mirada de Margaret clavada en mi frente. No necesito levantar la vista para saber que me está juzgando. Lo hace siempre.

Normalmente desayuno algo rápido y salgo corriendo a coger el autobús, pero esta vez mi tía me ha obligado prácticamente a comer juntos con el pretexto de que tengo que pasar más tiempo con ellos.

No hay quien la entienda.

—Deja de jugar con la comida, Talya. —Su voz es seca, como el chasquido de un látigo—. Si no tienes hambre, podrías haberlo dicho. La comida no es barata.

A veces creo que quiere volverme loca.

Le he dicho que no tenía hambre.

Le he dicho que solo iba a tomarme un café.

«Tienes que comer, te estás quedando famélica», ha dicho. Así que me he sentado porque no me apetecía discutir.

—Lo siento.

Margaret suelta un suspiro, de esos que reserva de manera exclusiva para fingir una paciencia que no tiene conmigo.

—Ayer llegaste tarde.

—Estaba estudiando con Alice. Os avisé.

—Avisaste —repite ella, con una mueca de disgusto mientras unta mantequilla en su tostada—. Tu madre también era muy buena «avisando» cuando ya había hecho lo que le daba la gana.

Aprieto los dientes. Mencionarla a ella es un golpe bajo. Sabe que no voy a defenderme, sabe que el recuerdo de mi madre es un terreno sagrado que no me atrevo a profanar en esta casa.

—Lo siento —repito. Quiero terminar la conversación.

Termina su tostada en silencio y se levanta para dejar su plato en el fregadero. Al pasar por mi lado, su perfume floral, demasiado intenso, me revuelve el estómago.

—Asegúrate de limpiar esto antes de irte. Y recoge tu habitación. Ayer vi un libro fuera de lugar. No quiero desorden en mi casa.

«En mi casa».

Se encarga de recordarme cada día que soy una intrusa. De recordarme a cada momento que estoy ocupando un espacio en el que no soy bienvenida.

Como un par de cucharadas más de avena y me aseguro de dejarlo todo impecable.

Cuando por fin salgo de la cocina y me encierro en el baño, siento que puedo volver a respirar. Allí, me lavo los dientes, evitando mirarme al espejo y me dirijo a mi habitación. Entonces, reviso mi mochila para asegurarme que llevo todo lo necesario.

Aquí está.

La carta. La carta de la que no consigo separarme.

La letra de mi madre, inclinada y elegante, reza mi nombre en el frente.

Para Talya.

Paso la yema de los dedos por la tinta, como si a través del papel pudiera sentir algo de su calor.

¿Qué dirá en ella?

¿Me recordará cuánto me quería?

¿Me dará las respuestas que necesito?

¿Me explicará por qué me dejó sola?

¿Encontraré en sus palabras por qué me dejó aquí con unos desconocidos que me miran con desprecio?

Debería averiguarlo.

Pero esto es lo único que me queda de ella.

Leerla sería consumir sus últimas palabras.

Sería llegar al punto final del libro y tener que cerrarlo para siempre.

Sería aceptar que ya no hay nada más, que su voz se ha apagado del todo.

Mientras el sobre siga cerrado, ella todavía tiene algo que decirme. Mientras no sepa qué pone, siempre quedará algo nuevo que descubrir de ella.

Si la abro hoy, mañana ya no me quedará nada.

Guardo el sobre con cuidado en el bolsillo interior de la mochila, pegado a mi espalda, como si fuera un segundo corazón latiendo contra el mío, y salgo de la habitación.

Hoy no. Hoy no estoy preparada para despedirme de ella otra vez.

El pasillo del instituto está tan abarrotado como siempre. Alice aún no ha llegado, así que me dirijo a mi taquilla para dejar los libros que no necesito.

Justo cuando cierro la puerta metálica, un aroma a vainilla me inunda las fosas nasales.

—¡Buenos días!

Me giro y me encuentro a Emma parada a mi lado. El pelo impecable, completamente liso tras habérselo planchado, y sus labios, pintados con un brillo transparente que resalta su forma perfecta, forman una sonrisa exagerada que no parece sincera.

—Hola, Emma —respondo, intentando que mi voz suene firme.

¿Por qué viene a hablar conmigo?

—Por cierto, tu nombre era…

—Talya.

—¡Eso! Talya. ¿Qué tal estás?

—Bien, ¿y tú?

—Genial, gracias. Oye, Dylan me contó ayer que te tuvo que echar una mano con los libros y el aula de conferencias y todo ese rollo. —Su tono es suave, pero también algo afilado—. Es un cielo ¿verdad? Siempre intentando salvar a todo el mundo, incluso cuando va con el tiempo justo.

Siento mis músculos tensarse. ¿Dylan y ella han estado hablando de mí?

—Sí, fue muy amable —consigo decir.

—Demasiado amable, a veces. —Emma suelta una risita espontánea y se apoya en las taquillas, invadiendo sutilmente mi espacio—. Llegó a su siguiente clase superagobiado por el retraso. Le cuesta horrores decir que no cuando alguien le pide ayuda, aunque eso le complique la vida a él. A veces tengo que recordarle que no puede cargar con los problemas de los demás.

Sus palabras se clavan en mi pecho como agujas finas pero muy punzantes.

«Le cuesta horrores decir que no». «Cargar con los problemas de los demás».

¿Se refiere a mí? ¿Dylan me ayudó solo por compromiso y luego se fue quejándose de que le había hecho llegar tarde?

—Bueno…, yo no le pedí ayuda —me defiendo—. Se ofreció él.

—Ya, ya. Es lo que te decía… Ve a alguien en apuros y no puede evitarlo. Menos mal que después del entrenamiento pudo relajarse un poco —añade bajando la voz para sonar cómplice—. Nos vino bien para desconectar.

Me quedo muda, incapaz de articular palabra.

Ella interpreta mi silencio como una victoria. Su sonrisa se ensancha, enseñando todos sus dientes perfectos, y abre la boca para darme el golpe de gracia.

Pero nunca llega a decirlo.

—¿Huele a azufre o es esa colonia de vainilla industrial que te pones para asfixiar al enemigo?

Una mano pesada me aprieta con calidez el hombro y, acto seguido, su figura alta se interpone entre ambas.

A Emma se le borra la sonrisa de golpe y arruga la nariz con disgusto.

—Jamie. Qué alegría —dice ella con ironía mientras pone los ojos en blanco.

—Una pena no poder decir lo mismo. —Jamie se pega un poco más a mí, usándose a sí mismo como barrera humana.

Ay, madre mía.

—No sé qué ha visto Dylan en ti para que seas su mejor amigo —replica ella, que recupera por fin la compostura—. En fin, Talya, ya hablaremos en otro momento. ¡Nos vemos!

Se da la vuelta y se aleja taconeando por el pasillo. En mi caso, me quedo allí parada con la sensación de que me acaban de dar una bofetada.

Cierro los ojos un segundo para tragarme la bilis. Me cuesta hacerlo.

Jamie suelta un bufido sonoro y quita el brazo de mi hombro para mirarme a la cara. El hermano de Alice me estudia con una preocupación exagerada.

—¿Estás bien? ¿Te ha mordido? ¿Necesitas que llame al centro de control de plagas?

Intento sonreír ante su broma, pero la mueca me sale tirante. El veneno de Emma ya ha entrado en mi sistema y ni siquiera Jamie puede sacarlo.

—Estoy bien —miento, ajustándome la mochila—. Solo me estaba saludando.

Sé que Emma lo hace a propósito. Detrás de su dulzura esconde un potente aguijón y ha venido aquí solo a marcar territorio. Pero eso no significa que lo que ha dicho sobre Dylan sea mentira.

Dylan es amable.

Pero ¿y si he confundido su simple educación con algo más solo porque estoy desesperada por que alguien me mire de verdad?

La idea me hace sentir el calor de la vergüenza subirme por el cuello. No estoy enfadada con él, no puedo estarlo por ser buena persona. Estoy enfadada conmigo misma por haber sido tan ingenua. Por haber creído, aunque fuera un segundo, que yo podía ser algo más que un problema con el que cargar.

—Ya, saludando… —Jamie niega con la cabeza—. Emma no saluda, Monroe. Emma se alimenta de la inseguridad ajena. Es como un dementor…, pero con mejor pelo.

Si él supiera que lo que me ha dicho Emma no es sobre mí, sino

sobre Dylan, quizá no sería tan tajante.

Justo en ese momento, el timbre agudo resuena por el pasillo.

—Salvada por la campana —dice Jamie, dándome un toquecito suave en la nariz con el dedo índice que me hace arrugarla—. Eso sí, si te vuelve a tocar, tú grita. Yo apareceré con un crucifijo y agua bendita.

Suelto una risita y asiento.

Agradezco que se haya acercado a cubrirme las espaldas.

Pero ni siquiera su protección logra borrar la nueva resolución que se me ha grabado a fuego en la mente: no volver a ser una carga para Dylan.

Nunca más.

Treinta y tres

Dylan



—Vamos, no me jodas.

Acabo de contarle a Jamie que lo de Emma y yo ha terminado. Definitivamente. Con el lío del entrenamiento de ayer fue imposible decírselo a solas.

Y me ha soltado que ahora entendía por qué se había acercado a Talya el día anterior.

Cierro la puerta de la taquilla con más fuerza de la necesaria, provocando un estruendo metálico que hace que un par de chicos de primer año se giren asustados.

Jamie, apoyado en la hilera de taquillas de enfrente, asiente con esa expresión de gravedad que solo usa cuando la situación es seria de verdad. O cuando tiene hambre, pero esta vez sé que no es por eso.

—Te lo digo en serio, tío. —Se acerca a mí y baja la voz—. Parecía un documental de la sabana africana. La leona acorralando a la gacela herida. Si llego a tardar un minuto más en aparecer, creo que Talya se habría desintegrado allí mismo. Emma estaba en modo amiga encantadora, y ya sabes que esa es su versión más peligrosa.

Me paso una mano por el pelo, frustrado. La imagen que describe Jamie me revuelve el estómago.

Ahora todo encaja.

Ayer Talya se pasó todo el día evitándome. Esta mañana, en la entrada, ha desaparecido justo antes de que pudiera acercarme. Pensaba que tal vez no me había visto o que simplemente estaba siendo paranoico.

Pero no. Era Emma.

—¿Sabes qué le dijo? —pregunto, aunque una parte de mí no quiere saberlo.

—Ni idea, Ash. —Jamie se encoge de hombros—. Llegué justo al final. Le dijo algo en plan: «Ya hablaremos en otro momento», o algo así. Pero Talya tenía esa cara de… —piensa un segundo antes de continuar— de querer hacerse muy pequeña. Y Emma olía a vainilla vomitiva que tiraba para atrás.

Aprieto la mandíbula hasta que me duelen los dientes.

—Voy a hablar con Emma.

—Eh, frena, fiera. —Me pone una mano en el pecho para detenerme—. Si vas allí gritando, solo vas a conseguir que ella se haga la víctima y que todo el Evercrest empiece a cotillear sobre un triángulo amoroso que no existe. Tienes que ser más listo.

—No voy a gritar —gruño, apartando su mano—. Pero se ha acabado el intentar ser educado.

Me zafo de su agarre y echo a andar por el pasillo, con Jamie siguiéndome a una distancia prudencial. Mi mente va a mil por hora.

El otro día, cuando me vi medio obligado a tener una conversación con Emma después del entrenamiento, estuvo tranquila. O al menos lo pareció. Terminamos la charla que habíamos dejado a medias y fui claro: le dije que necesitaba espacio. Espacio de verdad. Que el rollito ese de «ahora sí», «ahora

no» o «ahora estamos con otros pero seguimos siendo nosotros» se había acabado.

No es que Emma sea el demonio. No es eso.

Es que llevamos años atrapados en una inercia cómoda y peligrosa. Habíamos normalizado esa dinámica de ser la red de seguridad del otro. Podíamos estar meses sin hablar, incluso liándonos con otras personas, aunque siempre con esa regla no escrita de que, al final, volvíamos al punto de partida. Era fácil.

Era una costumbre.

Pero, en los últimos meses, me he dado cuenta de que me he cansado. Me he cansado de que ella me tenga en el banquillo, mientras yo espero que me saque a jugar cuando se aburre o cuando necesita que le suban el ego. Y reconozco mi culpa: yo también he participado en esto muy a gusto. Yo también he aceptado esa libertad a medias.

Porque era sencillo.

Pero ya no.

Al principio, no se lo tomó bien. No porque le rompiera el corazón, pues la conozco demasiado bien para saber cuándo algo le duele de verdad, sino porque no está acostumbrada a que nadie le cambie las reglas del juego. Le dolió el orgullo, no la pérdida. Para Emma, que yo decida cortar el hilo no es una ruptura, es una insolencia.

Sin embargo, después del berrinche inicial, pareció entenderlo. Incluso llegó a darme la razón.

Me dijo que seguiríamos siendo amigos e incluso llegué a sentirme cómodo mientras la llevaba de vuelta a su casa. Pensé que habíamos firmado la paz.

Qué imbécil fui.

Ella no estaba firmando la paz. Estaba ganando tiempo para

recargar munición. Y su nuevo objetivo no soy yo, sino Talya.

Y ver que está usándola para intentar recuperar el control… me confirma que he tomado la decisión correcta.

Nuestra relación no era amor. Era un hábito que me estaba asfixiando y no me había dado cuenta de cuánto me costaba respirar hasta que he intentado dejarlo.

La encuentro en el patio interior, sentada en uno de los bancos de piedra, rodeada de su séquito habitual. Violet Whitmore, la hija del director y por tanto todo un peligro, se está riendo de algo, pero Emma no la sigue. Mira el móvil con cara de aburrimiento. Como si el mundo no estuviera a su altura.

Me acerco directo hacia ella. Violet me ve primero y le da un codazo a Emma, que le hace levantar la vista. Su expresión cambia en una fracción de segundo: el aburrimiento desaparece y una sonrisa de anuncio ocupa su lugar.

—¡Hombre, Dylan! Justo estaba pensando en ti. —Palmea el sitio vacío a su lado.

Ignoro el gesto y me quedo de pie frente a ella, cruzado de brazos.

—¿Podemos hablar un momento? —pregunto con un tono que deja claro que no es una petición.

Emma arquea una ceja e intercambia una mirada con Violet, luego se levanta, alisándose la falda del uniforme con una calma exasperante.

—Claro. —Se gira hacia sus amigas—. Ahora vuelvo, chicas.

Caminamos unos metros hasta alejarnos lo suficiente de los oídos curiosos, cerca de la fuente que nunca funciona. En cuanto estamos solos, Emma se gira hacia mí, apoyando la cadera en el borde de piedra.

—Tú dirás. Si vienes a decirme que me echabas de menos…

—¿Qué estabas hablando ayer con Talya? —decido interrumpirla e ir directo al grano.

La sonrisa de Emma no vacila, pero sus ojos se entrecierran ligeramente.

—¿Con Talya? —Finge hacer memoria—. Ah, te refieres a esa chica, la nueva. Nada, solo la vi en los pasillos y me acerqué a saludar. ¿Es un crimen ser amable con los nuevos alumnos, Dyl?

—Corta el rollo, Emma. —Endurezco el tono, aunque sin subir el volumen—. Te conozco perfectamente y sé que lo tuyo no es ir solo a saludar.

Entonces, Emma suelta una risa seca y niega con la cabeza, como si yo fuera un niño pequeño diciendo tonterías.

—¿Me conoces perfectamente? ¿Por qué será? —Da un paso hacia mí, invadiendo mi espacio e inundándome con ese aroma a vainilla que ahora me resulta empalagoso.

No retrocedo. No pienso darle esa satisfacción. Me mantengo firme, clavando mis ojos en los suyos con una frialdad que la hace vacilar un milisegundo.

—Exacto. Te conozco. —Mi voz sale grave y controlada—. Sé cómo eres y también sé cómo actúas cuando sientes que estás perdiendo el control. Es lo que haces siempre, ¿no?

Levanta una ceja y aprieta la mandíbula.

—Pero Talya no juega a esto, Emma —le advierto—. Talya no entra dentro de tus juegos de poder.

—¿Tanto le ha afectado lo que le dije? No es culpa mía si esa chica se asusta con un simple saludo.

Aprieto los puños hasta que me duelen los nudillos, sintiendo cómo la paciencia se me escapa por segundos. Resoplo para calmarme antes de decirle:

—Escúchame bien, Emma, porque no te lo pienso repetir —me

acerco demasiado hacia ella, obligándola a levantar la barbilla para mirarme—: mantente alejada de Talya.

—¿Me estás amenazando? —pregunta, soltando una risa incrédula.

—Te estoy avisando. —Me inclino un poco más, asegurándome de que capta cada palabra—. Talya está fuera de los límites. Búscate otra distracción. Si vuelves a ir a por ella, no pienso ser tan educado.

Le sostengo la mirada un par de segundos, los suficientes para ver cómo la seguridad en sus ojos se agrieta y luego me doy la vuelta.

Me alejo sintiendo una mezcla de rabia y adrenalina corriéndome por las venas.

Un pensamiento me cruza la mente mientras atravieso el patio.

Mierda.

La necesidad impulsiva de defender a Talya no me ha dejado pensar con claridad. Me doy cuenta de que, queriendo protegerla, probablemente acabo de pintarle una diana aún más grande en la espalda.

Suelto un suspiro largo, pasándome la mano por el pelo mientras veo a Jamie esperándome en la entrada con ansias por interrogarme.

—¿Ha ido bien? —pregunta.

—No lo sé.

—¿Cómo que no lo sabes? —Abre mucho los ojos—. No me digas que te ha comido la cabeza y te ha hecho quedar como el malo.

Al ver que no contesto, continúa:

—¡Lo sabía! Es una víbora, Dylan. ¿Cuántas veces te lo he dicho, eh?

—Jamie, no me ha comido la cabeza. Sé perfectamente lo que ha hecho. Está solucionado.

Mi mejor amigo exhala aliviado.

—¿De verdad?

—Eso espero.

—Uf, me dejas más tranquilo porque está loca, tío. De verdad que me da miedo. —Hace una mueca—. Entonces ¿nos hemos librado de ella para siempre?

—Sí.

—Voy a abrazarte, Ashmore. —Y lo hace—. Te juro que es la mejor noticia que me han dado en toda mi vida.

—Vale, vale, tío. —Me lo quito de encima. Joder, es un exagerado—. Tampoco te flipes.

Aunque la realidad es que los problemas siempre son menos problemas con amigos como Jamie al lado.

—¿Tú estás bien?

—Claro que estoy bien —le digo.

—Si en algún momento tienes un bajón o lo que sea…, para eso están los mejores amigos, ¿no?

Arrugo la frente, extrañado.

—Jamie, ¿un bajón? ¿Por Emma?

—Llevabais saliendo mucho tiempo y todo eso.

—Venga ya, tío, deja el tema. Nunca hemos estado saliendo en plan «saliendo».

—Vale, ya me callo… —Acto seguido, hace una parada en medio del pasillo y se pone las manos alrededor de la boca a modo de altavoz para empezar a vocear—: ¡Es el mejor día de mi vida!

Lo miro mientras resoplo divertido. A veces me pregunto qué he hecho para merecer un mejor amigo tan dramático.

Los estudiantes del Evercrest que han tenido la mala suerte de cruzarse con nosotros lo observan como si le faltara un tornillo. Pero, lejos de callarse, mi amigo parece dispuesto a seguir con su

escándalo.

—Un día te van a expulsar y ya verás la que te va a liar mamá.

Alice ha aparecido de repente y se acerca a Jamie con cara de querer estrangularlo allí mismo.

—¿Se puede saber por qué estás berreando como un animal en mitad del pasillo?

Jamie le pasa un brazo por los hombros, ignorando su cara de pocos amigos.

—Celebro la libertad, hermanita. La dulce libertad de mi mejor amigo.

Alice pone los ojos en blanco y le da un empujón para apartarlo.

Y ahí está ella, justo detrás de Alice, al lado de Noa.

Siento un alivio inmediato al verla, pero ella evita a toda costa hacer contacto visual. Está mirando al suelo, mordiéndose el labio.

Me acerco a Talya, aprovechando que Jamie se ha parado a hablar con Noa.

No cambia su posición, aunque está nerviosa. Lo noto.

—Chica nueva —la saludo, intentando usar mi tono de voz más suave, ese que suele sacarle una sonrisa tímida.

Pero esta vez no funciona.

Al oírme, levanta la cabeza, pero su expresión es como un témpano de hielo.

—Hola, Dylan.

Me mira un segundo y vuelve a clavar su vista en el suelo.

Está rara. No sé si enfadada, molesta o avergonzada. Pero lo que sea que le ha dicho Emma la ha afectado.

Siento que me hierve la sangre.

—¿Te encuentras bien? —le pregunto, acercándome hacia ella, tratando de romper la barrera entre nosotros.

Talya da un paso atrás, pequeño pero evidente.

—Sí, genial. —Se gira hacia Alice, cortándome antes de que pueda decir nada más y murmura—: Me adelanto, nos vemos en clase.

Y, antes de que nadie pueda responder, se da la vuelta y echa a andar por el pasillo, perdiéndose entre la marea de estudiantes.

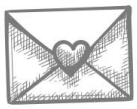
Me quedo aquí plantado, viendo cómo se aleja, y la realidad me cae encima como un cubo de agua helada.

Me doy cuenta de que intentar pararle los pies a Emma ha sido la parte fácil.

El verdadero problema acaba de empezar.

Treinta y cuatro

Talya



El fin de semana ha sido una tregua extraña mientras estudiaba para mi primer parcial. Al no salir de mi habitación más que para lo necesario, mis tíos, especialmente Margaret, me han tratado con una amabilidad inquietante.

Incluso he visto por primera vez a Margaret dedicarme una sonrisa.

A mí.

¿Te lo puedes creer?

Fue una sonrisa rara, casi dolorosa. Como si mirarme a la cara le costara un esfuerzo físico real.

Supongo que soy más fácil de querer cuando soy invisible.

Nada más salir de casa, rumbo a la parada del autobús, me doy cuenta de que está empezando a llover. Otra vez. Aún no me acostumbro al mal tiempo de Edimburgo. He visto la lluvia más veces en los días que llevo aquí que en los seis años que pasé en Madrid.

Me gustaba el tiempo que hacía allí. El otoño no era ni de lejos tan frío como el de esta ciudad. Podía ver el sol la mayoría de los

días, a diferencia de aquí, que cuando decide aparecer es tímido y pálido, y normalmente no se queda más de unos minutos antes de que las nubes se lo traguen de nuevo.

Allí, incluso en noviembre, la luz lo inundaba todo.

A veces pienso que quizá no es solo una cuestión de latitud.

Tal vez es que allí el tiempo acompañaba porque yo era feliz.

Porque tenía a mi madre, tenía mi vida y el sol parecía brillar más fuerte simplemente porque todo estaba en su sitio.

Aquí, el clima de Escocia está empeñado en reflejar exactamente cómo me siento por dentro: nublada y a punto de descargar una tormenta.

Aunque podría ser peor.

Las clases van sorprendentemente bien para haber aterrizado en mitad de curso. Tengo a Alice, que hace todo lo posible para que me sienta como en casa y que me ha ayudado más que nadie a intentar sacar el examen de hoy.

También tengo a Noa, que cada vez la siento más cercana. Me he dado cuenta de que es de esas amigas que harían cualquier cosa para defenderte, es territorial y no le gusta que se metan con los suyos.

Tengo a Erik y a Jamie.

Y creía que también tenía a Dylan, aunque no termino de estar segura de eso.

No estoy sola. Lo sé.

Cuento con una red de seguridad que no tenía hace algunas semanas y sería injusto no valorarlo. En Madrid era feliz por mi madre y por el sol. Aquí, si consigo serlo algún día, estoy convencida de que será gracias a ellos.

He sacado el paraguas pequeño que siempre llevo en mi mochila. Por suerte, no hace viento, así que no hay peligro de que

se convierta en un esqueleto de metal inútil a los dos minutos. Es la trampa habitual de esta ciudad: el agua te moja, pero es el viento el que te destroza el paraguas y la dignidad, dándole la vuelta justo cuando más lo necesitas.

Hoy, al menos, el agua cae en vertical, así que consigo llegar a la clase de Historia sin parecer que me he metido en la ducha con el uniforme puesto.

Entro al aula justo cuando suena el timbre. El ambiente está cargado de nervios, la mitad de la clase repasa apuntes frenéticamente para el examen parcial. En mi caso, es tal el agobio que he pasado en los últimos días que siento que ya no tengo fuerzas para ponerme más nerviosa.

Me dirijo a mi sitio, justo al lado de Alice, cuando la señora Campbell se acerca y se detiene frente a mi mesa.

—Talya, un momento.

El corazón me da un vuelco.

¿Qué he hecho ahora?

—¿Sí?

—Verás —empieza, bajando la voz para que no la oigan los demás—, he estado pensando que no sería justo que hicieras este examen. Cubre temario que hemos repasado antes de tu llegada.

Siento un alivio tan grande que casi se me escapan las lágrimas.

—Pero no te relajes demasiado —continúa—, el próximo examen te contará el doble. Así que tendrás que ponerte las pilas.

—Sí —murmuro—. Sí, claro, señora Campbell. Muchísimas gracias.

—No me des las gracias todavía. —Me sonríe y señala hacia la puerta—. No quiero que te quedes aquí mirando las musarañas. La señora Collins sigue necesitando ayuda en la sala de conferencias para preparar el acto de orientación. Ve allí y échale una mano.

—Claro, de acuerdo. —Me levanto del asiento y cojo mi mochila —. Gracias de nuevo, de verdad. —Me giro hacia Alice y susurro—: Mucha suerte.

Me devuelve la sonrisa y salgo al pasillo antes de que Campbell pueda cambiar de opinión.

Me he librado de un examen que, de haber aprobado, habría sido por los pelos. Hoy la suerte parece estar un poco de mi lado.

Llego a la sala de conferencias, esta vez sola y sin la ayuda de Dylan, un espacio enorme con moqueta azul, un escenario al fondo y cientos de carpetas vacías, bolígrafos con el logo del Evercrest y papeles desperdigados encima de una mesa improvisada en una esquina de la sala.

La señora Collins, la secretaria de dirección, una mujer nerviosa que parece vivir con un café pegado a la mano, me da las instrucciones a toda velocidad y se marcha a su despacho, dejándome sola con montañas de documentos.

El trabajo es fácil: revisar folios y guardarlos por orden en cada una de las carpetas que se repartirán en la conferencia de orientación.

Respiro hondo. El silencio es maravilloso.

Me pongo los auriculares, dejo que la música inunde mi cabeza y me concentro en la tarea.

Carpeta. Folio. Folio. Folio. Bolígrafo. Bloc de notas. Siguiente.

Carpeta. Folio. Folio. Folio. Bolígrafo. Bloc de notas. Siguiente.

Es mecánico, es repetitivo y es justo lo que necesito para que mi cerebro deje de dar vueltas.

Llevo unos veinte minutos en mi burbuja de paz cuando noto una corriente de aire.

Me quito los auriculares, por si viene la señora Collins a pedirme algo más.

—Sí, sí, ya están aquí los de la imprenta —dice la señora Collins, entrando con prisas. Tapa el micrófono del teléfono y se da la vuelta para dirigirse a alguien que la sigue por detrás—: Puedes dejarlas por allí —apunta la mesa en la que me encuentro—, en esa mesa del fondo.

Por el marco de la puerta aparece una figura alta, cargada de varias cajas de cartón que le llegan casi a los ojos. Parecen pesadas, pero las sujeta como si estuvieran llenas de aire. Lleva la corbata ligeramente aflojada y el pelo algo revuelto.

Y ha clavado sus ojos en mí y está sonriendo.

Es Dylan. Por supuesto.

Se dirige hacia mí, bueno, o hasta la mesa donde tiene que soltar la pila de cajas. Pero siento que el oxígeno de la sala parece haberse consumido de golpe, dejándome sin aire.

Dylan suelta la carga sobre la mesa con un movimiento fluido. Este provoca un golpe sordo que hace vibrar los bolígrafos que yo había ordenado meticulosamente. Al librarse del peso, se estira un poco, y escucho el leve crujido de sus articulaciones.

—Ahí tiene, señora Collins —dice, aunque no ha apartado sus ojos de los míos en ningún momento.

Creo que esta noche voy a soñar con ellos.

¿Por qué son tan verdes?

¿Y por qué está mirándome así?

No tengo la respuesta a esas preguntas, pero yo tampoco puedo apartar la mirada.

Me he quedado paralizada. E hipnotizada.

—¡Maravilloso! —exclama Collins, que, a pesar de que ya ha dejado de hablar por teléfono, ahora está tecleando en él sin apartar la vista—. Ashmore, ya que estás aquí…, ¿podrías quedarte y ayudar a la señorita Monroe a montar las carpetas? Necesito esto listo

cuanto antes y cuatro manos son más rápidas que dos.

No, no, no.

Tiene que estar de broma.

Va a decirle que no puede, ¿verdad?

Tendrá algo mejor que hacer.

Ir a clase o ir a entrenar o lo que sea que haga un lunes a primera hora.

Pero no va a quedarse. Por favor.

—Claro —responde él, arrastrando una silla para sentarse justo enfrente de mí. Yo ya he apartado la mirada, intentando centrarme en mi trabajo, pero aún puedo sentir la suya clavada en mí—. No tengo nada mejor que hacer.

—¡Gracias! Esto sumará puntos en vuestro expediente —anuncia ella—. En esas cajas hay aún más documentos. Os dejo, que tengo que firmar el albarán.

Sin esperar respuesta, se da media vuelta mientras habla de nuevo por teléfono, cerrando la puerta con un golpe seco.

Y dejándome sola.

Con Dylan Ashmore.

En la misma habitación.

—No pensaba encontrarte aquí. —Se afloja aún más el nudo de la corbata con un gesto despreocupado que hace que mi estómago sienta mariposas… o avispas asesinas—. Bonita sorpresa.

Me encojo de hombros intentando parecer indiferente.

—Ya, yo tampoco tenía pensado encontrarme con nadie. ¿Qué haces aquí?

—Collins me ha reclutado antes de que pudiera entrar en clase. Cosas de estar en el último curso. ¿Y tú?

—La señora Campbell me ha perdonado el examen de Historia.

—¿Y cómo vas? —pregunta.

—Bien. Si vamos rápido, esto está acabado en menos de una hora.

—Me refiero a cómo vas tú —aclara, bajando el tono de voz hasta convertirlo en algo más íntimo—. ¿Cómo estás?

Lucho por no sonrojarme ante el modo en que me habla, ante el modo en que se preocupa por mí.

—Muy bien —miento y agarro el primer taco de folios que encuentro—. Si quieres, puedo ir ordenando los folios y tú puedes ir metien…

No puedo terminar la frase. Dylan alarga la mano y posa la suya sobre los folios que acabo de coger, inmovilizándolos contra la mesa. Y rozando mis dedos.

—Me dan igual los folios, Talya —dice suavemente. No ha retirado la mano.

Levanto la vista. Grave error.

Sus ojos verdes están fijos en los míos, brillantes, divertidos. Y no hay ni rastro ni de la prisa ni del estrés que tenía la señora Collins. Él parece disponer de todo el tiempo del mundo.

—Tenemos que trabajar —intento protestar, pero mi voz sale más débil de lo que me gustaría.

—Podremos trabajar cuando me hayas contestado. —Desliza los papeles fuera de mi alcance, obligándome a soltarlos—. ¿Por qué me has estado evitando?

¿Se ha dado cuenta de que estaba evitándolo?

No hay un motivo.

Simplemente no quería hablar con él después de saber que me había estado ayudando por compasión.

Y tiene sentido. Si Emma lleva razón y Dylan tiene ese complejo de salvador de causas perdidas, que supiera lo de mi madre solo le habrá hecho sentir más obligación. Y yo no quiero eso.

No quiero ser su obra de caridad.

No quiero que nadie sienta que tiene que cuidarme.

Así que en realidad no lo estoy evitando, le estoy haciendo un favor.

—No te he estado evitando. —Desvío la mirada, no puedo aguantársela más.

—Mentirosa.

La palabra flota en el aire, pero no suena a insulto, sino a reto.

—No estoy mintiendo. Es que… estos días he ido con prisa —improviso, notando que el calor me recorre las mejillas.

—Entonces ¿por qué no puedes mantenerme la mirada más de dos segundos seguidos?

—Porque estás… estás invadiendo mi espacio de trabajo —replico tratando de recobrar mi dignidad.

Alargo la mano para recuperar mis folios, pero mis dedos rozan los suyos sobre el papel.

Debería haberme apartado al instante, pero me quedo paralizada por la descarga eléctrica del contacto. Dylan no retira la mano; al contrario, la desliza con lentitud hasta que sus dedos cubren los míos.

No aprieta, es solo el peso de su mano contra la mía, pero mi cuerpo no entiende de matices.

Me quedo quieta, con la respiración contenida. Él baja la vista hacia nuestras manos.

Su pulgar se mueve, apenas un milímetro, presionando con suavidad la cara interna de mi muñeca.

—Estás temblando —murmura. No es una pregunta, es una afirmación. Levanta la vista y clava sus ojos en los míos—. Y tu corazón va a mil por hora. Siento los latidos golpear contra mis dedos.

El aire se me atasca en la garganta. Me siento totalmente expuesta, traicionada por mi propia biología.

—Hace frío —miento. La voz me sale estrangulada.

—No, no hace frío.

Él frunce el ceño, estudiándome como si fuera un enigma que no consigue descifrar.

—Creo que te pongo nerviosa, Talya —dice. Su voz ya no es ronca ni seductora; suena baja, teñida de una genuina confusión.

Se inclina un poco, buscando mis ojos, intentando comprender lo que ve en ellos.

—Y no entiendo por qué —continúa—. Cuando creía que por fin había conseguido acercarme un poco a ti, de repente levantas un muro.

«Creo que te pongo nerviosa».

«Creía que por fin había conseguido acercarme un poco a ti».

—No me pones nerviosa —alcanzo a decir, aunque la falta de aire en mis pulmones muestra justo lo contrario.

Dylan arquea una ceja, incrédulo. Retira la mano de la mía muy despacio, liberándome del contacto físico para ver si así me relajo, pero no aparta la vista.

—Ah, ¿no? —Me sostiene la mirada mientras espera una respuesta que no llega—. Entonces, demuéstramelo. Deja de mirar los papeles. Deja de mirar la puerta. Mírame a mí.

Trago saliva. Me está retando.

Pero es un reto seguro, porque él ya no me está tocando.

Solo me está pidiendo que le sostenga la mirada.

Lo hago. Clavo mis ojos en los suyos.

Verde musgo.

Verde bosque.

Verde… espera.

Vuelvo a tragar saliva.

—¿Qué quieres, Dylan? —consigo preguntar, intentando sonar desafiante, aunque mi voz tiembla.

Él no responde de inmediato. Sus ojos recorren mi cara con una lentitud deliberada, como quien lee un libro en un idioma que empieza a entender.

—Quiero que me hables, Talya —dice por fin—. Quiero que dejes de ignorarme y me cuentes qué ha pasado. Me miras como si fuera un desconocido peligroso.

—No te miro así. —Y lo digo de verdad.

—Sí, lo haces —me corrige, pero sin acritud—. Me evitas. Y, cuando te toco, te tensas. Así que dime: ¿qué ha pasado?

«Siempre intentando salvar a todo el mundo».

«A veces tengo que recordarle que no puede cargar con los problemas de los demás».

Las palabras de Emma resuenan en mi mente.

Abro la boca para soltar alguna excusa barata, pero las palabras se me atascan. Me está mirando con una paciencia infinita que hace que mentirle parezca sucio.

—Mira, Dylan —empiezo, rompiendo el contacto visual de nuevo para centrarme en mis manos—. Agradezco que te preocupes por mí. De verdad. Pero no tienes que hacerlo.

De soslayo, percibo que frunce el ceño, confundido.

—Ya sé que no tengo que hacerlo.

—Entonces ¿por qué lo haces?

—Porque quiero.

La respuesta es corta, rotunda y carente de cualquier titubeo. Vuelvo a mirarlo para buscar la trampa.

Dylan suspira y se pasa una mano por el pelo.

—Espera —murmura—. Voy a decirte lo que pasa. —Se reclina

en la silla, cruzándose de brazos. Parece decepcionado—. Estabas empezando a sentirte cómoda conmigo. Pero, entonces, Emma fue a decirte cualquier burrada, ¿verdad? Y ahora me estás alejando porque lo que sea que te ha dicho te ha afectado.

Ay, por Dios.

Me muerdo el labio inferior, incapaz de sostenerle la mirada.

Ha dado en el clavo con tanta precisión que me da miedo.

¿Y por qué sabe lo de Emma?

Ah, Jamie. Se lo habrá contado.

—No sé de qué me hablas —miento con un hilo de voz.

Dylan suelta una exhalación escéptica que me hace volver a mirarlo.

—¿Qué te dijo?

—Vino a saludarme, ya está. Fue… —intento encontrar la palabra para definirla— simpática.

—¿Igual de simpática que cuando nos encontró en la puerta de esta sala?

Pues sí.

¿Qué voy a decirle? Realmente no me dijo nada malo.

Solo dijo una verdad.

Y no voy a meterle a Dylan mierda sobre su novia. O lo que sea que sea Emma para él.

Asiento en respuesta a su pregunta.

Se inclina hacia delante, quedando a centímetros de mí.

—Talya —su tono es serio, pero urgente—, sé que eres observadora. Te he visto mirar a la gente, analizar las situaciones. Sé que tienes criterio propio.

Hace una pausa para asegurarse de que lo escucho.

—Por eso me frustra que cambies la percepción que sea que tuvieras de mí por culpa de otros.

—Yo no…

—Sí, Talya —me interrumpe, pero suaviza la voz al ver que me encojo—. Si confiaras en tu propio juicio, te darías cuenta de que lo que sea que dijo Emma no habla ni de mí ni de ti. Habla de su miedo a perder el control.

—Dylan, lo que pasa es que no quiero que sientas que tienes una obligación moral conmigo por culpa de lo que te conté. Lo digo en serio, no quiero.

Las palabras salen rápido, como si me quemaran en la lengua, rompiendo el dique que había estado construyendo durante toda la semana.

—No quiero que sientas una obligación porque te cuesta decir que no —continúo— o porque te sientas responsable de que me haya perdido. No quiero ser tu buena acción del día y no quiero ser un problema más con el que tienes que cargar porque eres demasiado educado como para mandarme a paseo.

El silencio cae sobre la mesa.

Me muerdo el interior de la mejilla, esperando que se enfade, que se ofenda o, lo que sería aún peor, que me dé la razón con una mirada de lástima.

Pero no hace nada de eso.

Me sigue observando fijamente y, de repente, suelta una risa corta. Una exhalación seca que no tiene nada de humor.

—Vaya —dice, negando levemente con la cabeza y echándose hacia atrás en la silla—. Emma se ha lucido esta vez.

—No ha sido…

—Para —me corta de nuevo—. ¿Sabes por qué sé que ha sido Emma? —Me mira un par de segundos antes de seguir hablando—. Porque te ha dicho exactamente lo que ella necesita creer para quedarse tranquila.

Vuelve a inclinarse hacia delante y apoya los codos sobre la mesa. Su rostro vuelve a estar muy cerca del mío.

—Porque necesita pensar que, si hago algo por alguien, es porque soy un blando que no sabe decir que no. Porque la alternativa… —Hace una pausa y sus ojos se oscurecen ligeramente —. La alternativa sería admitir que lo hago porque quiero. Que me acerco a ti porque lo busco. No estoy siendo altruista, Talya. Estoy siendo egoísta.

La palabra aterriza entre nosotros y mi primer instinto es retroceder. Dylan incluso se tensa un poco tras callarse.

«Egoísta».

Mi mente viaja a lugares oscuros a la velocidad de la luz. A manos que toman sin pedir permiso, a deudas que se cobran caras. La palabra «egoísta» en boca de un hombre siempre ha significado peligro. Debería asustarme. Debería levantarme y salir de esta sala antes de que descubra que no valgo el esfuerzo.

Pero mis pies no se mueven.

Porque me está mirando con una intensidad que me hace sentir pequeña y, a la vez, extrañamente visible.

Su egoísmo no suena a amenaza. Suena a elección.

Suena a que, entre todas las opciones perfectas que tiene ahí fuera, ha decidido gastar su tiempo en esta sala rodeada de cajas y papeles, conmigo.

Y, por primera vez en mucho tiempo, el miedo pierde la batalla contra las ganas de quedarme.

Sostengo su mirada. No sé qué cara estoy poniendo, pero debe de ser suficiente, porque la tensión en los hombros de Dylan se relaja un poco.

Treinta y cinco

Dylan



—No quiero que sientas una obligación porque te cuesta decir que no o porque te sientas responsable de que me sienta perdida. No quiero ser tu buena acción del día y no quiero ser un problema más con el que tienes que cargar porque eres demasiado educado como para mandarme a paseo.

Me quedo mirándola y lo único que siento es una punzada de irritación.

No con ella, sino con la precisión con la que han desmantelado su autoestima.

Es casi fascinante, de una forma retorcida, escuchar mis supuestas motivaciones salir de su boca.

«Buena acción del día».

«Cargar con el problema».

Son palabras diseñadas para hacerla sentir pequeña y para hacerme parecer a mí un mártir abnegado.

Qué ironía.

Suelto una risa corta, seca.

—Vaya —digo, echándome hacía atrás en la silla, negando con la

cabeza—. Emma se ha lucido esta vez.

—No ha sido…

—Para.

La corto antes de que intente defender lo indefendible. Me inclino hacia delante, invadiendo su espacio personal. Necesito romper esa burbuja de aislamiento en la que se ha metido.

—¿Sabes por qué sé que ha sido Emma? —le pregunto, bajando la voz—. Porque te ha dicho exactamente lo que ella necesita creer para quedarse tranquila.

Veo cómo Talya me sostiene la mirada, dubitativa. Sus ojos color ámbar, casi amarillos me analizan buscando la mentira, buscando al chico bueno que finge por educación.

Tengo que destruir esa imagen.

Necesito que deje de pensar que la veo como un proyecto de caridad y que sepa que es todo lo contrario.

Tiene que dejar de sentirse como una carga.

—Porque necesita pensar que si hago algo por alguien es porque soy un blando que no sabe decir que no. Porque la alternativa… —Hago una pausa, dejando que el silencio cargue el ambiente. Mis propios sentimientos, esos que estoy intentando ignorar, se agolpan en mi garganta—. La alternativa es admitir que lo hago porque quiero. Que me acerco a ti porque lo busco. No estoy siendo altruista, Talya —confieso—. Estoy siendo egoísta.

«Estoy siendo egoísta al buscar cualquier excusa para estar cerca de ti».

Las palabras se quedan en mi garganta, pero el pensamiento grita en mi cabeza con una claridad que asusta.

«Estoy siendo egoísta porque sé que no necesitas esto y, aun así, no puedo evitar acercarme».

Emma tiene razón en algo: no sé decir que no. Pero no porque

sea blando, sino porque cuando se trata de Talya no quiero decir que no.

La palabra «egoísta» flota entre nosotros, cargada de una honestidad brutal.

Me tenso mientras espero una reacción. Un sonrojo, una sonrisa tímida o tal vez esa confusión adorable de cuando no sabe si voy en serio.

Pero lo que recibo es un golpe de realidad.

Talya no se sonroja.

Su reacción es visceral, instantánea. Sus pupilas se dilatan, tragándose el amarillo de su iris, y veo cómo sus manos se aferran al borde de la mesa con tanta fuerza que los nudillos se le ponen blancos.

Mierda. ¿La he asustado?

Joder. Una duda fría me recorre la espalda.

«¿Qué demonios te han hecho, Talya? ¿Quién te ha enseñado que cuando alguien quiere algo de ti es porque vas a salir perdiendo?».

Siento el impulso instintivo de recular. Sin embargo, no puedo hacerlo.

Me está mirando como si estuviera a punto de romperse. De todos modos, me niego a tratarla como si fuera de cristal.

Si lo hago, le estaré dando la razón a sus miedos. Estaré confirmando que acercarse a ella es un error.

Así que me obligo a no moverme. A sostenerle la mirada, firme pero abierta, intentando transmitirle un mensaje que va más allá de las palabras.

Y entonces ocurre el milagro, su rostro pasa del pánico absoluto a una especie de valentía silenciosa.

—Vale —susurra.

La palabra es tan suave que por un momento creo habérmela imaginado, pero el alivio me golpea en el pecho con fuerza.

No se ha ido.

A pesar de ese destello de miedo que he visto latir bajo su piel, ha decidido quedarse.

—¿Vale? —repito.

—Vale —dice de nuevo, recuperando el color en las mejillas.

Entonces, coge una de las carpetas verdes de la pila y la planta delante de ella como una barricada. No es un muro para separarnos, es un escudo para recomponerse. Me mira y en sus ojos ya no veo a alguien asustado, sino un destello de desafío que me hace querer sonreír como un idiota.

—Si quieres ser egoísta y quedarte a ordenar papeles aburridos en lugar de irte a salvar el mundo… —se calla durante unos instantes, traga saliva y sostiene mi mirada—, no seré yo quien te lo impida.

Una sonrisa lenta se abre paso en mi cara sin que pueda, ni quiera, controlarla.

Joder.

Tiene agallas.

Está temblando por dentro, su instinto le grita que corra, y aun así es capaz de devolverme la pelota y retarme. Eso es mucho más impresionante que cualquier jugada que haya visto en el campo de fútbol.

—Me parece un trato justo —respondo.

Cojo otro taco de folios, obligando a mi cuerpo a relajarse.

Pero necesito asegurarme.

—Entonces ¿estás bien? —pregunto.

Ella respira hondo, colocándose el pelo detrás de la oreja.

—Pásame los bolígrafos, Ashmore. —Una pequeña sonrisa,

tímida y fugaz, asoma en sus labios—. Tenemos trabajo que hacer.

Suelto una risa suave, liberando la tensión que se me había acumulado en la nuca, y deslizo un puñado de bolígrafos hacia ella.

Mis dedos rozan los suyos al entregárselos.

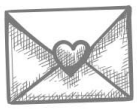
Y, esta vez, su mano se mantiene firme bajo la mía.

La Talya asustada de hace unos minutos ha dejado paso a algo mucho más interesante.

Mientras ella se concentra en los papeles para fingir que esto es solo trabajo administrativo, yo me quedo mirándola un segundo más. Ser egoísta ha sido, probablemente, la mejor decisión que he tomado en mucho tiempo.

Treinta y seis

Talya



Me siento feliz.

Contenta al menos.

Ser feliz implicaría una alegría profunda y duradera. Ser feliz suena a promesa. Y yo no hago promesas con mis emociones.

Pero ahora estoy contenta y con eso me basta.

«La alternativa sería admitir que lo hago porque quiero».

Siento un millón de mariposas revoloteando en mi estómago cada vez que pienso en sus palabras. Y no han desaparecido de mis pensamientos en todo el día. Así que estoy empezando a confundirlas con ganas de vomitar.

Ha sido agradable estar con Dylan.

Más agradable de lo que me gustaría.

Y he estado cómoda.

Y eso me hace sentir un completo y absoluto terror, pero hoy he decidido que, al menos por un día, no voy a pensar en las consecuencias.

Por desgracia, la paz tenía que durar poco.

En el momento exacto en el que pongo un pie fuera del edificio

principal del Evercrest, el cielo parece desplomarse sobre mi cabeza. De pronto, una cortina de agua gris, densa y furiosa golpea el asfalto con tal fuerza que levanta una niebla helada a ras de suelo.

—Oh, ¡venga ya! —me quejo mientras busco el paraguas en el lateral de la mochila.

Maldigo entre dientes cuando el mecanismo se queda atascado a mitad de camino. Forcejeo con la varilla central, tirando con desesperación mientras el agua helada empieza a calarme el uniforme, resbalando por mi nuca y empapando mis hombros en cuestión de segundos.

Finalmente, logro que se abra con un chasquido metálico, con la esperanza de salvar, al menos, mi dignidad.

Grave error.

Debería haber recordado mi propio pensamiento de esta mañana: «Es el viento el que te destroza el paraguas…».

Parece que el clima escocés tiene un sentido de la ironía muy cruel, porque apenas dos segundos después de abrirlo una ráfaga de viento brutal lo sacude, lo invierte y rompe dos varillas con un crujido lamentable que suena muy parecido a una carcajada.

Me quedo mirando el cadáver de metal y tela negra que sostengo en la mano.

—Genial —mascullo, tirando el trasto inútil a una papelera cercana mientras veo un par de folletos salir volando y perderse en la niebla—. Simplemente genial.

—¿Tal?

La voz de Alice me hace dar un respingo. Me giro y la veo parada bajo el techado de la entrada, resguardada y seca, mirándome con una mezcla de diversión y lástima.

—¿Estás intentando volar al estilo Mary Poppins o es que te apetece darte una ducha al aire libre?

—Muy graciosa —replico, sacudiéndome el agua del pelo como un perro mojado y corriendo a refugiarme junto a ella—. Lluvia: uno. Talya: cero.

Alice suelta una risa y me pasa un paquete de pañuelos de papel que saca del bolsillo de su blazer.

—Toma. No creo que te sirvan de mucho, pero al menos podrás secarte la cara. —Mira hacia la tormenta que ruge frente a nosotras —. Menuda se ha formado de golpe. Parece el fin del mundo. Pero ¿sabes el lado bueno? No creo que el entrenamiento de los chicos se alargue mucho con este diluvio, seguro que nos pueden acercar.

—¿Ya le han arreglado el coche a Jamie? —pregunto al recordar el percance que tuvo el viernes pasado al salir de un aparcamiento.

—Qué va —responde con total tranquilidad—. Sigue en el taller. Dylan tendrá que hacernos el favor.

El nombre de Dylan hace que las mariposas de mi estómago, que se habían calmado con el frío, vuelvan a agitarse.

—También puedo coger el autobús y darme una ducha al llegar a casa. No es tan mala idea.

—Ya. ¿Y cargar con la culpa de que mi amiga ha pillado un resfriado que quizá la tenga en cama durante una semana entera? —pregunta, poniendo los brazos en jarras y señalando el caos de agua y viento que hay ahí frente a nosotras—. Ni hablar.

Por mucho que insista, sé que no voy a tener forma de librarme de Alice, así que, acepto la derrota y me encojo de hombros.

—Está bien. —Saco el móvil del bolsillo pequeño de la mochila—. Voy a avisar de que llegaré un poco más tarde.

Alice asiente satisfecha y yo me alejo un poco para marcar el número de Margaret, aunque sin abandonar el techado.

El sonido de los truenos retumba a lo lejos, grave y profundo.

Un escalofrío, que no tiene nada que ver con el frío ni con estar

empapada, me recorre la espalda mientras escucho el tono al otro lado de la línea.

No hay respuesta.

Vuelvo a intentarlo un par de veces más, pero salta el contestador.

El pánico empieza a burbujear en mi garganta. Si llego tarde sin avisar, Margaret lo usará como munición. Dirá que soy una irresponsable y descargará toda la tensión acumulada de la semana contra mí.

No puedo permitirme eso hoy. No después de haber tenido un buen día.

¿Qué se supone que tengo que hacer?

Me armo de valor y marco el número de Douglas.

—¿Talya?

La voz de mi tío suena grave, profesional. De fondo escucho el ruido de papeles y teléfonos. Aún está en el despacho.

—Ho-hola, tío Douglas —susurro, tapando el micrófono y echando una mirada paranoica hacia Alice, que está distraída mirando su móvil—. Perdona por molestarte, sé que estás trabajando.

—¿Ha pasado algo? —Su tono cambia ligeramente volviéndose menos cortante—. ¿Estás bien?

—Sí, sí, estoy bien. Es solo que… —Trago saliva.

—Si me llamas para que pase a buscarte porque está lloviendo mucho, va a ser imposible, Talya —me interrumpe—. Todavía me queda mucho para terminar hoy.

—No, no es por eso —me apresuro a decir—. Estoy saliendo del instituto ahora y unos amigos me han ofrecido llevarme en coche. Eso sí, llegaré un poco más tarde. He intentado avisar a Margaret, pero no contesta al teléfono.

—Ah, sí, Margaret está ocupada —dice Douglas con una calma que me deja descolocada—. Ha tenido que salir. Pasaré a recogerla al salir del trabajo, así que llegaremos tarde. No te preocupes.

Abro los ojos de golpe.

—Vale. —Intento que la voz no me tiemble por el alivio—. Gracias, tío Douglas.

—Ten cuidado con la carretera.

Cuelgo el teléfono y me quedo mirando la pantalla.

No están.

No hay toque de queda ni interrogatorio al llegar.

Siento tanta calma que parece que me han quitado una mochila llena de ladrillos de encima.

—¿Todo bien? —pregunta Alice cuando vuelvo a su lado.

Una sonrisa real, una que no tengo que forzar, se dibuja en mi cara.

—Sí, todo perfecto.

—Mira. —Señala hacia un grupo de chicos que salen del edificio anexo—. Entrenamiento cancelado. Te lo dije.

Sigo la dirección de su dedo. Un pasillo techado con columnas de piedra conecta el edificio del gimnasio con el porche donde estamos nosotras. Y por ahí, caminando con una calma insultante mientras la lluvia repiquetea en el techo sobre sus cabezas, vienen ellos.

Jamie camina dando saltitos, me lo imagino celebrando que hayan podido librarse del entrenamiento. A su lado, Dylan avanza con esa zancada larga y despreocupada suya. Lleva la bolsa de deporte colgada al hombro y el pelo alborotado, pero totalmente seco, a diferencia del mío.

Es injusto. El mundo se cae a pedazos bajo el agua y él parece recién salido de un anuncio de colonias.

Y se está riendo por algo que le dice Nathan. Entonces mira

hacia nosotras y la risa le desaparece un segundo. Clava sus ojos directamente en los míos y vuelve a sonreír, esta vez un poco más fuerte.

Jamie también nos ha visto y acelera el paso, haciendo un gesto dramático al llegar a nuestra altura.

—¡Madre mía, Monroe! —exclama y, acto seguido, se frena en seco frente a mí y me mira con los ojos como platos—. ¿Has venido nadando o es que has decidido ducharte con ropa para ahorrar tiempo?

—Muy gracioso, Jamie —mascullo, cruzándome de brazos para intentar entrar en calor.

—El viento ha asesinado su paraguas —aclara Alice mientras se aguanta la risa.

—Pues recuérdame que no te pida consejos de moda hoy, porque el estilo «recién salida del naufragio» no te favorece del todo —bromea Jamie mientras me propina un codazo suave para desestabilizarme un poco.

Dylan llega apenas un segundo después. Pero él no se ríe. Se detiene junto a Jamie, con las manos en los bolsillos del pantalón de chándal, y su mirada me escanea rápido. Sus ojos verdes recorren mi pelo pegado a la frente, mi uniforme oscurecido por el agua y se detienen en mis brazos, que tengo cruzados sobre el pecho para intentar entrar en calor. Aunque estamos a cubierto, la humedad del ambiente se me ha metido en los huesos y mis dientes están a punto de empezar a castañear.

—Estás helada —dice. No es una pregunta.

Sin apartar la vista de la mía, se quita la bolsa de deporte del hombro y se la pasa a Jamie con un movimiento fluido, sin pedir permiso.

—Sujeta esto.

—Pero ¿qué…? —empieza a protestar Jamie.

Dylan no le hace caso. Sin previo aviso, se lleva las manos al bajo de su sudadera azul marino y tira de ella hacia arriba. En un solo movimiento rápido y seguro, se la quita por la cabeza, despeinándose en el proceso y dejando al descubierto una camiseta gris de manga corta que se ajusta a sus hombros.

El aire helado de noviembre le golpea de lleno en los brazos desnudos y la piel se le eriza al instante, pero a él parece no importarle lo más mínimo. Ni siquiera se estremece.

—Toma. —Me ofrece la sudadera.

Me quedo paralizada, mirando la prenda y luego a él, que se acaba de exponer al frío solo por mí.

Quiere darme su sudadera.

Porque estoy mojada.

Mamá y yo solíamos ver muchas películas románticas. Eran nuestros domingos sagrados. Nos encantaba burlarnos de esos gestos grandilocuentes y absurdamente perfectos que los guionistas escriben para que el público suspire.

El chico corriendo por el aeropuerto para detener el avión.

El beso bajo el diluvio universal sin que se les corra el rímel.

Y este.

El momento en el que el protagonista se quita su propia ropa para protegerla a ella, sacrificando su comodidad sin dudarlo ni un segundo.

Mamá siempre se reía y me decía: «No te creas nada, Taly. En la vida real, la gente se queja del frío y se sube la cremallera hasta la barbilla».

Siempre supe que todos esos detalles que me parecían super-románticos, eran eso, ficción. Que nadie hace eso en el mundo real y mucho menos por alguien como yo.

Pero Dylan está ahí, en camiseta de manga corta a cuatro grados de temperatura después de ofrecerme su calor como si fuera lo más lógico del mundo.

—Dylan, estás en manga corta. Yo tengo el abrigo, estoy bien —empiezo a protestar, pero mis labios tiemblan, traicionándome.

—Talya, tienes los labios morados. Póntela.

Jamie suelta un silbido bajo, totalmente innecesario pero muy propio de él.

—Vaya, vaya. Un auténtico caballero —bromea—. ¿Te quitas también los pantalones, Dylan, o eso lo dejamos para la segunda cita?

Alice le da un codazo en las costillas para que se calle, aunque ella también está sonriendo, y Jamie suelta un quejido de dolor.

Dylan ignora a su amigo por completo y da un paso hacia mí, acortando la distancia. Entonces me pone la sudadera en las manos con firmeza.

No discuto más. Me quito el abrigo y la cojo. Me la paso por la cabeza por encima de la camisa húmeda del uniforme.

Me alegro al instante de haberla aceptado porque está muy calentita. Aún conserva el calor de su cuerpo y este me invade como un abrazo.

Y el olor.

Huele tan bien…

Siento que el rubor me sube a las mejillas, hundo la nariz disimuladamente en el cuello de la sudadera, y rezo para que él piense que es por el cambio de temperatura y no porque estoy a punto de hiperventilar.

—¿Mejor? —pregunta Dylan.

Asiento y él me mira un segundo más. Veo un destello de satisfacción en sus ojos al ver que he dejado de temblar.

Luego, se gira hacia Jamie y le arranca la bolsa de deporte de las manos con naturalidad.

—Vamos —dice, señalando el camino techado con la cabeza—. El coche está justo al final del pasillo.

—¿Dónde está Noa? —Jamie empieza a mirar hacia los lados, buscándola.

—Ha tenido que irse antes. —Alice se encoge de hombros—. Su padre ha venido a recogerla.

Durante apenas un segundo, la expresión de Jamie cambia por completo. Pestañea un par de veces y vuelve a sonreír como hace siempre.

Caminamos hacia el coche por el pasillo de columnas de piedra. A nuestra izquierda, la lluvia cae con violencia, formando charcos enormes que reflejan el cielo gris plomo. Aun así, el viento húmedo se cuela por los arcos y me estremezco. Dylan, sin decir nada, se cambia de lado de manera sigilosa para ponerse entre el viento y yo, protegiéndome de la corriente con su cuerpo.

«Ay, Dios».

—¡Copiloto! —grita Jamie mientras hace un sprint hacia la puerta delantera.

Pero Dylan es más rápido. Le pone una mano en el pecho a su amigo y lo frena en seco.

—Jamie, tu casa está a cinco minutos, vas a bajarte el primero.

—Tiene razón, hermanito —apunta Alice.

Él lo mira con una ceja arqueada y una expresión de incredulidad teatral.

—Ya, claro. La logística. —Asiente lentamente—. Muy sutil, Ashmore. No te lo tendré en cuenta porque Monroe me cae muy bien. Pero que conste en acta que me siento desplazado.

Dylan ignora su drama con una facilidad pasmosa y tira de la

puerta del copiloto para abrírmela a mí.

—Entra —me dice con suavidad.

Me deslizo en el asiento, hundiéndome en la sudadera que me llega hasta los muslos.

Dylan rodea el coche bajo la lluvia torrencial del tramo sin techar y entra por el lado del conductor un segundo después. Al cerrar la puerta, por fin nos aísla del ruido ensordecedor de la tormenta. Se pasa una mano por el pelo húmedo y se frota los brazos desnudos un momento.

—¿Estás bien? —me pregunta mientras se pone el cinturón.

Me subo las mangas, que me cubren las manos por completo, para poder abrocharme el mío.

—Sí —respondo—. Pero tú te vas a congelar.

—Sobreviviré —murmura él, arrancando el motor y subiendo la calefacción al máximo—. Te queda bien.

Esto último lo dice bajito, casi para sí mismo, mientras mira por los retrovisores para salir del aparcamiento, pero lo escucho perfectamente.

Y mi corazón, traicionero y estúpido, decide hacer un salto mortal hacia atrás.

Durante los siguientes minutos, el coche se llena de ruido. Jamie se ha recuperado de su «desplazamiento» y cuenta con todo lujo de detalles cómo casi incendia el laboratorio de Química.

—¡Fue un experimento controlado, Alice!

Mientras, Dylan conduce relajado, con una mano en el volante y la otra apoyada en la palanca de cambios. De vez en cuando, interviene solo para picarlo.

—A Jamie se le da bien la clase de Química —ironiza—, si por dársele bien entendemos que ha mezclado dos sustancias incompatibles y casi nos ha hecho saltar por los aires.

—Eh, ¿y lo bien que te lo pasas conmigo qué? Esto va a quedar para la posteridad, tío. Se lo contarás a tus nietos.

—Lo que tú digas, Marie Curie.

Me descubro riéndome. De verdad.

Hundida en la sudadera de Dylan, con el calor de la calefacción, las risas de los hermanos detrás y el olor a su colonia y a suavizante llenándome los pulmones, me siento… a salvo.

Fuera, el mundo es una mezcla borrosa de piedra gris mojada y farolas que se deshacen en manchas naranjas contra el cristal empañado. La tormenta golpea con rabia el metal del coche, pero aquí dentro no puede tocarnos. Es como estar en una burbuja hermética donde mis problemas, mis tíos y mis secretos no tienen permiso para entrar.

Aquí dentro no me siento la Talya rota. Ni la Talya huérfana.

Solo soy una adolescente normal. En un coche. Con sus amigos.

Y esa normalidad, tan simple para el resto, para mí es como un milagro.

El coche se detiene frente a una casa de piedra clara. La de Jamie y Alice.

—¡Gracias por el viaje, chófer! —se despide Jamie mientras se baja del coche—. ¡Ah, Monroe, devuélvele la sudadera lavada, que luego huele a perfume de chica y en el vestuario se van a reír de él!

—¡Lárgate de mi coche, Jamie! —le grita Dylan.

—Adiós, Tal —me dice Alice, echándose hacia delante para darme un apretón cariñoso en el hombro—. Llévala a casa sana y salvo, Dylan, que sé dónde vives —bromea justo antes de salir tras su hermano.

El silencio vuelve a caer dentro del coche.

Ahora que no hay ni risas ni bromas que nos protejan, el espacio se siente mucho más pequeño.

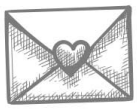
Estamos solos.

Y yo llevo su ropa.

Cosa que, con Jamie y Alice aquí, parecía algo gracioso, pero ahora me pesa con una intimidad que me acelera el pulso.

Treinta y siete

Talya



—¿Sigues teniendo frío? —pregunta Dylan, sacándome de mis pensamientos.

—Estoy mucho mejor —y lo digo totalmente en serio—, muchas gracias por la sudadera. Y por llevarme a casa. —Me quedo callada unos segundos, pensando en la lista tan enormemente larga de cosas que Dylan ha hecho por mí desde que llegué al Evercrest—. Y por todo.

—No tienes que agradecérmelo todo el rato. —Aparta la mirada de la carretera una milésima de segundo para mirarme—. Quiero hacerlo.

—Bueno, pero igualmente tengo que hacerlo. Es de buena educación.

—No tienes que ser educada conmigo. Y no tienes que darme las gracias por algo que hago porque quiero.

—Ya, pero… ¿Y por qué querrías hacerlo?

De verdad que necesito entenderlo.

Él se queda en silencio unos segundos, pensativo. Finalmente, se pasa una mano por el pelo, se humedece los labios y vuelve a

mirarme.

—Porque me… —se encoge de hombros—, no lo sé. Me gusta pasar tiempo contigo. Y me gusta cuando pones esa cara.

Ay, otra vez.

—¿Qué cara?

—La que estás poniendo ahora.

—¿Y qué cara es esa? —pregunto. Intento sonar ofendida, pero a mí misma me tiembla una sonrisa.

Dylan ladea un poco la cabeza aprovechando un semáforo en rojo para estudiarme.

—Esa en la que arrugas un poco la nariz y te pones colorada.

—Yo no arrugo la nariz.

—Sí que lo haces. —Alarga la mano y baja la visera solar que está frente a mí. Aparece un espejito con una luz pequeña—. Mírate.

Lo hago. Por primera vez en días observo mi reflejo. Me observo de verdad.

Y, aparte de darme cuenta de que Dylan lleva razón y sí que estoy arrugando la nariz, me fijo en que tengo una expresión diferente. Mis ojos parecen brillar. No están tan apagados. Y mis comisuras están elevadas. La Talya que me devuelve la mirada se parece mucho más a la Talya que existía hace unos meses.

—¿Lo ves? —pregunta él suavemente.

Subo la visera de nuevo, sintiéndome expuesta pero extrañamente feliz.

—Bueno, pero eso no es un motivo para que no tenga que darte las gracias.

—Y… —añade, y una media sonrisa, esa que acostumbra a poner y que hace que el aire en mis pulmones se quede atascado, asoma en su cara—. No te voy a mentir, chica nueva. Me gusta bastante ver cómo te queda mi ropa.

Abro la boca para responder, pero no sale nada. Me refugio aún más en su sudadera, intentando ocultar el rubor violento que sé que me está subiendo por el cuello.

—Así pareces… —Hace una pausa, como si se arrepintiera de lo que iba a decir.

—¿Qué? —insisto nerviosa.

—Así pareces mía.

Las palabras se quedan flotando en el aire caliente del coche.

Creo que mi corazón está a punto de dejar de latir.

Me quedo mirándolo, con los labios entreabiertos, incapaz de procesar lo que acaba de decir.

Dylan parece darse cuenta de lo que ha confesado apenas un segundo después. Parpadea para romper el contacto visual y se aclara la garganta. El semáforo se pone en verde y clava la vista en la carretera con una fuerza innecesaria. Sus nudillos se ponen blancos sobre el volante.

—Es decir… —murmura con la voz un poco más ronca de lo habitual—. Que te queda bien la ropa del equipo. Eso es todo.

No me lo creo. Y sé que él tampoco lo hace. Pero el hecho de que intente justificarse, de que parezca casi nervioso por haber sido tan directo, hace que el miedo desaparezca y deje paso a un calor que no tiene nada que ver con la calefacción.

—Ya —respondo en un susurro, aceptando su excusa.

El coche gira hacia Ravelston, y sé que estamos en silencio, pero yo no puedo dejar de escuchar en bucle esa frase.

«Así pareces mía».

El final del trayecto se me hace borroso. Dylan conduce con la mandíbula apretada y yo me dedico a mirar por la ventanilla. Intento que mi pulso vuelva a la normalidad mientras las grandes casas de piedra de mi barrio aparecen entre la lluvia.

Cuando el coche se detiene frente a la entrada del hogar de mis tíos, siento que la burbuja de intimidad se rompe de golpe.

El motor se apaga, pero ninguno de los dos hace ademán de moverse.

Miro la casa. Oscura. Imponente. Silenciosa.

—Gracias… por traerme.

Dylan se gira en su asiento y apoya la espalda en la puerta para mirarme de frente. La luz tenue de la calle entra por la ventanilla iluminando sus facciones.

—No te apetece entrar, ¿verdad? —afirma.

Me encojo de hombros.

—No mucho.

Aunque ahora estaré sola, este lugar sigue sin ser mi hogar.

—A mí tampoco me apetece que entres.

El corazón me da un vuelco. Levanto la vista y me encuentro con sus ojos verdes.

—Me ha gustado pasar el día contigo, Talya —dice suavemente —. Lo de la sala de conferencias. Y esto. Estar contigo.

Siento que el calor me sube a las mejillas.

—A mí también.

—No tiene que acabar todavía —me mira con un destello de atrevimiento en los ojos—, si no quieres.

Muerdo mi labio inferior.

¿Me está pidiendo que pasemos más tiempo juntos?

—¿Tú quieres que acabe? —le pregunto.

—Yo me muero por que no acabe.

Los pensamientos me acribillan:

«Ten cuidado, Talya».

«Ya sabes cómo termina esto».

«No puedes volver a confiar, otra vez no».

Sacudo la cabeza, porque por una vez quiero dejar de escucharla.

Mi corazón está latiendo como loco, buscando un protagonismo urgente que no suele tener.

«Él no es como los demás», me asegura.

«Se preocupa por ti, Talya».

Y decido hacerle caso.

—Vale.

—¿Vale? —pregunta Dylan confundido.

—¿A dónde quieres ir? —contesto con otra pregunta, dejándole claro que acepto ir con él.

—A donde tú quieras —responde casi demasiado rápido, como si tuviera miedo de que cambie de opinión—. Podemos ir a comer tortitas o a una librería. Te gusta leer, ¿no?

Este chico…

Siento esa sensación de vértigo en el estómago. La de estar parada al borde de un gran precipicio y, en vez de retroceder hacia la seguridad de tierra firme, cerrar los ojos e inclinarme hacia delante.

Ya no hay vuelta atrás, estoy en caída libre. Y lo más aterrador de todo es que, mientras lo miro a los ojos, no me importa en absoluto el golpe.

—Me gusta leer —admito—. Y me gustan las tortitas.

Su sonrisa se ensancha, iluminando el interior oscuro del coche más que cualquier farola de la calle.

—Pues decidido. Tortitas y libros. —Golpea suavemente el volante con la palma de las manos—. Y…

—Pero antes —lo interrumpo— tengo que dejar de parecer un perro mojado. —Señalo mi pelo apelmazado y la humedad que noto bajo su sudadera.

—Joder. —Me repasa de arriba abajo—. Es verdad. Puedes ir a cambiarte.

—¿Vas a esperarme aquí?

Él se reclina en el asiento de cuero, cruzado de brazos.

—No tengo ninguna prisa. Y tengo la radio y el móvil. Tómate tu tiempo.

Miro hacia la casa.

No quiero que la burbuja se rompa. No me apetece separarme de él.

Así que se me ocurre una idea horrible, algo que la Talya de hace unos meses jamás habría hecho. Pero la Talya de hoy se siente valiente.

—También puedes esperar dentro —suelto de golpe—. Mis tíos no están en casa.

En cuanto las palabras salen de mi boca, siento un escalofrío. Sé que estoy rompiendo mi regla de oro, la de no dejar que nadie cruce el umbral de mi zona segura. Pero la urgencia de no separarme de él es más fuerte que mi miedo.

Dylan alza una ceja.

—Ah, ¿no?

—No. Pero, si no quieres, no pasa nada. No tardaré…

—Ni de coña —me interrumpe—. Vamos.

Se inclina hacia el hueco entre los dos asientos, estirando el brazo izquierdo hacia la parte trasera para alcanzar algo.

El movimiento hace que su cuerpo invada mi espacio por completo. Siento el calor que irradia su brazo desnudo casi rozando mi hombro. Cuando recupera lo que buscaba, un paraguas negro y enorme, vuelve a su posición, pero no se aleja del todo.

Se detiene un segundo, a escasos centímetros de mi cara. Sus ojos verdes se clavan en los míos con una intensidad que me deja

sin aire. Estamos tan cerca que puedo contar las motas de color naranja que se forman en el borde de sus pupilas y notar cómo su respiración, cálida y con olor a menta, se mezcla con la mía.

—Espera —murmura con la voz ronca, rompiendo el hechizo—. No abras todavía.

—¿Qué…?

Pero él ya se ha movido. Abre su puerta y sale al diluvio sin dudarlo. Tras cerrar, rodea el morro del coche a paso rápido.

Un segundo después, mi puerta se abre.

Pero no me mojo.

Dylan está ahí, firme como una estatua, sosteniendo el paraguas abierto sobre el marco de la puerta para protegerme de la lluvia.

—Vamos —dice con complicidad.

Bajo del coche y él cierra la puerta con un golpe seco de cadera. Al instante, invade mi espacio de nuevo para resguardarnos los dos. Siento su mano grande y pesada posarse en la parte baja de mi espalda, un contacto firme que me quema a través de la sudadera, y que me guía mientras caminamos hacia la casa.

Cuando llegamos a la puerta principal y busco las llaves en el bolsillo de la mochila, siento mis manos temblar. Noto su presencia a mi espalda, inmensa, protegiéndome de la lluvia y del viento con su propio cuerpo mientras intento, torpemente, manipular la cerradura.

—Estás tiritando —murmura cerca de mi oído.

Trago saliva, por fin he conseguido girar la llave.

—Es el frío —miento.

No es el frío. Es él.

Treinta y ocho

Dylan



Frío.

Eso es lo primero que pienso en cuanto la puerta de madera maciza se cierra a nuestra espalda.

Y no es el mismo tipo de frío que hacía ahí fuera. Es un frío distinto y extraño.

Miro a mi alrededor. El vestíbulo es enorme, con techos de doble altura y una lámpara de araña de cristal que tiene pinta de costar varios de los grandes. Todo está impoluto. No hay abrigos tirados en una silla, no hay correo acumulado en la entrada ni fotos en las paredes.

Huele a cera de muebles y a… a nada más.

Es como estar en un maldito museo. O en un tanatorio de lujo.

Miro a Talya, que parece minúscula en medio de tanta opulencia vacía.

—Joder —murmuro, y mi voz rebota demasiado fuerte en las paredes—. Es como un museo. ¿De verdad vives aquí?

Se encoge de hombros.

—Sobrevivo aquí —corrige sin mirarme—. Ven. Subamos a mi

cuarto.

A su cuarto.

«Dylan, vete ahora mismo de aquí, todavía estás a tiempo», me regaño.

Joder, llevo todo el día sin podérmela sacar de la cabeza y ahora estoy en su casa a punto de subir a su habitación.

Y estamos completamente solos en una casa que parece un santuario. Es una mala idea.

«Frena, Ashmore. No va por ahí».

Completamente ajena a mi crisis interna, Talya comienza a subir los escalones de dos en dos, como si tuviera prisa por escapar del vestíbulo.

Y yo la sigo, porque estoy perdiendo la cabeza por culpa de esta chica.

Aún lleva mi sudadera, que le llega hasta la mitad de los muslos, tragándose su figura.

Una sonrisa involuntaria tira de mis labios.

«Así pareces mía».

Es que soy un imbécil.

No sé en qué estaba pensando para soltarle eso en el coche. Ha sido el pensamiento intrusivo más rápido de la historia. Ha saltado de mi cerebro a mi boca sin pasar por el filtro de seguridad.

Debería haberse quedado en un pensamiento privado, en mi cabeza, hostias.

Pero es que verla ahí, con mi ropa y esa expresión vulnerable…

Ha despertado algo primitivo en mi pecho.

Algo que me dice que tengo que cuidarla y asegurarme de que nadie vuelva a borrarle esa sonrisa tímida que ha esbozado antes cuando se ha mirado al espejo.

Algo que me dice que esto es diferente.

Llegamos al final de la escalera y ella gira a la derecha para abrir una puerta blanca al final del pasillo.

—Ponte cómodo —dice, señalando hacia dentro—. Voy a ducharme. Tardaré cinco minutos, te lo prometo.

—Tómate tu tiempo. —Me apoyo en el marco de la puerta y me cruzo de brazos—. No voy a irme a ninguna parte.

Ella asiente, coge unos vaqueros y un jersey de un armario empotrado a toda velocidad y evitando mirarme a los ojos. Después, desaparece tras una puerta que, supongo, da al baño. Aparto la vista, pero la estancia llama de nuevo mi atención cuando escucho el pestillo cerrarse, y luego, el sonido del agua en la ducha.

«Dylan, no mires más».

Suelto el aire que no sabía que estaba conteniendo y entro en la habitación.

Joder, el cambio es brutal.

Si el resto de la casa es un congelador, esto es un refugio.

Y huele a ella. A coco y a limpio y a algo cálido que me gusta demasiado.

Me obligo a apartar la mirada de la puerta del baño por tercera vez, mientras intento no pensar en el hecho de que Talya Monroe está desnuda bajo el agua a tres metros de mí e intento volver a centrarme en su habitación.

«Tío, estás mal de la cabeza».

Empiezo a caminar despacio mientras observo sus cosas. No hay mucho, pero lo poco que hay grita quién es ella en realidad.

Hay montañas de libros apilados por todas partes. En el escritorio, en la mesilla y haciendo torres en el suelo. Me acerco a echar un vistazo y veo que hay un poco de todo. Novelas románticas, thrillers psicológicos y, en la mesita de noche, una edición antigua de un clásico que conozco demasiado bien.

Cumbres borrascosas.

Noto el peso familiar en mi mano cuando lo cojo. Es una edición en tapa dura, forrada en una tela verde desgastada por el tiempo.

Richard tiene esta misma edición en su despacho y es el único libro de ficción que le he visto leer en mi vida.

Paso el dedo por el lomo, que está roto por el uso, y se abre solo por una página. Descubro que ahí se escondía una foto a modo de marcapáginas.

Una antigua, un poco desgastada por el roce. En ella aparece una mujer joven, tiene el pelo oscuro revuelto por el viento, está riéndose a carcajadas y sentada en el banco de un parque. A su lado hay una niña pequeña, de la edad de Elsie, con la cara manchada de helado y mirándola con adoración absoluta.

La mujer es idéntica a Talya. Si no fuera por el color de ojos, diría que son la misma persona.

El sonido de la puerta del baño abriéndose me hace dar un respingo.

Me giro rápido, con la foto y el libro aún en la mano. Ni siquiera he escuchado que ya había terminado de ducharse.

Talya sale envuelta en una nube de vapor y olor a champú de coco. Los vaqueros ajustados y el jersey beige de punto que parece tres tallas más grande le dan un aspecto increíblemente achuchable. El pelo húmedo le gotea sobre los hombros y tiene las mejillas de un tono extremadamente rosado por culpa del agua caliente.

Joder.

Se queda parada en seco al verme y sus ojos van de mis manos a mi cara.

—¿Qué haces?

—Lo siento, estaba curioseando —admito, alzando el ejemplar para que lo vea bien—. Tienes buen gusto. Es un clásico.

Se relaja un poco, supongo que al ver que no la estoy juzgando, y da un paso hacia mí.

—Era el favorito de mi madre —dice en voz baja mientras mira el libro con una mezcla de cariño y dolor—. Me lo leía cuando era pequeña, aunque no entendiera nada. Esa es su copia.

Levanto la foto que sujeto en la otra mano, ahora lo entiendo todo.

—Se parece a ti, Talya. Bueno, tú te pareces a ella. Tenéis la misma sonrisa.

—Ella era mucho más guapa —murmura, parándose a mi lado.

Dejo el libro sobre la mesilla con un cuidado reverencial y me aseguro de que la foto quede bien guardada entre sus páginas. Entonces, me giro completamente hacia ella.

—Difiero —digo, y mi voz sale más grave y ronca de lo que pretendía.

Doy un paso hacia ella, acortando la poca distancia que nos separa, aunque es lo último que debería estar haciendo. Pero, mierda, mi cerebro no funciona cuando estoy con ella. Creo que su olor me está dejando sin neuronas.

«No la toques, Dylan. No la cagues».

Ignorando olímpicamente a mi cerebro, alargo la mano y, con una suavidad poco común, le aparto un mechón de pelo mojado que se le ha pegado a la mejilla encendida. Esboza una mueca alegre.

—Hoy te he visto sonreír así un par de veces en el coche —susurro. El dorso de mis dedos roza la piel caliente de su pómulo—. Y me he pasado el resto del trayecto deseando que no dejaras de hacerlo nunca.

Veo que traga saliva y sus pupilas se dilatan ligeramente.

Joder. ¿Cómo puede estar mirándome con esos ojos? Debería ser ilegal.

Y yo debería apartarme de ella porque podría besarla.

Joder, cómo quiero besarla.

—¿Vamos a por esas tortitas? —pregunto en un intento desesperado por salir de aquí corriendo porque juro que me va a dar algo—. Antes de que me coma todos los muebles de tu habitación del hambre que tengo.

Ella parpadea y borra la mueca, saliendo del trance. Luego, otra pequeña sonrisa asoma en sus labios.

—Claro. —Da un paso hacia la puerta, pero se detiene en seco —. Ah, espera un segundo.

Entra en el baño y sale al momento con algo azul oscuro entre las manos.

Mi sudadera.

Me la extiende y, al cogerla, noto que la tela está caliente. Muy caliente.

—La he dejado colgada en el secatoallas mientras me duchaba —explica sin mirarme a los ojos y con las mejillas un poco más rojas —. Para que se secara un poco y no te congeles al salir. Estaba empapada.

Miro la prenda en mis manos y luego a ella. Se ha preocupado de calentar mi ropa mientras se duchaba a toda prisa.

Me la paso por la cabeza, dejando que el calor que ella ha preservado para mí me envuelva. Y joder, ahora huele a Talya.

Soy hombre muerto.

Salimos de la habitación. Mientras bajo las escaleras pegado a su espalda y siento su cercanía como un imán, tengo la certeza absoluta y aterradora de que, sea lo que sea lo que está empezando hoy, ya no tengo frenos para pararlo.

Estoy jodido. Completamente jodido.

Treinta y nueve

Talya



No sé cómo he acabado aquí.

Sentada en una cafetería abarrotada de gente y con Dylan enfrente.

Lo que sí sé es que, en este momento, no hay otro sitio en el que prefiera estar.

Estoy nadando contra la corriente de todas las promesas que me hice a mí misma.

Y probablemente esté a punto de ahogarme.

Pero no me importaría quedarme a vivir en el fondo del océano si eso significara sentirme tan a salvo como lo hago cuando estoy cerca de este chico.

«Ay, Talya. Qué desastre».

—Aquí tienen. —La voz de un chico dejando un par de platos encima de la mesa me saca de golpe de mi trance acuático.

Le damos las gracias y me quedo impactada por la magnitud del plato de Dylan. Es una barbaridad.

Una cantidad ingente de tortitas bañadas en sirope, nata y fresas. Muchas fresas y mucho sirope.

—¿Te vas a comer todo eso? —pregunto, sorprendida al ver tal volumen de comida.

—Pues claro. —Se encoge de hombros con una sonrisa—. En mi casa están prohibidísimas porque a Richard se le cierra la garganta con solo olerlas, así que tengo que aprovechar.

Me guiña un ojo mientras corta un trozo grande, lo envuelve en nata y pincha una fresa entera. Antes de llevárselo a la boca, se detiene y me señala con el tenedor.

—Prueba. Está mucho mejor que el tuyo.

Me echo hacia atrás por instinto, pegándome al respaldo del asiento.

—No, gracias. Yo también soy alérgica.

Dylan se congela. Baja la vista a su plato y luego me mira a mí.

—¿A la nata o a las fresas?

—A las fresas.

—Joder.

Suelta el tenedor en el plato con un ruido metálico y, con un movimiento brusco, empuja su plato hacia el extremo opuesto de la mesa, alejándolo de mí lo antes posible.

—Vale, retiramos la amenaza.

—No hace falta que lo mandes a la otra mesa —suelto entre risas—. A mí no me matan por el aire, solo si las ingiero.

—No pienso correr riesgos —asegura muy serio—. Ya te he dicho que he visto cómo termina esto, y no quiero que acabemos en urgencias.

Se hace el silencio unos segundos mientras él mira su plato con cierta desconfianza, calculando cómo comer sin acercarme la «amenaza». Es un gesto tan gracioso y a la vez protector que siento que el fondo del océano me reclama otra vez.

Justo entonces su móvil vibra sobre la mesa.

—Un segundo, perdona —murmura, mirando la pantalla—. Lo tengo que coger, no tardo nada.

Le hago un gesto con la mano para que sepa que no me importa y él descuelga rápido.

—Dime.

Me concentro en mi plato de tortitas con chocolate, que nada tiene que ver con el suyo, para darle intimidad.

—Sí, nos han cancelado el entrenamiento. No, estoy comiendo con… —hace una pausa y, de reojo, me doy cuenta de que me mira un segundo— una amiga. Sí, sí. Dile a Elsie que yo también la quiero. No, ratita, tienes que dormir en tu habitación, ya eres mayor. Bueno, ya veremos cuando llegue a casa. —Se ríe—. Adiós, Richard. Dale un beso a mamá.

Cuelga y deja el móvil sobre la mesa con un suspiro, pero tiene una media sonrisa esbozada en los labios.

—¿Ratita? —pregunto, incapaz de contener la curiosidad.

Dylan se ríe y niega con la cabeza.

—No te metas conmigo. Me convierto en otra persona cuando se trata de Els.

Le devuelvo la risa. Pero no pensaba meterme con él por ser cariñoso con su hermana.

Me parece adorable y me parece que tiene mucha suerte.

Su vida parece tan… perfecta.

—Háblame de ellos, Dylan.

—¿De quiénes?

—De tu familia, de Elsie. De ti. —Me aclaro la garganta antes de continuar—. No me has contado mucho sobre ti.

Él me mira fijamente durante un buen rato antes de responder, como si evaluara cuánto dejarme entrar en su vida.

—Bueno, tampoco hay mucho que contar. —Se encoge de

hombros, pero noto cómo se tensa ligeramente—. ¿Qué quieres saber?

«Cómo es tener una familia».

«Cómo es tener a más de una persona en tu vida».

«Cómo es tener un padre».

Quisiera saber la respuesta a todo eso.

—¿Cómo es tu relación con ellos? —acabo preguntando.

—Genial —confiesa relajándose—. Elsie es… —Una sonrisa aparece en sus ojos al hablar de su hermana—. Fue como un regalo. Y sabe que me tiene comiendo de su mano. Siempre consigue que haga lo que quiere y yo no puedo evitarlo.

Ahora está más tranquilo. Aunque se siente cómodo hablando conmigo, parecía que no se atrevía a hablar de él mismo.

—Me gustaría verte siendo dominado por tu hermana de cuatro años —digo entre risas.

Me mira con un destello en los ojos y sonríe.

—Te la presentaré.

Siento una sacudida de nervios instantánea en el estómago al imaginarme entrando en su mundo.

Bebo un sorbo de agua para disimular el nudo en la garganta. ¿Qué opinaría su familia al conocerme?

Decido cambiar el rumbo de la conversación y preguntarle por su madre para alejar el foco de mí.

—Mi madre es… Supongo que como todas las madres —responde—. Protectora, cariñosa… Tiene mucha paciencia.

Bajo la mirada hacia la mesa y corto la tortita para obligarme a no pensar en la mía.

—¿Y tu padre? —pregunto, llevándome un trozo a la boca.

—Richard. Es mi padrastro, en realidad. Se casó con mi madre cuando yo era un crío.

Me quedo sorprendida. No lo sabía.

—Pero nunca ha hecho diferencias —se apresura a añadir con un tono de admiración absoluta—. Me trata de la misma forma que en la que debería tratarte un padre.

Me quedo mirándolo con curiosidad. ¿Qué habrá sucedido con su padre biológico? ¿Está presente? ¿Sigue en su vida? ¿Le pasaría algo?

Me gustaría conocer todos los detalles de la vida de este chico. Pero no creo que sea buena idea indagar demasiado.

Parece estar oyendo mis pensamientos porque continúa hablando.

—Mi padre…, bueno. —La sonrisa que tenía al hablar de Richard se ha apagado por completo—. Ese hombre desapareció de nuestra vida cuando yo apenas sabía andar.

Me quedo petrificada al escuchar la crudeza de su relato.

—Lo siento —musito con un hilo de voz.

—No lo hagas, no me importa. He aprendido a vivir con eso.

Hay algo en el tono de su voz que me hace pensar que no le afecta tan poco como dice.

Sé lo que se siente al darte cuenta de que no eres tan importante para alguien como deberías ser. Que alguien que se supone que debe cuidarte decida dejar de hacerlo. Lo aprendí de la peor forma posible y, aunque intento no pensar en ello, sigo sintiéndome decepcionada.

«¿Por qué tendrías un hijo si no sabes cómo cuidarlo?».

Es una pregunta que me hago más veces de la cuenta. Intento entender qué se le pasó al mío por la cabeza para llegar a hacer lo que hizo.

—Richard es mi padre —dice Dylan, sacándome de mis pensamientos oscuros—. Así lo siento, aunque no tenga un título

oficial.

Asiento despacio, como si así pudiera tragar el nudo que tengo en la garganta.

—Tienes mucha suerte —susurro—. De que alguien te elija así.

—La tengo. —Dylan deja el tenedor sobre el plato y mira por la ventana un segundo, donde la lluvia golpea el cristal—. Se hizo cargo de todo sin tener ninguna obligación. Nos dio su tiempo, pagó mis entrenamientos cuando mi madre no podía hacerlo… Incluso insistió en que Elsie mantuviera el apellido de mi madre para que pudiéramos compartirlo.

—Eso es… —me quedo sin palabras— es increíble.

Y lo digo de verdad. Suena increíble que alguien te elija de esa forma. Simplemente porque quiere.

—Lo es —afirma—. Es un tío increíble. Y nunca nos ha pedido nada a cambio.

—Pero tú sientes que se lo debes —aventuro.

—No lo sé. Tal vez. Es que…, cuando alguien apuesta tanto por ti, cuando alguien te salva de esa manera, lo único que te asusta es que crea que ha perdido el tiempo.

—¿Por qué iba Richard a creer eso?

Se encoge de hombros.

—No soy su hijo, Talya. No tiene ninguna obligación conmigo. Supongo que siento que tengo que demostrarle que el esfuerzo ha valido la pena.

Se me encoge el corazón.

Siempre pensé que Dylan Ashmore iba por la vida con esa seguridad arrogante porque lo tenía todo fácil. Pero ahora me está dejando ver esa pequeña grieta.

Él corre para no quedarse atrás.

Él se exige el mundo entero para estar a la altura de un hombre

que, probablemente, solo quiere que sea feliz.

Sin pensarlo mucho, alargo la mano por encima de la mesa y le toco el antebrazo. Su piel está caliente bajo mis dedos fríos.

Él baja bruscamente la vista a mi mano, sorprendido por el contacto y luego me mira a los ojos.

Veo una sombra de vulnerabilidad que intenta esconder rápido.

—Dudo mucho de que alguien que te quiera así lleve la cuenta de todo eso, Dylan —le digo suavemente.

Él me sostiene la mirada unos segundos eternos.

No me da la razón, no se abre más. Simplemente, gira el brazo y me agarra la mano antes de que pueda retirarla.

Su palma es grande, rasposa y caliente, y envuelve la mía por completo.

Pum, pum, pum.

—Come, preciosa —murmura, cortando el tema de raíz—. Todavía tenemos que ir a ver esos libros.

Un rato después, cuando cruzamos la puerta de la pequeña librería, el olor a papel me envuelve y, de repente, me siento completamente en mi entorno.

Dylan me sigue por los pasillos estrechos, con las manos metidas en los bolsillos y se dedica a observarme con curiosidad.

—A ver, ilumíname, chica nueva —dice mientras saca un libro al azar de una de las baldas—. ¿Este de qué va?

Me giro, leo el título y sonrío.

—Es un clásico. Trata sobre… —Le hago un pequeño resumen y sus cejas se alzan con sorpresa.

A lo largo de la siguiente media hora, pierdo la noción del tiempo. Le hablo de mis libros favoritos, de las historias en las que

suelo refugiarme, y él me escucha con atención. Se dedica a ir sacando volúmenes al azar para intentar pillarme, buscando portadas raras o títulos imposibles.

—No me jodas que también te has leído este —finge indignación cuando le resumo el argumento de una novela de misterio bastante oscura.

Se me escapa una risa por lo bajo y me encojo de hombros con timidez.

—Tengo mucho tiempo libre.

Él niega con la cabeza, sonriendo de lado. Sus ojos me escrutan con una especie de asombro puro. No es burla, sino pura incredulidad al ver que realmente he leído tanto. Y darme cuenta de que realmente le impresiona escucharme hablar, hace que el estómago me dé un vuelco.

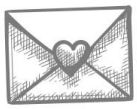
—Hay todo un universo ahí dentro, ¿eh? —Señala mi cabeza con un gesto de barbilla—. Tendrás que hacerme una lista de recomendaciones.

Cuando finalmente salimos de allí y me deja en casa un rato después, la calidez me acompaña hasta mi habitación. Es como si durante esta tarde hubiéramos creado una pequeña burbuja en la que solo estamos él y yo.

Una burbuja que consigue mantenerme a flote durante el resto de la semana.

Cuarenta

Talya



Creo que empiezo a entender que a Margaret le pasa algo malo.

Algo malo de verdad.

Estaba tan centrada en blindarme contra sus palabras, en volverme invisible ante su desprecio y en contar los días que me quedan para poder huir de aquí que no me había parado a mirar lo que había detrás de esa rabia.

Lleva toda la semana sin apenas salir de su habitación. La casa está sumida en un silencio espeso, casi pegajoso, que se te mete en los pulmones y te cuesta respirar. Las cortinas del salón están echadas a plena luz del día, como si el sol fuera un enemigo.

El viernes, cuando subía a mi cuarto después de clase, pasé por delante de su puerta. Estaba cerrada, como siempre. Y eso no me sorprendió. Lo que me sorprendió fue el sonido que salía del interior de esa habitación.

No eran gritos, como los que suele usar contra mí. Era un llanto ahogado. Un sonido roto, gutural, de alguien que se está asfixiando con su propia pena.

Me quedé paralizada en el pasillo, con la mochila colgando de un

hombro y sin saber qué hacer.

«¿Debería entrar?», pensé para mis adentros.

La idea me pareció ridícula al instante.

Margaret jamás querría mi consuelo.

El tío Douglas también actúa raro. Camina de puntillas, como si el suelo fuera de cristal y cualquier paso en falso pudiera romperlo todo. Le lleva bandejas con té y tostadas que vuelven a la cocina casi intactas una hora después.

Le pregunté por ella, intentando saber si había algo que pudiera hacer para ayudar. Pero él se limitó a responder sin desvelarme mucha información.

—Está pasando un mal momento, Talya —fue lo que me contestó —. No te preocupes, se pondrá bien. Eso sí, no la molestes.

Pero esta mañana ha pasado algo que me ha descolocado del todo.

Tras bajar a la cocina a por un vaso de agua, me doy cuenta de que Margaret está ahí, sentada en uno de los asientos de la barra de la cocina y con la mirada fija en algún punto de la ventana. Me sorprende ver que su pelo, que siempre lleva en un recogido inmaculado, está suelto y enmarañado. Parece diez años mayor que la semana pasada.

Me detengo en el umbral, dudando de si dar media vuelta. Pero, en ese momento, ella levanta la mirada y me ve. Sus ojos, rojos e hinchados, se clavan en mí, pero no siento el aguijonazo habitual de su desdén. Es algo mucho peor. Me mira como si le doliera físicamente hacerlo.

—¿Qué haces aquí a esta hora? —pregunta con la voz algo ronca.

—Son las nueve. Y es domingo. No tengo clase. Solo venía a beber agua.

Margaret se lleva una mano a la sien para masajeársela con frustración.

—No deberías estar aquí en casa encerrada todo el día —me espeta.

Parpadeo confundida porque la conversación suele ser al revés. En otra ocasión habría pasado por un tercer grado para poder salir.

—Bueno, pensaba quedarme en mi habitación —digo con cautela —, leyendo y adelantando algunas tareas.

—Pues llama a alguien. Vete un rato de esta casa —masculla, levantándose de la silla bruscamente y dándome la espalda para no mirarme—. Por favor.

Al instante, abandona la cocina casi huyendo y escucho sus pasos rápidos mientras sube las escaleras, seguidos del portazo de su habitación.

Me quedo allí, sola, y con una lágrima solitaria cayéndome por la mejilla.

Seguida de otra.

Y de otra.

No es solo que Margaret esté mal. Yo soy parte del motivo. Aunque no entienda por qué.

Así que hago lo que ella me pide.

Segundos más tarde, estoy sentada en un banco de un parque enorme, a unas cuantas manzanas de la casa de mis tíos. El frío está calándome los huesos porque he salido con lo primero que he pillado. Me siento ridícula. Y me siento sola.

Tan sola que me duele en las costillas.

Me miro las manos, que están rojas del frío, y aprieto los dedos hasta que se me clavan las uñas, solo para sentir algo que no sea este vacío.

Me trago un sollozo y respiro hondo. El aire huele a tierra

mojada y a hojas podridas.

No puedo volver a casa.

Pero tampoco tengo ningún sitio al que ir.

Cuarenta y uno

Dylan



No ha parado de diluviar en toda la maldita semana.

La lluvia ha sido tan violenta que el campo ha estado inutilizable y nos han cancelado la mitad de las sesiones. Así que, a diferencia de Jamie, a mí no me extraña que nos hayan citado a todos un domingo por la mañana, pues tenemos que recuperar las horas perdidas.

—Tío, es que el descanso es sagrado —se queja Jamie, tirándose dramáticamente en el banco de madera del vestuario como si le hubieran pegado un tiro—. Necesito el fin de semana para la recuperación celular. Descansar es casi más importante que entrenar. No lo digo yo, lo dicen los estudios.

Termino de atarme la bota izquierda con un tirón fuerte y levanto la vista arqueando una ceja.

—¿Qué estudios, tío? ¿Qué dices de «recuperación celular»?

—Estudios científicos. De universidades importantes —insiste, frotándose la cara con las manos—. Estoy completamente seguro de que hay varios sobre no madrugar los domingos.

—¡Exacto! —salta Harry desde el banco de al lado mientras

intenta subirse las medias—. Biológicamente hablando es una salvajada. El cuerpo humano no está diseñado para correr sobre barro congelado a estas horas. El riesgo de lesión, la hipotermia… ¡Nos vamos a quedar tiesos en el medio campo y a ver quién paga mi beca si me rompo el cruzado!

—Cierra el puto pico de una vez, Harry, me estás taladrando la cabeza —masculla Nathan. Lleva la capucha subida hasta las cejas y nos mira con cara de absoluto hastío—. Ya es bastante deprimente estar aquí un domingo muerto de frío y sin tías en las gradas como para encima aguantar tus paranoias.

Miro a mi alrededor. La mayoría de mis compañeros tiene la misma cara de cadáver que estos tres, pero yo no puedo permitirme ese lujo.

—Si no hubieras salido ayer hasta las cuatro de la mañana, ahora estarías recuperado celularmente —le suelto a Jamie, ignorando la rabieta de los otros dos—. Así que deja de quejarte y ponte las espinilleras.

Jamie suelta un gemido de dolor, pero empieza a rebuscar en su bolsa. Me acerco un poco más a él y bajo la voz.

—Somos líderes, Jamie —le recuerdo—. Pero Northwood está respirándonos en la nuca.

—Lo sé, lo sé… —masculla él.

—No, no lo sabes. Si nos relajamos, la semana que viene perdemos la ventaja. Y no pienso tirar la temporada a la basura en mi último año.

Jamie se detiene con una sonrisa a medio esbozar y me mira. Su expresión de broma se desvanece un segundo.

—Joder, Ashmore. A veces se me olvida que te tomas esto como si fuera la guerra.

No le contesto. Para mí lo es.

Suspiro y me giro hacia mi taquilla para guardar la bolsa y salir al infierno helado.

Justo cuando voy a guardar el móvil en el bolsillo interior, vibra en mi mano. Una vez.

Frunzo el ceño. Quién sea que me esté escribiendo, puede esperar. Pero la pantalla se ilumina y el nombre que aparece me paraliza el pulso más rápido que un placaje en seco.

Talya.

El entrenador entra en ese momento dando palmadas y rompe el murmullo de quejas.

—¡Vamos, señoritas! ¡Os quiero en el césped en dos minutos!

Debería guardar el móvil y salir ahí afuera. Pero deslizo el dedo por la pantalla.

¿Estás ocupado?

«Sí, estoy ocupado».

Estoy a punto de salir a entrenar.

Joder, no debería contestar.

Ignoro los gritos del entrenador e ignoro la disciplina que llevo años grabándome a fuego. No le contesto. Marco su número directamente y me llevo el teléfono a la oreja mientras el resto del equipo pasa por mi lado.

Un tono. Dos. Tres. «Cógelo, joder».

—¿D-Dylan? —Su voz es apenas un susurro. De fondo se oye el viento golpeando el micrófono con fuerza.

—¿Dónde estás? —pregunto sin preámbulos. Mi voz sale más dura de lo que pretendo, porque el instinto de alerta se me ha disparado al escucharla—. ¿Estás bien?

—Yo… Sí, sí. Estoy bien. —Oigo sus dientes castañear—.

Perdona, yo… no quería molestarte…

Se me tensa la mandíbula al instante.

—¿Qué ha pasado, Talya? ¿Dónde estás?

—He salido a dar un paseo —susurra—. Me han… Necesitaba salir de casa.

Miro hacia la puerta del vestuario, por donde están saliendo mis compañeros hacia el campo.

No debería hacer lo que estoy pensando.

«Tienes entrenamiento, Dylan. Esto es importante».

Mierda.

—Dime dónde estás.

—Estoy en… un parque. En Roseburn.

«No lo hagas. No tires todo esto por la borda».

Trago saliva.

—Espérame allí —ordeno—. Voy a buscarte.

Cuelgo y me guardo el móvil en el bolsillo. Me giro hacia Jamie, que me mira con la boca abierta desde el banco.

—Me piro —le suelto. Me quito las botas y cambio los pantalones del equipo por unos de chándal largo.

—Tío, ¿estás loco? —susurra histérico—. El entrenador te va a matar.

—Cúbreme. —Abro la puerta de salida que da al aparcamiento—. Di que me ha surgido alguna movida urgente o que estoy vomitando. Lo que sea.

—¿Qué? Pero ¿a dónde vas? —pregunta. Salgo por la puerta sin responder a sus preguntas—. ¡Estás perdiendo la cabeza, tío!

Eso ya lo sé. Talya Monroe me está haciendo perder la puta cabeza.

Nunca antes me había saltado un entrenamiento. Jamás.

Pero había algo en su voz que me ha hecho olvidarme de todo lo

demás.

«Necesitaba salir de casa».

Desde esa tarde en la cafetería, cuando el mundo se redujo a nosotros dos, algo se ha recodificado dentro de mí. No he podido sacármela de la cabeza. Es un ruido blanco constante. Pienso en cómo me habló de los libros que más le gustaban cuando fuimos a la librería y en cómo se reía tímidamente cuando descubrí que había leído la mayoría de los que encontramos. Tampoco puedo dejar de pensar en cómo me miró cuando le conté lo de Richard.

Joder, es fácil hablar con ella y nunca antes me había abierto con nadie sobre cómo… sobre cómo me siento. Siento que con ella no tengo que fingir que soy invencible y, mierda, eso me asusta. Me asusta que te cagas. Es como quitarse una armadura pesada que no sabía que llevaba puesta hasta que ella apareció.

El fútbol es mi vida. Es mi billete de salida y lo único que de verdad se me da bien. Pero mientras acelero por Colinton Road, sobrepasando un poco el límite de velocidad, me doy cuenta de una verdad aterradora.

Quemaría el estadio entero con mis propias manos si eso sirviera para que ella dejara de temblar.

Cuarenta y dos

Dylan



El parque de Roseburn estaba a diez minutos del Evercrest. Yo he llegado en seis.

Aparco el coche en el primer hueco que veo libre y, a paso rápido, me dirijo hacia el parque. Es una explanada verde enorme, con el estadio Murrayfield al fondo y varias zonas de pícnic. Mis ojos barren el lugar desesperadamente. Está desierto, gris y triste bajo el cielo plomizo.

Y entonces la veo.

Está sentada en un banco de madera, hecha un ovillo. Lleva un abrigo que parece demasiado fino para este clima y tiene las rodillas pegadas al pecho, abrazándose a sí misma como si intentara ocupar el menor espacio posible en el mundo. Parece tan pequeña desde aquí…

Aprieto los dientes y cruzo el césped húmedo a zancadas, ignorando el viento que me corta la cara. Ella debe de sentir mi presencia o escuchar mis pasos, porque levanta la cabeza despacio. Tiene la nariz roja y las mejillas pálidas por culpa del frío, pero sus ojos, esos que me tienen obsesionado, están brillantes y húmedos.

Llego a su altura y me agacho frente a ella, bloqueando la corriente de aire con mi cuerpo.

—Has venido —susurra. Su voz es apenas un hilo de vapor en el aire helado. Suena sorprendida, como si una parte de ella hubiera creído que la dejaría tirada.

—Te dije que me esperaras —sueno ronco por la carrera y la tensión—. Claro que he venido.

Le agarro las manos, que tiene entrelazadas sobre las rodillas. Están heladas, son dos bloques de hielo rígidos. Suelto una maldición por lo bajo y empiezo a frotarlas con las mías para así devolverle la circulación cuanto antes.

—Estás congelada, Talya. —Levanto la vista y clavo mis ojos en los suyos—. ¿Qué ha pasado? ¿Por qué estás aquí?

Ella aparta la mirada al instante, fijándola en nuestras manos unidas. Se muerde el labio inferior, que tiembla ligeramente.

—No podía… —Se le quiebra la voz—. No podía estar en casa. Necesitaba salir.

—¿Te han hecho algo? —insisto, y noto que se me tensan los músculos del cuello.

Ella niega con la cabeza rápidamente, pero no me mira.

—No. No es eso. Es solo que… —Cierra los ojos un segundo y suelta un suspiro tembloroso—. Lo siento. Siento haberte molestado. Estarías ocupado. De verdad que ha sido una estupidez.

—Eh. —Suelto una de sus manos para tomarla con suavidad por la barbilla y obligarla a observarme—. Mírame.

Ella obedece, aunque veo el miedo y la vergüenza en su expresión.

—No tenía nada que hacer, Talya —miento sin dudar—. No me has molestado. Tú nunca me molestas.

Sus ojos se han vuelto todavía más brillantes por culpa de las

lágrimas que están a punto de salir.

—¿Quieres contarme qué ha pasado?

Veo la duda en sus ojos. Veo cómo lucha por encontrar las palabras, pero al final niega con la cabeza mientras se encoge un poco más en su abrigo.

—No. No quiero…, no quiero hablar de eso. Solo quiero dejar de pensar un rato.

Podría insistir. Pero veo que está al límite. Si presiono más, se va a romper. Y yo no estoy aquí para romperla, estoy aquí para sostenerla, aunque eso signifique tragarme mi propia rabia.

Asiento despacio y le suelto la barbilla. Pero vuelvo a cogerle las manos.

—Vale. Está bien. No hablamos de eso.

Ella me mira con expresión de agradecimiento y exhala una bocanada que no sabía que estaba conteniendo.

—Gracias.

Me incorporo y tiro de ella con delicadeza para que se levante de ese banco.

—Pero no te vas a quedar aquí ni un minuto más. Tienes que entrar en calor.

Talya se pone de pie, tambaleándose un poco por el entumecimiento de las piernas. La sujeto por la cintura al instante para estabilizarla.

—¿A dónde vamos? —pregunta confusa.

Señalo con la cabeza hacia la salida del parque, hacia la zona residencial de casas de piedra que hay al cruzar la calle.

—Vivo a tres calles de aquí.

Ella abre los ojos un poco más.

—¿A tu casa?

—Sí. —Empiezo a guiarla hacia el coche. De camino le paso un

brazo por los hombros para acercarla a mi costado y así darle calor. Pero ella se frena en seco clavando los talones en el césped.

—No puedo ir a tu casa, Dylan. Gracias, pero…

—No hay nadie.

«Tal vez por eso no quiere ir, idiota».

—¿No? —pregunta.

—No. Los domingos por la mañana mamá y Richard se llevan a Elsie a dar un paseo y luego hacen la compra de la semana. —Es una verdad a medias. Suelen tardar, pero basta que venga Talya para que regresen en cualquier momento—. La casa está vacía. Podrás entrar en calor sin que nadie te agobie.

Veo que sus hombros se relajan visiblemente al escuchar eso.

—Eh, b-bueno, vale —susurra rendida.

La guío hasta el asiento del copiloto y cierro la puerta con suavidad. Rodeo el coche rápido y me subo al lado del conductor. El interior del coche aún conserva el calor, pero ella sigue temblando. Me saco el móvil del bolsillo para ponerlo en la consola central y la pantalla se ilumina como un árbol de Navidad.

Cinco llamadas perdidas de Jamie. Tres mensajes del entrenador Walter. El último mensaje se previsualiza en la pantalla:

> Ni se te ocurra aparecer el viernes si no
> tienes una buena excusa, Ashmore.
> El partido contra Northwood lo vas
> a ver desde el banquillo.

Siento una punzada en el estómago. Mierda.

«La has cagado pero bien».

Miro a Talya. Tiene los ojos cerrados y se está frotando los brazos mientras lucha por dejar de tiritar.

Le doy la vuelta al teléfono con un golpe seco y lo dejo boca abajo sobre la consola central.

Que le den al partido contra Northwood y que le den al entrenador. No va a dejarme en el banquillo. Lo sé.

—¿Todo bien? —pregunta Talya, mirándome de reojo al notar mi movimiento brusco.

Fuerzo una sonrisa tranquila mientras arranco el coche.

—Sí. Solo es Jamie preguntando si nos vemos luego.

Ella asiente, creyéndome, y se hunde en el asiento.

Conduzco las tres calles que nos separan de mi casa. No tardamos ni dos minutos en llegar y aparcar. Mi casa no es ni de lejos una mansión como la de sus tíos. Vivo en una calle de adosados con fachada de piedra, tejados de pizarra y jardines mínimos pero suficientes. Desde fuera no parece tener el mayor encanto del mundo, pero dentro huele a calefacción y a vida. Al lado de la puerta hay un gnomo de jardín bastante feo que Elsie insistió en comprar, y una bicicleta rosa tirada en mitad del camino de entrada que casi atropello al entrar con el coche.

—Vamos —le digo, apagando el motor.

Entramos en casa y el calor nos golpea de lleno. Huele al café del desayuno, a la colonia para bebés que aún utiliza Elsie y a hogar.

Talya se queda parada en el recibidor mientras se abraza a sí misma. Estudia el suelo de madera con atención, como si tuviera miedo de ensuciarlo con su mera existencia.

—Pasa, no te quedes ahí. —Cierro la puerta a nuestra espalda y echo la llave, aislándonos del mundo exterior. Ahora está en mi terreno. Ahora está a salvo.

—Dylan, de verdad, creo que no debería estar… —empieza a decir, pero se interrumpe a sí misma mientras mira hacia abajo con la mandíbula desencajada—. No…

Noto que el pánico me sube por la garganta.

—¿Talya? ¿Qué pasa? ¿Estás bien?

—No me lo puedo creer. —Se tapa la boca, que aún tiene abierta, con las manos—. Dylan, no me lo habías dicho.

¿El qué no le había dicho? Me cago en todo.

Me pongo tenso al instante.

—Talya, dime. —Mis manos empiezan a sudar.

Pero ella no contesta, sigue mirando al suelo y tiene una cara de… ¿de felicidad?

Espera. Está sonriendo. Está sonriendo muchísimo.

Entonces se agacha y alarga la mano hacia el suelo.

—Miau.

—Pero qué bonito eres, por favor.

¿En serio? Talya está hablándole a Gary, que la ha saludado con un maullido y ahora se restriega contra ella como si la conociera de toda la vida.

Suelto el aire de golpe. Me ha dado un susto de muerte, aún siento que el corazón me retumba dentro del pecho pensando que pasaba algo grave. Pero ella solo estaba alucinando al haberse encontrado con mi gato.

—¿Nunca te había hablado de Gary? —pregunto. Mis hombros se relajan al verla sonreír por primera vez en toda esta mañana.

—¿Se llama Gary? ¿Como el de Bob Esponja? —Me mira con los ojos brillantes mientras le acaricia la cabeza al gato—. ¡Por favor, es precioso! Y enorme.

—Sí, bueno…, le gusta comer. Suelo ser un padre orgulloso, así que me extraña no habértelo mencionado.

Ella suelta una risita cálida que hace que merezca completamente la pena haberme saltado el entrenamiento. Y haberla traído aquí.

—¿Puedo cogerlo?

Quiero decirle que sí, pero a Gary no le gusta que lo cojan en brazos, a excepción de…

No me da tiempo a avisarla porque ya lo está haciendo. Y lo peor de todo es que a Gary parece encantarle. Está ronroneando como un motor diésel y está…

—Pero ¿qué clase de traición es esta? —pregunto sin dar crédito a lo que ven mis ojos. No solo lo ha levantado en volandas, sino que mi gato está lamiéndole la cara. Es algo que solo le hace a Elsie. Cuando me lo hace a mí de casualidad es porque estoy comiendo algo. De verdad que me siento traicionado.

Talya parece estar disfrutándolo mucho y no para de hablarle con un tono muy agudo que está haciendo que me derrita por completo.

—Ya veo que te gustan los gatos…

—Me encantan. —Deja a Gary en el suelo para seguir acariciándolo desde ahí.

—Por lo que parece, a él también le encantas tú.

«Muy listo, Gary. Ya somos dos».

Talya sonríe otra vez. Nunca la había visto hacerlo con tanto ímpetu. La mueca alegre le llega hasta los ojos y se le marcan muchísimo los hoyuelos. Está preciosa. No es normal que sea capaz de iluminar la estancia solo con su alegría. Y está aquí, conmigo. En mi casa.

«Me cago en la puta».

—Bueno, eh… —Me doy cuenta de que llevo más tiempo de la cuenta mirándola medio embobado—. Vamos al sofá. Pondré la estufa para que entres en calor.

Ella parpadea, como si acabara de despertar de un sueño, y se incorpora. Gary maúlla ofendido por la interrupción.

—¿Estás seguro? —Se muerde el labio inferior—. ¿Y si llegan tus padres?

—Tranquila. Aún es pronto.

Aunque la posibilidad de que lleguen en cualquier momento está ahí. Y, por algún motivo, no me importa.

Me acerco a ella y le pongo las manos en los hombros. Noto el frío irradiando de la tela de su abrigo y se lo quito con cuidado.

—Siéntate en el sofá —le ordeno suavemente, colgando su abrigo—. Voy a por una manta y a prepararte algo caliente. ¿Té? ¿Chocolate? ¿Café?

—No es…

La miro enarcando una ceja para dejarle claro que no hay «no» que valga.

—Un chocolate está bien —acaba contestando.

—Marchando. —Le guiño un ojo.

Me dirijo a la cocina, pero, antes de entrar, me giro para mirarla una última vez. Talya camina despacio hacia el salón, arrastrando los pies, y se detiene un momento frente a las fotos familiares que hay sobre la chimenea. Gary, por supuesto, la sigue como si fuera su sombra con la cola en alto.

Suelto el aire que no sabía que estaba conteniendo en los pulmones.

«¿Qué haces trayéndola a casa, Dylan?».

Me apoyo un segundo en la encimera de la cocina y me restriego la cara con fuerza. El móvil me pesa en el bolsillo como una piedra. Mañana voy a tener que enfrentarme al entrenador después de clase.

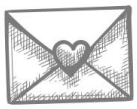
Nunca antes había faltado.

Nunca.

Y me asusta lo que eso significa.

Cuarenta y tres

Talya



Madre mía.

¿Qué hago aquí?

Me acerco a paso lento hacia la chimenea, arrastrando los pies como si llevara pesas en los tobillos. No sé qué estoy haciendo aquí, pero Dylan me ha ofrecido un refugio y no he podido negarme.

No quería negarme.

Es irónico. Margaret me ha cerrado las puertas del lugar donde se suponía que debía sentirme a salvo haciéndome sentir que sobro en el mundo. Y Dylan me ha abierto las suyas sin ni siquiera preguntar si traía una tormenta de angustia y dolor conmigo, como si realmente mi presencia no fuera una molestia.

No debería haberle escrito, no quería molestarlo. Pero necesitaba sentir que no estaba sola en el mundo. Me habría bastado con una respuesta a mi mensaje, pero él ha venido sin dudarlo ni un segundo. Ha venido a por mí.

«No te acostumbres».

«Esto no es lo normal».

Intento silenciar mi cerebro y miro a mi alrededor. La casa de

Dylan es preciosa. Me recuerda al piso que teníamos mamá y yo en Madrid.

Hay un desorden ordenado que indica que hay vida en esta casa. Una caja llena de juguetes en una esquina del salón. Un mando de la consola encima de la mesa de centro junto a una pila de revistas de deporte. Un montón de cojines desperdigados por el sofá. Y el olor… Huele a cariño. A personas que se quieren. Y lo sé porque en mi antigua casa olía igual.

Me paro a echar un vistazo a las fotos que hay encima de la chimenea. Veo a Dylan en una de ellas, con un par de años menos y sujetando a su hermana en un brazo, mientras que el otro está estirado hacia la cámara para que ella mire al objetivo. Pero Elsie lo observa a él con admiración.

En un marco aún más grande hay una imagen en la que aparecen los cuatro: Dylan, Elsie y sus padres. Richard le pasa el brazo por los hombros a Dylan, que en ese momento le llega por la barbilla. Al lado, su madre sujeta a una Elsie bebé de no más de unos pocos meses. Son felices y son una familia.

Escucho un maullido que me obliga a mirar al suelo y veo a Gary, el gato enorme y negro de Dylan.

Me ha hecho muy feliz ver que tenía uno. Me vuelven loca.

—¿Qué pasa, bonito? —Me agacho para volver a acariciarlo, pero este se escapa de mis dedos con un movimiento fluido.

Se aleja unos pasos en dirección al sofá gris enorme que domina el salón; no obstante, se detiene a medio camino y gira la cabeza hacia atrás para clavar sus ojos amarillos en mí. En ese momento, suelta un maullido corto y exigente. Es una orden clara: «Sígueme».

—Vale, vale, está bien —le susurro, obedeciendo al dueño de la casa.

Camino hacia el sofá y me dejo caer en una esquina. Es blando,

mullido, de esos que te atrapan y no te dejan salir. Apenas me he acomodado cuando Gary da un salto ágil y aterriza sobre los cojines, justo a mi lado. Sin pedir permiso, camina sobre mis rodillas, da un par de vueltas para buscar la posición perfecta y se hace un ovillo encima de mis piernas. El gato de Dylan empieza a ronronear con una fuerza que me hace vibrar el pecho.

Cierro los ojos un segundo mientras siento el calor y peso reconfortante de su cuerpo. Me recuerda tanto a mi gato, Cheddar… Ese eco del pasado me provoca un nudo en la garganta, una mezcla de nostalgia y dolor. De pronto, escucho pasos acercándose a mí, así que me limpio con disimulo una lágrima traicionera que se me había escapado y me giro.

Dylan aparece por el umbral con dos tazas humeantes en las manos y una manta de cuadros gruesa colgada al hombro. Lleva unos pantalones de chándal grises y una sudadera azul marino, muy parecida a la que me dejó hace unos días. La vestimenta oscura intensifica el color de sus ojos y hace que parezca más guapo aún. Y me está cuidando. El pensamiento hace que un millón de mariposas despierten en mi estómago, desesperadas por salir corriendo.

—Servicio de urgencias —enuncia, intentando aligerar el ambiente con una media sonrisa—. Chocolate caliente con extra de azúcar. Mi madre dice que cura todos los males, aunque yo creo que es solo un coma diabético dentro de una taza.

Se acerca al sofá y deja las tazas sobre la mesa de centro con cuidado. Gary levanta la cabeza, olisquea el aire, interesado en lo que trae su dueño, y vuelve a dormirse sobre mis piernas cuando asume que no hay nada para él.

—Veo que el rey de la casa ya te ha dado el visto bueno. —Dylan se descuelga la manta del hombro—. Normalmente no es así con los desconocidos.

—¿No?

Él niega con la cabeza.

—Es muy cariñoso, pero necesita conocerte primero. —Rodea la mesa y se deja caer en el otro extremo del sofá. No se sienta demasiado cerca, respeta mi espacio, pero está lo suficientemente próximo como para que note su calor irradiando hacia mí—. Parece que contigo no le ha hecho falta.

—Tengo un don con los animales —bromeo mientras acaricio suavemente la cabeza de Gary.

Acto seguido, Dylan coge una de las tazas y me la ofrece. La cerámica caliente envuelve mis manos cuando la cojo; es una sensación acogedora. El primer sorbo me quema la lengua, pero el líquido dulce y espeso me reconforta al instante.

—¿Has tenido algún animal? —pregunta.

Asiento sin dejar de mirar el pelaje negro y brillante de Gary.

—Teníamos un gatito. Se llamaba… Bueno —corrijo—, se llama Cheddar.

—¿Cheddar? —Se ríe—. ¿Y te hacía gracia el nombre de Gary?

Sonrío con tristeza al recordarlo.

—Bueno, al menos no le puse Garfield.

—¿Era naranja?

—Sí. Y estaba muy gordo. Casi tanto como Gary.

—¿Qué pasó?

Me encojo de hombros.

—Mis tíos. Cuando tuve que venirme aquí, no me dejaron traerlo conmigo. —Estaba tan destrozada después de lo de mamá que, cuando Douglas me dijo que tendríamos que dejar a Cheddar en Madrid, ni siquiera me sorprendió. Sentía un vacío tan grande que no me quedaron fuerzas para discutir—. Se quedó con Carmen, nuestra vecina. Tenía un gato con el que Cheddar se llevaba muy

bien, pero… —«Pero lo echo muchísimo de menos, aunque sé que él está bien», me habría gustado terminar.

Veo cómo Dylan aprieta la mandíbula.

—Tus tíos son el demonio.

Lo sé.

—A veces me pregunto si Cheddar se acuerda de mí. O si me ha olvidado por completo.

Dylan se gira hacia mí, apoyando el brazo en el respaldo del sofá. No sé en qué momento se ha acercado, pero sé que está mucho más cerca que antes.

—Seguro que algún día podrás ir a visitarlo —dice—. Y seguro que te sigue recordando.

Observo a Gary e imagino que es Cheddar. Pensar en que él aún se acuerda de mí me alegra y me entristece a partes iguales. ¿Pensará que lo he abandonado? Prefiero un millón de veces que no se acuerde de mí a que esté sufriendo mientras me echa de menos.

—Algún día volveré a verlo —aseguro con algo de esperanza.

Levanto la vista. Parece que Dylan está todavía más cerca. Nuestras miradas se cruzan y siento que el aire del salón cambia. El sonido de la calefacción desaparece, el ronroneo de Gary se convierte en un zumbido lejano. De repente, solo puedo verlo a él y escuchar el latido de mi corazón.

Ay, por Dios.

Me está mirando con una intensidad que me acelera el pulso y hace que me falte el aire. Sus ojos bajan hacia mi boca y luego vuelven a subir.

—Estás mejor. —La voz le sale ronca.

—¿Eh?

—Ya no estás tan pálida. ¿Cómo te encuentras?

«Contigo aquí, me encuentro demasiado bien».

—Bien —le contesto—. Gracias de nuevo.

—Ya te dije que no tienes que agradecérmelo.

Me muerdo el labio inferior. Sus ojos siguen mi movimiento y se quedan clavados ahí, en mi boca, observando cómo mis dientes aprisionan la carne suave. Veo que sus pupilas se dilatan, oscureciendo el verde del iris hasta volverlo casi negro.

Trago saliva. El espacio parece haberse hecho más pequeño.

—No hagas eso —murmura.

—¿El qué? —pregunto en un susurro incapaz de recuperar el aliento.

—Morderte así.

No sé si es una advertencia o una súplica. Pero dejo de hacerlo. Mi corazón martillea contra mis costillas con tanta fuerza que me duele el pecho.

—¿Sabes qué? Me gustan mucho tus ojos —confiesa.

Creo que me voy a desmayar.

—Ah, ¿sí? —Apenas me sale un hilo de voz.

Asiente sin dejar de mirarme.

—A mí también me gustan los tuyos. Son muy… verdes.

Ay, ¿qué estoy diciendo?

—Y tus hoyuelos.

—¿Mis hoyuelos?

Asiente otra vez.

—Cuando sonríes, también me gustan.

Sus palabras hacen que se me escape una sonrisa.

—A esos hoyuelos me refiero.

Alarga la mano despacio, dándome tiempo a apartarme si quisiera. Pero no me muevo. Estoy congelada, atrapada en su gravedad. Sus dedos rozan mi mejilla. Es un toque suave. Cálido. Pero, en el momento exacto en que su piel hace contacto con la mía,

mi cerebro sufre un cortocircuito.

El olor.

De repente el aroma a limpio y a colonia infantil de la casa desaparece.

Se agría. Se pudre.

Un olor intenso a tabaco mentolado y a humedad me inunda las fosas nasales y me asfixia.

La calidez de Gary se transforma en un peso muerto que me atrapa las piernas.

La mano en mi cara ya no es suave, es como una garra que me araña la mandíbula, clavando las uñas, inmovilizándomelas contra una pared fría.

«No te muevas». Esa voz resuena en mi cabeza, distorsionada y cruel. «Tienes que estar tranquila». «No puedes decírselo a nadie». «¿Te vas a portar bien?». «Eres una buena chica».

El pánico estalla en mi pecho como una granada.

Me aparto de golpe y coloco la espalda contra el brazo del sofá con violencia. Necesito encogerme sobre mí misma para protegerme.

El movimiento brusco despierta a Gary, que salta al suelo entre maullidos, ofendido. Mi respiración se acelera hasta convertirse en jadeos cortos y dolorosos.

Parpadeo de manera errática, intentando enfocar la mirada.

No hay pared.

No hay olor a tabaco.

Solo está Dylan.

Tiene la mano congelada en el aire, a medio camino, y los ojos muy abiertos, llenos de confusión y preocupación. No hay maldad en su rostro.

Él es Dylan. Es Dylan. Él no quiere hacerme daño. Él acaba de salvarme del frío.

«Al final, te volverá a pasar lo mismo», me recrimina mi cerebro.

Sacudo la cabeza. No. Él se preocupa por mí. Él no va a hacerme daño.

—Talya… —Su voz es suave, cautelosa. Baja la mano despacio y la apoya en su propia pierna—. Joder, lo siento. ¿Te he asustado?

Inspiro hondo para llenar mis pulmones, que parecen haber colapsado. La vergüenza me inunda, caliente y pegajosa, reemplazando al terror.

—Lo siento —jadeo. Me llevo una mano a la mejilla, justo donde él me ha tocado, y froto la piel como si quisiera borrar la huella de mi miedo—. Yo…, lo siento. No quería… Perdón, de verdad.

—Eh. —Dylan se echa hacia atrás en el sofá dándome espacio. Su expresión cambia y la confusión da paso a algo más oscuro, una comprensión que me aterra—. No pidas perdón.

Me mira fijamente. Su mandíbula se tensa y aprieta los puños sobre sus rodillas.

—Nadie va a tocarte si tú no quieres —dice con una firmeza absoluta. Vocaliza cada palabra para que atraviese mi pánico—. Nunca.

«Nadie va a tocarte si tú no quieres». «Nunca».

Sus palabras logran, poco a poco, disipar la niebla. Asiento, mientras tiemblo de nuevo, pero esta vez no es por el frío.

—Lo sé —susurro. Mi mirada desciende a mis manos, que había apretado hasta clavarme las uñas—. Lo siento.

El sonido de la cerradura de la puerta principal abriéndose nos interrumpe como si fuera un disparo. En consecuencia, todos mis músculos se vuelven a tensar.

No puede ser.

Cuarenta y cuatro

Ocho años atrás

Tengo que terminar de pintar el sol antes de que la puerta se abra. Si lo termino a tiempo y no me salgo de la raya, hoy será un día bueno. Eso es lo que me digo siempre; es un juego con unas reglas que solo yo conozco y que, si las cumplo, haré que no pase nada malo.

Pero la llave gira. Clac, clac.

Es un sonido pequeño, aunque en mi cabeza suena como si se rompiera un cristal. Aprieto el lápiz amarillo contra el papel. Mis dedos están pegajosos, aunque no hace calor porque estamos en invierno.

—¡Ya estoy aquí! —dice él.

Oigo sus botas contra el suelo. Pom, pom, pom. Cada paso es como si me dieran un golpe en la tripa. Mamá está en la cocina y oigo el ruido de la campana extractora y de cómo corta las verduras. Chop, chop, chop. Ella está ahí, pero yo me siento como si estuviera bajo el agua, y ella, en la orilla, muy muy lejos.

El olor me invade antes de verlo. Huele a esos caramelos de menta que no me gustan porque pican en la lengua. Y a tabaco. No me gusta nada ese aroma. Se me mete en la nariz y me dan ganas de estornudar, pero me aguanto. No quiero que sepa que estoy aquí. Si no me muevo, a lo mejor no me ve.

Noto su sombra encima de mi dibujo y el sol que estaba pintando ya no brilla. Se ha quedado a oscuras.

—Qué dibujo más bonito, Talya —dice justo encima de mi cabeza.

A mí ya no me parece tan bonito.

Se agacha. Noto el calor de su cuerpo y me hago pequeñita, encogiendo los hombros todo lo que puedo. Me gustaría tener superpoderes para poder hacerme invisible.

Él me pone una mano en el cuello, justo por debajo de mi coleta. Sus dedos son grandes y raspan, me acaricia el pelo de arriba abajo. Una vez. Otra vez.

—¿Te has portado bien hoy? ¿Has sido una buena chica?

Asiento con la cabeza muy rápido, sin mirarlo. Me fijo en mis lápices de colores. El rojo, el azul, el verde… Me gustaría ser un lápiz y meterme dentro de la caja y que alguien cerrara la tapa para que nadie pudiera encontrarme.

—¿Me has echado de menos? —me pregunta, y se acerca más para reclamar mi atención.

Sus dedos bajan por mi nuca y me aprietan un poquito. Solo un poquito, pero me entran ganas de llorar, aunque sé que no puedo. Él dice que, si lloro, mamá se pondrá triste, y yo no quiero que lo esté porque ella hace la mejor comida del mundo y siempre me da un beso antes de dormir. No quiero que ella llore también por mi culpa.

—Sí —miento.

Ahora miento muchas veces, aunque mamá dice que mentir está mal. Pero es que al principio yo le decía la verdad y él se enfadaba mucho. Y no me gusta nada cuando se enfada.

Él no dice nada más. Solo se queda ahí, con la mano sobre mi cuello, mirando mi dibujo mientras yo espero a que mamá nos llame para cenar. O que pase cualquier cosa que rompa este silencio que

me da tanto miedo. Me quedo muy quieta y veo que una gota de mi sudor cae sobre el sol amarillo que acabo de pintar y emborrona todo el color.

El juego de las reglas ha funcionado. No he terminado de pintar a tiempo y por eso hoy no va a ser un buen día.

Tampoco lo sería al día siguiente ni al otro.

Me pasé dos años más cerrando los ojos muy fuerte y guardando el secreto de sus juegos que dolían.

Porque él llevaba razón: mamá se pondría muy triste.

Un día, mamá llegó antes de trabajar y, cuando vio dónde tenía puestas sus manos, empezó a llorar y a gritar muy fuerte.

Yo pensaba que era por mi culpa. Pero ella me abrazó y me dijo que no, mientras me sacaba de esa habitación para siempre.

Ese fue el último día que lo vi.

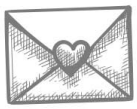
Dejé de escribir la palabra «papá» en mis dibujos y la cambié por la de «monstruo».

Mamá nos llevó a vivir muy lejos y me prometió que el monstruo había desaparecido para siempre.

Pero se equivocaba, porque el monstruo empezó a vivir en mis sueños, convirtiéndolos en pesadillas.

Cuarenta y cinco

Talya



—¡Ya estamos en casa! —La voz de una niña pequeña estalla en el vestíbulo, rompiendo el trance y devolviéndome a la realidad de golpe.

Estoy aquí. En casa de Dylan. Y acaba de llegar su familia. Me pongo de pie por puro instinto, con los músculos todavía tensos y el corazón martilleando contra las costillas. No debería estar aquí.

«Tierra, trágame».

Acabo de tener un ataque de pánico delante de él y ahora tengo que fingir que soy una persona normal ante su familia.

«Vas a conocer a sus padres y a su hermana».

¿Algo podría estar saliendo peor?

Dylan me está mirando con una mezcla de angustia y culpabilidad y susurra un «lo siento» casi imperceptible antes de levantarse de un salto. Se interpone entre la puerta y yo, convirtiendo su espalda en un muro que intenta ocultar mis manos temblorosas y mis ojos llorosos. Estoy segura de que mi expresión aún conserva el rastro del pánico.

—¡Dylan! —Elsie entra en el salón como un torbellino, pero se

frena en seco al verme. Sus ojos se abren como platos.

—Hola, enana —dice Dylan. Su voz suena algo forzada, trata de recuperar una normalidad que ahora mismo parece estar a kilómetros de distancia.

Su madre y Richard aparecen bajo el umbral del salón segundos después, cargados con bolsas de papel del mercado. Bell tiene una sonrisa cálida que se queda congelada en cuanto repara en mí. Así como él continúa para guardar la compra, ella se acerca a nosotros.

Me siento pequeña bajo su mirada, consciente de que mi aspecto (despeinada, con un vaquero desgastado y una sudadera descolorida) debe de ser un poema.

—Anda, hola. No sabíamos que tenías visita —dice ella mientras deja las llaves en el mueble de la entrada con un tintineo. Se acerca a paso amable—. Hola, cielo. Soy Bell.

—Ella es Talya —interviene Dylan—. Ha… He… Bueno, hemos tenido un problema. —Me lanza una mirada rápida y sé que está leyendo mi cara de pánico—. Pero ya nos íbamos.

—¿Os vais? ¿A dónde? —pregunta ella y, después, me repasa de arriba abajo—. ¿Tu amiga se encuentra bien?

Trago saliva con la garganta seca. Ni siquiera he sido capaz de saludar. Qué vergüenza.

—Sí, sí. Es que me tengo que ir —intervengo al fin, forzando una sonrisa—. Siento mucho estar aquí, no quería molestar.

—¡Anda, hombre! No molestas, cariño. Para una vez que Dylan trae una amiguita a casa…

Veo que a Bell se le ilumina la cara al terminar de hablar y se le apaga un poco al escuchar la reprimenda de Dylan.

—Mamá, por favor —se queja él, y noto un deje de impaciencia en su voz—. Talya está cansada y yo iba a… llevarla a comer. Sí, vamos a ir a comer fuera. —Me mira—. ¿Verdad?

Está intentando darme una vía de escape. Asiento confundida, aferrándome a su mirada.

—¿Por qué no os quedáis a comer aquí? —insiste Bell—. Íbamos a preparar *haggis* con puré y salsa.

—¡Sí, sí, Dyl! Comed aquí. —Elsie tira de la sudadera de su hermano para llamar su atención.

Dylan me busca otra vez, dándome el poder de decidir.

—A mí no me importa. —Me encojo de hombros.

—¿Estás segura? —me susurra él, tan bajo que solo yo puedo oírlo.

«No».

—Sí.

No sé por qué he aceptado, pero hay algo en la mirada de Bell, una amabilidad maternal y nada inquisitiva, que me hace sentir bienvenida. No me parece mala idea quedarme, aunque sé que debería salir corriendo.

—¡Pues decidido entonces! —sentencia la madre de Dylan con un aplauso suave—. Poneos cómodos, la comida estará lista en una hora.

—Gracias, señora Ash…

—De señora nada —me interrumpe con un guiño—, Bell a secas.

Se da la vuelta y desaparece por la puerta de la cocina, y justo en ese espacio aparece Richard.

Ay, madre.

—Perdonad, estaba guardando la compra. —Le da una palmada afectuosa a Dylan en el hombro y clava sus ojos en mí—. Talya, ¿verdad?

Asiento.

—Encantada, señor… —Mierda, no sé su apellido. Dylan me contó que él conserva el apellido de su madre, al igual que Elsie.

¿Richard se habrá quedado con el suyo? ¿Lo habrá cambiado? Ay…

—Brown. Pero llámame Richard —responde con naturalidad.

Brown.

Un escalofrío me recorre la nuca.

Tiene gracia que un apellido tan sumamente común pueda ponerme los pelos tan de punta de buenas a primeras.

Es el mismo apellido que tenía el monstruo del que huimos.

Trago saliva para obligarme a apartar los fantasmas de golpe, justo cuando él me estudia con una expresión pensativa

—¿Nos habíamos visto antes?

—Eh, bueno, creo —no creo, lo sé— que tal vez nos cruzamos cuando… cuando jugaron el derbi.

—Puede ser —murmura, aún con el ceño fruncido, y se gira hacia Dylan—. Por cierto, ¿qué tal el entrenamiento?

La espalda de Dylan se tensa bajo la sudadera y, entonces, saca el móvil del bolsillo con una rapidez antinatural.

—Oh, Richard, me está llamando Jamie. Tengo que cogerlo, es importante. —Me mira y hay una urgencia nueva en sus ojos—. Talya, ven conmigo.

Me arrastra escaleras arriba antes de que pueda procesar la mirada de extrañeza que Richard nos lanza desde el pie de los escalones. Subimos en un silencio sepulcral, roto solo por el sonido de nuestros pasos rápidos sobre la madera.

«¿Qué tal el entrenamiento?».

El corazón me va a mil por hora.

¿Hoy tenía entrenamiento?

Cuarenta y seis

Dylan



Cierro la puerta de mi habitación y me quedo apoyado contra la madera, con los ojos apretados y el corazón latiéndome como si fuera un caballo desbocado. El silencio del cuarto debería ser un alivio, pero después del caos de abajo solo hace que el zumbido en mis oídos sea más fuerte.

¿Qué cojones acaba de pasar? Las últimas dos horas han sido una completa locura.

—Dylan… —La voz de Talya es apenas un susurro detrás de mí.

Me obligo a abrir los ojos y a despegar la espalda de la puerta. Ella está aquí. En mitad de mi cuarto. Acaba de conocer a mi familia.

«Mierda. Ya no hay vuelta atrás, Dylan».

Y todavía veo el rastro de las lágrimas en sus mejillas y el miedo que brillaba en sus ojos hace apenas quince minutos en el sofá de abajo.

Casi la beso. Joder, casi cruzo esa línea cuando ella ni siquiera podía respirar.

Vaya puto imbécil. Parezco un niño en plena pubertad con las hormonas revolucionadas, me cago en todo.

Quería hacerlo con todas mis fuerzas, pero lo único que he conseguido ha sido asustarla. Por segunda vez.

Mierda, estaba muy asustada.

¿Quién ha hecho que se activen todas sus alarmas con un simple roce? Necesito saberlo.

—¿Tenías entrenamiento? —pregunta, rompiendo el silencio.

Es una estupidez negarlo. Ya se ha dado cuenta.

—No importa. —Lanzo el móvil sobre la colcha.

—¡Claro que importa, Dylan! Me dijiste que no estabas ocupado, que no tenías nada que hacer.

Me paso la mano por el pelo, frustrado, y empiezo a caminar por la habitación de un lado a otro. No puedo mirarla directamente porque sé que, si lo hago, veré que está atando cabos y que se siente como una carga otra vez. Y eso era lo que quería evitar.

—Era solo un entrenamiento de rutina, Talya. No pasa nada.

—No mientas, Dylan. —Su voz gana firmeza y se sitúa frente a mí, obligándome a frenar—. El fútbol es importante para ti. ¿Has faltado a un entrenamiento por mi culpa?

—Talya, ya está. —Estoy tan cerca de ella que tengo que agachar la cabeza para sostenerle la mirada—. No ha sido tu culpa, me he ido porque me ha dado la gana.

—No te habrías ido si yo no te hubiera llamado —insiste ella.

Se abraza a sí misma, encogiéndose, y me duele ver lo mucho que le cuesta aceptar que alguien la elija por encima de una obligación. Me jode ver lo pequeña que se hace incluso cuando intenta ser valiente.

—Escúchame, ¿vale? Talya, por favor —suplico con mis palabras, pero también con la mirada. Mis dedos ansían tocarla, pero me mantengo a una distancia prudente—. Necesito que dejes de hacer esto. De ponerte el peso encima antes de que nadie lo haga.

Necesito que entiendas de una vez que hago todo esto porque quiero.

Hago una pausa, trago saliva. El corazón me va a mil, pero las palabras se escapan de mi garganta.

—Joder, Talya, me importa que confíes en mí, aunque sea un poco. Me importa que me hayas elegido para eso. Y me da igual todo lo demás. Quiero que tú estés bien. Quiero que dejes de sentirte sola —bajo un poco más la voz, casi hasta convertirla en un secreto entre ambos—, porque conmigo no tienes por qué estarlo.

Me quedo en silencio un segundo, viéndola procesar mis palabras. Su pecho sube y baja con rapidez.

Se me escapa una risa breve, seca, sin humor.

—Así que sí. Me he saltado el entrenamiento por ti —confieso—. Pero lo volvería a hacer mañana mismo. ¿Lo entiendes?

Sus ojos se llenan de lágrimas.

—Dylan, yo… —Su voz se rompe—. No sé cómo hacer esto. No sé cómo… No sé cómo confiar en los demás y no sé cómo quedarme en un sitio sin sentirme… —traga saliva— expuesta. Sin sentir que en cualquier momento alguien va a romperlo todo.

Siento un pinchazo de tristeza feroz por ella, por todo lo que alguien le ha quitado. Por esa seguridad que nunca debería haber perdido. Me acerco lo suficiente para que sienta mi calor, pero sin llegar a tocarla. Quiero que entienda que conmigo no necesita escudos. Que, mientras yo esté aquí, no pienso permitir que nadie le haga más daño.

—Entonces, no hagas nada —le digo, mi voz sale más suave de lo que pensaba que podía—. No tienes que preocuparte por la confianza ahora. Ni por el miedo a que te vean. No tienes que ser valiente ahora mismo.

Hago una pausa, buscando sus ojos. Ella levanta la vista,

vulnerable, con esa luz de sospecha que nunca termina de apagarse del todo.

—Si decides que este es el sitio donde quieres dejar de huir, yo estaré contigo. No tendrás que estar siempre expuesta, porque yo me pondré delante cuando lo necesites. Solo tienes que estar aquí. El resto… déjamelo a mí.

Me quedo en silencio, con los latidos ensordeciéndome y esperando que esas palabras no la asusten más. Por suerte, ella no retrocede esta vez. Exhala un suspiro tembloroso y, por un segundo, parece que el peso de sus hombros disminuye apenas un milímetro.

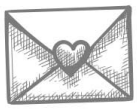
—¿Lo prometes? —pregunta. Su voz suena tan pequeña, tan necesitada de una certeza a la que agarrarse que siento que daría mi vida por cumplir esa promesa.

Me dan ganas de arrancarme el corazón del pecho y ponérselo en las manos para que vea que no miento.

—Lo prometo, Talya.

Cuarenta y siete

Talya



«Lo prometo, Talya».

Esas tres palabras se quedan vibrando en el aire de la habitación mucho después de que Dylan haya dejado de hablar. El silencio que sigue no es vacío; está lleno de algo que me oprime el pecho, pero que esta vez no me impide respirar.

Es una promesa.

Una promesa que ha sonado demasiado real.

«Ya sabes de qué sirven las promesas».

«No sirven de nada».

Sí. Sí.

Dylan ha faltado a su entrenamiento por mí.

Ha fallado a lo que más le importa por estar conmigo.

«No confíes otra vez».

Sí. Quiero hacerlo.

Lo miro y, por un segundo, me olvido de que acabo de sufrir un ataque de pánico que me ha dejado el cuerpo como si me hubiera pasado un camión por encima. Solo puedo verlo a él. A sus ojos, que me miran con una determinación que nunca nadie había tenido

conmigo.

Me ha dicho que, si decido dejar de huir, ya no tendré que estar sola.

Yo no sé cómo se hace eso. Mi instinto siempre ha sido el de un pájaro en una jaula abierta: siempre vigilando la puerta, siempre lista para salir volando antes de que alguien pueda darse cuenta. Pero Dylan acaba de poner un cerrojo a esa puerta, no para encerrarme, sino para que nada malo pueda entrar.

Quiero darle las gracias. Quiero decirle que me aterra que se sacrifique por mí y que yo a él no puedo hacerle ninguna promesa.

Pero, justo antes de que pueda hacerlo, tres golpes rápidos y rítmicos suenan en la madera de la puerta.

—¡Dyl! ¿Puedo enseñarte una cosa? —La voz de Elsie suena amortiguada pero cargada de esa impaciencia infantil tan pura.

El momento se rompe. Dylan suelta un suspiro, una mezcla de risa floja y alivio, y se pasa la mano por el pelo, rompiendo el contacto visual que nos mantenía unidos. Camina hacia la puerta y la abre apenas unos centímetros.

—Ratita, ahora no…

—Pero ¡mira! —Elsie no espera a que termine. Se cuela por el hueco con la agilidad de un rayo e ignora por completo los deseos de su hermano.

Lleva un papel arrugado en las manos, lleno de manchas de pintura de dedos. Se frena en seco cuando me ve, en medio de la habitación. Sus ojos, que son de un precioso color avellana, están cargados de curiosidad.

—¿Eres la novia de mi hermano? —pregunta con total naturalidad.

—¡Els! —Dylan interviene de inmediato y se apresura a cerrar la puerta a su espalda, como si quisiera encerrar la pregunta antes de

que escape por el pasillo—. ¿A qué viene eso ahora?

—Yo te vi un día cuando fui a ver el partido de mi hermano. —Ignora completamente a Dylan y sigue mirándome de arriba a abajo —. Eres muy guapa y tienes los ojos del mismo color que Gary.

Ahogo una risa y me agacho para quedar a su altura. Mis rodillas crujen un poco, pero no me importa. Estar abajo, a la altura de sus iris avellana, me hace sentir menos expuesta, más protegida.

—Muchas gracias, tú también eres muy guapa. Soy Talya, una amiga de tu hermano.

—¿En serio? —Abre los ojos como platos—. Pues Dyl nunca había traído a casa a una amiga.

«Dyl nunca había traído a casa a una amiga».

—¿Quieres ser también la mía? —me pregunta Elsie con una sonrisa muy adorable.

—Por supuesto que sí. —Echo un vistazo al papel que aún sujeta entre las manos—. ¿Quieres enseñarme eso que llevas ahí?

Ella mira el dibujo antes de plantarlo delante de mi cara.

—¡Hala! Pero qué bonito. ¿Es un dinosaurio?

—¡Sí! Es un *bracosaurio* azul.

—¿Un braquiosaurio?

Asiente.

—Se llama Azulito. —Se sienta en la alfombra, justo a mis pies, y empieza a señalar las manchas de pintura—. Esta es su casa. Vive en un bosque, pero se me ha acabado el color verde y he usado el naranja.

—Eso es porque es un bosque otoñal, tiene sentido —le digo, y veo que su carita se ilumina al sentirse comprendida.

Me quedo observándola mientras sigue señalando detalles de su dibujo con una energía que me transporta directamente a una época en la que yo también creía que los bosques podían ser naranjas, y

los dinosaurios, azules. Me recuerda a la niña que fui antes de descubrir que el mundo no se divide en colores, sino en los que te cuidan y los que te rompen; antes de saber que hay manchas que no se quitan con agua, porque no están en la ropa, sino debajo de la piel. Ella conserva esa luz intacta, esa confianza ciega en que el adulto que tiene delante no le va a fallar.

Justo como debería ser.

Justo como debería haber sido.

Dylan se une a la conversación, sentándose en el suelo junto a ella, sus ojos brillan al mirarnos. No es la mirada protectora de antes, es una mezcla de sorpresa y paz que parece no haber sentido en todo el día.

La verborrea inocente de Elsie actúa como un bálsamo. Con ella no tengo que medir mis palabras ni temer que mi silencio sea interpretado como un abismo. Para ella, solo soy la chica que entiende que los bosques pueden ser naranjas. Durante esos minutos, sobre la alfombra, me permito olvidar que fuera de estas cuatro paredes soy una extraña huyendo de su propia sombra. Me siento tranquila. Casi… a salvo.

—¡Chicos! ¡Vamos a comer! —El grito de Bell desde la planta baja rompe la burbuja.

Elsie se pone de pie de un salto y me agarra de un dedo con su mano pequeña y decidida para arrastrarme hacia la puerta. Dylan me lanza una mirada que entiendo a la perfección: «Lo siento, Elsie es muy intensa».

Cada fibra de mi ser me grita que salga corriendo, que me invente cualquier excusa y huya antes de que su realidad perfecta choque con la mía. Pero le aprieto suavemente la mano a Elsie y asiento.

Hoy voy a ser valiente.

Bajar las escaleras es como descender a un mundo paralelo. El olor a comida casera me golpea en la cara antes de llegar al último escalón. Es un olor cálido, envolvente, de esos que te hacen salivar y llorar al mismo tiempo porque te recuerdan todo lo que te falta. En casa de mis tíos, la comida es un trámite silencioso. Aquí, parece ser un momento compartido. En familia.

Llegamos al comedor, que está abierto a la cocina. Bell está terminando de servir una fuente humeante en el centro de la mesa. Junto a ella, Richard está cortando pan con tranquilidad. Como si mi presencia no estuviera a punto de arruinar la perfección de sus vidas.

—Sentaos, chicos, que se enfría. —Richard levanta la vista con una sonrisa.

Me mira con curiosidad, pero sin rastro de juicio, y tiene una voz grave y calmada, de esas que inspiran confianza al instante.

—¡¿Talya puede sentarse a mi lado?! —pregunta Elsie, saltando hacia su padre y tirándole de la manga.

—Pregúntale a ella, cariño. —Richard me mira divertido mientras acaricia la cabeza de su hija—. Siéntate donde quieras, Talya. Estás en tu casa.

«Estás en tu casa».

Las palabras se me clavan en el pecho como alfileres oxidados. Ellos no saben lo irónico que es eso para mí.

—Gracias —consigo murmurar—. Elsie, ¿cuál es tu sitio?

La niña clava sus ojos en los míos, brillantes de entusiasmo, y corre hacia una silla al fondo, en el lado derecho de la mesa. La sigo y me acomodo justo a su lado. Dylan ocupa el asiento a mi izquierda.

Tener a Elsie tan pegada a mí, decidida a no separarse, me hace sentir extrañamente especial, como si hubiera pasado una prueba

que no sabía que estaba haciendo. Y ver a Dylan a mi otro lado con una expresión de alivio y felicidad me hace sentir algo peligroso. Una esperanza cálida y aterradora me invade. Una sensación traicionera de que, si cierro los ojos muy fuerte, podría acostumbrarme a esto.

La comida empieza y, para mi sorpresa, el mundo no estalla. Bell sirve el *haggis* en cada uno de los platos. El olor intenso de la receta tradicional escocesa, esa mezcla humeante de asaduras de cordero, avena y especias inunda la mesa. Al llegar a mí, Bell lo hace con tal naturalidad que pareciera que llevo años en esta casa. Elsie, a mi derecha, se encarga de llenar cualquier silencio incómodo parloteando sobre Azulito y haciéndome preguntas inocentes sobre cuál es mi color favorito o si yo también duermo con un montón de peluches.

Me siento cómoda.

Me siento en un hogar.

En el hogar de Dylan.

Se pasan el agua, se ríen, se preguntan qué tal la semana. No hay tensión en esta casa. No hay miedo a decir algo incorrecto que detone una discusión. Es tan… fácil.

En ese momento, siento una punzada de celos, seguido de otra punzada de nostalgia.

Echo tanto de menos a mamá…

—Por cierto, hijo —dice Richard de repente—, no me has contado qué tal el entrenamiento. ¿Mucha caña hoy?

Me tenso ligeramente. A mi lado, noto que Dylan aprieta levemente el tenedor.

—Bien. Hemos estado practicando la defensa —miente—. Nada nuevo.

Richard asiente satisfecho. Pero a mí se me revuelve tanto el estómago que tengo la impresión de que la comida me va a sentar

mal. Estoy sentada en su mesa, recibiendo su amabilidad, mientras Dylan tiene que mentir para protegerme. Me siento un fraude.

Para disimular el nudo que se me está empezando a formar en la garganta por la culpa, me centro en mi plato de manera casi obsesiva. Con la punta del tenedor, empiezo a separar meticulosamente los guisantes del puré, empujándolos hacia el borde para crear una frontera de seguridad con la salsa de la carne. Es una manía absurda que tengo desde pequeña: necesito ordenar el plato para que las texturas no se mezclen.

—Vaya —dice una voz divertida rompiendo mi concentración.

Levanto la cabeza de golpe, con el corazón acelerado.

Me ha visto jugar con la comida y me va a echar la bronca.

«No se juega con la comida, Talya. Es de mala educación».

Pero Richard no me está mirando con severidad. Al contrario, tiene una media sonrisa esbozada, como las de Dylan. Una que le arruga las comisuras de los ojos y le da un aire juvenil. Señala mi plato con su propio tenedor, como si acabara de descubrir un tesoro.

—Veo que también eres del club de los «separatistas».

Bajo la vista a su plato y me doy cuenta de que él ha hecho lo mismo. El puré por un lado, la carne por otro y los guisantes por otro más lejano. Mientras, Elsie, Bell y Dylan lo van comiendo todo a la vez.

Suelto una pequeña risa nerviosa, pero asiento. Me esperaba una burla o una queja. No me esperaba esa complicidad.

—Sí —admito—. Si se mezcla todo…, no distingo los sabores. —Me encojo de hombros.

—Exacto. —Richard me señala con el cuchillo, como si acabara de darle la razón en un debate de Estado—. Esta chica sabe de lo que habla.

Vuelvo a centrarme en mi plato, sin poder ocultar la sonrisa. Miro

a Dylan de reojo, que ha presenciado la escena con una expresión que es pura relajación. La tensión de su mandíbula ha desaparecido por completo, sustituida por una mirada brillante, casi de orgullo. Cuando repara en que lo estoy mirando, me guiña un ojo.

Ay, las mariposas.

Ahora están revoloteando en mi estómago todavía más fuerte.

—¡A mí me gusta más mezclarlo todo! —anuncia Elsie, ajena a las dinámicas de los adultos, removiendo su plato con energía hasta que el puré, la salsa y los guisantes se convierten en una sola montaña—. ¡Así se hacen amigos!

Todos nos reímos ante su lógica aplastante. Yo vuelvo a pinchar un guisante perfectamente aislado y me siento un poco menos fuera de lugar, un poco menos rota. Es agradable que, de vez en cuando, alguien valide tus rarezas en lugar de cuestionarlas.

—¿Y tus padres son de aquí, Talya? —pregunta Bell de repente.

El guisante se me atasca en la garganta. Se acabó la tregua.

Volvemos a la realidad.

Cuarenta y ocho

Dylan



El lunes por la mañana entro en la sala común de S6 arrastrando los pies como si llevara bloques de cemento atados a los tobillos.

Me duele cada maldito músculo del cuerpo y no es solo por la paliza que me he dado yo mismo en el gimnasio a las seis de la mañana para compensar mi ausencia en el entrenamiento de ayer. Es porque mi cabeza no para.

Desde que llevé a Talya de vuelta a su casa después de la comida, no he dejado de darle vueltas. A su risa con mi hermana, sí, pero sobre todo a ese momento en el sofá antes de que llegaran mis padres. La forma en que se apartó atemorizada cuando la toqué. Esta chica me está desestabilizando. Está derribando mis muros con una facilidad pasmosa y me aterra no saber cómo protegerla de lo que sea que la persigue.

Cierro la puerta de un golpe, tirando la mochila sobre una de las mesas llenas de apuntes olvidados y tazas de café a medio terminar. Jamie está allí, desparramado en el sofá de cuero que tiene más años que el edificio. Para entretenerse, está lanzando una pelota de tenis contra la pared opuesta. Al verme, la atrapa en el aire y se

incorpora.

—Tienes una pinta horrible, Ashmore —suelta sin preámbulos—. ¿Qué cojones pasó ayer y por qué no has contestado ninguna de las trescientas llamadas que te hice?

Me dejo caer en el sillón frente a él y me paso las manos por la cara, frustrado.

—Estoy jodido, Jamie.

—Y tanto que lo estás —responde, dejando la pelota a un lado—. No sabes cómo se puso Walter cuando vio que te habías largado del entrenamiento.

—No es por Walter —gruño, frotándome los ojos con fuerza—. Me da igual Walter. Me da igual el entrenamiento.

Jamie se queda en total silencio. Eso capta su atención de inmediato.

—Vale. Esa frase es nueva. —Se inclina hacia delante y apoya los codos en las rodillas—. ¿Qué ha pasado? ¿Te has dado un golpe en la cabeza?

—Estuve con Talya —confieso, mirando al techo.

Jamie suelta un suspiro largo, de esos que suelta cuando ve que la jugada se complica.

—La llevé a mi casa, tío.

Jamie abre los ojos como platos.

—No me jodas, Ash. —Se lleva una mano a la boca, escandalizado—. ¿Qué le hiciste?

—¿Qué le voy a hacer, idiota? ¿Cuándo he llevado a alguien a mi casa?

—A mí me has llevado muchas veces.

—Jamie, ponte serio, joder. —Me inclino hacia él, desesperado por que entienda la gravedad del asunto—. ¿A cuántas chicas he llevado a casa?

Se queda congelado y parpadea una, dos veces.

—Hostia puta. —Suelta el aire de golpe—. Esto es grave.

—Conoció a mis padres, tío. Se quedó a comer. Gary se durmió en sus piernas. Y Elsie lloró cuando se tuvo que ir porque quería que se quedara un rato más.

—Vale, para el carro. ¿Tu gato se durmió en sus piernas? ¿El mismo gato que me estuvo bufando durante dos años seguidos?

—El mismo.

—¿Y ella se quedó a comer? ¿Con tus padres en casa?

—Mi madre la invitó. Y luego Richard y ella estuvieron hablando y tienen cosas en común. —Niego con la cabeza y siento el vértigo de nuevo—. No lo sé, Jamie; te juro que estoy cagado.

Jamie se acaricia la barbilla durante unos segundos y luego sentencia en voz baja:

—Estás colado. Pero colado en plan enamorado, no colado de querer tirártela. Madre mía, Ash, pues sí que estás jodido. ¿Y ella qué? ¿También le gustas?

—Ese es el problema.

Jamie suelta una risa seca y se recuesta en el sofá.

—No le gustas. Bueno, Ashmore, no pasa nada. Bienvenido al mundo real. No siempre ibas a tener a todas haciendo cola detrás de ti. Tendrás que currártelo un poquito, campeón. Mandarle flores, escribirle poemas… Esas mierdas.

—No es eso, joder. —Me paso las manos por el pelo. Este tío no me está entendiendo—. No sé si le gusto o no. El problema es que… es que ella tiene movidas, Jamie. Movidas gordas. Y yo no puedo estar pensando en eso.

—¿Movidas gordas? ¿A qué te refieres con movidas gordas?

Ojalá lo tuviera claro del todo. Aun así, no pienso decir ni una palabra. Confío en Jamie, pondría mi vida en sus manos. Pero le

prometí a ella que todos sus secretos estarían a salvo conmigo. Incluso los que todavía no me ha contado.

—Movidas gordas que no me cuenta pero que yo sé que están ahí.

—¿Y no puedes estar pensando en tirártela porque ella tiene movidas?

—No estoy pensando en tirármela, Jamie. ¿Tú me estás escuchando?

—Reformulo la pregunta: ¿no puedes estar pensando en lo pillado que estás porque ella tiene movidas?

¿En lo pillado que estoy?

A la mierda. Sí que lo estoy.

—Sí. Ella tiene movidas y yo… Y yo no sé qué hacer. Siento algo extraño, Jamie. Algo que nunca había sentido. Y estoy asustado. Quiero protegerla. De una forma tan intensa que está haciendo que todo lo demás pase a un segundo plano. Y eso es peligroso, porque no puedo permitírmelo. Lo sabes, ¿verdad?

Jamie me mira fijamente durante un largo minuto antes de empezar a hablar.

—Vale, tío, voy a decirte una cosa. —Cualquier tono de burla ha desaparecido—. Estás asustado porque eres un maldito robot del control.

—No soy un robot.

—Sí, lo eres. ¿El mejor en el fútbol? *Check*. ¿El mejor en clases? *Check*. —Va levantando un dedo en el aire por cada «*check*»—. ¿El hijo perfecto? *Check*. Tío, llevas toda la vida siguiendo un guion para que todo esté en «orden». Y, cuando algo se desvía de ese camino perfecto que tú mismo te has marcado, te acojonas porque no puedes controlarlo. —Me agarra del hombro y me sacude levemente —. Tienes diecisiete años, joder. Nadie te obliga a ser perfecto, eres

tú el que se pone la soga al cuello. Así que déjate de mierdas y asume que no puedes dominar todo lo que te rodea.

—Que lo asuma —repito.

—Sí, tío. —Jamie se inclina hacia atrás, relajando la postura ahora que ve que el mensaje ha calado—. Disfruta de lo que se siente al estar enamorado. A lo mejor te viene bien un poco de caos.

Me paso las manos por la cara y suelto un suspiro largo que parece vaciarme los pulmones de toda la tensión acumulada. He construido una jaula de oro a base de disciplina y expectativas, y Talya acaba de encontrar la llave sin ni siquiera buscarla.

—¿Y qué hago con Walter? —pregunto al final. Hay que volver a la realidad práctica.

Jamie suelta una carcajada y me da una palmada en el hombro que casi me desmonta.

—Tienes a Walter comiendo de tu mano, tío. Pídele perdón y se le caerán los calzoncillos.

—Espero que no literalmente —replico, incapaz de contener una media sonrisa—. Porque esa es una imagen que no necesito en mi cabeza ahora mismo.

El timbre agudo resuena en el pasillo. Jamie coge su mochila del suelo y me lanza la mía al pecho con fuerza.

—Vamos, Romeo. Muévete. —Me abre la puerta con una reverencia exagerada—. Y pon mejor cara. Si vas a estar enamorado, al menos intenta disimular un poco.

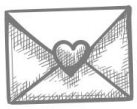
Salgo al pasillo e ignoro el caos de taquillas y gritos. Mis ojos se mueven solos, directos a buscar una melena castaña entre la multitud.

Sonrío para mis adentros cuando lo hago, derrotado.

Check.

Cuarenta y nueve

Talya



Si alguien me hubiera dicho hace dos meses que un sábado por la tarde estaría sentada en un pub, rodeada de gente que se ríe, brinda y me incluye en la conversación, me habría reído en su cara. O habría salido corriendo.

Pero aquí estoy. En una mesa de madera pegajosa del Rusty's, con una Coca-Cola en la mano y rodeada de personas con las que, contra todo pronóstico, me apetece estar.

Miro a mi alrededor y siento una extraña calidez en el pecho que no tiene nada que ver con la calefacción del local. Ha sido una semana… rara. En el buen sentido. De esas semanas en las que no pasa nada catastrófico y el miedo, por primera vez, se queda en un segundo plano, como un ruido de fondo al que te acabas acostumbrando. Casi puedes fingir que no existe.

Desde la comida en casa de Dylan el domingo pasado, algo ha cambiado. Me sentí tan cómoda en esa casa, tan parte de algo… Durante unas horas, me imaginé teniendo una familia como la suya. Risas en la mesa, manías compartidas, calidez. Y me gustó imaginármelo, aunque una parte de mí se sintiera culpable por

desear algo que no es mío.

Me gustó conocer a su hermanita y me gustó haberle caído bien. Sentí una mezcla de tristeza y alegría cuando, al irme, Elsie se agarró a mi pierna y me suplicó que no me marchara. Me pidió que le prometiera que volvería a visitarla para que pintáramos juntas «un amigo para Azulito», porque, según ella, los dinosaurios azules también se sienten solos a veces.

Y yo le prometí que volvería. Porque sé perfectamente lo que es sentirse un dinosaurio azul en un mundo de tiranosaurios.

Por otro lado, está Dylan, que, desde ese día, se ha encargado de demostrarme con pequeños gestos que está dispuesto a cumplir la promesa que me hizo. No es que el miedo haya desaparecido, sigue ahí, agazapado, pero él está logrando algo que creía imposible: que la idea de bajar la guardia no parezca una sentencia de muerte. No sé si algún día seré capaz de confiar del todo, pero sé que, cuando él está cerca, la voz que grita en mi cabeza que no lo haga deja de hacerlo para convertirse en un leve susurro.

Pero, si mi vida en el mundo exterior está mejorando, mi vida en el interior de casa solo hace lo contrario, si es que es posible.

La tía Margaret ha pasado de la indiferencia y la inquina a la invisibilidad total. Apenas me habla, ni siquiera para soltarme sus comentarios agresivos. Si entro en la cocina, ella sale. Si me cruzo con ella en el pasillo, mira a través de mí como si fuera un fantasma. Sigue encerrada en su habitación la mayor parte del día, y el miércoles, mientras cenábamos, volví a ver que me miraba con una mezcla de dolor y asco. Ya no me molesto en preguntar qué ocurre. Nadie me dice nada.

La única parte positiva es que ha dejado de ponerme trabas para que salga. Parece que cuanto menos tiempo pase en «su casa», mejor. Así que por eso estoy aquí, sentada entre Dylan y Alice, con

un pastel en el centro de la mesa y celebrando el cumpleaños de Noa.

—Jamie, como vuelvas a intentar ponerme nata en la nariz… —amenaza Noa con una fingida mirada de odio.

—Es tu cumpleaños, princesa —dice Jamie con esa sonrisa de suficiencia—. Es tradición humillar al homenajeado. Deberías darme las gracias por seguir el protocolo.

—Te juro que…

—¿Qué vas a hacer, eh? —Jamie se inclina hacia ella, reduciendo la distancia peligrosamente y le dice algo en un susurro que no alcanzo a escuchar.

Pero noto que las mejillas de Noa van tiñéndose de un tono rojo intenso que contrasta con su piel bronceada.

—¡Eres un cerdo! —Le propina un empujón que hace vibrar hasta mi silla.

—¡Au! —se queja Jamie, encantado de haberla sacado de sus casillas—. No es mi culpa que no sepas aceptar un regalo.

—¿Sabes lo que sí que no voy a aceptar como sigas hablando así? —contraataca con una ceja arqueada—. Tu presencia.

—Eres una gruñona.

—Y tú un imbécil.

Erik, que está sentado frente a ellos, suelta un suspiro largo, deja su vaso sobre la mesa y se masajea las sienes mientras intercambia una mirada con Alice. Es una expresión de resignación, de esas que solo comparten las personas que tienen que lidiar con niños pequeños.

—Parecéis dos críos de parvulario —dice, negando con la cabeza —. En serio. ¿No podéis estar cinco minutos sin intentar mataros?

—Díselo a él —resopla Noa con los brazos cruzados—. Es imposible mantener una conversación civilizada con alguien que

tiene el ego del tamaño de Edimburgo.

—Mi ego es proporcional a mi talento, cariño. —Jamie remarca la última palabra con una dulzura venenosa que hace que Noa le dé una patada por debajo de la mesa.

—Puaj, Jamie. —Alice pone cara de asco—. ¿Puedes no hablarle así a mi amiga mientras esté yo delante? Me resulta asqueroso.

—Es amor, Alice. Tú todavía no lo entiendes. —Jamie le roba una patata a Nathan, que ni se inmuta—. Pero algún día, espero que muy lejano, lo entenderás.

Erik suelta una risa corta y niega con la cabeza, sin molestarse en desmentirlo. Tan solo le pasa una servilleta a Alice, anticipándose a sus necesidades con una naturalidad pasmosa justo antes de que ella alargue la mano hacia el bol de las patatas fritas.

Es divertido ver en primera fila las dinámicas de cada uno. El magnetismo caótico de Noa y Jamie, que parecen orbitar siempre a punto de chocar. Las miradas tranquilas y cómplices de Alice y Erik. Sé que, aunque se empeñen en ocultarlo, entre ellos hay algo.

Dylan se gira hacia mí, pillándome en plena observación.

—¿Estás cómoda? —me pregunta en voz baja para que solo yo pueda escucharlo—. Si en algún momento estás agobiada, dímelo.

—No. —Niego con la cabeza—. Es decir, estoy cómoda. Estoy muy cómoda.

—Vale. Me gusta oír eso. —Sonríe—. Pero, si cambias de opinión, me avisas. ¿Vale?

Asiento.

—Gracias.

—No me des las gracias, chica nueva.

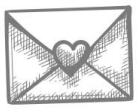
Y otra vez esas malditas mariposas.

Últimamente no puedo controlarlas cuando estoy cerca de este chico.

Mucho menos cuando está mirándome de esa forma y tiene un brazo apoyado en el respaldo de mi silla. Sin tocarme, pero lo suficientemente cerca como para que sepa que está ahí. Protegiéndome. Creando una barrera invisible entre el resto del mundo y yo.

Cincuenta

Talya



La tarde ha avanzado y Jamie ha convencido a todos para continuar la fiesta en el sótano de su casa, aprovechando que sus padres están de viaje de negocios. A Noa, por extraño que suene, le ha parecido una magnífica idea. No sé en qué momento yo también he aceptado ni en qué momento mi vaso de Coca-Cola se ha convertido en un vaso rojo de plástico con algo que Jamie llama «la bebida de la alegría» y que sabe a frutas del bosque y a peligro.

El mundo se ve diferente a través del fondo de este vaso. Más borroso. Y más amable. Los bordes afilados de mi realidad, esos que normalmente me cortan cuando intento respirar, se han suavizado. La música retumba en las paredes, el aire huele a alcohol, y hay tanta gente, que ni siquiera sé de dónde ha salido, que apenas puedo moverme.

En otra vida, en la vida de la Talya de hace tan solo algunas semanas, estaría hiperventilando en el baño o llamando a un taxi. Pero esta noche no. Esta noche, el líquido dulce me ha encendido una calidez en el pecho que me hace sentir… valiente.

Me apoyo contra la pared, un poco mareada, buscando un punto

fijo. Y lo encuentro.

Dylan.

Está al otro lado de la habitación, hablando con Erik, pero sus ojos no están en su amigo. Están en mí. Lleva toda la noche así, vigilándome desde la distancia, como un guardaespaldas.

—¡Tía, ahora vengo! —Alice grita por encima del ruido—. Voy a decirle al estúpido de Jamie que deje de cambiar la música como un loco. Me está poniendo de los nervios.

Asiento y ella se aleja, perdiéndose entre la gente.

Estoy feliz. Estoy más feliz que nunca. Al menos más feliz que nunca en los últimos tres meses.

De repente, una figura de metro noventa aparece justo delante de mí.

—Te has teletransportado. —Señalo a la otra punta de la sala—. Hace un segundo estabas allí.

—Pues ahora estoy aquí. —Él arquea una ceja, divertido, aunque sus ojos me estudian con preocupación—. ¿Cuántos llevas, Talya?

—No sé. ¿Dos? Creo que sí. Sabe bien. —Miro el vaso y me encojo de hombros—. Es la primera vez que tomo alcohol.

—¿Y estás bien?

—Estoy perfecta. —Me choca el notar que mi lengua pesa un poco—. Me gusta. Hace que el ruido de mi cabeza se calle.

La expresión de Dylan cambia. Se vuelve más intensa.

—¿Y qué dice el ruido cuando no se calla?

—Muchas cosas. —Levanto la vista y clavo mis ojos en los suyos, con una valentía que no es la mía—. Que debería esconderme y que debería alejarme de ti. Pero ahora mismo no la oigo. Ahora mismo solo quiero…

Me callo, mordiéndome el labio inferior. La Talya sobria me gritaría que parase. La Talya de ahora solo quiere saber a qué sabe

él.

—¿Qué quieres, Talya? —pregunta Dylan con voz ronca.

—Quiero que me beses.

Dylan se tensa como si le hubiera dado una bofetada. Cierra los ojos un segundo y suelta un suspiro que suena a frustración pura.

—Mierda, Talya —murmura, abriendo los ojos de nuevo. Sus pupilas están tan dilatadas que solo queda una línea de ese verde que tanto me gusta—. Has bebido demasiado.

—No. Bueno, o sí —admito, y me separo de la pared para acercarme un poco a él—. Pero de verdad quiero besarte. También quería que lo hicieras antes de beberme esto. Llevo queriendo hacerlo toda la semana.

Él traga saliva. Veo que su nuez sube y baja con pesadez.

—Ya. Joder.

Siento un pinchazo de inseguridad.

—Lo siento —me disculpo—. No pasa nada si tú no quieres hacerlo.

Dylan aprieta la mandíbula con tanta fuerza que se le marca un músculo en la mejilla.

—Talya, quiero besarte —dice, y la intensidad de su voz, cargada de una necesidad bruta, me hace temblar las rodillas—. Claro que quiero besarte. Me muero por hacerlo.

—¿Y por qué no lo haces?

Dylan niega con la cabeza, pasándose una mano por el pelo.

—Joder, me cago en la puta —masculla.

—¿Estás enfadado?

—Sí, joder. Pero no contigo, Talya. —Apoya la mano izquierda en la pared, justo al lado de mi cabeza—. No puedo besarte. No mientras estés así y puedas arrepentirte mañana.

De repente, se me ocurre algo. Una prueba. El alcohol me da el

valor, pero la necesidad viene de mucho más adentro.

—¿Y puedes tocarme? —pregunto en un susurro.

Él frunce el ceño, confundido.

—¿Qué?

—La cara —aclaro, señalándome la mejilla—. Quiero ver qué siento ahora. A lo mejor me has arreglado.

—¿El qué te he arreglado? —pregunta muy suavemente.

—A mí. —Le cojo la mano derecha. Es grande y está muy caliente comparada con la mía, helada. Tiro de ella con delicadeza hacia mi cara—. Quiero ver si sigo rota.

Dylan deja de respirar. Me deja guiarlo, pero noto la tensión en cada músculo de su brazo. Cuando su palma toca mi mejilla, cierro los ojos instintivamente, esperando el pánico.

Pero no llega. Su mano es áspera y suave a la vez. Su pulgar acaricia mi pómulo con una reverencia absoluta.

Suelto el aire que estaba conteniendo y abro los ojos.

Es Dylan.

No veo a nadie más.

Es su mano la que está tocándome. No otras.

—Talya —ruega—. Me lo estás poniendo que te cagas de difícil.

—No pares —le pido, inclinando la cara hacia su tacto, cerrando los ojos de nuevo y disfrutando de la caricia—. Por favor.

Estamos en el borde del precipicio. El bajo de la música sigue retumbando en las paredes del sótano, sacudiendo el suelo, pero de repente parece estar a kilómetros de distancia. El ruido de la fiesta desaparece y solo puedo escuchar el de su respiración entrecortada y el latido desbocado de mi propia garganta.

Siento su aliento en mis labios. Sé que ha dicho que no, pero la gravedad es demasiado fuerte. Estamos tan cerca que, si uno de los dos respira de más, chocaremos.

Dylan baja la cabeza un milímetro más. Su frente se apoya contra la mía y su pulgar, que hasta ahora acariciaba mi mejilla, se desliza con lentitud hasta rozar la comisura de mis labios. Se detiene ahí, presionando apenas la piel sensible, abriendo mi boca lo justo para que mi aliento se mezcle con el suyo.

—No tienes ni idea —murmura contra mi piel, tan cerca que sus palabras rozan mis labios antes de llegar a mis oídos—. No tienes ni idea de lo que me estás haciendo.

—Dímelo —lo reto en un susurro y, al hablar, mis labios se mueven contra la yema de su dedo.

Él suelta un gruñido bajo, un sonido que vibra en su pecho y resuena en el mío. Su otra mano, la que estaba apoyada en la pared, baja hasta mi cintura. Es un contacto tan suave que me hace estremecer de arriba abajo. Sus dedos se hunden en mi costado, atrayéndome hacia él hasta que no queda ni una brizna de aire entre nuestros cuerpos.

Siento la dureza de su pecho y la rapidez de su corazón que se funde con el mío.

Dylan separa su frente de la mía solo para mirarme a los ojos. Sus pupilas se han tragado por completo todo el verde, convirtiendo su mirada en un pozo profundo y oscuro. Baja la vista a mi boca y se queda ahí, atrapado.

—¿De verdad quieres que te bese? —pregunta con la voz ronca.

Asiento, incapaz de articular palabra sin apartar mis ojos de los suyos.

«Sí. Lo necesito».

Él se inclina. Roza la punta de su nariz con la mía. Siento el calor de sus labios a un suspiro de los míos. Dejo escapar un jadeo involuntario, un sonido pequeño y desesperado que muere justo contra su boca, y cierro los ojos, anticipando el contacto,

rindiéndome…

Pero no lo hace. No me besa.

Se queda ahí, torturándome.

—Pídemelo mañana —dice contra mi boca. Su aliento caliente me hace estremecer—. Pídemelo cuando no estés así.

Su pulgar acaricia mi labio inferior una última vez, una caricia lenta y deliberada.

—Si me lo pides mañana, Talya… —su voz baja todavía más, cargada de intensidad, volviéndose peligrosa—, te juro que no me voy a contener.

Se separa de mí despacio, como si le costara un esfuerzo físico titánico romper el contacto. En el instante en que su cuerpo deja de darme calor, el aire frío del sótano se cuela entre nosotros y me golpea como si fuera una bofetada de realidad.

Me deja ahí, apoyada contra la pared, con el corazón a mil y los labios hormigueando por un beso que no ha ocurrido, pero que siento que lo ha cambiado todo.

—Te llevo a casa —sentencia—. Antes de que me hagas perder la poca cordura que me queda.

Cincuenta y uno

Dylan



«Quiero que me beses».

Me cago en la puta.

Esa frase se ha repetido en bucle en mi cabeza toda la noche, colándose en mis sueños, y mi cuerpo se ha encargado de recordármelo nada más abrir los ojos.

Me paso una mano por la cara, frustrado, y aparto las sábanas de un tirón. Tengo la piel ardiendo y el pulso acelerado, como si acabara de correr una maratón.

Pero no he corrido. Solo he recordado. Su boca.

Joder, su boca.

La forma en que se mordió el labio inferior. La forma en que me miró, con esos ojos enormes y adictivos, pidiéndome algo que llevo queriendo darle desde el día que la encontré en el baño.

Y yo dije que no. Vamos, no me jodas.

Me levanto de la cama con un gruñido y voy directo a la ducha. Abro el grifo del agua fría al máximo. El chorro helado me golpea la espalda y me corta la respiración, pero es lo único que consigue bajarme un poco las revoluciones y devolver la sangre a donde

debería estar.

Apoyo la frente contra los azulejos mojados y cierro los ojos.

«A lo mejor me has arreglado».

¿Quién coño le ha hecho pensar que estaba rota? ¿Quién le ha hecho creer que necesita que la arreglen?

Anoche, en el sótano de Jamie, tuve que usar cada gramo de autocontrol que tengo para no empotrarla contra la pared y demostrarle que no hay nada roto en ella. Que es perfecta. Que encaja conmigo de una forma que me asusta.

Pero no podía hacerlo, porque había bebido. Y quiero hacer las cosas bien con ella. Necesito hacer las cosas bien con ella. Porque si hoy se despertaba arrepentida, yo no iba a saber cómo superarlo.

«Estás bien jodido, Dylan. Esta chica no es como las demás».

Y tanto que Talya no es como las demás. No había sentido este tipo de cosas en mi puta vida.

El viaje de vuelta fue una jodida tortura. Tenerla en mi coche, en el asiento del copiloto, con ese olor a frutas del bosque y al champú de su pelo, fue una prueba de resistencia para la que no estaba preparado.

Se quedó dormida a los cinco minutos, con la cabeza apoyada contra la ventanilla, respirando suavemente. Parecía tan tranquila y ajena al huracán que había desatado dentro de mí… Tuve que conducir con las manos aferradas al volante hasta que los nudillos se me pusieron blancos para no alargar la mano y tocarla. Para no acariciarle el pelo. Para no dar la vuelta y llevármela a cualquier sitio donde estuviéramos solos de verdad y la única música fuera su respiración.

Su respiración.

O, mejor dicho, ese sonido. Ese pequeño gemido que se le escapó justo antes de que me detuviera. Eso también me ha estado

torturando.

Cierro el grifo de golpe, salgo de la ducha y empiezo a secarme el pelo con brusquedad. El espejo me confirma que tengo unas ojeras de la hostia, y no me extraña.

Vuelvo a mi habitación y cojo el móvil de la mesilla con urgencia. Entro en su chat y empiezo a escribir sin pensarlo demasiado.

«¿Cómo estás?». Demasiado soso.

«¿Te duele la cabeza?». Demasiado fraternal.

«¿Todavía sigues queriendo besarme?». Demasiado peligroso.

Bloqueo el móvil y lo tiro al colchón como si quemara en mi mano.

—Dylan —la voz de mi madre golpea la puerta—, ¿vas a bajar a desayunar?

—Sí, mamá. Ahora voy.

Me pongo lo primero que pillo y bajo a la cocina. Mi madre está cortando fruta, y Richard, sirviendo café.

—¿Café? —me pregunta.

—Por favor —suplico.

—¡Dyl! —Elsie entra corriendo a la cocina, vestida con la falda de ballet que usa para sus clases—. ¿Hoy va a venir Talya?

Me quedo clavado en el sitio.

Mi madre alza la vista, divertida. Richard también me mira, con esa ceja levantada que dice saber más de lo que debería.

Genial. Justo lo que me faltaba.

—¿Va a venir, Dyl? —insiste Elsie—. Es domingo y me prometió que íbamos a pintar juntas a Amarillito.

—¿Amarillito? —Me acerco a ella y la cojo en brazos.

—¡Sí! El amigo de Azulito. No quiero que se quede solo.

—Eso tiene muchísimo sentido. ¿Quieres que lo pintemos tú y yo?

—No. Quiero pintarlo con Talya ¿Puedes decirle que venga? Porfi.

Suelto un suspiro que me sale del alma y la dejo en el suelo.

Perfecto, ahora no soy el único obsesionado con ella. Ahora mi hermana también lo está.

Richard se ríe y me tiende la taza de café, que cojo como si fuera agua en medio del desierto.

—Porfi, porfi, Dyl.

—Ahora estará dormida, enana. —Me paso una mano por la nuca—. Ayer se acostó muy tarde.

—Pero ya es de día —protesta ella, con los brazos en jarra. Es una copia en miniatura de mi madre cuando se enfada.

—Yo que tú le haría caso, chico —añade Richard—. Ya sabes que, cuando a las mujeres de esta familia se les mete algo en la cabeza, estás perdido. Es mejor rendirse rápido.

Mi madre asiente dándole la razón.

—Mándale un mensaje, Dylan —interviene ella suavizando el tono. Deja el cuchillo y me mira con esa expresión cariñosa que usa cuando sabe que estoy agobiado—. Si está dormida, ya lo verá cuando se despierte. Dile que venga a comer si le apetece. A nosotros nos gustó mucho esa chica.

—Ya, claro. Os gustó.

«A mí también».

Richard suelta una risita, se cruza de brazos e intercambia una mirada rápida con mi madre. Ahí está. La comunicación telepática de los padres.

Miro hacia la puerta, calculando mis opciones de escape, pero Elsie se ha abrazado a mi pierna como un koala.

Me están tendiendo una emboscada en mi propia cocina.

—No te hagas el duro, anda —dice Richard—. Que se te nota a leguas, chaval.

Frunzo el ceño.

—¿Que se me nota el qué?

—Que te hace tilín.

Bufo.

—Richard, por Dios. ¿«Que te hace tilín»? Nadie utiliza esa expresión.

—Bueno, pues que te gusta —corrige él, divirtiéndose a mi costa —. Que te mola. Que estás coladito por sus huesos. ¿Sigo? Tengo un amplio repertorio.

—No, por favor, no sigas —lo corto—. No pienso tener esta conversación con vosotros. De verdad.

—No es ninguna conversación —dice mi madre sonriendo—. Es solo una observación. Te vimos feliz el otro día mientras Talya estaba aquí.

Me quedo quieto, con la taza de café a medio camino de la boca.

Joder, ¿tan transparente soy?

—Así que —continúa Richard— saca el maldito teléfono y mándale un mensaje. Hazlo por tu hermana, si eso te sirve de excusa.

Miro a Elsie, que me mira haciendo pucheros.

—Muy bien, tú ganas —cedo, despeinando a Elsie—. Voy a escribirle.

—¡Bien! —exclama ella, y se suelta de mi pierna para empezar a dar saltos.

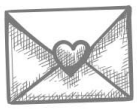
Entro en su chat.

«Hazlo por Elsie», me digo a mí mismo. «Solo por Elsie».

Pero es mentira. Lo hago por mí. Me muero por hablar con Talya.

Cincuenta y dos

Talya



Hoy es, oficialmente, el peor día de todos los que llevo en el Evercrest.

Estoy escondida detrás de la puerta de mi taquilla, fingiendo buscar un libro que no existe, solo para evitar mirar hacia el final del pasillo. Para evitar verlo a él.

Ay, madre.

Cuando abrí los ojos ayer por la mañana, tenía ganas de morirme.

Y no solo por el dolor de cabeza tan horrible que sentía por culpa de esa «bebida de la alegría» que me dio Jamie. También por la increíble vergüenza que sentía después de recordar todo lo que había pasado la noche anterior.

Más bien, lo que no había pasado.

Yo le había pedido que me besara.

Y él no había querido hacerlo.

Porque no quería que me arrepintiese después.

¿Me habría arrepentido?

Claro que no me habría arrepentido.

El alcohol me empujó a pedírselo, pero soy yo la que, por alguna razón, se muere de ganas de estar cerca de ese chico. Cualquier otro se habría dejado llevar. Cualquier otro habría aprovechado mi vulnerabilidad para besarme. Pero Dylan no lo hizo.

Pero me tocó. Y yo no sentí miedo. Estaba muy muy cerca de mí. Y me sentí tranquila. Por primera vez me sentí en paz con un contacto de ese tipo.

Dylan me protegió de mí misma. Puso mi bienestar por encima de su deseo.

«Si me lo pides mañana, te juro que no me voy a contener».

Ay, Dios.

Por todo eso, cuando mi móvil vibró con su mensaje, casi me da un infarto. Pensé durante un buen rato en no leerlo. Me daba miedo hacerlo.

¿Qué tal va tu primera resaca? No quería molestarte, pero tengo aquí a una personita vestida de bailarina que insiste en que un tal Azulito necesita un amigo urgentemente.

Era el mensaje más dulce del mundo. Y yo entré en pánico.

Me imaginé llegando a su casa, con sus padres mirándome, su hermana pequeña haciéndome preguntas y, por supuesto, teniendo que enfrentarme a mirar a Dylan a los ojos después de lo ridícula que me sentía.

Así que hice lo único que sé hacer bien: huir. Y soltar una superexcusa de la forma menos atractiva posible.

Pensar en mi respuesta me da ganas de golpearme la cabeza contra la taquilla.

Estoy llena de vómito. Llevo toda
la mañana abrazada al inodoro.
Dile a Elsie que lo siento mucho.

Cierro los ojos, mortificada, me arde la cara solo de recordarlo. ¿Cómo pude haberle dicho que estaba llena de vómito al mismo chico al que, apenas unas horas antes, le había suplicado que me besara? ¿En qué cabeza cabe? Es la frase menos sexy de la historia de la humanidad.

A pesar de mi asquerosa respuesta, él contestó al segundo de la forma más adorable posible.

Mejórate, preciosa.
Le diré a Elsie que estás malita,
seguro que lo entiende.

Le digo que estoy vomitando y él me llama preciosa. ¿Qué le pasa a este chico? ¿Por qué es de ese modo?

Es imposible que exista alguien así. No conmigo.

—Talya, ¿me explicas qué se te ha perdido ahí dentro? —Una voz a mis espaldas me hace dar un respingo, haciendo que se me caigan todos los papeles al suelo.

—¡Alice, qué susto! —Me llevo una mano al pecho mientras me agacho a recoger el desastre.

—Te estamos esperando. —Inclina la cabeza hacia una esquina donde están Noa y Erik—. Vamos a quedarnos sin mesa en el comedor.

—Eh…, sí. Lo siento, ya voy.

En el comedor. Donde estará Dylan. ¿Cómo se supone que voy a mirarlo a los ojos?

Mi estómago emite un rugido, contradiciendo por completo mi pensamiento de salir corriendo.

—Bueno, ¿qué? —Mi amiga me propina un codazo, divertida, cuando llegamos donde están sus amigos—. ¿Tienes ganas de ver a Dylan?

—¿P-por qué?

Pero sé por qué me lo pregunta.

—Estuvisteis muy juntitos en la fiesta, ¿no?

—¿L-lo viste?

—Todo el mundo os vio, Talya —apunta Noa—. No es como si llevarais una capa de invisibilidad.

Intento ocultar el rostro con los papeles, como si eso me ayudara a desaparecer. No obstante, de poco me sirve.

—Es el peor día de mi vida… —musito.

—Tampoco estabais haciendo nada malo —intenta animarme Erik —. Dos personas que están flirteando en una fiesta.

—¡Flirteando! —Noa chasquea la lengua—. Ni mi abuelo habla así.

Sigo a Alice, Noa y Erik por los pasillos abarrotados hasta que las puertas dobles del comedor nos reciben con su habitual bofetada de ruido, olor a comida caliente y voces superpuestas.

Después de servirnos el menú del día en nuestras respectivas bandejas, mi amiga de la infancia escanea el lugar con los ojos entrecerrados y suelta un bufido.

—Genial, nuestra mesa está pillada. Nos vuelve a tocar acoplarnos con mi hermano y su séquito.

Trago saliva. El corazón empieza a latirme tan fuerte que temo que puedan escucharlo.

A medida que nos acercamos a la mesa, hago un recuento visual rápido y rezo a cualquier fuerza del universo para que haya un sitio

lejos de él. Pero el universo, claramente, tiene un sentido del humor perverso.

Jamie y Harry están sentados en uno de los lados, parece que Nathan se ha saltado la comida hoy, y Dylan ocupa un asiento justo enfrente de Harry.

Mis opciones de escape desaparecen en cuestión de segundos. Noa se nos adelanta y deja su bandeja al otro lado de Jamie, completando esa fila de asientos. Erik preside la mesa, justo al lado de Noa, y Alice, sin pensarlo dos veces, se deja caer en la silla contigua a él.

Y entonces lo veo. El recuento matemático del desastre.

El único hueco disponible de toda la maldita mesa está encajonado justo en el centro. Frente a Jamie. A un lado de Alice.

Y al otro lado de Dylan.

Me obligo a caminar con normalidad, aunque siento que las rodillas me van a ceder en cualquier momento. Me dejo caer en ese hueco, rígida como una tabla, y clavo la mirada en la bandeja de comida que acabo de coger como si los macarrones fueran lo más fascinante que he visto en mis dieciséis años de vida.

Lo que sea con tal de no mirar a Dylan Ashmore a los ojos.

Tal vez ya no se acuerda, ¿no?

«No seas estúpida, Talya. Dylan te llevó a casa. Él no tomó alcohol. Y, además, todos en esta mesa saben lo que pasó».

Ay, Dios.

—¡Hombre, pero si es Monroe la resucitada! —exclama Jamie, apuntándome con el tenedor—. Ya veo que te lo pasaste muy bien el sábado…

El calor me sube por el cuello mientras escucho a Dylan carraspear a mi derecha para que su mejor amigo se calle. Este último capta al vuelo la señal, lo que significa que han hablado de

mí. Han hablado de lo que hice en la fiesta.

—¿Qué tal te sentó mi creación maestra? —pregunta Jamie.

Siento que la cara me arde, pero por fin me atrevo a hablar.

—Por favor, ni la menciones —murmuro—. Juro que no pienso volver a acercarme a nada que tenga ese color radioactivo en mi vida.

—Eso decimos todos la primera vez. Luego el cuerpo se acostumbra —se ríe Jamie, ganándose un golpe en el brazo por parte de Noa.

—Déjala en paz, idiota —le riñe ella—. Es la primera vez que bebe, casi la envenenas.

—Técnicamente, el cuerpo humano interpreta el alcohol como un veneno, así que Noa tiene razón —apunta Harry.

—Tú cállate, friki —replica Jamie, aunque sin maldad, y al segundo los tres se enzarzan en un debate absurdo al que enseguida se unen Alice y Erik.

El foco se aleja de mí, pero mi alivio dura tan solo una milésima de segundo.

A mi lado, Dylan se mueve. Su brazo roza el mío sobre la mesa y siento una descarga eléctrica que me eriza la piel hasta la nuca. Por el rabillo del ojo, veo que tiene su mirada clavada en mí.

Si hago como que no lo he visto, no pasa nada. ¿Verdad?

—¿Vas a hacer como que no existo? —pregunta en voz baja, ignorando por completo la discusión que se está formando a escasos centímetros de nosotros.

Levanto la vista de mi plato con lentitud y atraso el momento que estaba evitando todo lo posible.

«Vale, tranquila, Talya. No pasa absolutamente nada», intento convencerme a mí misma.

Pero mi cuerpo no entiende de razones, porque siento que voy a

vomitar. Y esta vez de verdad.

—Dylan. Hola. —Mi voz sale como un susurro avergonzado.

Cuando mis ojos alcanzan los suyos, creo que me voy a desmayar. La respiración se atasca en mis pulmones.

Esos ojos están igual de verdes y profundos que el sábado, pero hoy no hay rastro de esa intensidad oscura y peligrosa que casi me hace perder la cabeza. Hoy hay calma. Me observa con una paciencia absoluta, como si supiera exactamente el nivel de pánico que me está asfixiando y quisiera frenarlo solo con su presencia.

«Tierra, trágame. Y hazlo cuanto antes».

—¿Cómo estás? —me pregunta.

Trago saliva mientras me pierdo en la forma en que me mira. No hay juicio en su expresión, ni incomodidad, ni tensión, ni reproches. Solo está él, asegurándose de que yo no me rompa en pedazos por culpa de mi propia vergüenza.

—Muy bien —susurro, y me doy cuenta de que, a pesar de los nervios, lo estoy—. ¿Y tú?

Una media sonrisa, de esas que aparecen en mi mente más veces de las que me gustaría, asoma en sus labios.

—Ahora que estás aquí, genial.

Ya está. Estoy completamente perdida.

Un calor reconfortante y dulce se instala en mi pecho, desplazando el nudo de ansiedad que me tenía paralizada.

Y eso, de manera paradójica, hace que el corazón me lata todavía más deprisa.

Le devuelvo una sonrisa tímida, incapaz de articular palabra. Aparto la mirada antes de que me descubra mirándole los labios, pero entonces me doy cuenta de que nuestros amigos han dejado de discutir y están pendientes de Dylan y de mí. Roja como un tomate, vuelvo a centrarme en mi comida.

Acelero el ritmo, apurando el último bocado en tiempo récord. Necesito salir de aquí. Necesito estar a solas para asimilar que, lejos de rechazarme, Dylan parece querer estar todavía más cerca de mí. Que mi atrevimiento no lo ha asustado en absoluto, sino que ha conseguido que la poca distancia que quedaba entre los dos desaparezca por completo.

Tras terminar, cojo mi bandeja con las manos temblorosas y me levanto de golpe, haciendo que las patas de la silla rechinen contra el suelo.

—Alice, te espero en la biblioteca. Voy a ir… adelantando los deberes de Matemáticas.

Alice, que todavía va por la mitad de su plato, me mira sorprendida, pero asiente.

—Vale, acabo esto y te alcanzo.

—Hasta luego —murmuro en general, evitando cruzar la mirada con nadie más, especialmente con él.

Me doy la vuelta y camino rápido hacia las puertas del comedor. Cuando salgo al pasillo, el bullicio desaparece de golpe y dejo escapar un suspiro tembloroso que no sabía que estaba conteniendo.

Me apoyo contra la pared y cierro los ojos un segundo para intentar que mi ritmo cardíaco vuelva a la normalidad. Lo he conseguido, ¿no? He sobrevivido a ver a Dylan y a las miradas de nuestros amigos sin hacer el ridículo.

Una vez me siento un poco más ligera, empiezo a caminar hacia la biblioteca. No obstante, en ese momento escucho unos pasos rápidos a mi espalda.

Me giro por puro instinto.

Ay, no.

Cincuenta y tres

Dylan



Es como ver a un cervatillo asustado a punto de ser atropellado por un camión.

Así es exactamente como me he sentido viéndola comer a una velocidad impactante, con la mirada clavada en los macarrones y las mejillas teñidas de un rojo precioso que no ha sido capaz de disimular.

He intentado ponérselo fácil. Juro que lo he intentado. Primero, le he parado los pies a Jamie. Luego, he bajado la voz con Talya, le he hablado con toda la calma de la que soy capaz y he intentado transmitirle que lo que pasó el sábado no ha cambiado nada.

O, bueno, para mí lo ha cambiado todo.

Porque si ya tenía claro que mis sentimientos por Talya estaban creciendo a la velocidad de la luz, después de aquello solo me queda la certeza de que estoy completa y absolutamente perdido por ella.

Cuando se llevó mi mano a su mejilla… El simple hecho de que me permitiera tocarla, que cerrara los ojos y me pidiera que no parase, que se sintiera a salvo conmigo… Eso me destrozó y me reconstruyó a partes iguales. No sé qué demonios le pasó antes de

llegar aquí, ni quién le hizo creer que necesita que la arreglen. Lo único que sé es que quiero protegerla de todo lo que la asusta. Quiero ser su puto refugio. Quiero tenerla cerca y quiero estar con ella de todas las formas posibles.

Pero, claro, su mente funciona de otro modo. En cuanto le he dejado claro que me alegraba de verla, su cerebro ha hecho cortocircuito.

He visto que se ruborizaba hasta las orejas y que sus enormes ojos brillaban con un destello de pura vulnerabilidad. En prácticamente un segundo, ha terminado sus macarrones y ha salido huyendo hacia la biblioteca como si el comedor estuviera en llamas.

Pero ya empiezo a entenderla. Comprendo su lucha constante entre lo que quiere y lo que debe hacer. La lucha entre el miedo y el deseo. Y necesito borrar cualquier rastro de terror de sus ojos.

Necesito que entienda que conmigo no tiene por qué esconderse.

—¿Vas a terminarte eso? —pregunta Jamie, apuntando a mis macarrones y sacándome de mis pensamientos.

Miro a mi amigo. Luego miro las puertas por las que acaba de desaparecer Talya.

Ni de coña la voy a dejar irse así, pensando que tiene que esconderse de mí.

—Todo tuyo —suelto justo antes de levantarme de golpe.

—¿Vas en busca de Talya? —canturrea él, pero ya no le contesto.

Salgo del comedor a paso rápido y no tengo que buscar mucho. Está ahí, a unos metros de distancia. Se acaba de apartar de la pared y ha comenzado a andar con tranquilidad.

Acelero el ritmo para alcanzarla. El sonido de mis zapatos resuena rápido contra el suelo del pasillo vacío y noto que su cuerpo reacciona al instante al escucharme.

Frena en seco y se gira hacia mí.

Tiene los ojos muy abiertos y las mejillas encendidas, con una expresión de mortificación absoluta cruzándole la cara, como si deseara que el suelo del instituto se abriera y se la tragara ahora mismo.

Parece tan frágil y, joder, es tan preciosa que me vuelve loco de remate.

Me meto las manos en los bolsillos del pantalón para evitar la tentación de tocarla y darle espacio. De todos modos, no detengo mis pasos hasta quedarme a una distancia prudente, lo bastante cerca como para hablar en voz baja.

Es la primera vez que la tengo así de cerca desde el sábado en el sótano de Jamie. Sin el ruido de la música y, sobre todo, sin una sola gota de alcohol en su sistema. Y yo sigo sintiendo el mismo impulso irracional de acercarme lo suficiente como para comprobar si sus labios son tan suaves como imaginé.

«Contrólate, tío».

Sí. Tengo que hacerlo. Así que hundo las manos un poco más en la tela de mis pantalones.

—¿Deberes de Matemáticas? —Bajo un poco el tono de voz y ladeo la cabeza con diversión—. Tienes que admitir que, como excusa para huir de mí, es un poco floja. La del virus estomacal de ayer era mucho más dramática.

La veo tragar saliva. Aprieta los tirantes de su mochila como si le fuera la vida en ello y baja la mirada un segundo antes de volver a clavar esos ojazos en mí.

—Yo… no estaba huyendo —balbucea—. Es verdad que tengo deberes.

—Talya —pronuncio su nombre despacio y doy un paso minúsculo hacia ella—. Vuelves a estar evitándome. ¿Es por lo del

sábado?

Abre un poco más los ojos y se lleva las manos a la cara, avergonzada.

Joder, ¿está avergonzada por lo que dijo? ¿Eso es lo que le pasa?

—Oye, lo siento. —Agacha la mirada—. De verdad, olvida todo lo que te dije. Era mi primera vez bebiendo alcohol y está claro que me sentó mal. Lo siento muchísimo. En serio, haz como si no hubiera pasado nada. Tengo… tengo que ir a la biblioteca.

Lo suelta todo de carrerilla, sin parar a respirar. Después, se da la vuelta tan rápido mientras intenta huir que casi se tropieza consigo misma.

Pero mi cuerpo actúa antes de que mi cerebro tenga tiempo de procesarlo. Saco la mano del bolsillo y la agarro de la muñeca con suavidad, lo justo para detenerla.

Se queda clavada en el sitio. Coge aire con fuerza y se gira hacia mí despacio.

—No me pidas que olvide nada, Talya. Y, desde luego, no tienes que pedirme perdón.

Ella me mira fijamente. Su mirada baja con lentitud, trazando el camino desde mis ojos hasta mi boca y se queda ahí, anclada. Y entonces, como si no fuera consciente de lo que está haciendo, atrapa su labio inferior entre los dientes.

Joder.

Me cago en mi puta vida.

Ese simple gesto me manda directo al abismo. El pulso se me desboca de golpe y tengo que apretar la mandíbula hasta que me duelen los dientes para no acortar la microscópica distancia que nos separa, acunarle la cara entre las manos y besarla de una puta vez para que se le olviden todos sus miedos. Me da exactamente igual que estemos a plena luz del día y que cualquiera pueda vernos.

Pero dije que haría las cosas bien.

Aflojo el agarre de su muñeca y deslizo mi mano hasta rozar la palma de la suya, notando su pulso desbocado.

—Te dije que, si me lo pedías estando sobria, no me iba a contener —le recuerdo en un susurro, obligándola a levantar la vista para mirarme a los ojos—. Y yo siempre cumplo mis promesas. Así que no puedo olvidarlo.

El color rojo intenso le sube por el cuello hasta teñirle las mejillas por completo. Su respiración se vuelve tan rápida e irregular como la mía.

—Yo…, eh…, sí, claro —murmura completamente aturdida. Esquiva mis ojos por un segundo antes de volver a mirarme. Está buscando cómo contestarme, pero su cerebro se niega a colaborar —. Las promesas… está bien cumplirlas.

Se me escapa una sonrisa suave al verla tan nerviosa. Es tan jodidamente adorable…

—Y esperaré. Tengo todo el tiempo del mundo, Talya —le aseguro bajando un poco más el volumen para transmitirle la calma que yo, por dentro, no tengo en absoluto.

Ella parpadea. La incredulidad choca con el miedo que percibo en el ámbar de sus ojos.

—¿Todo el tiempo del mundo? —susurra.

Y puedo ver en su rostro que le asusta la idea de que alguien esté dispuesto a no presionarla. A esperarla de verdad.

—Para ti, sí. Todo el que haga falta.

Me preparo para que suelte otra excusa, para que me dé un tirón, se libere del agarre y salga disparada por el pasillo.

Pero, en lugar de hacer eso, da un paso minúsculo hacia mí. Es un movimiento tan sutil que parece un espejismo, pero para mí es como si acabara de cruzar un océano entero.

Ella traga saliva antes de empezar a hablar.

—Ahora tengo que terminar los deberes, pero… ¿quieres…? —Se aclara la garganta antes de continuar—. Esta tarde tenía pensado volver a esa librería a la que fuimos. Estoy empezando a cansarme de releer siempre las mismas historias… ¿Quieres venir conmigo?

Joder.

Me quedo mirándola, esto me ha pillado totalmente por sorpresa. Que sea ella la que haya dado este paso, que se haya atrevido a pedirme que la acompañe… me vuela la cabeza.

Una enorme sonrisa se abre paso en mi cara sin que pueda evitarlo. El alivio y la felicidad me golpean de lleno.

—Volver a esa librería suena perfecto, Talya.

Cualquier plan que suponga pasar tiempo con ella suena perfecto.

Un suspiro tembloroso escapa de sus labios y veo que la tensión abandona sus hombros de golpe.

—Genial. ¿Nos vemos allí a las cinco?

Ni de coña. No voy a desperdiciar la media hora de trayecto que podríamos pasar juntos. Si puedo exprimir el reloj y estar con ella desde antes, lo pienso hacer.

—Nos vemos en tu puerta a las cuatro y media —la corrijo. Suelto por fin su mano, deslizando la yema del pulgar por su palma en una última caricia antes de apartarme y dejarla ir—. Y ahora ve a hacer esos deberes, chica nueva.

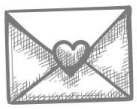
Ella asiente, ruborizada, pero con un brillo completamente diferente en los ojos. Esta vez, cuando se da la vuelta y echa a andar hacia la biblioteca, sus pasos son tranquilos. Ya no corre. Ya no huye de mí.

Y yo me quedo plantado en medio del pasillo mientras veo cómo se aleja, y tengo la absoluta certeza de que las cuatro y media de la

tarde me va a parecer la hora más lejana de mi puta vida.

Cincuenta y cuatro

Talya



¿Conoces esa horrible sensación de tomar una decisión en un momento de valentía absurda y pasarte las horas siguientes rezando para que caiga un meteorito y te libre de las consecuencias?

Pues esa soy yo ahora mismo.

Estoy sentada en el asiento del copiloto del coche de Dylan, con la espalda más rígida que una tabla de planchar y las manos apretadas sobre el regazo. No paro de preguntarme qué se me pasó por la cabeza al hablar con él.

Aunque no es que me haya arrepentido de haberle pedido que me acompañara a la librería.

Bueno, un poco sí.

Siendo sincera, no me arrepiento de pasar tiempo con él. De hecho, cuando aparcó en la puerta de mi casa a las cuatro y media en punto, sentí un aleteo en el estómago que no tenía nada que ver con el miedo y muchísimo con las ganas de encontrarme con él. Pero ahora que estamos encerrados en este espacio tan pequeño, a solas, mi cerebro ha decidido que es el momento perfecto para entrar en pánico.

Él está a escasos centímetros de mí, conduciendo con una sola mano apoyada en la parte baja del volante, con una postura tan atractiva que me resulta casi imposible no mirarlo. El olor de Dylan, esas notas de madera, cuero y suavizante llenan todo el maldito coche, anulando cualquier otro pensamiento racional.

Mi verdadero problema son las ganas ridículas e incontrolables que tengo de hacer que cumpla su promesa de besarme. Y el terror absoluto que me paraliza al pensar en qué pasará si me dejo llevar y de repente mis propios demonios me traicionan y lo estropeo todo otra vez.

«Talya, estás perdiendo la cabeza».

Lo sé. Y también sé que, llegados a este punto, no puedo hacer nada para evitarlo.

Ya está.

Ya la he perdido.

El resto del trayecto transcurre en un silencio que, sorprendentemente, no me resulta nada incómodo, sino expectante.

Solo me atrevo a apartar la vista del parabrisas cuando siento que el coche se detiene y él apaga el motor. Parpadeo algo desubicada.

Estaba tan concentrada en mis propios pensamientos y en no mirar demasiado hacia su lado que no me había dado cuenta de hacia dónde nos estábamos dirigiendo.

Miro a través de la ventanilla y me doy cuenta de que no estamos ni cerca del barrio donde está la pequeña librería a la que fuimos la otra vez. Ha aparcado en George Street, una de las calles más anchas y elegantes del centro de Edimburgo. A esta hora ya es de noche, por lo que las farolas iluminan los imponentes edificios de piedra.

—¿Qué hacemos aquí? —Frunzo el ceño mientras me quito el

cinturón de seguridad—. Aquí no está la librería.

Dylan me regala una de esas medias sonrisas suyas que hacen que el corazón me dé un vuelco y sale del coche sin darme más explicaciones. A los dos segundos, aparece en mi lado para abrirme la puerta.

—¿A dónde vamos, Dylan? —insisto.

El aire helado de la noche escocesa me golpea las mejillas de inmediato cuando salgo. Él cierra la puerta a mis espaldas y se mete las manos en los bolsillos del pantalón para luego mirarme desde su altura con un brillo divertido en sus ojos verdes.

—Es una sorpresa, chica nueva. Tú sígueme.

«Es una sorpresa».

Una parte de mí intenta ponerme en alerta por lo que pueda pasar, porque me ha llevado a otro lugar, pero la silencio. Sé que con Dylan voy a estar bien.

Me muerdo el labio para reprimir una sonrisa y empiezo a caminar a su lado. Bajamos por una de las calles perpendiculares, escuchando el murmullo de la gente que camina deprisa para resguardarse del frío. Al llegar al final de la calle y desembocar en la inmensa y bulliciosa Princes Street, vemos deslizarse un tranvía iluminado que avanza casi sin hacer ruido, fundiéndose con el tráfico nocturno.

Caminamos unos pocos metros por la acera, hasta que Dylan se detiene y señala hacia arriba con la barbilla.

Levanto la vista y me quedo un poco sobrecogida. No es un local normal. Es un majestuoso e imponente edificio de piedra de estilo clásico, encajado entre escaparates modernos. Tiene varias plantas y, justo por encima del balcón del primer piso, destaca un precioso y enorme ventanal curvo, como un mirador antiguo de cristal, que le da un aire de otra época. Justo debajo leo el letrero de letras

blancas sobre un fondo oscuro, perfectamente iluminado: WATERSTONES.

Abro un poco la boca, impresionada. No es solo una librería, es un edificio entero dedicado exclusivamente a los libros.

—Madre mía —murmuro.

—Me dijiste que estabas cansada de releer siempre los mismos libros —comenta él—. Supuse que aquí tendrías un par de opciones más para elegir.

El nudo de nervios que llevaba en el estómago desde hace una hora empieza a deshacerse, dejando paso a una acogedora calidez que se me instala en el pecho.

Ha pensado en esto.

Lo ha planeado.

¿Lo ha hecho solo por mí?

—Venga, vamos. —Empuja una de las pesadas puertas para dejarme pasar.

Dejamos atrás el frío helado y la oscuridad de la calle para sumergirnos en un paraíso rebosante de luz dorada que huele a papel, a tinta y a café recién hecho. Es tan enorme que no sé ni por dónde empezar a mirar, pero Dylan no se detiene en la planta baja.

—Aún no hemos llegado a la sorpresa —me avisa, guiándome hacia las escaleras.

¿Lo dice en serio?

Subimos una planta. Y luego otra. Rodeados de miles y miles de historias.

Allí arriba, el olor a café se vuelve mucho más intenso. Hay una cafetería llena de mesas y estanterías, pero no es eso lo que me deja completamente sin respiración.

Son los inmensos ventanales.

La pared entera ofrece una vista directa y absolutamente

espectacular de la ciudad. El castillo de Edimburgo se alza sobre la roca como una silueta en el cielo nocturno cubierto de nubes. Está iluminado por potentes luces de un tono dorado y anaranjado que lo hacen brillar y destacar de forma espectacular en medio de la oscuridad.

Es una de las vistas más bonitas que he visto en mi vida.

Me acerco lentamente al cristal, hipnotizada, hasta apoyar las manos en el alféizar.

—Guau —es lo único que soy capaz de articular.

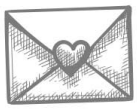
Dylan se coloca a mi lado. Pero, cuando giro la cabeza para mirarlo, me doy cuenta de que él no está mirando el castillo ni las luces doradas ni la ciudad de noche.

Me está mirando a mí.

—Sí —murmura en voz baja, con los ojos fijos en los míos—. Guau.

Cincuenta y cinco

Talya



Creo que he olvidado cómo respirar.

Tengo que obligarme a parpadear y a apartar la vista de sus ojos verdes antes de que mis rodillas decidan dejar de funcionar en medio de la cafetería de Waterstones.

Nunca antes había visto a nadie observarme de la forma en la que lo está haciendo Dylan. Es una mirada tan intensa y enfocada que me hace sentir como si el inmenso castillo iluminado que tenemos justo delante no fuera más que un simple decorado sin importancia. Como si yo fuera el verdadero espectáculo.

La realidad de lo que está pasando me golpea de lleno.

No es solo la intensidad de sus ojos lo que me tiene el corazón latiendo desbocado. Es… todo. Que haya planeado esto para mí. Que me haya traído al lugar donde sabe que me siento más a salvo y que, además, me haya regalado la vista más espectacular de toda la ciudad.

Nadie jamás se había tomado nunca tantas molestias por mí.

De pronto, me siento vulnerable, pero de una forma extrañamente hermosa, trago saliva y me obligo a girar la cabeza

hacia el enorme ventanal curvo para intentar recuperar el control sobre mi propio cuerpo.

—Gracias —logro decir, con la voz un poco más inestable de lo que me gustaría y la mirada fija en el castillo bañado en luz dorada. Esbozo una amplia sonrisa—. Por traerme aquí. Es increíble, Dylan. De verdad.

Siento que acorta un poco la distancia y se detiene a mi lado. No llega a tocarme, pero apoya un hombro contra el marco del ventanal para poder seguir mirándome.

—Si llego a saber que te iba a ver sonreír de esa manera —murmura—, te habría traído aquí el primer día que nos cruzamos.

El calor me sube a las mejillas y tengo que armarme de valor para volver a mirarlo a los ojos. Trago aire, intentando procesar el hecho de que alguien haga esto solo por verme feliz. Y, sin borrar la sonrisa de mi cara, le sostengo la mirada con una gratitud inmensa.

No hace falta decir nada más. El silencio que se instala entre los dos es tan cómodo que cualquier palabra lo estropearía. Me separo lentamente del cristal y le hago un pequeño gesto con la cabeza hacia el interior de la planta para ir a lo que hemos venido.

Durante la siguiente media hora, me sumerjo en mi propio paraíso particular. Paseo por los pasillos repletos de lomos de colores y dejo que el olor a papel nuevo termine de asentar mi pulso. Voy de una sección a otra, acariciando las portadas, leyendo sinopsis al azar y hablándole de mis autores favoritos con una soltura que ni yo misma reconozco.

En un momento dado, le planto un libro delante de la cara para enseñarle una edición preciosa y Dylan lo mira como si de verdad fuera lo más increíble que le han enseñado. Acto seguido, me sigue hasta una mesa de novedades mientras yo hablo.

—¿Ves esa portada de ahí? —Señalo—. ¿No es la más bonita que

has visto en tu vida, Dylan?

—Lo es. —Sonríe.

—Cada vez que veo una portada bonita, quiero leer el libro. Es como si me avisara de que la historia que me espera será tan inolvidable como su exterior, ¿sabes?

Es imposible no ser feliz aquí dentro.

Pero lo más increíble de todo no es que yo esté parloteando sin parar, sino que él me escucha.

Me escucha de verdad.

Cada vez que levanto la vista de un libro, emocionada por alguna trama, me encuentro a Dylan apoyado contra alguna estantería, con las manos metidas en los bolsillos. No hojea las novedades. No mira los títulos. Tampoco se ha quedado sentado en uno de los sofás esperando a que termine.

Me mira a mí.

Todo el tiempo.

Me escucha con una atención tan absoluta que hace que el aleteo de mi estómago sea constante.

Al final, elijo la segunda parte de una serie de romance que llevo meses queriendo continuar. Al llegar a la caja, Dylan hace el amago de sacar la cartera, pero me adelanto y planto el dinero sobre el mostrador.

—Ni lo intentes —advierto—. Suficiente has hecho con traerme hasta aquí y, además, me has escuchado hablar de libros durante toda la tarde.

—Es solo un libro, Talya. Déjame invitarte.

Tras una breve discusión en la que salgo yo victoriosa, salimos a la calle con mi pequeña bolsa de papel en la mano.

El choque del aire helado contra mi cara es instantáneo, pero esta vez no me importa. La calidez que llevo en el pecho es más que

suficiente para no congelarme.

Dylan se detiene en la acera y me mira fijamente.

—¿Te apetece dar un paseo? —Señala hacia los jardines que hay al otro lado de la calle—. Sé que hace frío, pero…

Decido interrumpirlo antes de que pueda terminar la frase. No quiero irme a casa de mis tíos. No quiero que el día termine.

—Me encantaría que diéramos un paseo.

La comisura de sus labios se eleva en una sonrisa suave y aliviada.

Me hace un gesto sutil para que avance a su lado y cruzamos la ancha calle de Princes Street para adentrarnos en los jardines que descansan a los pies de la inmensa roca del castillo.

En cuanto bajamos por uno de los senderos flanqueados por árboles desnudados por el otoño, el bullicio del tráfico se queda atrás. La penumbra del parque y el resplandor anaranjado de las farolas crean una especie de burbuja privada, íntima, solo para nosotros dos.

Miro de reojo su perfil mientras caminamos. Dylan avanza despacio, adaptándose sin esfuerzo a mi ritmo, con las manos metidas en los bolsillos. Aparte, el viento frío le alborota ligeramente el oscuro pelo.

Me he sentido tan bien, tan a salvo con él que sé que ha llegado el momento. Me siento preparada. Y siento que me debo a mí misma dejar de esconderme.

Cojo aire despacio, dejando que el frío me llene los pulmones para darme valor, y detengo mis pasos en mitad del sendero.

—Dylan…

Él frena al instante y se gira hacia mí para prestarme atención, tal y como ha estado haciendo durante la última hora.

—¿Estás bien? —pregunta.

—Sí, eh… Sobre lo del sábado y sobre todo esto… —Me abrazo a mí misma, apretando la bolsa de la librería contra el pecho para intentar contener el temblor de mis manos—. Me gusta estar contigo. Haces que me sienta a salvo —confieso—. Pero… pero tengo muchísimo miedo.

Dylan no dice nada que pueda interrumpirme. Solo da un paso minúsculo hacia mí y asiente despacio para que sepa que me está escuchando.

—Yo…, alguien me hizo mucho daño —suelto por fin. Es la primera vez que lo reconozco en voz alta desde que llegué y la confesión me quema en la lengua—. Me enseñaron lo que pasa cuando bajas la guardia y confías demasiado. Por eso, cada vez que siento que estoy a punto de dejarme llevar, mi cerebro entra en un pánico ciego.

Su mandíbula se tensa de golpe. Un destello oscuro cruza sus ojos por una fracción de segundo al intuir lo que implican mis palabras. Pero desaparece tan rápido como ha venido, sustituido por una suavidad absoluta cuando vuelve a centrarse exclusivamente en mí.

—Me aterra perder el control —continúo con la voz temblando un poco—. Me asusta pensar que, si confío demasiado, mis propios demonios me van a traicionar, voy a entrar en crisis y vas a darte cuenta de que es demasiado difícil estar cerca de mí. Porque estoy demasiado rota.

Silencio.

El viento mueve las ramas sobre nuestras cabezas, pero yo solo puedo escuchar el latido frenético de mi propio corazón mientras espero su reacción.

Dylan no suspira, no se impacienta y, sobre todo, no me mira con lástima.

En su lugar, da otro paso hacia mí. Lo hace despacio, asegurándose de que veo el movimiento, hasta quedarse a un palmo de distancia. Lo suficientemente cerca como para bloquear el viento frío, pero sin llegar a tocarme. Respeta mis límites de una forma que me dan ganas de llorar de puro alivio.

—Talya —pronuncia mi nombre con una voz tan suave y delicada que me desarma por completo—. Mírame.

Parpadeo para espantar la humedad de mis ojos y le sostengo la mirada.

—A mí me da exactamente igual lo rotos que creas que están tus pedazos —asegura con una firmeza que no deja lugar a dudas—. No eres un rompecabezas que yo tenga que arreglar. Y no tienes que hacer absolutamente nada que te dé miedo. Si necesitas que vayamos milímetro a milímetro, iremos milímetro a milímetro. Y, si un día entras en pánico y necesitas dar tres pasos hacia atrás, yo daré tres pasos hacia atrás contigo.

Saca una mano del bolsillo y, con un cuidado infinito, la levanta. La deja en el aire cerca de mi rostro durante un segundo para darme la oportunidad de apartarme.

Pero no lo hago.

Al contrario, me inclino un centímetro hacia él.

Entonces roza suavemente mi mejilla fría con los nudillos. Después, aparta un mechón de pelo que el viento me había echado a la cara. El tacto es tan suave y delicado que lo siento como un salvavidas.

—Te lo dije esta mañana —susurra mientras me acaricia la piel con la yema del pulgar—. Tengo todo el tiempo del mundo. Si decides quedarte, yo no pienso irme a ninguna parte.

«Si decides quedarte».

Esa frase tan simple se me clava en el centro del pecho. No me

está pidiendo que sea valiente por él. No me está exigiendo que cruce mis propios límites ni me está encerrando en una promesa. Me está devolviendo todo el control. Me cede a mí todo el poder de elegir qué quiero hacer con mi propio miedo.

Y es precisamente esa libertad, esa falta absoluta de presión la que hace que mis ganas de salir corriendo desaparezcan por completo.

Cierro los ojos despacio. Y espero. Espero a que las sirenas de alarma de mi cabeza empiecen a sonar, a que el pánico me obligue a retroceder, tal y como hace siempre.

Pero no ocurre.

De nuevo, su contacto no me da miedo.

Todo lo contrario.

El roce de su pulgar solo me transmite seguridad y una paz infinita. Me permito apoyarme un poco más contra su mano, rindiéndome a la evidencia de que, con él, estoy a salvo.

—Gracias —susurro casi sin voz—. Por entenderlo.

Su pulgar detiene la suave caricia sobre mi pómulo, pero no aparta la mano. En su lugar, acuna mi mejilla con un poco más de firmeza, transmitiéndome un calor que contrasta con el aire helado de los jardines.

—Entenderte no me cuesta ningún esfuerzo, Talya —murmura—. Y quedarme aquí contigo tampoco. Es justo lo que quiero hacer.

Siento que su respiración choca contra mi rostro cuando acorta los escasos centímetros que nos separan. El movimiento es exasperantemente lento, tan medido y cuidadoso que me da todas las oportunidades del mundo para dar un paso atrás y romper el contacto.

Pero mis pies se niegan a moverse.

Me quedo quieta, con el corazón latiendo desbocado contra las

costillas, mientras su olor a madera de sándalo y cuero me envuelve por completo. Mi cuerpo se prepara por pura costumbre, como si la cercanía siempre tuviera que doler.

Pero no duele. En su lugar, siento el roce cálido de su respiración en la parte alta de mi rostro, justo antes de que presione un beso lento, suave y profundamente tierno en el centro de mi frente.

El aire abandona mis pulmones en un suspiro largo y tembloroso.

Me quedo inmóvil, empapándome de la sensación de sus labios contra mi piel y del peso seguro de su mano en mi rostro. El miedo se ha evaporado. No hay alarmas sonando en mi cabeza ni ganas de salir huyendo en dirección contraria.

Solo siento una paz inmensa que me ancla a la tierra.

Dylan se separa unos centímetros, lo justo para volver a mirarme bajo la luz anaranjada de las farolas. Me observa en silencio y espera pacientemente a que yo marque el siguiente paso.

Y, en ese instante, arropada por la seguridad brutal que me transmiten sus ojos intensamente verdes, tomo la decisión más aterradora y liberadora de toda mi vida.

Voy a dejar de correr.

Voy a confiar en él.

«Quiero quedarme».

Cincuenta y seis

Dylan



El frío de la mañana en el campo de fútbol debería servir para despejarme la cabeza, pero lo único que hace es recordarme lo fría que estaba ayer su piel.

Llevo más de una hora corriendo, esquivando a mis compañeros y repitiendo los mismos ejercicios de pase hasta que me arden los pulmones, pero mi mente ni siquiera está aquí. Está atrapada en la noche de ayer.

Siento emociones contradictorias.

Por un lado, sigo con esa jodida sensación de euforia metida en las venas. Cierro los ojos un segundo mientras troto por el césped y sigo viendo su cara iluminada por las luces de la librería, sonriendo de verdad, sin esa sombra de tristeza que suele oscurecerle la mirada.

Joder, tiene la sonrisa más absolutamente preciosa que haya visto en toda mi vida. Y, cuando se le marcan esos hoyuelos…, siento que soy hombre muerto.

Verla así de feliz, rodeada de libros y explicándome cosas a las que apenas prestaba atención porque estaba demasiado ocupado

mirándola a ella…, fue una sensación increíble.

Y luego en el parque.

Sentí que sus hombros perdían esa tensión constante. Ayer, por primera vez, dejó de huir. Me dejó acercarme. Siento que he cruzado una barrera invisible y que, por fin, la tengo cerca.

Pero, por otro lado…, me está consumiendo la puta rabia.

La confesión de anoche se repite en bucle en mi cabeza como un disco rayado.

«Alguien me hizo mucho daño. Me enseñaron lo que pasa cuando bajas la guardia y confías demasiado».

Cada vez que recuerdo el temblor de su voz al decirlo, se me tensa hasta el último músculo del cuerpo y la sangre me hierve. Hay alguien ahí fuera que la destrozó. Alguien que la aterrorizó tanto que su primer instinto ahora mismo es salir corriendo en dirección contraria en cuanto alguien intenta acercarse a ella. Y no saber quién cojones ha sido, no tener un nombre o una puta cara a la que destrozar a golpes por haberle provocado esos ataques de pánico, me está volviendo loco.

Un pitido agudo me saca de golpe de mis pensamientos homicidas.

—¡Ashmore! —El grito del entrenador resuena por todo el campo —. ¡A ver si nos centramos! ¡Estoy empezando a cansarme de darte siempre ventajas!

Me detengo en seco y me limpio el sudor de la frente con el antebrazo. Miro el balón, que ha rodado hasta la banda porque no he estado atento al pase. Sé que tiene razón.

Soy plenamente consciente de mis ventajas frente al resto del equipo. Sé que Walter no suele pasar ni una, pero conmigo hace excepciones. Lo demostró del todo cuando me dejó jugar el partido contra Northwood a pesar de haberme escabullido aquel día del

entrenamiento para ir a buscar a Talya. Bastó con agachar la cabeza, pedirle disculpas y darle la razón en todo. Jamie no se equivocaba: la amenaza del banquillo se esfumó en cuanto se dio cuenta de que me necesita en el campo.

Pero también sé que, si lo hace, es porque me lo he ganado. He dado todo para llegar a donde estoy en estos años. He jugado lesionado, he rechazado un millón de planes por estar aquí dejándome la piel. Así que me toca los cojones que se crea con el derecho de dudar de mi compromiso solo porque lleve unos días con la cabeza en otro sitio.

O en otra persona.

Aprieto la mandíbula con tanta fuerza que siento un chasquido en las muelas. Tengo una réplica mordaz en la punta de la lengua, una que le recordaría quién ha salvado la temporada. Pero me la trago. Enfrentarme al entrenador delante de todos no me va a ayudar en nada.

—Lo siento —digo con voz firme—. No volverá a pasar.

—Eso espero, Ashmore. Demuéstrame por qué eres imprescindible en este campo.

En cualquier otro momento, esto me habría consumido por dentro. Mi regla número uno, la que me ha mantenido siempre a flote desde que tengo memoria, es muy simple: no me permito fallar.

Pero hoy, por algún motivo, creo que tengo cosas más importantes en las que centrarme. No me importa haber fallado el pase. En este momento, me importa una mierda este entrenamiento que Walter nos ha metido con calzador antes de las clases para recuperar las horas perdidas.

Lo único que me importa es que suene el pitido final, entrar en el edificio principal y encontrarme con ella.

Media hora después, con el pelo todavía húmedo por la ducha, me siento en uno de los bancos del vestuario para empezar a vestirme con el uniforme del Evercrest. Apenas estoy atándome las zapatillas cuando una toalla sudada me golpea directamente en la nuca.

—Por un momento, he pensado que Walter te iba a arrancar la cabeza para usarla de balón en el próximo partido —suelta Jamie mientras se deja caer en el banco de al lado con un suspiro dramático—. En serio, tío. ¿Dónde cojones tienes la cabeza hoy?

Le lanzo su toalla de vuelta a la cara, pero no puedo evitar que se me escape la risa.

—¿Tú también? No seas exagerado. Ha sido solo un pase.

—¿Un pase? —Jamie se aparta la toalla y me mira como si me hubiera vuelto completamente loco—. Ash, estabas mirando al césped como si en cualquier momento fuera a salir de ahí la respuesta al sentido de la vida.

Me levanto para coger mis cosas y meterlas en la taquilla, intentando darle la espalda para que no me vea la cara, pero Jamie me conoce demasiado bien.

—Espera un momento —arrastra las sílabas con esa lentitud que usa cuando acaba de atar cabos—, ayer saliste cagando leches del entrenamiento. Y hoy llegas aquí con una sobredosis de paciencia zen que no es normal en ti y con una cara de idiota que no te cabe en el cuerpo.

Cierro la puerta de la taquilla de golpe, pero la sonrisa ya se me ha instalado en la cara y es imposible borrarla.

—Cállate, Jamie.

—¡Oh, Dios mío! —Se lleva una mano al pecho y abre los ojos de par en par—. Te hemos perdido oficialmente. El gran Dylan Ashmore ha caído, chavales. ¡Es oficial!

—Estás pirado.

—Por favor, mírate. Estás flotando. Si te pincho ahora mismo, sangras corazones, hermano —se burla, dándome un codazo en las costillas—. Venga, suéltalo. ¿Qué pasó ayer con la señorita Monroe para que ahora tengas esa cara?

Cojo la mochila y me la cuelgo al hombro, negándome en rotundo a darle detalles. Lo que pasó anoche es solo nuestro, de Talya y mío, y no pienso compartirlo ni siquiera con mi mejor amigo. Pero al mirarlo no puedo evitar encogerme un poco de hombros.

—Solo fuimos a dar un paseo.

Jamie resopla y suelta una carcajada breve que resuena en el vestuario casi vacío.

—Un paseo. Ya. Pues bendito paseo. —Me da una palmada en la espalda y su expresión pierde un poco el tono de burla—. Te voy a decir una cosa, Ashmore.

Me quedo mirándolo con las cejas levantadas, esperando a que suelte lo que tenga que soltar.

—Ya, ¿qué pasa?

—No le hagas daño. Talya no es como Emma. Te aviso.

—¿Eres gilipollas? —gruño a la defensiva al instante—. Ya sé que Talya no es como Emma. No tienes que avisarme de nada.

—Por si acaso se te olvida con la emoción, tío. Cuando teníamos siete años, yo estaba cien por cien decidido a casarme con Talya. Era la mujer de mi vida.

Me atraganto con mi propia saliva y me giro hacia él.

—¿Qué cojones estás diciendo? —Frunzo el ceño hasta que casi me duele la frente—. ¿Tú? ¿Casarte con ella? Quítate esa imagen de la cabeza ahora mismo, me está dando algo.

Jamie suelta una carcajada enorme y levanta las manos en son de paz.

—Tranquilo, fiera. Guarda las garras, que no te la voy a robar. Eso fue antes de darme cuenta de que en realidad era como una hermana pequeña para mí. Ahora mismo la idea de casarme con ella me da un poco de grima, la verdad. —Realiza una mueca de asco exagerada, pero enseguida vuelve a mirarme con un deje de seriedad en los ojos—. Pero ya me entiendes, Ash. Es sensible. Así que más te vale cuidarla, porque, si le rompes el corazón, seré yo mismo quien convenza a Walter para que te eche del equipo a patadas.

Le sostengo la mirada. Ya sé que tengo que cuidarla, no hace falta que él me lo diga. Pero ver el instinto protector de mi mejor amigo hacia ella es algo que respeto profundamente.

—Antes me corto un brazo que hacerle daño, Jamie —le respondo—. Así que puedes estar completamente tranquilo.

Él asiente y se cuelga la mochila al hombro.

—Más te vale, Romeo. Venga, mueve el culo que llegamos tarde.

Unos minutos después, recorro el pasillo principal hacia la zona de las taquillas. El bullicio me envuelve, pero mis ojos escanean las cabezas buscando únicamente la suya.

Pero, en su lugar, me cruzo con algo mucho más molesto.

Unos metros más adelante, la pesada puerta del despacho de dirección se abre y Violet sale al pasillo. Lleva una de esas sonrisas de superioridad que no me gustan ni un pelo. Emma la está esperando apoyada contra la pared y, en cuanto Violet llega a su altura, le pasa lo que parecen un par de folios doblados y le susurra algo con urgencia. Emma abre mucho los ojos y luego suelta una risita venenosa.

A saber qué cojones están tramando estas dos.

Paso por su lado sin aflojar el ritmo. Emma levanta la vista de los papeles y su sonrisa se ensancha al verme. Da un paso al frente

para intentar cortarme el paso.

—¡Dylan! —canturrea—. Justo a ti te buscaba. ¿Tienes un minuto?

Ni siquiera me detengo. Me limito a esquivarla con total frialdad sin borrar la expresión dura de mi cara.

—Estoy ocupado, Emma.

—¿Ocupado? ¿Con qué? —pregunta, visiblemente ofendida porque no me haya parado a rendirle pleitesía.

No le contesto, sigo mi camino sin perder el tiempo.

—¡Tú te lo pierdes! —grita desde atrás—. ¡Disfruta mientras puedas, Ashmore! ¡Me estoy empezando a cansar de tus tonterías!

No le hago ni puto caso. El que está completamente cansado de «sus tonterías» soy yo. Sus amenazas vacías me importan una mierda.

Y, entonces, como si fuera el antídoto a toda la toxicidad de este instituto, la veo.

El murmullo del pasillo, los gritos de Emma a mis espaldas y los golpes metálicos de las taquillas desaparecen de golpe, silenciados por completo.

Talya está junto a su taquilla, sacando un par de libros. Tiene la mirada baja, concentrada en lo suyo y completamente ajena a mis emociones justo a un par de metros de ella. Solo con mirarla, con ver que se le escapa un mechón de pelo castaño por encima del hombro del uniforme, siento que la tensión de la mandíbula se me afloja.

Es increíble lo que esta chica hace conmigo. Me desestabiliza con solo respirar.

Me acerco a ella, esquivando a un par de alumnos, y me coloco a su lado. Entro en su campo de visión despacio. Anoche tuve que volver a usar todo mi autocontrol para no cruzar la línea, y hoy me

toca hacer exactamente lo mismo. Frenar. Ir milímetro a milímetro.

Talya se gira de golpe y, por un segundo, temo ver ese muro de contención en sus ojos.

Pero no.

En cuanto sus ojos conectan con los míos veo que su cuerpo se relaja. Sus labios se separan un poco y un rubor que empieza a volverme loco le sube por el cuello.

—Buenos días. ¿Por qué capítulo vas del libro que compraste ayer?

Le dedico una de mis mejores sonrisas y lo peor de todo es que ni siquiera tengo que forzarla. Me sale sola simplemente al mirarla.

Joder.

Ella sonríe y me regala una sonrisa tímida. Una de verdad y solo para mí.

—Buenos días, Dylan. Eh… —se queda callada unos segundos—, por el quinto.

Apoyo el hombro en la taquilla de al lado, dejándome envolver por esa calma extraña que solo ella consigue transmitirme.

—¿Qué clase tienes ahora?

—Historia.

Estiro una mano y le quito el libro más pesado que sujeta contra el pecho para llevarlo yo.

—Vamos. —Hago un gesto con la cabeza hacia el pasillo—. Te acompaño mientras me cuentas si Stella y Robert por fin han arreglado las cosas después del drama del primer libro, o si la autora te va a hacer sufrir otra vez.

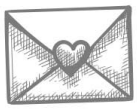
Me mira sorprendida, como si todavía no estuviera acostumbrada a que alguien quiera hacer algo tan simple como caminar a su lado y hablar de libros, pero termina asintiendo.

Y ese pequeño gesto afirmativo me hace sentir el puto rey del

universo.

Cincuenta y siete

Talya



He pasado toda mi vida esperando el desastre.

Mi cerebro está literalmente programado para eso. Para calcular el momento exacto en el que las cosas van a salir mal, en el que la gente se va a cansar de mí o en el que alguien en quien he confiado va a fallarme y mis propios secretos van a usarse en mi contra. Por eso construí un muro a mi alrededor. Era mucho más fácil no dejar entrar a nadie que tener que lidiar con la certeza de que, al final, todo el mundo acaba fallándote.

Pero estas últimas semanas… Estas semanas el muro se ha ido agrietando milímetro a milímetro.

Y lo peor de todo es que ni siquiera he intentado detenerlo.

Desde aquella visita a la librería y el paseo por los jardines, Dylan ha cumplido su promesa con una precisión que me asusta y me fascina a partes iguales. No me ha presionado en ningún momento. No ha intentado cruzar ninguna línea. Simplemente ha estado ahí.

Y de verdad…, me siento tan a salvo con él…

Me gusta tanto estar con él que me da miedo.

Porque sé que, si pasa algo, si mi cabeza tiene razón en que confiar en Dylan Ashmore es un completo error, yo no voy a saber cómo recuperarme.

No puedo pasar por algo así otra vez.

No puedo pasar por algo así con Dylan.

Pero es que es tan diferente… Tengo sentimientos que no sabía que se podían sentir. Que no sabía que yo podía sentir.

El martes pasado, me esperó apoyado en mi taquilla para preguntarme por qué capítulo iba de la novela que compramos el día anterior. Y no lo hizo por compromiso; se acordaba perfectamente del nombre de los protagonistas y de la trama que le había soltado a trompicones en la librería. Me escuchó hablar del libro durante otros diez minutos seguidos con esa atención absoluta, haciéndome sentir que lo que yo decía era lo más interesante del mundo.

Hace tres días, Alice no me pudo acompañar a la biblioteca porque tenía que preparar un discurso, así que él me acompañó y se pasó casi una hora explicándome todo lo que necesitaba entender para el examen de Matemáticas.

Me ha dejado respirar. Me ha dejado ser yo misma sin exigirme nada a cambio.

Y el resultado ha sido aterradoramente maravilloso: por primera vez en años, el pánico ha desaparecido. Me he descubierto a mí misma buscándolo con la mirada en los pasillos, sonriendo al ver su coche aparcado por las mañanas y sintiendo ese aleteo constante de las mariposas en el estómago cada vez que sus ojos verdes se clavan en los míos.

He bajado la guardia. Lo sé. Soy muy consciente de ello.

Pero no me importa en absoluto.

Hoy es el último día de clases antes de las vacaciones de Navidad. Y solo el hecho de pensar en pasar dos semanas completas

atrapada en esa casa, sin el respiro que supone ver a Dylan y a los chicos cada día, me asfixia.

También es el día de la conferencia que el Evercrest lleva preparando semanas. Es una charla sobre orientación escolar que, por lo que he oído, organizan todos los años para los alumnos de S5 y S6. Es un evento importante.

Acuden representantes de varias universidades y antiguos alumnos que ahora dirigen multinacionales o han ganado premios, todos dispuestos a vendernos la idea de que nuestro futuro empieza hoy. O ayer. O hace cinco años, según el nivel de estrés que quieran meternos en el cuerpo. Básicamente, un despliegue de ego en toda regla.

Ahora, Alice, Jamie, Harry y yo estamos en el patio, esperando a que suene el timbre que indica que es la hora de la charla.

—Espero que al menos haya un catering decente después de que nos taladren el cerebro con la importancia de la «proactividad» y las «sinergias» —se queja Jamie en voz alta—. Si voy a escuchar a un tío trajeado de cuarenta años decirme que soy el dueño de mi destino, mínimo quiero un sándwich de salmón con extra de queso crema.

—Sigue soñando, Hartley —se burla Harry—. El año pasado nos dieron una botella de agua del grifo y adiós muy buenas.

Alice pone los ojos en blanco a mi lado mientras se ajusta la bufanda para protegerse del frío helado de la mañana.

—No le hagáis caso a mi hermano, está de mal humor porque lo han obligado a ponerse la corbata del uniforme y dice que le corta la circulación.

Me río por lo bajo, a punto de contestar, pero entonces siento que alguien se coloca justo a mi lado. El olor a madera de sándalo me envuelve un segundo antes de que levante la vista.

Dylan lleva el uniforme impecable, con la corbata perfectamente anudada y el pelo un poco alborotado. Saluda a los chicos con un gesto de cabeza, pero sus ojos verdes vienen directos hacia los míos.

—Buenos días —murmura.

Su hombro roza ligeramente el mío, es un contacto tan sutil que no creo que nadie más pueda notarlo, pero a mí me manda una descarga eléctrica directa al pecho.

—Buenos días —respondo mientras siento cómo el calor me inunda las mejillas.

Dylan le dedica una mirada burlona a Jamie.

—¿Todavía te estás quejando por ese sándwich de salmón? Te he escuchado desde la otra punta del patio.

—Es una necesidad básica, Ash —replica él, ajustándose el nudo de la corbata con una mueca de asfixia—. Mi cerebro necesita omega-3 para soportar dos horas de discursos motivacionales sin entrar en coma.

Harry se echa a reír y le da una palmada en la espalda que casi lo tira al suelo.

Dylan niega con la cabeza.

—Tu cerebro necesita un milagro, no omega-3.

Alice y yo cruzamos una mirada divertida mientras los chicos empiezan a discutir sobre si sentarse al fondo o cerca de las puertas de emergencia para poder escapar rápido. Me encanta estar aquí, congelándome de frío en el patio, pero sintiéndome parte de algo.

Dylan se gira hacia mí, ajeno a la discusión de sus amigos.

—¿Preparada para aguantar dos horas de lecciones de vida de un puñado de enchaquetados? —pregunta con esa media sonrisa que hace que el corazón me dé un vuelco ridículo.

—He estado practicando mi cara de fascinación absoluta toda la

mañana —bromeo.

Él suelta una risa grave y corta justo cuando el sonido agudo y ensordecedor del timbre cruza el patio. Esto interrumpe las quejas de Jamie y da la señal de que ha llegado la hora.

Nos unimos a la marea de estudiantes que empieza a caminar en masa hacia el interior del edificio para ir a la sala de conferencias. Dylan se las arregla para caminar pegado a mí, sirviendo casi de escudo contra el resto de la gente.

Se inclina un poco y acerca su boca a mi oído para que pueda escucharlo por encima del ruido.

—Tenemos que hablar luego. —El susurro hace que un escalofrío me recorra la nuca—. Sobre las vacaciones.

Lo miro de reojo.

—No pienso pasarme más de dos semanas sin verte, Talya.

La seguridad con la que lo dice no deja lugar a dudas.

—Me parece bien —alcanzo a decir.

Otra vez esas malditas mariposas.

Y mi corazón. Mi pobre corazón…

La sala de conferencias está irreconocible. Ese espacio enorme con moqueta azul que suelo ver vacío o con mesas de trabajo desperdigadas, hoy está abarrotado de filas interminables de sillas orientadas hacia el escenario del fondo, donde un atril con el escudo del Evercrest brilla bajo los focos. A los lados del aula se extienden varias mesas largas cubiertas por montañas de carpetas de color verde con el logo del instituto grabado en plata.

Se me escapa una sonrisa involuntaria al verlas.

Las reconozco perfectamente. Son las mismas carpetas que Dylan y yo estuvimos preparando aquella mañana a solas.

Como suele pasar en este tipo de eventos, el caos para sentarse nos divide. Alice me agarra del brazo y me arrastra hacia unas

butacas libres en la sexta fila, mientras que Dylan y los chicos del equipo se ven obligados a sentarse tres filas más adelante por culpa del entrenador Walter, que los acorrala desde el pasillo central para que se sienten todos juntos.

Alice deja su abrigo sobre el asiento vacío a su lado para guardarle el sitio a Noa, que todavía no ha aparecido. Yo me quito la chaqueta, me siento en la butaca de terciopelo y suspiro.

A unos metros de distancia, veo a Dylan buscarme entre el mar de cabezas y, cuando me encuentra, me dedica una última sonrisa antes de dejarse caer en su butaca.

Noa llega corriendo apenas un minuto después, justo antes de que el ruido de cientos de alumnos hablando a la vez empiece a apagarse.

El director del instituto acaba de subir los pequeños escalones del escenario.

—¡Buenos días a todos, alumnos y claustro de profesores! —empieza—. Hoy es un día fundamental para vuestro futuro…

Desconecto en ese momento, consolándome con la idea de que todavía me queda otro curso entero por delante y tendré que tragarme esta misma charla el año que viene. Me paso la siguiente hora intentando mantener los ojos abiertos mientras representantes de distintas universidades nos bombardean con porcentajes de éxito y notas de corte. A mi lado, Alice toma apuntes rápidos en una libreta pequeña y Noa lucha activamente por no quedarse dormida.

Finalmente, el último de los ponentes encorbatados abandona el atril entre aplausos educados, y el director del instituto vuelve a subir los pequeños escalones del escenario para acercarse al micrófono. Se ajusta las gafas y sonríe hacia el patio de butacas.

—Muchas gracias a todos nuestros invitados por compartir su inestimable experiencia con nosotros —dice proyectando la voz—.

Para cerrar este acto, y antes de dar comienzo oficialmente a las merecidas vacaciones de Navidad, nos gustaría cederles la palabra a los verdaderos protagonistas de esta institución: nuestros alumnos.

Los murmullos en el salón de actos aumentan un poco ante la perspectiva de que esto por fin se acabe.

El director hace un gesto solemne hacia el lateral del escenario.

—El comité estudiantil ha preparado una breve intervención sobre los valores que definen al Evercrest: nuestra comunidad, la solidaridad y, por supuesto, nuestro programa de integración y becas, que es un orgullo para nosotros. Para ello, pido un fuerte aplauso para la presidenta del comité. Adelante, señorita Blackwood.

El aplauso resuena en la inmensa sala, mucho más enérgico que los anteriores.

Un escalofrío helado me recorre la espalda en cuanto veo a Emma aparecer por el lateral.

Lleva el uniforme inmaculado, el pelo rubio cayéndole en ondas perfectas por la espalda y una de esas sonrisas de niña buena que domina a la perfección. Camina hacia el micrófono con una seguridad depredadora. Desde mi asiento, puedo ver que Violet, la hija del director, se cruza de brazos y sonríe con malicia.

—Buenos días a todos —empieza Emma con una voz suave y aterciopelada—. Hoy estamos aquí para hablar de futuro, de excelencia y de oportunidades. Pero las universidades que nos visitan saben mejor que nadie que el verdadero mérito no siempre está en un expediente perfecto, sino en la capacidad de superación. En la resiliencia.

El silencio en la sala es absoluto.

—A veces, los que nacemos con privilegios, con familias estructuradas y el futuro asegurado nos olvidamos de lo duro que es el mundo real —continúa—. Por eso, desde el comité estudiantil,

queremos hacer hincapié en la importancia de acoger a esos alumnos que vienen de pasados… complicados. Alumnos que son un verdadero ejemplo de supervivencia.

El estómago se me encoge y empiezo a tener un mal presentimiento.

—Y creo que no tenemos mejor ejemplo de supervivencia que nuestra nueva compañera. —Su mirada empieza a buscar a alguien entre el público, hasta clavarla en mí.

No.

Por favor, no.

—Talya —pronuncia mi nombre al micrófono y cientos de cabezas se giran hacia mí al mismo tiempo—, desde el comité queremos aplaudir tu valentía. Perder a tu madre hace apenas unos meses tuvo que ser devastador. Y no solo eso —baja el volumen, fingiendo tristeza—. Sobrevivir al hecho de que tu propio padre sea un monstruo, que aguantaras sus terribles abusos y aun así sigas aquí…, eso es digno de aplausos. Por favor, un aplauso para Talya.

El sonido de los aplausos arranca despacio, dubitativo al principio, pero en cuestión de segundos estalla en una ola ensordecedora que me golpea como si fuera física.

Están aplaudiendo.

Cientos de personas dándome palmadas de lástima.

El aire desaparece de la sala por completo. Intento respirar, pero es como si tuviera un bloque de cemento aplastándome el pecho; mis pulmones se han cerrado herméticamente. Un pitido agudo, continuo y doloroso me ensordece, ahogando así el ruido del auditorio hasta convertirlo en un zumbido lejano.

Siento una mano tirando de mi brazo.

Es Alice.

Se ha girado hacia mí con los ojos muy abiertos por el horror.

Sus labios se mueven deprisa, me está diciendo algo. Quizá está gritando mi nombre, pero no escucho absolutamente nada.

La sangre abandona mi cabeza a una velocidad vertiginosa. Una oleada de mareo me golpea con tanta fuerza que mis dedos se clavan en los reposabrazos de la butaca para no caerme hacia delante. La visión se me empieza a nublar por los bordes y se convierte en un túnel oscuro.

Me voy a desmayar.

Me voy a desmayar aquí mismo.

Cientos de caras giradas hacia mí.

Ojos clavados en mi nuca.

Susurros.

Morbo.

Compasión.

Mi secreto. La peor pesadilla de mi vida expuesta como si fuera la atracción principal de un circo.

Otra vez.

Y entonces, a través del pánico ciego que me está asfixiando, mi cerebro hace clic. La traición me atraviesa el pecho como un cuchillo al rojo vivo.

Solo había una persona en todo este maldito edificio que sabía lo de mi madre.

Solo una persona a la que le había confesado parte de mis miedos.

Solo una.

Con el cuerpo temblando en espasmos incontrolables y las lágrimas calientes quemándome los ojos, levanto la cabeza y busco a ciegas su fila.

Dylan ya se ha girado.

Me está mirando desde tres filas más adelante. Tiene la

mandíbula desencajada, los ojos muy abiertos y una expresión de shock absoluto en la cara. Hace ademán de levantarse, pero mi mente ya no procesa sus movimientos. Mi cerebro, ese que lleva toda la vida avisándome de que esto iba a pasar, dicta sentencia de inmediato.

«Me lo prometiste», le lanzo en silencio con la mirada.

El muro que tanto me estaba costando derribar no solo se ha vuelto a levantar de golpe.

Acaba de sepultarme viva.

Tengo que salir de aquí.

Me levanto de un tirón, tropezando con mis propias piernas. Me libero del agarre de Alice y me abro paso a empujones por la fila de butacas, pisando abrigos y mochilas, ciega y sorda a todo lo que no sea la puerta de salida.

Lo consigo, salgo del aula mientras siento que las rodillas me van a fallar en cualquier momento.

—¡Talya!

Su voz.

Esa voz, que hasta hace apenas unos minutos era mi único refugio, resuena a mis espaldas. Pero, en lugar de calmarme, funciona como un latigazo.

Me quema la piel.

El dolor en mi pecho se multiplica por mil.

No miro atrás. No puedo.

Mis pulmones siguen negándose a funcionar. Creo que me estoy ahogando.

Corro.

Corro con la visión borrosa por las lágrimas. Corro con la misma desesperación ciega con la que huía cuando era una niña. Corro alejándome del ruido, de las miradas, de la lástima y, sobre todo,

alejándome del chico de ojos verdes que me prometió que nunca me haría daño para luego destrozarme en mil pedazos.

Tenía razón.

Mi cerebro siempre tuvo la razón.

Nadie te salva. Todos te acaban empujando al vacío, como hizo Óscar.

Cincuenta y ocho

Un año atrás

A Óscar le importo de verdad.

Eso es lo que me digo a mí misma todos los días para justificar por qué lo estoy dejando entrar.

Se sienta a mi lado en clases. Me pasa los apuntes. No se ríe de mi acento al hablar en un español que no es en lo más mínimo perfecto.

También me escucha, ¿verdad?

Sí, yo creo que me escucha.

Sabe que hay algo que no le he contado. Algo que me impide ser «una chica normal». Y le preocupa. Por eso siempre me dice: «Puedes contármelo, Talya, estoy aquí para ti» o «Si no me lo cuentas, no puedo ayudarte».

¿Soy egoísta por no querer compartir mis miedos?

«Eres egoísta, Talya, yo te he contado todo sobre mí», suele contestarme ante mi negativa. «Yo solo quiero ayudarte, para que puedas ser normal».

No sé si en algún momento seré eso a lo que él llama «normal». Pero confío en él. O, al menos, eso creo.

Una tarde, mientras estamos en su jardín, acabo cediendo. Me derrumbo. Lloro hasta quedarme sin aire y le cuento lo de mi padre. Las manos. El asco. El miedo paralizante. Le cuento todo. Él me

abraza, me acaricia el pelo y me dice que soy muy valiente.

Me hace sentir a salvo.

Y lo he soltado. Ya no solo lo sabe mamá. Ahora también lo sabe él.

Pero llega el día de la fiesta de Halloween.

La casa está llena de gente, la música retumba en las paredes y huele muchísimo a alcohol y a humo. Me abro paso entre la multitud del salón para buscar a Óscar y decirle que quiero irme a casa. Me duele la cabeza y no me encuentro del todo bien. Alguien me dice que ha salido a la terraza, así que me dirijo hacia el pasillo trasero.

La puerta de cristal está entreabierta. Levanto la mano para empujarla, pero entonces oigo mi nombre.

—… Ya ves, tío. Talya es intensa de cojones.

Me detengo en seco. La sonrisa que llevaba en los labios se me borra de un plumazo. Es la voz de Óscar. Y no suena como el chico dulce que me abrazó en el jardín. Suena… diferente. Suena frío. Burlón.

—Pero está buena, ¿no? —pregunta otro chico; a su comentario le siguen un par de risas.

—Sí, joder, sí. Por eso aguanto —responde él. Oigo el sonido metálico de un mechero—. Pero es un puto drama. El otro día me soltó un rollo extraño con su viejo. Abusaba de ella. Está bien traumatizada. Se tiró dos horas llorando en mi casa. Un cuadro, chaval.

Siento que me han arrancado el suelo bajo los pies.

El aire se vuelve sólido en mis pulmones. Intento dar un paso atrás, pero mi cuerpo no responde.

«Un cuadro».

Mis pesadillas. Mi mayor dolor. Resumido en dos palabras y usado como anécdota para hacer reír a sus amigos.

—Joder, qué mal rollo, ¿no? —dice el otro, pero no suena escandalizado, sino divertido—. Yo saldría corriendo. Demasiado equipaje.

—Ya… Pero, bueno, tiene sus ventajas —contesta Óscar con un tono que me revuelve el estómago de una forma tan violenta que me dan ganas de vomitar—. Las tías así, las que están rotas por dentro…, son más agradecidas. Se creen que las estás salvando y luego hacen lo que quieras con tal de que no las dejes. Es facilísimo manipularlas. Además, ya viene «enseñada», ¿no?

Las carcajadas estallan en la terraza.

Se ríen.

Se ríen de lo que me hizo mi padre.

Se ríen de mi dolor, de mis lágrimas, de mi inocencia destruida.

Me llevo las dos manos a la boca para ahogar el sollozo que me desgarra la garganta. Doy un paso atrás, luego otro, y echo a correr por el pasillo hacia la puerta de la calle, chocando contra la gente sin ver nada.

Tres días después, el lunes por la mañana, se desata el verdadero infierno.

Llego al instituto y lo sé al instante. No hace falta que nadie me diga nada. Lo veo en la forma en que los grupos de los pasillos se callan cuando camino. Lo veo en las miradas furtivas de los chicos en la cafetería, en las sonrisas asqueadas de algunas chicas, en los susurros a mis espaldas.

Óscar no solo se lo ha contado a sus amigos en la terraza. Se lo ha contado a todo el mundo.

De repente, ya no soy Talya. Soy la chica rota. La víctima. El juguete dañado que viene «enseñado» de casa.

Encerrada en el último cubículo del baño de chicas, con las rodillas pegadas al pecho y el corazón convertido en cenizas, tomo

una decisión.

Me prometo a mí misma que nunca más confiaré.

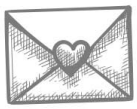
Me juro que nadie volverá a tener el poder de hacerme sentir tan minúscula, tan humillada y tan sucia. Voy a construir un muro de hormigón armado, ladrillo a ladrillo, bloqueando cualquier entrada. Si no dejo entrar a nadie, nadie podrá destruirme desde dentro. La confianza es una trampa para idiotas, y yo no voy a volver a caer.

Nunca.

Y es una promesa que pienso cumplir el resto de mi vida.

Cincuenta y nueve

Talya



Mis pulmones arden.

Me duelen las piernas de tanto correr, pero no me detengo hasta que llego al baño de la segunda planta, el que está al final del pasillo y que casi nadie usa.

Entro de un portazo, corro hacia el último cubículo y cierro el pestillo con las manos temblando tan fuerte que apenas acierto a la primera.

Me dejo caer al suelo. El frío de los azulejos me cala a través de la falda del uniforme, pero me da igual. Me abrazo las rodillas contra el pecho, escondo la cara y dejo que el ataque de pánico me consuma.

Es exactamente igual.

Exactamente la misma postura, el mismo frío, el mismo terror ciego que sentí hace un año cuando Óscar me destrozó la vida por segunda vez.

El bucle se ha repetido y mi pensamiento se encarga de recordármelo.

«Te avisé, Talya».

«Te dije que no podías confiar».

«Eres una estúpida por haberlo hecho».

«Mira cómo estás ahora. Y no tienes a mamá para consolarte».

Esa es la peor parte.

Hace un año, cuando salí corriendo de aquel instituto sintiendo que me moría de vergüenza, mamá estaba esperándome. Me abrazó en el sofá de nuestro piso minúsculo, me acarició el pelo mientras yo lloraba hasta vomitar y me prometió que todo estaría bien. Me prometió que ella me protegería de todo y de todos.

Pero ahora no hay sofá. Ni un piso minúsculo en el que refugiarme.

No hay manos suaves apartándome el pelo de la cara.

Mamá ya no está.

Y yo estoy completamente sola.

Sola en una casa enorme, con unos tíos para los que no soy más que una obligación.

Sola en un instituto lleno de gente a la que le divierte usar mi desgracia como una anécdota.

Sola porque la única persona a la que le había dado la llave para atravesar mis muros perfectamente construidos la ha usado para prenderle fuego a todo.

Soy tan estúpida… Tan rematadamente ingenua…

¿Cómo he podido pensar que él era diferente?

Me creí sus silencios, su forma de cuidarme, su promesa de ir «milímetro a milímetro». Me creí que de verdad le importaba, cuando lo único que estaba haciendo era coleccionar mis secretos para dárselos a Emma.

Un sollozo violento me desgarra la garganta. Me muerdo el dorso de la mano con tanta fuerza que noto el sabor a sangre, solo para ahogar el grito de puro dolor que amenaza con salir de mi boca.

«No tengo a nadie».

Vuelvo a ser la niña pequeña, inútil y asustada escondiéndose en la oscuridad y deseando desaparecer.

Lloro hasta quedarme sin lágrimas, hasta que la garganta me escuece y el pecho me duele al coger aire. Y, por supuesto, el pitido de mis oídos no ha desaparecido.

No sé cuánto tiempo pasa. Pueden ser diez minutos o una hora. El silencio del baño solo se rompe por el eco de mis propios sollozos ahogados.

Hasta que la puerta principal chirría al abrirse.

Me quedo paralizada, conteniendo la respiración.

Unos pasos apresurados y erráticos resuenan en las baldosas.

—¿Talya?

Es Alice. Su voz suena agitada, como si también hubiera estado corriendo por todo el instituto buscándome.

Cierro los ojos con fuerza y me muerdo el labio inferior para no hacer ruido. No quiero que me vea así. No quiero ver la lástima en sus ojos, ni que me haga preguntas sobre mamá ni sobre el monstruo ni sobre nada.

Los pasos se acercan y se detienen justo delante de mi puerta.

—Talya, sé que estás ahí. —La voz de Alice tiembla un poco, pero se esfuerza por mantenerla firme—. Veo tus zapatos por debajo de la puerta.

Trago saliva. El sabor a sal y a pánico me inunda la boca.

—Vete, Alice —consigo decir. Mi propia voz suena ronca, rota, como si perteneciera a otra persona—. Por favor. Vete.

—Ni de broma.

Escucho un roce suave contra la madera y, de repente, siento a Alice sentarse en el suelo al otro lado de la puerta, apoyando la espalda contra mi cubículo.

—No me voy a ir a ninguna parte —asegura, suspirando de forma audible—. Puedo quedarme aquí sentada todo el día. Las vacaciones de Navidad ya han empezado de todos modos. No tengo prisa.

Un sollozo traicionero se me escapa del pecho. Me tapo la boca rápidamente con las dos manos.

—Está bien, Talya. Respira. Coge aire despacio —me pide Alice con una suavidad que me rompe aún más.

Lo intento. Sigo el ritmo de la respiración que escucho al otro lado de la puerta hasta que el pitido de mis oídos empieza a disminuir.

El silencio se instala entre nosotras durante un rato largo. Un silencio denso y pesado. Solo se escucha mi respiración entrecortada y la de Alice al otro lado.

—Lo que ha dicho Emma…

—Emma es una grandísima hija de puta —suelta Alice de golpe —. Noa ha estado a punto de matarla. Si no llegan a frenarla, le habría arrancado la cabeza ahí mismo. Es una víbora retorcida y cruel.

Un sollozo débil se me escapa al imaginarme la escena. Noa dando la cara por mí. Pero el alivio dura un segundo antes de que la realidad vuelva a aplastarme.

—Pero… todo lo que ha dicho es verdad. Y ahora todo el mundo lo sabe. Lo de mi madre. Y lo de… y lo de mi padre.

—Talya… —La voz de Alice tiembla al otro lado de la madera—. Yo no tenía ni idea. No sabía que tu madre estaba… Y lo de tu padre… Joder, Talya.

Cierro los ojos con fuerza. Escuchar a alguien decirlo en voz alta hace que el estómago se me revuelva.

—Doy asco —suelto escupiendo las palabras, atacándome a mí

misma antes de que ella pueda hacerlo—. Ahora sientes pena por mí. O asco. Seguro que me tienes asco.

El golpe repentino en la puerta me sobresalta. Alice ha dado un manotazo a la madera desde el otro lado.

—No digas gilipolleces. —Ahora noto que está llorando, porque se le quiebra la voz por completo—. ¿Cómo vas a darme asco? Lo que tengo es una impotencia increíble porque me acabo de enterar que mi mejor amiga lleva meses pasando por un infierno sola. ¿Por qué no me dijiste nada?

La pregunta no es un reproche. Es una súplica. Duele porque es sincera.

—Porque, si te lo contaba, ibas a dejar de ver a Talya —admito, rompiéndome por completo—. Ibas a ver a una chica huérfana. A una víctima. A una chica a la que su propio padre… —La voz me falla, soy incapaz de terminar la frase en voz alta—. No quería que me miraras así. Solo quería empezar de cero. Quería ser normal. Quería que alguien quisiera ser mi amiga por ser yo, no por lástima.

—Tú eres normal. Y yo te quiero por ser tú.

—¡No soy normal! —grito a través de la puerta con las lágrimas abrasándome la cara—. No soy normal, Alice. Soy un desastre. Y ahora todo el mundo lo sabe.

—Pues me da exactamente igual que lo sepa todo el mundo —replica Alice al instante—. Que miren y que susurren lo que les dé la puta gana, ya nos encargaremos de callarles la boca a esos subnormales. Para mí sigues siendo la misma Talya con la que me estaba riendo en el patio hace un par de horas. Y eso no lo cambia ni el venenoso discurso de Emma ni ninguna otra cosa. Eres mi amiga y no pienso dejarte sola, ¿me oyes?

Me tapo la cara con las manos y lloro. Lloro con una fuerza que me deja exhausta, porque esperaba su rechazo. Esperaba la lástima

y el enfado inevitable al no haber confiado en ella. Pero lo único que he encontrado es a una amiga dispuesta a pelear por mí.

Acto seguido, con las manos temblando tanto que apenas puedo coordinar los dedos, alargo el brazo y quito el pestillo de la puerta.

Hace un ruido metálico. Clac.

No tengo que empujar. Alice abre la puerta al instante, entra en el cubículo estrecho y se tira en el suelo a mi lado. Me rodea con los brazos, me aprieta contra ella como si tuviera miedo de que me rompiera en más pedazos y me deja esconder la cara en su hombro.

—Tu pasado no te define, Tal —susurra contra mi pelo, apretándome más fuerte—. Ese… hijo de puta no te define. Eres la persona más valiente que conozco. Y, desde luego, no voy a permitir que vuelvas a sentir que estás sola. Porque no lo estás.

Paso minutos aferrada a la chaqueta de su uniforme mientras tiemblo de pies a cabeza. Alice no me suelta, no me mete prisa y no me hace más preguntas. Simplemente se queda ahí, sentada en el suelo helado del baño, sosteniéndome mientras el ataque de pánico empieza a ceder y mi respiración se vuelve un poco más regular.

Cuando por fin soy capaz de coger aire sin ahogarme, me separo unos centímetros y tomo un poco de papel para secarme las lágrimas.

Alice me observa en silencio y me aparta un mechón de pelo mojado de la frente.

—Nos vamos de aquí —decreta con firmeza. Hace amago de levantarse, pero yo me encojo hacia atrás por puro instinto.

—No puedo salir —susurro presa del pánico solo de pensarlo—. No puedo, Alice. Las miradas… No puedo hacerlo.

—Eh, escúchame —pide ella, agarrándome de las manos—. No vamos a ir por el pasillo principal. Bajaremos por la escalera de emergencia. Le mandaré un mensaje a Jamie para que traiga el

coche a esa puerta.

Trago saliva, sintiendo que el corazón me late desbocado otra vez.

—No puedo encontrarme con…

Me silencio a mí misma. No puedo pronunciar su nombre. Me duele solo pensar en él.

Pero Alice lo entiende al segundo.

—No vas a encontrarte con nadie. Vas a venir a mi casa, nos vamos a encerrar en mi cuarto y no vas a salir de allí hasta que estés preparada. ¿Vale?

La miro a los ojos. No hay lástima, solo una determinación absoluta por protegerme.

Asiento despacio con la cabeza.

—Vale —susurro.

Alice me dedica una sonrisa pequeña, llena de cariño, y me ayuda a ponerme de pie.

Salgo del cubículo apoyada en ella, sabiendo que al menos no estoy completamente sola.

Alice me ha salvado hoy.

Pero la Talya que se atrevió a confiar en unos ojos verdes se ha quedado para siempre en el suelo de ese baño.

Sesenta

Dylan



Que Emma haya subido a hablar es la guinda de un encuentro de por sí aburrido de cojones.

Estoy recostado en la butaca, jugando con el teléfono en el bolsillo y deseando que el director dé por terminada esta mierda de conferencia de una vez para poder buscar a Talya. Pero, de pronto, la presidenta del comité estudiantil capta mi atención.

—A veces, los que nacemos con privilegios, con familias estructuradas y el futuro asegurado nos olvidamos de lo duro que es el mundo real —la escucho por los altavoces—. Por eso, desde el comité estudiantil, queremos hacer hincapié en la importancia de acoger a esos alumnos que vienen de pasados… complicados.

Frunzo el ceño y me incorporo un poco en el asiento. El tono de falsa compasión que está usando me revuelve el estómago, pero lo que de verdad hace que se me disparen las alarmas es la forma en que sus ojos recorren el patio de butacas como si estuviera buscando a su presa.

—Y creo que no tenemos mejor ejemplo de supervivencia que nuestra nueva compañera.

La sangre se me hiela en las venas.

—Talya.

El mundo se detiene durante un segundo. Cientos de cabezas giran hacia la fila seis, pero yo me quedo congelado mirando el escenario.

—Desde el comité queremos aplaudir tu valentía —continúa Emma, sonriendo con malicia pura disfrazada de pena—. Perder a tu madre hace apenas unos meses tuvo que ser devastador.

El aire se me atasca en la garganta.

¿Qué cojones acaba de decir?

Mi mente va a mil por hora, tropezando con sus propias conclusiones. Solo hay una persona en todo el puto instituto que sabe lo de su madre. Solo una. Yo. Me lo contó en el coche. Y yo no le he dicho una sola palabra a nadie. Jamás lo haría. Entonces ¿cómo lo sabe Emma? ¿De qué va todo esto?

Hago el amago de girarme para buscar a Talya, pero la voz de Emma vuelve a resonar, esta vez bajando el tono.

—Y no solo eso. Sobrevivir al hecho de que tu propio padre sea un monstruo, que aguantaras sus abusos y aun así sigas aquí…, eso es digno de aplausos. Por favor, un aplauso para Talya.

El golpe me da tan fuerte que me deja sin respiración. Siento náuseas.

«Su padre».

De repente, todas las piezas del puzle que Talya siempre había mantenido ocultas encajan en mi cabeza de la forma más horrible y repugnante posible. Sus miedos. Su terror a que me acercara demasiado al principio. Sus pesadillas. Su forma de encogerse. Todo el dolor que veo en sus ojos cobra sentido y la rabia que me invade es tan oscura y tan violenta que me quema la sangre.

Me giro hacia atrás con una sacudida brutal buscando su fila

mientras todos aplauden.

—¿Qué cojones, tío? —escucho a Jamie.

Talya está paralizada. Está más pálida que el papel, con los dedos clavados en la butaca y la mirada vacía. Le falta el aire. Está teniendo un ataque de pánico brutal, expuesta ante cientos de personas.

—Talya… —murmuro con el corazón hecho pedazos.

Y entonces ocurre.

Sus ojos me buscan entre la multitud hasta que chocan con los míos.

Veo que la poca vida que le quedaba en la cara desaparece por completo. Siento cómo su cerebro procesa la información y dicta sentencia. El dolor, la decepción absoluta y la traición que me lanza en esa única mirada me destrozan en el acto.

Cree que he sido yo. Cree que le he contado sus secretos a esta víbora para joderla.

«Me lo prometiste», casi puedo escuchar su voz rota gritándomelo en la cabeza.

Talya se levanta de un tirón. Tropieza con sus propias piernas, se aparta de Alice con brusquedad y empuja a todo el mundo para huir de la sala.

La desesperación me golpea de lleno. Salto de mi asiento, pero estoy atrapado en medio de la fila.

—¡Quitaos del puto medio! —rujo.

Empujo a Walter con tanta fuerza que casi lo tiro sobre la silla de atrás. Me importa una mierda. Me abro paso a base de empujones violentos, clavando los codos y apartando a cualquiera que se interponga en mi camino. Ignoro las quejas de los que están sentados hasta que mis botas pisan el pasillo central.

Echo a correr hacia las enormes puertas dobles de la sala, pero

el escándalo a mis espaldas me obliga a girar la cabeza un segundo mientras avanzo.

El caos ha estallado.

El director sube las escaleras del escenario a zancadas y le arranca el micrófono de las manos a Emma. Un pitido agudo y fuerte de acople resuena por los altavoces, ahogando los aplausos. Le sigue el grito del director exigiendo silencio y respeto.

Pero nadie se calla.

Por encima del ruido, escucho un grito desgarrador. Es Noa. Ha llegado hasta la primera fila y está intentando trepar al escenario para lanzarse directamente al cuello de Emma.

—¡Eres una zorra asquerosa! —brama Noa, quien forcejea como una fiera con Jamie y el profesor de Geografía, que la agarran por los brazos para frenarla—. ¿Qué querías conseguir con eso, eh? ¡Te juro que te voy a matar!

El director señala las escaleras, ordenándole a Emma que baje inmediatamente. Ella obedece y baja a toda prisa con una falsa expresión de sorpresa.

No puedo quedarme a ver más. Mi prioridad es Talya. Así que empujo las puertas con los dos brazos y salgo al pasillo.

Y ahí está. Apenas a unos metros de distancia, corriendo a trompicones.

—¡Talya!

Mi propia voz suena desesperada.

La veo tensarse al instante. Sé que me ha escuchado, pero el efecto es exactamente el contrario al que busco. No se detiene. Ni siquiera mira hacia atrás. Acelera el paso con desesperación hasta desaparecer de mi vista.

Doy una zancada para salir corriendo tras ella, dispuesto a alcanzarla, pero las puertas de la sala de conferencias se abren de

golpe a mis espaldas y alguien me agarra del brazo con fuerza.

Es Alice.

—Déjame a mí, Dylan —me exige mientras tira de mí para frenarme.

—¡Tengo que ir a buscarla, Alice! —grito angustiado—. Tú no lo entiendes.

—Ya. La verdad es que no estoy entendiendo nada. Pero he visto su cara, Dylan. He visto cómo te ha mirado. Deja que sea yo la que intente hablar con ella.

Sin esperar mi respuesta, Alice me suelta y echa a correr por el mismo sitio por el que ha desaparecido Talya.

Me quedo clavado en el sitio con el corazón latiéndome con tanta fuerza que me duele.

«He visto cómo te ha mirado».

Me cago en la puta, joder. ¿Qué se supone que tengo que hacer ahora?

Las puertas vuelven a abrirse. Esta vez son Jamie y Noa.

Noa está temblando de pura rabia, con el maquillaje corrido por las lágrimas de impotencia. Además, respira de manera entrecortada.

—Casi la mato —balbucea Noa—. Te lo juro por Dios que quiero arrancarle la cabeza a esa zorra.

Jamie se pone a mi lado y me aprieta el hombro.

—Respira, Ash. Alice ha ido a por ella, ¿verdad? Estará bien.

Pero no puedo respirar. No cuando las puertas se abren por tercera vez y el mismísimo diablo sale al pasillo.

Emma.

Camina despacio, acompañada por la hija del director. Violet se ha colocado a su derecha y se mira las uñas como si nada hubiera pasado. Conforme avanzan, Emma se ajusta el cuello del uniforme

impecable, con esa sonrisa de superioridad dibujada en la cara, sin importarle el desastre que acaba de provocar.

Ver esa sonrisa arrogante, justo unos instantes después de haber presenciado el terror en los ojos de Talya, hace que algo se rompa definitivamente dentro de mi cabeza.

Me aparto de Jamie y me planto en medio del pasillo, cortándoles el paso por completo.

—¿Qué cojones acabas de hacer? —pregunto. Mi voz suena escalofriantemente fría, cargada de un veneno que apenas puedo contener.

Emma se detiene. Levanta la vista y suspira con dramatismo a la vez que se lleva una mano al pecho.

—Ay, por favor, Dylan. ¿A qué viene esa cara? Yo solo quería mostrarle apoyo a nuestra nueva compañera. No tenía ni idea de que lo llevaba en secreto.

—Ahórrate el puto teatro conmigo. —Doy un paso más al frente —. ¿Quién te lo ha dicho?

—Dylan, déjalo ya —interviene Violet—. Emma no ha dicho nada malo.

—No estoy hablando contigo, Violet —rujo sin apartar los ojos de Emma—. Contéstame, Emma. ¿Por qué cojones has hecho eso?

Al ver que no me trago su actuación de niña buena, su sonrisa desaparece por completo. Su expresión se endurece y da un paso hacia mí con los brazos cruzados.

—¿Y a ti qué más te da? —escupe—. En serio, Dylan, ¿por qué te importa tanto? ¿De verdad te vas a poner así por ella?

—Contéstame, Emma. Por qué. Cojones. Lo. Has. Hecho.

—Por favor, mírate. —Suelta una risa seca y carente de humor—. Estás montando un numerito por una desgraciada que no conoces de nada. Deberías darme las gracias por abrirte los ojos antes de

que…

Noa emite un grito de furia a mis espaldas e intenta abalanzarse sobre Emma, pero Jamie la agarra por la cintura en el último momento.

—¡Suéltame, Hartley! ¡Voy a arrancarle ese pelo de Barbie asquerosa! —grita Noa fuera de sí.

La vena del cuello me late con tanta fuerza que me marea.

—De verdad, Dylan —Emma ignora por completo la rabia de Noa —, ¿qué coño le has visto? ¿Has empezado a pasar de mí por esa zorra? Eso es caer muy pero que muy bajo.

—¿Zorra? Pero ¡mira quién habla! —interviene Jamie.

Emma boquea, indignada por el insulto de Jamie, pero antes de que pueda escupir su veneno contra él, doy un paso más hasta invadir su espacio personal.

—Deberías lavarte la boca antes de hablar de ella —le advierto —. ¿Quieres saber qué le he visto? Que es mil veces mejor persona de lo que tú serías ni aunque volvieras a nacer un millón de veces.

Emma aprieta los labios.

—Has usado el trauma de una chica que no te ha hecho absolutamente nada solo porque tu puto ego no soporta que no te haga caso. ¿De verdad, Emma? ¿Tan patética eres?

—Te vas a arrepentir, Dylan…

—¿Sí? ¿Qué vas a hacer?

—No vas a volver a saber nada de mí en tu vida.

—¡Oh! ¡Por favor y gracias!

De repente, algo en mi cabeza hace clic.

—Espera un momento… —Miro a Emma y después fijo la vista en Violet. Una imagen de hace unos días me golpea de frente—. El despacho de tu padre.

Cuando ambas salieron con un papel entre las manos. Violet se

tensa al instante, el color abandona su cara y aparta la mirada.

—¿Qué dices ahora, Dylan? —Noto a Emma mucho más rígida.

—¿Eso es lo que estabais haciendo? Habéis leído su expediente —afirmo, asqueado al darme cuenta de hasta dónde han llegado—. Habéis mirado su puto expediente aprovechando que el director es el padre de Violet.

—No me jodas… —murmura Jamie a mis espaldas.

—¡Sois unas putas psicópatas! —les grita Noa—. ¡Eso es ilegal, enfermas!

—No sé de qué estáis hablando ¡Nosotras no hemos mirado nada! —chilla Violet a la defensiva.

Suelto una carcajada irónica.

He sido un puto imbécil todos estos años yendo detrás de Emma como un perrito faldero, joder.

—Te voy a dejar una cosa muy clara, Emma. —Clavo mis ojos en los suyos—. A partir de hoy, Talya no existe para ti. No la vas a mirar. No vas a volver a decir ni una palabra sobre ella. Y, por supuesto, no te vas a acercar a ella. Porque, si lo haces, Emma, voy a hundiros a las dos.

Ella levanta la barbilla para intentar mantener la compostura, aunque cuando habla le tiembla un poco la voz.

—No tienes pruebas de nada.

—No me hacen falta —replico con frialdad—. Solo tengo que mandar un correo anónimo a la junta escolar preguntando cómo coño ha acabado información privada de una alumna en un discurso del comité. —Miro a Violet—. A ver cómo explica tu padre eso.

La aludida está apretando la mandíbula y mira a Emma con una cara completamente pálida.

—Y en cuanto a ti, Emma… —Me giro del todo hacia ella—. Como esto llegue a oídos de la junta directiva, se te acabó el

personaje de estudiante perfecta. A la mierda el comité. Y a la mierda las recomendaciones. A ver cómo explicas a esas universidades pijas a las que quieres ir que humillaste a una compañera después de robar su expediente del despacho del director.

—Dylan, por favor —esta vez es Violet la que habla—. Mi padre no…

—No tienes que explicarme nada. Es fácil: olvidaos de que Talya existe.

Violet asiente de manera errática, pero Emma no cede tan rápido.

Me mira fijamente. Tiene la mandíbula tan tensa que parece que se le van a romper los dientes. Está furiosa. Está absolutamente desquiciada porque sabe que está entre la espada y la pared. Acaba de perder el control que tanto le gusta tener.

—Estás cometiendo un error, Dylan —sisea por fin—. Acabarás cansándote de ella. ¡Y para entonces ya me habrás perdido para siempre!

Ahogo una carcajada.

—Es lo mejor que me has dicho en todo el día.

Noa suelta una risa seca y cargada de desprecio, secundando mis palabras antes de que yo me dé la vuelta. Me niego a regalarles ni un segundo más de mi tiempo. Camino hacia la esquina del pasillo y, a mis espaldas, escucho el repiqueteo apresurado de los zapatos de Emma y Violet alejándose en dirección contraria.

En cuanto ambas desaparecen, las puertas dobles de la sala de conferencias se abren de golpe y una marea de murmullos alterados inunda el pasillo. Entre los primeros en salir distingo a Erik, Nathan y Harry, que nos buscan con la mirada.

—Luego hablamos, tíos —les anuncia Jamie, antes de que

puedan decir nada—. Vámonos de aquí.

Me agarra por el brazo, tirando de mí hacia la salida más cercana. Noa nos sigue de cerca.

Salimos por las puertas metálicas hacia el patio lateral. Es una zona apartada, lejos de la marea de alumnos que ahora mismo inunda los pasillos principales. El aire frío me golpea en la cara y, con él, la adrenalina me abandona de golpe. El pánico por Talya vuelve a asfixiarme.

Me paso las dos manos por el pelo, tirando de las raíces con desesperación.

—Joder… —Me apoyo contra la pared de ladrillo del edificio con un golpe sordo. El corazón me late con tanta fuerza en la garganta que me ahoga—. Tío, Talya me ha mirado con terror en los ojos.

—Lo sé, Ash. Lo he visto —dice mi amigo, que se coloca delante de mí, mucho más serio de lo normal.

—Tengo que hablar con ella. Necesito saber cómo está. Le prometí que iba a protegerla. Me cago en la puta.

—Dylan, escúchame —interviene Noa—. Alice ha ido a por ella. Ella sabrá cómo calmarla. Estará muy agobiada. Ahora solo tenemos que esperar.

—Tengo que ir yo…

—No —me corta Jamie—. Noa tiene razón. Tranquilízate un poco, tío. Se solucionará.

Paso los siguientes diez minutos convertido en un desquiciado, recorriendo el patio de un lado a otro como un animal enjaulado, pateando la gravilla del suelo. Noa está apoyada en la pared, mordiéndose las uñas, y a Jamie le acaba de sonar el teléfono.

Lee la pantalla y el alivio le cruza la cara, pero rápidamente se transforma en una mueca de preocupación.

—Es Alice —dice, levantando la vista hacia mí—. La ha

encontrado. Están en el baño de la segunda planta. Me pide que lleve el coche a la puerta de emergencia, va a llevarla a mi casa.

No me lo pienso dos veces. Doy un paso hacia él.

—Voy con vosotros.

Jamie levanta una mano para frenarme en seco.

—No, Ash. Tú no vienes.

Siento que la rabia vuelve a apoderarse de mí.

—¿Qué cojones dices, Jamie? ¡Tengo que verla!

—Joder, Ashmore, no me lo digas a mí. —Jamie levanta el móvil para que vea la pantalla—. Alice dice que lo mejor es que te quedes aquí.

El mundo se me cae a los pies. Lo sabía, joder. Sabía que había visto la más pura decepción en sus ojos. Sé que piensa que he sido yo.

Una rabia profunda, mezclada con un dolor que apenas puedo soportar, me sube por el pecho.

—Cree que yo se lo he contado a Emma —murmuro con la voz rota.

Jamie asiente despacio, mirándome con lástima.

—Está convencida de que la has traicionado. Dice Alice que está destrozada.

—Tranquilo. —Noa se acerca a nosotros y me pone una mano en el brazo—. Lo primero es que Talya se tranquilice y pueda respirar. Después, cuando esté a salvo en casa de Jamie, intentaremos que entienda que tú no has hecho nada.

Miro a Noa, y luego, a Jamie. Todo mi cuerpo me grita que corra hacia la puerta de emergencia, que me ponga delante del coche y que la obligue a escucharme. Pero, si lo hago… Si aparezco allí cuando está aterrorizada pensando que la he vendido, la voy a cagar del todo.

Aprieto la mandíbula hasta que me duele y trago saliva a duras penas, obligándome a retroceder un paso. Me rindo.

—Vale. —Me restriego la cara con las manos—. Está bien.

—Vete a casa, tío —me dice Jamie con suavidad—. Te llamaré en cuanto la cosa esté un poco mejor, te lo prometo.

Asiento con la cabeza, pero siento un nudo de hierro en la garganta.

—Cuidadla —les suplico, mirándolos a los dos con una desesperación absoluta—. Por favor, Jamie. Que sepa que está a salvo. Y avisadme. Llamadme lo antes posible, por favor.

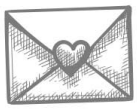
—Lo haremos, Ash —me asegura Jamie junto a una palmada firme en el hombro. Después se gira hacia Noa—. Venga, vamos a por el coche.

Me quedo solo en medio del patio y veo que mis amigos se alejan a la carrera para salvar a la chica que yo mismo juré proteger.

Y yo no puedo hacer absolutamente nada más que dejarla ir sabiendo que, ahora mismo, la persona de la que más necesita que la protejan es de mí.

Sesenta y uno

Talya



El silencio en la habitación de Alice pesa toneladas.

Estoy hecha un ovillo en el centro de su cama, abrazada a mis propias rodillas. Acabo de soltarlo todo. Mi garganta arde como si hubiera tragado arena y tengo la voz ronca, pero el nudo de secretos que me asfixiaba el pecho por fin se ha deshecho. Les he contado la verdad. Todo lo que Emma gritó por ese maldito micrófono, pero sin su veneno. Les he hablado de mi madre, del infierno que viví con el monstruo al que llamaba papá y de la realidad de por qué ahora estoy atrapada bajo el mismo techo que mi tía Margaret.

Nunca pensé que sería capaz de pronunciar esas palabras en voz alta delante de nadie más. Pero, cuando Alice me encontró tirada en el suelo del baño del instituto, incapaz de respirar, no me acribilló a preguntas ni me exigió explicaciones; se limitó a abrazarme en el suelo helado hasta que los pulmones me volvieron a funcionar. Y, cuando Jamie nos metió a escondidas en su coche, vi a Noa, en el asiento del copiloto, temblando de rabia por lo que me habían hecho.

Nadie, jamás en toda mi vida, me había cuidado así.

Han sacado las garras por mí sin dudarlo ni un segundo. Y me he dado cuenta de que se merecían la verdad.

Ahora, Noa no para de dar vueltas por la alfombra de la habitación como una leona, limpiándose un rastro de rímel corrido bajo el ojo.

—Es que te juro que vuelvo y la mato —gruñe mientras se cruza de brazos con tanta fuerza que se le marcan los nudillos—. ¡Debería haberlo hecho cuando intenté subir al escenario! Hay que estar podrida por dentro para hacer algo así delante de todo el instituto.

—Noa, para, la estás agobiando —le pide Alice en voz baja. Mi amiga está sentada a mi lado en el borde de la cama y me frota la espalda con movimientos circulares lentos y constantes.

Niego con la cabeza, apretando la mandíbula y tirando un poco más de la manta polar que me cubre los hombros.

—No me agobia —susurro—. Tiene razón. Todo el instituto lo sabe. Ya no hay ningún secreto.

Alice me aprieta un poco más contra ella.

—No tienes de qué avergonzarte, ¿vale? La única que debería tener vergüenza de salir a la calle es Emma. Nosotras estamos aquí. No estás sola.

Sus palabras me calientan un poco el pecho, pero el consuelo choca de frente contra el dolor más profundo y punzante que tengo instalado en las costillas. Un dolor que tiene nombre y apellido.

Dylan Ashmore.

Cierro los ojos con fuerza y la imagen de su cara en el auditorio me golpea de lleno. Estaba allí, mirándome, justo cuando Emma soltó mi mayor secreto por los altavoces. Lo dejé entrar. Lo creí cuando me prometió que nunca me haría daño. Y me ha traicionado.

Una lágrima solitaria se me escapa y resbala por mi mejilla.

Entonces vuelvo a llorar.

En ese momento, la puerta de la habitación se abre con un crujido.

Jamie entra despacio. No me importa que me vea así, con la cara empapada y hecha un desastre. Hace apenas un rato me ha sacado de allí cuidando de mí como si fuera su propia hermana, y sé que con él no tengo nada que temer. Tiene el ceño fruncido y el teléfono móvil apretado en la mano derecha. Cierra la puerta a sus espaldas y se apoya contra la madera. Entonces me mira fijamente.

—¿Estás un poco mejor? —me pregunta con un tono extrañamente suave.

—Como si me hubiera pasado un camión por encima —admito con la voz rota.

Jamie asiente. Intercambia una mirada rápida con Noa y luego vuelve a posar sus ojos sobre los míos.

—Oye, ¿puedo decirte algo? —Jamie se rasca la nuca con ese gesto nervioso que hace cuando las emociones se ponen demasiado intensas para él—. Sé que quizá ahora mismo no es el mejor momento, pero tienes que saber que Dylan está…

—No —lo corto de golpe. La mención de su nombre es como una descarga eléctrica que me recorre la columna—. Jamie, por favor.

—Pero, Talya, si solo me dejaras…

—¡He dicho que no! —Mi voz sale más alta de lo que pretendía, rota por la rabia—. Lo siento, Jamie. Sé que es tu mejor amigo, pero… —Me limpio una lágrima que empieza a resbalar por mi mejilla—. Ahora mismo me duele, Jamie. Se lo conté a él, me hizo confiar en él y por su culpa ahora todo el mundo lo sabe.

Me hundo más en la manta, escondiendo la barbilla. El silencio regresa, pero esta vez es incómodo. El hermano de Alice suspira y se sienta en la silla del escritorio, inclinándose hacia delante.

—Vale, no hablemos de él. —Alza las manos en son de paz—. Hablemos de lógica. Noa, tú estabas allí. ¿Qué es exactamente lo que ha reconocido la Barbie diabólica?

Noa entorna los ojos tras captar el juego de Jamie.

—Se coló en el despacho del director. Básicamente, robó tu expediente.

Levanto la vista. Las palabras de Noa me golpean como una ráfaga de agua helada.

—¿Mi expediente?

—Exacto. —Jamie me mira a los ojos—. Aprovecharon que Violet es la hija del director para entrar a su despacho y leer tu historial. De ahí sacaron toda esa información.

»Dylan es mi mejor amigo, Monroe. Pero no estaría aquí dando la cara por él si tuviera alguna duda de que ha tenido algo que ver con eso.

Me quedo paralizada. El aire se me escapa de los pulmones en un silbido sordo y mi mente empieza a rebobinar a toda velocidad. El coche. Dylan escuchándome mientras yo me desmoronaba.

—Espera —susurro, y siento como si un rayo de hielo me recorriera la columna vertebral—. Yo le conté a Dylan lo de mi madre. Le conté que… le conté que ya no estaba. Pero… —miro a Alice, que me observa con los ojos muy abiertos— nunca le hablé de mi… de mi padre. Me daba demasiado asco, demasiada vergüenza.

El silencio en la habitación cambia de densidad. Ya no es un silencio de luto, sino de revelación. Jamie se inclina más hacia mí, apoyando los codos en las rodillas.

—¿Lo ves? Si él no lo sabía era técnicamente imposible que se lo hubiera contado a Emma. Ella sabía cosas que Dylan no.

Me llevo las manos a la cara, sintiendo que el mundo da vueltas. La traición que sentía hacia Dylan se evapora y deja en su lugar un

vacío aterrador que se llena rápidamente con una culpa corrosiva.

«Te lo prometo, Talya».

Él no fue.

Él no rompió su promesa.

—Pero… ¿por qué? —me dirijo a mis amigos con desesperación —. ¿Por qué Emma ha hecho todo eso? Yo no le he hecho nada.

Jamie suelta una risa seca y niega con la cabeza.

—Porque es una puta psicópata, Monroe. Porque vive por y para su estatus de abeja reina y no soporta que alguien le robe el protagonismo o a Dylan, que es básicamente el trofeo que ella cree poseer. Su ego es un agujero negro.

—Está mal de la cabeza —sentencia Noa, quien detiene por fin su caminata—. No necesita una razón lógica. Solo necesitaba un objetivo para demostrar quién manda. Y te eligió a ti porque sabe que Dylan…

—Porque Dylan jamás la había mirado como él te mira a ti — termina Jamie por ella—. Eres una amenaza para su pequeño imperio de popularidad.

Parpadeo, procesando sus palabras mientras el corazón me da un vuelco extraño.

—¿Que Dylan qué? —Siento que el calor me sube a las mejillas a pesar de las lágrimas.

Jamie pone los ojos en blanco y suelta un bufido dramático.

—Oh, por favor, Monroe. Venga ya. No me digas que el ataque de pánico te ha frito las neuronas —dice con una media sonrisa burlona—. Ese tío está completamente colado por ti. Se muere por tus huesos. Está tan colado que da hasta vergüenza verlo, la verdad. Mi reputación se resiente solo de estar a su lado mientras te busca con la mirada por los pasillos.

—Es verdad, Tal —añade Alice con una sonrisa dulce—. He visto

su expresión de preocupación cuando salió corriendo detrás de ti.

Me quedo petrificada, con las palabras de Jamie y Alice flotando en el aire como si fueran partículas de polvo bajo un rayo de sol.

«Completamente colado por ti».

«Se muere por tus huesos».

El llanto se me corta de golpe. De pronto, es como si una venda se cayera de mis ojos y toda la película de las últimas semanas se rebobinara a cámara lenta, pero con un filtro totalmente distinto.

Las veces que me observaba cuando creía que yo no me daba cuenta. La forma en que su voz cambiaba cuando estábamos solos, volviéndose más baja y suave. La manera en que me escuchaba hablar de cualquier tontería con atención.

Dylan nunca me ha exigido nada.

Dylan siempre ha respetado mis límites.

«Dylan no es Óscar».

Siento una oleada de emociones tan contradictorias que me marean. Es un alivio tan inmenso que casi me hace llorar de nuevo, pero viene acompañado de una vergüenza corrosiva que me quema las entrañas.

Lo he culpado en mi mente.

Lo he mirado con el mismo odio con el que miré a Óscar.

Ni siquiera le he dado el beneficio de la duda a la única persona que ha intentado salvarme desde que llegué a esta ciudad.

—Y tendrías que haber visto cómo te defendía —suelta Noa, y noto un brillo de respeto en sus ojos que rara vez le dedica a los chicos—. Les ha plantado cara a esas dos y se ha asegurado de que ni siquiera vuelvan a pronunciar tu nombre.

—¿Ha hecho eso por mí? —susurro con un atisbo de esperanza.

—Te juro que estaba tan fuera de sí que casi tengo que llamar a un exorcista. —Jamie intenta recuperar su tono ligero para que no

me eche a llorar otra vez—. Se le puso tal cara de loco que, sinceramente, me dio hasta envidia. Yo cuando me enfado lo máximo que consigo es que la gente me pregunte si me ha sentado mal la comida. No tengo esa aura de héroe oscuro que se gasta el Ashmore.

Suelto una risa ahogada, es una mezcla de una carcajada e hipo que me libera un poco la tensión del pecho. Jamie me sonríe y se pone en pie, satisfecho con el resultado.

—¿Cómo está ahora? —pregunto.

—Honestamente, creo que nunca he visto a mi amigo tan destrozado. He temido por mi propia vida cuando le dije que no podía venir. Quizá ahora esté pensando en lo rápido que puede mudarse a otro planeta para no tener que vivir en un mundo donde tú lo odias.

El corazón me da un vuelco.

Necesito que sepa que sé que él no me ha fallado.

—Tengo que hablar con él.

No pasan ni cinco minutos desde que Jamie lo avisa cuando el rugido del motor del coche de Dylan resuena al final de la calle. Estoy esperando fuera de la casa de los Hartley. Necesito conversar con él a solas.

El vehículo se detiene justo enfrente de mí. Antes de que el motor se apague, la puerta se abre y Dylan sale del coche. Se queda petrificado al otro lado del capó, mirándome como si yo fuera un espejismo que va a desvanecerse si parpadea. Tiene el pelo más revuelto de lo habitual y los ojos… Dios, sus ojos están cargados de un dolor tan crudo que me rompe el alma.

Doy un paso hacia él, sintiendo que el mundo entero desaparece. Solo estamos nosotros.

Sesenta y dos

Dylan



Jamie

Ashmore, Monroe quiere verte.

Ni siquiera he terminado de leer el mensaje completo. Llevo no sé cuánto tiempo encerrado en el coche, con el motor apagado y las manos apretando el volante. Estaba tan consumido por los nervios y la culpa que conducir hasta casa me parecía imposible; me negaba a alejarme sin saber nada de ella.

Arranco y salgo del aparcamiento del Evercrest tan rápido que las ruedas chirrían contra el asfalto.

Me está matando no saber cómo se encuentra. Necesito que esté bien. Necesito asegurarme de que esas víboras no la han destrozado más de lo que ya lo estaba.

Me da igual si tengo que suplicarle para que me crea.

Me arrodillaré si hace falta para que entienda que nunca la traicionaría.

Todo eso me da igual con tal de que ella esté bien.

Aparco de cualquier manera frente a la casa de los Hartley y

salgo del coche antes incluso de que el motor termine de apagarse. Me quedo petrificado cuando la veo allí, esperando en la acera.

Se ve tan pequeña… Tan jodidamente frágil…

Da un paso hacia mí y es entonces cuando salgo del trance y hago lo mismo: me acerco a ella.

—Talya —pronuncio su nombre en un susurro y analizo cada centímetro de su cara. Tiene los ojos hinchados de haber estado llorando y, aun así, está igual de preciosa que siempre—. ¿Cómo estás? ¿Estás bien?

Ella me mira y, por un segundo, el tiempo se congela. No veo odio en su mirada.

—Estoy mucho mejor que antes —responde. Su voz es suave y noto que hace un esfuerzo por esbozar una pequeña sonrisa—. Aunque un poco preocupada, porque según Jamie estabas a punto de mudarte a otro planeta.

Parpadeo, completamente descolocado. Venía preparado para cualquier cosa. Y ella… ella me sale con esto.

El aire que no sabía que estaba conteniendo se me escapa de golpe en forma de una risa ronca.

—Jamie es un bocazas —murmuro mientras me paso una mano por el pelo. La tensión de mis hombros por fin empieza a ceder—. Pero no le falta razón. Si me hubieras vuelto a mirar igual que lo hiciste en la sala de conferencias, creo que ahora mismo estaría buscando billetes para Marte.

Su sonrisa se desvanece para dejar paso a una vulnerabilidad que no me gusta ni un pelo.

—Lo siento —susurra con la vista fija en sus zapatillas—. Todo en mi vida es complicado, Dylan. Y pensé que tú…

No la dejo terminar. Levanto la mano y, sin casi tocarla, le aparto un mechón de pelo castaño que el viento le ha cruzado por la cara.

—No tienes que pedirme perdón. Joder, que estés aquí hablando conmigo ya es suficiente. Entiendo que después de… —La sangre me vuelve a hervir solo de acordarme de Emma, pero me obligo a tragarme la rabia—. Tenías derecho a pensar lo peor.

Ella niega con la cabeza levemente y, al hacerlo, se inclina hacia mi mano, que había quedado suspendida en el aire. Cierra los ojos al sentir mi tacto, como si llevara horas necesitándolo.

«Joder, yo sí que la necesito a ella», pienso.

—He sentido mucho miedo porque tú… Quiero decir, porque yo nunca me había sentido tan a salvo con nadie como cuando lo estoy contigo. Y pensar que tú habías traicionado mi confianza… —Hace una pausa para tragar saliva—. Creo que eso me ha dolido mucho más que todo lo demás.

Escuchar eso me revienta el pecho. Pero ella no ha terminado, sus ojos se clavan en los míos.

—Cuando salí corriendo… —Le tiembla la voz, pero no aparta la mirada—. No podía parar de pensar en que había perdido lo único bueno que me había pasado desde que llegué a Edimburgo.

Joder.

Creo que me voy a desmayar ahora mismo.

Esa confesión hace saltar por los aires el último muro de contención que me quedaba en el cuerpo. A la mierda el ir despacio. A la mierda mis reglas, mis límites y la fachada de tío que siempre tiene la situación bajo control.

No me queda ni un atisbo de paciencia en el cuerpo. Me duele físicamente.

Doy el paso que nos separa, hasta que el calor de su cuerpo choca contra el frío del mío. Ella no se aparta, levanta la cabeza para seguir mirándome a los ojos.

Bajo la mirada hacia su boca. Sus labios están ligeramente

separados y solo puedo escuchar su respiración acelerada mezclándose con la mía. La electricidad que hay entre los dos está a punto de matarnos.

—Voy a besarte, Talya.

Ella no retrocede. Al contrario, asiente muy despacio.

Deslizo mis manos por su cuello, hundiendo los dedos en su pelo para sostenerla. Sus manos ascienden con lentitud, casi temblando, hasta agarrarse a la tela de mi chaqueta. Se aferra a mí con una urgencia que me manda directo al abismo y se pone un poco de puntillas para acortar todavía más la distancia.

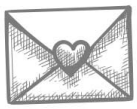
—Por favor —suplica en un suspiro roto que roza mi boca.

Es todo lo que necesito. Acabo con el último milímetro de cordura que me quedaba, cierro los ojos y, por fin, aprieto mis labios contra los suyos.

«Creo que estoy en el jodido paraíso».

Sesenta y tres

Talya



Dylan Ashmore me está besando.

Estoy besando a Dylan Ashmore.

El mundo entero se reduce a la presión de su boca contra la mía.

Sus labios son suaves, mucho más de lo que me imaginaba, pero hay una firmeza en ellos que me ancla al suelo. El tacto helado de sus dedos en mi cuello contrasta de golpe con el calor abrasador que me inunda el pecho al tenerlo tan cerca.

Mis manos siguen aferradas a la tela de su chaqueta, con los nudillos blancos por la fuerza que estoy haciendo. Una parte de mi cerebro, la que lleva años programada para sobrevivir, esperaba que el pánico estallara en cuanto se acercara. Esperaba que la alarma sonara, que la sensación de asfixia me cerrara la garganta.

Pero no siento nada de eso.

No hay monstruos y no hay miedo.

Solo está Dylan.

Mueve sus labios sobre los míos despacio, con un cuidado infinito. Es un beso dulce, pero cargado de urgencia. Noto sus dedos hundidos en mi pelo, acariciándome la nuca con una suavidad que

me hace soltar un suspiro tembloroso en su boca.

Ese pequeño sonido parece romper la última barrera de su autocontrol.

Dylan suelta un gruñido sordo y profundo que me vibra en el pecho.

Desliza una de sus manos hasta mi cintura y acorta el milímetro de espacio que quedaba entre nosotros, atrayéndome por completo contra su cuerpo.

Su beso se vuelve más profundo, más exigente. Yo respondo colocándome un poco más de puntillas y devolviéndole el beso con la misma necesidad desesperada.

Abro ligeramente la boca para darle paso y siento un estallido de emociones que pensaba que era incapaz de sentir.

Mientras sus labios se mueven contra los míos y sus manos me sostienen con tanta firmeza, la única certeza que me queda es la misma que acabo de confesar.

Estoy a salvo.

Con él.

Y, por primera vez en mucho tiempo, mi cuerpo también se lo cree.

Estoy justo donde quiero estar.

No sé cuánto tiempo pasamos así. Estoy perdiendo por completo la noción de todo lo que nos rodea.

Cuando el aire empieza a convertirse en una necesidad vital, nos detenemos. Dylan es el primero en frenar, aunque lo hace con una reticencia que me hace sonreír contra su boca. Se aparta apenas un par de centímetros, lo justo para que nuestras respiraciones agitadas choquen en el espacio que nos separa, pero no me suelta. Su mano sigue anclada a mi nuca y la otra me sujeta por la cintura con una firmeza posesiva.

Apoya su frente contra la mía.

Abro los ojos despacio, todavía aturdida por la sacudida de adrenalina, y me encuentro directamente con los suyos. El verde de su mirada es tan intenso, tan profundo y brillante en este momento que me corta la respiración.

—Joder, Talya —susurra con la voz ronca y el pecho subiendo y bajando a un ritmo frenético—. Si llego a saber que ibas a besarme así, te juro que no habría podido esperar tanto.

—Tú fuiste el que me dijo que esperaría todo el tiempo del mundo —le recuerdo en un murmullo y dejo que mis manos, que siguen agarradas a su chaqueta, se relajen un poco.

—Y lo habría hecho. —La intensidad vuelve a su rostro, borrando cualquier rastro de broma. Su pulgar acaricia el borde de mi mandíbula con una suavidad extrema—. Te habría esperado toda la vida si me lo hubieras pedido.

El corazón me da un vuelco tan fuerte que me deja sin defensas.

Me quedo sin palabras.

Así que hago lo único que me sale.

Dejo caer la frente contra su pecho y escondo la cara en su chaqueta. Cierro los ojos y escucho el latido desbocado de su corazón contra mi oreja, dándome cuenta de que va exactamente al mismo ritmo que el mío.

Dylan reacciona al instante.

Me rodea con ambos brazos y me envuelve en un abrazo firme. Después, apoya la mejilla en la parte superior de mi cabeza con un suspiro largo y profundo.

Nos quedamos así un momento, en silencio, simplemente respirando el mismo aire.

—Ahora tenemos un problema, chica nueva.

Me separo apenas unos milímetros, lo justo para poder levantar

la cabeza y mirarlo a la cara. Tiene el ceño ligeramente fruncido, pero hay un brillo juguetón y peligrosamente oscuro bailando en sus ojos verdes.

—¿Qué problema?

Dylan levanta una mano y me aparta un mechón de pelo de la cara, deslizando los dedos por mi mejilla hasta acunar mi mandíbula. Su pulgar roza mi labio inferior, lo que me envía una descarga eléctrica directa a la base de la columna.

—Que llevo semanas soñando con cómo sería besarte. Y resulta que la realidad es un millón de veces mejor que cualquier cosa que tuviera en la cabeza. Creo que me acabo de volver completamente adicto a ti, Talya Monroe.

El corazón me da un vuelco salvaje.

Es increíble lo que este chico consigue sacar de mí.

Hace un par de horas sentía que el mundo se acababa y, ahora mismo, bajo sus manos, me siento invencible.

—Ah, ¿sí? —murmuro con una extraña valentía y me atrevo a pegar mi cuerpo un poco más al suyo.

La respiración de Dylan se entrecorta a la altura de su garganta. Sus ojos vuelan de nuevo a los míos, sorprendidos por mi atrevimiento, y una media sonrisa preciosa, puramente Ashmore, tira de la comisura de sus labios.

—Sí —asegura—. De hecho, no sé cómo cojones voy a ser capaz de soltarte ahora mismo.

Y, para demostrármelo, vuelve a inclinarse hacia mí.

Esta vez no hay urgencia ni desesperación. Es un beso lento, profundo y deliberado, diseñado exclusivamente para que se me olvide mi propio nombre.

Abro los labios bajo los suyos con un suspiro. Sin dudarlo, me dejo llevar y subo las manos desde su pecho hasta sus hombros

para enredar los dedos en el pelo de su nuca. Dylan emite un sonido grave y gutural al sentir mi tacto, un gruñido sordo que me hace temblar las piernas. Acto seguido, me aprieta más contra él hasta que nos fundimos el uno con el otro en medio del frío de la calle.

Sesenta y cuatro

Dylan



Llevo tres días viviendo en una puta nube.

Literalmente.

Si Jamie me viera ahora mismo, probablemente me daría una bofetada para comprobar si un alienígena ha abducido al antiguo Dylan y ha dejado en su lugar a este imbécil sonriente.

Pero me da igual. Me da absolutamente igual todo.

Es lunes por la tarde y doy gracias a lo que sea que haya ahí arriba de que el viernes fuera el último día de clases antes de las vacaciones de Navidad. No sé si habría sido capaz de controlarme si hubiéramos tenido que pisar el instituto hoy y verle la cara a Emma o escuchar a algún imbécil murmurar por los pasillos sobre lo que pasó.

Pero no. Tenemos dos semanas enteras de tregua. Dos semanas sin dramas, sin que nadie nos joda y, sobre todo, dos semanas para estar con ella.

Ahora está aquí. En mi habitación.

Estoy tumbado en la cama, con las manos entrelazadas detrás de la nuca, y no puedo dejar de mirarla. Talya está sentada en la

silla de mi escritorio, con las piernas subidas al asiento y la vista clavada en el libro que compramos en la librería el otro día. Dice que está muy interesante y que no puede esperar para terminarlo.

Desde que empezaron las vacaciones, me he propuesto que pase el menor tiempo posible en la casa de sus tíos. Sé que el ambiente allí la asfixia, y me niego a que siga encogiéndose cada vez que cruza esa puerta. Quiero que mi casa sea su refugio. Que se sienta tan a salvo aquí que pueda simplemente sentarse a leer en silencio, sin estar alerta.

Este fin de semana he intentado sacar el tema de su padre un par de veces, con mucho cuidado. Me mata por dentro no saber qué cojones pasó con ese cabrón. Pero ella enseguida se cierra en banda. Y yo, tragándome la rabia y la impotencia que me genera lo que tuvo que vivir, le he jurado que no voy a presionarla.

Odio con toda mi alma que sienta que está rota. Odio que piense que no tiene una familia normal que la proteja y que crea que está sola en el mundo. Pero pienso encargarme personalmente de cambiar eso. Le voy a demostrar todos los putos días que está muy bien acompañada. Que mi familia es la suya si ella la necesita.

La miro fijamente. Lleva puesta mi sudadera azul del equipo, por segunda vez. Le queda enorme. Las mangas le tapan hasta la mitad de las manos y el cuello le cae un poco por el hombro, dejándolo al descubierto.

Es jodidamente preciosa.

—Vas a desgastarme si sigues mirándome así, Ashmore —suelta de repente y pasa de página sin levantar la vista del libro.

—Es mi habitación. Puedo mirar lo que me dé la gana.

Talya suelta un suspiro divertido, cierra el libro de golpe y gira la silla para mirarme. Tiene las mejillas ligeramente sonrojadas, un detalle que me vuelve completamente loco. Entonces clava en mí

esos ojos ámbar que ahora brillan con una paz que me fascina.

—Se supone que me has invitado a tu casa para que pueda descansar un rato. Y llevas una hora taladrándome con la mirada.

—Y tú llevas una hora ignorándome por un libro de ficción —replico mientras me incorporo hasta quedar sentado en el borde de la cama—. Además, es imposible no mirarte cuando estás usando mi ropa como si fuera tuya. Es una táctica de distracción muy sucia, Talya.

Ella pone los ojos en blanco, pero la sonrisa la delata.

—Has sido tú el que me la ha ofrecido porque tenía frío.

—No podía desaprovechar la oportunidad de ver lo bien que te queda.

Se muerde el labio inferior para intentar esconder la sonrisa, pero no lo consigue.

Ese simple gesto hace que mi cerebro haga cortocircuito.

Me levanto de la cama y apoyo las manos en los reposabrazos de la silla.

Talya levanta la vista. Su respiración se vuelve un poco más rápida, pero levanta las manos y las coloca sobre mi pecho.

—¿Qué haces?

—Intento comprobar una teoría científica. —Me inclino hasta que mi cara está a centímetros de la suya.

—Ah, ¿sí? ¿Y cuál es esa teoría?

—Que soy físicamente incapaz de estar a menos de un metro de ti sin besarte.

Ella suelta una risa suave.

—Pues sí que tienes un problema grave de adicción.

—Ni te lo imaginas.

Acorto la distancia y atrapo sus labios. Ella me responde al instante, abriendo la boca y deslizando las manos desde mi pecho

hasta mi nuca.

Creo que nunca voy a asimilar que esto esté ocurriendo de verdad.

Creo que soy el tío más afortunado del puto universo.

Me separo de ella lo justo para respirar. Luego, me siento en el borde de la cama y, sin soltar los reposabrazos, tiro de ella hacia mí. Las ruedas se deslizan por el suelo mientras arrastro a Talya hasta dejar la silla encajada exactamente entre mis piernas.

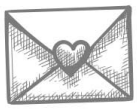
Ella suelta un pequeño jadeo por la sorpresa del movimiento y abre los ojos de golpe, pero antes de que pueda quejarse, la agarro por la cintura y clavo mi mirada en la suya.

—Me vuelves completamente loco, Talya Monroe —murmuro contra su boca.

Y, sin darle tiempo a responder, vuelvo a besarla. Esta vez con más hambre. Marcando el ritmo y dejando clarísimo que el libro que estaba leyendo acaba de pasar definitivamente a la historia.

Sesenta y cinco

Talya



Si alguien me hubiera dicho hace un par de meses, o incluso hace una semana, que iba a ser capaz de derribar mis propios muros para dejar que alguien se acercara tanto a mí, habría pensado que estaba completamente loco.

Durante años, mi cerebro ha estado programado para esperar siempre el golpe. Para desconfiar de todo el mundo y sobrevivir en silencio. Sin embargo, estos últimos días esa alarma constante que siempre resonaba en mi cabeza ha empezado a apagarse.

Entregarle mi confianza a Dylan me aterraba, pero él no me exige nada ni me trata como si estuviera rota. Simplemente está ahí, demostrándome con cada gesto y cada mirada que no todos los hombres son como los monstruos de mi pasado.

Cada vez que me sostiene, cada vez que me hace reír o me besa hasta dejarme sin respiración, siento que mis heridas duelen un poco menos. Es una sensación tan nueva, tan abrumadora y preciosa que a veces me da miedo parpadear y descubrir que me lo he inventado todo.

Pero es real.

Él es real.

Todo lo que estoy sintiendo es real.

Y la prueba de ello la tengo justo delante de mí.

—¡Talya, mira! —exclama Elsie, tirando de mi mano con una fuerza sorprendente para lo pequeña que es—. ¿Podemos subirnos a la noria antes de irnos? ¡Porfi, porfi!

Una ráfaga de aire helado me golpea la cara, pero no soy capaz de borrar la sonrisa que tengo dibujada en los labios.

Estamos en pleno corazón de los jardines de Princes Street. El tradicional mercado navideño de Edimburgo es un laberinto bullicioso de casetas de madera adornadas con miles de pequeñas luces cálidas que brillan contra la oscuridad del final de la tarde. Huele a almendras tostadas, a canela y al vapor dulce de los puestos de crepes y chocolate caliente.

Dylan se empeñó en sacarme de casa después de comer. Apareció en la puerta con Elsie con la excusa de que necesitaba refuerzos de urgencia para lidiar con la energía inagotable de su hermana pequeña. Pero sé perfectamente que no es verdad.

Sé que, en el fondo, solo quería regalarme esto.

Una tarde navideña normal.

Mi primera Navidad sin mamá se había resumido en tragar nudos en la garganta mientras Margaret y Douglas fingían una fría normalidad. Por eso, Dylan quería regalarme un recuerdo bonito y luminoso que opacara la tristeza que empezaba a asfixiarme en estas fechas.

Y lo ha conseguido.

—Enana, llevamos tres horas caminando por aquí —le recuerda Dylan—. Te has comido una crepe de chocolate, casi me tiras en la pista de hielo y llevas un gorro de reno que parpadea. Creo que ya es suficiente por hoy.

Elsie hace un puchero dramático y frena en seco tirando de nuestras manos. Después, me mira a mí, sabe perfectamente quién es el eslabón débil.

—Pero tú si quieres subirte, ¿a que sí?

Suelto una carcajada que se convierte en una pequeña nube de vaho en el aire frío de la ciudad. Miro a Dylan, que me observa con esa expresión suave y brillante que parece reservarme solo a mí, y me encojo de hombros.

—Yo no le digo que no a la inmensa noria iluminada, Ashmore —concedo.

Elsie da un salto de alegría y se suelta de nuestras manos para salir corriendo hacia la cola de la atracción. Dylan niega con la cabeza mientras suspira divertido. Aprovecha que su hermana se ha adelantado unos metros para acortar la distancia entre nosotros y darme un beso rápido y helado en la comisura de los labios.

Mi corazón amenaza con salirse de mi pecho si sigue tratándome así.

—Te estás ganando puntos muy rápido con ella, señorita —murmura.

—Es fácil. Solo tengo que llevarte la contraria a ti.

Por un par de horas, rodeada del ruido festivo del mercado, he sentido algo parecido a lo que es tener una vida normal. Una vida que no duele.

Sin embargo, esa burbuja se rompe cuando el coche de Dylan aparca frente a la casa de mis tíos un buen rato después. Primero hemos dejado a Elsie en su casa y soy consciente de que lo ha hecho para que pudiéramos quedarnos a solas unos minutos.

Ya en la calle, Dylan se detiene en la acera y me agarra por la cintura hasta pegarme a su abrigo para protegerme del viento.

—Si por mí fuera, te secuestraba y te llevaba a mi casa para que

pasaras allí lo que queda de fiestas —murmura mientras me pasa un mechón de pelo detrás de la oreja—. Odio dejarte aquí.

Ha intentado convencerme para pasar las fiestas con él y su familia.

Y, aunque me encantaría decirle que sí, ahora que las cosas parecen estar un poco mejor en casa, por algún motivo que no termino de entender del todo, no quiero estropearlo.

—Estaré bien —le prometo en voz baja—. Últimamente, Margaret… no parece odiarme tanto. Además, sobreviviré sabiendo que te voy a ver después.

Dylan sonríe de esa forma que hace que se me acelere el pulso, se inclina y me da un beso lento y profundo que me hace olvidar que estamos a varios grados bajo cero.

Creo que estoy completamente enamorada de este chico.

—Te veo mañana, preciosa —susurra contra mis labios.

Me separo de él a regañadientes y recorro el pequeño sendero hasta el porche de la casa. Cuando llego a la puerta y me vuelvo para mirarlo por última vez, Dylan continúa en el mismo sitio: apoyado contra la puerta de su coche y esperando pacientemente a que entre.

Le dedico una última sonrisa y giro la llave en la cerradura.

En el instante en que cierro la puerta a mi espalda y lo pierdo de vista, el silencio de la casa cae sobre mí y la realidad vuelve a golpearme.

Suelto un suspiro y me quito la bufanda.

La casa está en silencio. Dejo el abrigo en el perchero de la entrada y me dirijo hacia la cocina para coger un vaso de agua, pero me detengo en seco al pasar por el salón.

Douglas lleva desde el veintiséis de diciembre en Londres solucionando un problema de última hora en la empresa y no vuelve

hasta la mañana de Nochevieja. Es decir, en unos pocos días.

Margaret, últimamente, suele pasar todo el día encerrada en su habitación, así que esperaba encontrar todo a oscuras.

Pero la luz de la lámpara de pie está encendida. Ella está sentada en el sofá, encorvada sobre la mesa de centro. No está viendo la televisión ni leyendo una revista. La superficie entera está cubierta de fotografías antiguas, desperdigadas sin ningún orden.

Doy un paso involuntario hacia el interior del salón y la madera del suelo cruje bajo mis zapatillas.

Margaret da un respingo, sobresaltada. Levanta la cabeza de golpe y sus manos vuelan sobre la mesa, recogiendo las fotografías con una torpeza desesperada. Las amontona sin cuidado para meterlas en una caja de zapatos de cartón descolorido.

—¿Qué haces aquí tan pronto? —pregunta. Su voz suena ronca, más áspera de lo normal—. Pensaba que cenabas fuera.

Me quedo parada en el umbral, desconcertada por su reacción frenética.

—Hacía mucho frío. Solo hemos dado una vuelta.

Me quedo esperando algún comentario mordaz.

Pero no llega.

Margaret cierra la caja de zapatos de golpe y se levanta. Al hacerlo, la luz de la lámpara le da directamente en la cara y me quedo sin palabras. Tiene los ojos inyectados en sangre y las mejillas empapadas.

Ha estado llorando. Parece llevar horas haciéndolo.

—Bien —murmura mientras esquiva mi mirada por completo—. Estoy cansada, voy a irme a dormir. Tienes comida en la nevera.

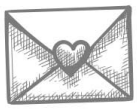
Se aclara la garganta y abraza la caja contra su pecho como si fuera un salvavidas. Después, cruza por mi lado a paso rápido hacia las escaleras.

Me quedo sola en el salón, mirando la mesa de centro vacía, con el corazón encogido por una sensación extraña que no logro identificar.

¿Qué eran esas fotos que estaba viendo Margaret y por qué ha estado llorando mientras las miraba?

Sesenta y seis

Talya



Quedan tres días para que acabe el año.

Para la mayoría de las familias, estas son fechas especiales.

Fechas alegres.

Pero yo me he despertado con un nudo horrible en el pecho.

Echo tanto de menos a mamá…

«Ojalá estuvieras aquí».

Mi mente proyecta imágenes de su sonrisa a cámara rápida mientras bajo las escaleras. Es tan temprano que ni siquiera ha salido el sol.

No he pegado ojo en casi toda la noche pensando en ella. En todas las Navidades que ya no vamos a tener y en el miedo constante a que se me borren sus recuerdos.

Llevo varios días pensando en leer su carta.

Sé que, si no lo hago, jamás voy a poder pasar página del todo. Y es imposible empezar a escribir un futuro nuevo cuando sigues atrapada releyendo en bucle el capítulo que te destrozó la vida. Ignorar sus últimas palabras es como intentar curar una herida cerrando los ojos: no deja de doler, simplemente te acostumbras a

sangrar.

Y yo ya estoy cansada de sangrar.

Me he prometido a mí misma que la leeré antes de que termine el año.

Puedo hacerlo, ¿no?

Llego a la cocina, me preparo una taza de té caliente buscando algo de consuelo y camino hacia el salón.

Estoy a punto de dejarme caer en el sofá cuando veo un trozo de papel fotográfico que asoma apenas por debajo de la mesa de centro. Margaret debió de dejarlo caer anoche con las prisas de recogerlo todo antes de huir de mí.

Dejo la taza de té sobre la mesa y me agacho para recogerla.

Le doy la vuelta.

El aire se me atasca en la garganta y mis pulmones dejan de funcionar.

Es una foto antigua, está un poco descolorida, pero las caras se ven perfectamente nítidas. Hay cuatro jóvenes sentados en el capó de un coche viejo, sonriendo a la cámara en lo que parece ser una tarde de verano.

Reconozco a mamá al instante. Está preciosa, con el pelo castaño suelto y riendo a carcajadas, igual que en las imágenes que acaban de cruzar por mi cabeza hace apenas unos minutos. A la izquierda está Margaret, muchísimo más joven y con una expresión mucho más alegre de la que le he visto en todo el tiempo desde que la conozco.

Pero no es ella lo que hace que un sudor frío me recorra la nuca.

Es el hombre que está a la izquierda del todo.

El monstruo de mis pesadillas.

Mi padre.

Al ver su cara joven, sin las arrugas ni la sombra de oscuridad

que yo recuerdo, se me revuelve el estómago con tanta violencia que tengo que apoyarme en el borde de la mesa para no caer de rodillas.

Un latigazo de pánico puro y visceral me golpea el pecho.

Llevo años intentando borrar sus facciones de mi memoria.

Creía que lo había conseguido.

Y tenerlo impreso en este trozo de papel me dan ganas de vomitar.

Intento apartar la vista de él.

Me obligo a respirar.

Obligo a mis ojos a enfocarse en el cuarto integrante de la foto, el chico que está sentado al otro lado de mi madre.

Y entonces el pánico se congela y es reemplazado por un nivel de confusión que me marea.

Conozco a ese chico.

Tiene el pelo un poco más largo y lleva gafas de sol. Pero esa mandíbula, esos ojos amables y esa sonrisa torcida son inconfundibles.

Mis manos empiezan a temblar con tanta fuerza que la foto repiquetea entre mis dedos.

¿Qué hace el padrastro de Dylan en una fotografía con mi madre, Margaret y el hombre que me destrozó la vida?

Sesenta y siete

Dylan



Aparco el coche frente a la casa de los tíos de Talya y dejo el motor encendido para que la calefacción siga funcionando.

Habíamos quedado en que pasaría a recogerla antes de comer, pero he sabido que algo no iba bien cuando me ha mandado un mensaje antes de las nueve de la mañana.

Talya

¿Podríamos vernos antes, por favor?

Me bajo del coche en cuanto la puerta de la casa se abre. Talya sale al porche con el abrigo puesto, pero ni siquiera se ha molestado en abrocharse los botones o ponerse la bufanda. Cuando levanta la cabeza y nuestros ojos se encuentran, el corazón se me desploma.

Ha estado llorando. Sus ojos están hinchados y rodeados de rojeces que me revuelven las tripas.

Acorto la distancia que nos separa con un par de zancadas y, sin pensarlo, la rodeo con los brazos. Talya se esconde en mi pecho al instante, aferrándose a mi sudadera con fuerza.

En cuanto siente que la sujeto, un sollozo sordo se escapa de su garganta y su cuerpo empieza a temblar contra el mío.

—Eh, tranquila —murmuro contra su pelo—. Estoy aquí.

La dejo llorar contra mi pecho durante un par de minutos, acariciándole la espalda despacio hasta que los temblores empiezan a ceder. Cuando noto que su respiración se vuelve un poco más regular, deslizo los dedos por su mandíbula y le levanto la barbilla con suavidad para obligarla a mirarme.

—¿Qué ha pasado? ¿Margaret te ha hecho algo?

Ella niega con la cabeza y parpadea varias veces para apartar las lágrimas.

—No… no ha sido ella.

—Entonces ¿qué ha pasado? ¿Por qué estás así, Talya?

Se muerde el labio con tanta fuerza que temo que pueda hacerse sangre.

Odio verla así. Me destroza tenerla delante y ver que toda la luz que había conseguido recuperar estos últimos días se ha apagado de golpe. Daría lo que fuera por poder absorber su dolor, por ponerme de escudo ante lo que sea que la esté asustando de esta manera para que no vuelva a derramar una sola lágrima en su vida.

—Estás tiritando. —Paso un brazo por sus hombros y tiro de ella hacia el coche—. Vamos dentro.

El interior está caliente, pero ella sigue respirando de forma irregular.

Mete una mano vacilante en el bolsillo de su abrigo y saca lo que parece ser una foto. Respira hondo, como si estuviera reuniendo el poco valor que le queda y me lo tiende en silencio.

—¿Qué es esto? —pregunto mientras lo cojo con el ceño fruncido.

—Es él —murmura. Una lágrima solitaria se desliza por su mejilla

y se la limpia con rabia con el dorso de la mano—. Llevaba años sin verle la cara, Dylan. Y yo…

No termina la frase.

Bajo la mirada hacia el papel desgastado.

Es una foto de hace bastantes años. Talya me señala a una persona en concreto y entiendo al instante quién es. El cabrón que está a la izquierda del todo es su padre.

Siento que la sangre me hierve en las venas de golpe.

El hijo de puta que convirtió la vida de Talya en el peor de los infiernos. El monstruo que la destrozó. Siento unas ganas irracionales de arrancar ese pedazo de foto y prenderle fuego. Nunca le había puesto cara y verlo ahí, posando y sonriendo a la cámara como si fuera un tipo normal y corriente, me devuelve el instinto homicida.

Intento tragar saliva para decirle algo que la calme, pero entonces mi mirada se desvía de forma instintiva al último integrante del grupo. Al chico que está sentado a un lado de su madre.

Joder.

Hostia puta.

Es Richard. Mi padrastro está en una puta foto con la madre de Talya y con ese desgraciado.

—¿Qué cojones…? —mascullo, incapaz de apartar los ojos del papel. Levanto la vista hacia Talya, aturdido—. ¿Qué hace Richard ahí? ¿Richard conocía a tu madre?

Talya me mira y sus ojos reflejan el mismo desconcierto que siento yo en este momento.

—Y a él, Dylan —susurra—. También lo conoce a él.

Sesenta y ocho

Dylan



Entro en casa y cierro la puerta a mis espaldas con un suspiro.

He dejado a Talya en casa, le he prometido que la llamaría en cuanto supiera algo. Pero no he podido dejar de darle vueltas al mismo asunto en todo el camino.

¿De qué conoce Richard a la familia de Talya? ¿Fueron amigos en el instituto? ¿Compañeros de universidad? Edimburgo no es tan grande, el mundo es un pañuelo, pero que mi padrastro resulte ser amigo de juventud de los padres de mi… de Talya, es una coincidencia demasiado retorcida. Y verlo sonriendo en la misma fotografía que el cabrón que le destrozó la vida me revuelve el estómago de una forma que no sé cómo gestionar.

Avanzo por el pasillo y lo encuentro en la cocina.

Richard está apoyado en la isla central, con las gafas de ver puestas. Está ojeando lo que parece ser el correo con una taza de café en la mano. Lleva un jersey gris y tiene esa expresión relajada y afable de siempre.

Al escuchar mis pasos, levanta la vista y me sonríe.

—Hombre, pensaba que no volvías hasta la hora de comer.

¿Dónde has dejado a Talya?

Decido no darle más vueltas. Meto la mano en el bolsillo de mi sudadera, saco el trozo de papel fotográfico desgastado y me acerco a él. Lo dejo boca arriba sobre el mármol de la encimera, justo frente a sus ojos.

—Richard…, ¿tú conoces a la gente de esta foto? —le pregunto con genuina curiosidad y confusión.

Él frunce un poco el ceño, extrañado por mi pregunta, y deja la taza de café a un lado antes de bajar la vista hacia la fotografía.

Durante un segundo, no pasa nada.

Y, entonces, ocurre.

Todo el color desaparece de su cara de un plumazo. Es como si alguien le hubiera vaciado la sangre del cuerpo. Sus hombros se tensan de golpe, sus ojos se abren de par en par detrás de los cristales de las gafas y se estremece.

—Dylan… ¿De dónde has sacado esto?

Me quedo paralizado. Esperaba sorpresa, tal vez que me dijera con normalidad que eran viejos amigos a los que hacía años que no veía. Pero lo que hay en su cara ahora mismo no es nostalgia. Es puro shock.

Me apoyo en la encimera, sintiendo que el pulso se me acelera por su reacción.

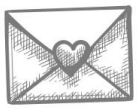
—La ha encontrado Talya esta mañana —respondo—. La chica que está a tu lado es su madre. Y el otro es… su padre.

Richard se lleva una mano a la boca como si acabara de recibir un golpe físico.

No entiendo qué cojones está pasando.

Sesenta y nueve

Talya



Llevo media hora dando vueltas por mi habitación.

Me siento al borde de la cama y me obligo a mí misma a respirar con normalidad, pero cada vez que cierro los ojos vuelvo a ver la fotografía.

Vuelvo a ver a ese monstruo. A sus facciones relajadas y esa expresión tan tranquila, posando para la cámara como si fuera un chaval cualquiera, completamente ajeno al infierno en el que iba a convertir mi vida años después.

Un escalofrío violento me recorre la columna. Llevaba tanto tiempo intentando enterrar su cara bajo llave que el impacto de volver a verla me ha dejado una sensación de suciedad en la piel que no soy capaz de borrar.

Me siento frágil.

Vulnerable.

Sucia.

El pasado ha vuelto a encontrar una grieta por la que colarse para volver a atacarme precisamente cuando empezaba a respirar de nuevo.

De repente, la necesidad me golpea con tanta fuerza que me falta el aire.

Necesito a mi madre.

Necesito que me abrace. Que me diga que estoy a salvo y que ese hombre no va a volver a hacerme daño nunca más.

Pero no está.

Mamá no está y no va a volver.

Mis ojos viajan instintivamente hacia mi mochila. No la tengo a ella, pero tengo sus últimas palabras.

Me levanto de la cama y me acerco a la silla donde dejé la mochila.

Las manos me tiemblan tanto que me cuesta abrir la cremallera.

Saco el sobre blanco y medio arrugado que lleva meses acompañándome y me quedo mirándolo.

Me había prometido a mí misma que lo leería antes de que acabara el año para poder empezar de cero, pero ahora mismo ya no se trata de pasar página.

Se trata de supervivencia.

Necesito borrar al monstruo de mi cabeza y sustituirlo por la voz de mi madre.

Necesito sentir, de alguna manera, que está aquí conmigo, abrazándome y consolándome como hacía siempre.

Me siento en el suelo, apoyo la espalda contra los pies de la cama y rompo el sello del sobre.

Saco los folios doblados. La caligrafía de mamá llena las páginas.

Cojo aire, me muerdo el labio para contener el primer sollozo y empiezo a leer.

Setenta

Mi niña, mi pequeña, mi vida:

Si estás leyendo esto, significa que mi tiempo se ha acabado y que yo he sido demasiado cobarde para decírtelo a la cara.

Ojalá pudiera sentarme a tu lado, apartarte el pelo de la cara como cuando eras pequeña y decirte que respires, que estoy aquí, que todo va a ir bien. Ojalá pudiera.

No sé cómo hacer esto. No sé cómo se empieza una despedida cuando he vivido toda la vida agarrándome a ti.

Lo siento, mi niña. Lo siento en el alma. Lo siento tanto...

Sé que te estarás preguntado por qué. Por qué no te dije nada hasta que fue demasiado tarde. La respuesta es egoísta, lo sé: no quería verte preocupada. Quería vivir mis últimos días viendo tu sonrisa. Quería que nuestros últimos recuerdos juntas fueran risas en la cocina, películas en el salón y paseos por el parque. No quería hospitales ni despedidas largas. Quería que me miraras como lo haces siempre, sin esa sombra en los ojos que aparece cuando sabes que algo se acaba.

Quise fingir. Y sé que soy una cobarde. Porque tenía miedo, Talya. Te quiero tanto que no sé cómo gestionarlo. Por eso te pido perdón.

Mi Taly, no quiero que te culpes por no haberte dado cuenta. Si no lo hiciste fue porque yo me esforcé en que así fuera. Porque no puedo irme viéndote sufrir más de lo que ya has sufrido.

Así que quiero que sepas algo: no había nada que pudieras hacer. Era un destino irremediable. Ha pasado todo tan rápido que ya no hay forma de frenarlo. Así que borra cualquier rastro de culpa que haya quedado en ti.

No he sido una madre perfecta, estoy lejos de haberlo sido. Pero necesito que algo te quede claro: te he querido más que a nada. Te he querido de formas que no sabía que se podían llegar a sentir. Y ese amor me ha llevado a tomar decisiones que ahora sé, con la perspectiva que da la muerte, que estaban lejos de ser las correctas.

Jamás me perdonaré por lo que pasó, Talya. Nunca, ni en un millón de vidas. Debí haberte protegido, debí haber visto señales..., pero no lo hice. Y eso es algo que, ni siquiera en estas circunstancias, puedo perdonarme.

Sé cómo te has sentido todos estos años, mi amor. He visto cómo te encogías, he visto cómo te frotabas la piel en la ducha hasta hacerte daño, intentando arrancar una suciedad que no estaba fuera, sino dentro. Y todo eso es culpa mía, Talya. Por no haberte cogido de la mano y haber salido corriendo mucho antes.

Yo escogí mal, mi vida. Muy mal.

Yo tenía otros planes, otros sentimientos. Pero era joven, ingenua, y me daba tanto miedo hacerle daño a otras personas que decidí dar un paso a un lado. Renuncié a mi propia felicidad para complacer a los demás. Me convencí de que era lo correcto y tardé mucho en darme cuenta de lo equivocada que estaba.

Durante muchos años me he preguntado qué habría pasado si hubiera sido más valiente. Si hubiera escuchado a mi instinto en lugar de callarlo.

A veces me gusta pensar que, en otra vida, tú habrías llegado a mí de otra forma. Con otra historia y con un hogar mejor desde el principio.

Pero necesito que sepas algo importantísimo: si volver atrás significara vivir en un mundo en el que tú no existes, no podría

hacerlo.

Volvería a pasar por todo ese infierno un millón de veces solo para poder tenerte. No sabría elegir un camino en el que tú no existieras.

Eres la luz que saqué de tanta oscuridad. Eres la luz de mi vida, Talya. Eres mi mayor acierto.

Espero que con tu tío Douglas y con tu tía Margaret seas feliz. Espero, desde lo más hondo de mi alma, que sepan cuidarte y protegerte como yo no supe hacerlo. Y espero, con toda la fuerza de mi corazón, que Margaret te trate mejor de lo que supo tratarme a mí.

Mi niña valiente.

No cometas mis errores. No dejes que el miedo decida por ti. No te escondas.

El mundo está lleno de monstruos, sí. Pero también está lleno de personas maravillosas que están deseando conocerte.

Confía. Ama. Vive. Arriésgate.

No estás rota, mi niña. Nunca lo has estado. Estás hecha de la misma materia que las estrellas. Tienes que brillar.

Te quiero más que a mi propia vida.

Sé feliz, Taly. Prométemelo. Vive por las dos.

Yo me voy feliz por haberte tenido. Por haber tenido la suerte de pasar cada día contigo.

Te adora con el alma,

Mamá

Setenta y uno

Dylan



El silencio que inunda la cocina es tan denso que casi cuesta respirar.

Richard sigue paralizado frente a la isla de mármol, con la mano cubriéndose la boca.

No entiendo qué cojones está pasando.

—¿Richard? —Doy un paso hacia él y lo obligo a reaccionar—. ¿De qué los conoces?

Él traga saliva con dificultad. Se quita las gafas con dedos temblorosos, las deja sobre la encimera y levanta la vista hacia mí.

Se queda callado unos segundos interminables, como si las palabras le rasparan la garganta.

—Esa mujer de ahí… —empieza con la voz ronca—. Fue mi primer amor, Dylan.

Frunzo el ceño, intentando encajar esa pieza en el puto caos que tengo en la cabeza. Bajo la mirada hacia la foto. Hay dos chicas sentadas en el capó.

—¿Quién? ¿Margaret? —pregunto, totalmente descolocado.

Richard niega despacio con la cabeza. Señala con un dedo

tembloroso a la mujer de pelo castaño que ríe a carcajadas.

A la madre de Talya.

Me quedo completamente helado. El aire se me atasca en los pulmones mientras mi cerebro intenta procesar a mil por hora lo que me acaba de decir.

Abro la boca para decir algo, para preguntarle cómo es posible o qué cojones pasó, pero no me da tiempo a articular ni media palabra.

El dedo de Richard se desliza por el papel fotográfico desgastado hasta detenerse en el hombre que está a la izquierda del todo. En el monstruo que destrozó la vida de Talya.

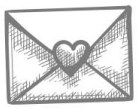
La mandíbula de Richard se tensa con una mezcla de dolor puro y asco visceral.

—Y este de aquí… —susurra clavando sus ojos en los míos— es mi hermano.

Setenta y dos. Talya

Setenta y dos

Talya



Leo la última línea de la carta con la vista completamente borrosa por las lágrimas.

«Te adora con el alma, Mamá».

Me quedo mirando esa última frase hasta que las lágrimas me impiden verla. Dejo caer las manos sobre mi regazo, me hago un ovillo en el suelo y lloro.

Lloro con una fuerza que me desgarra la garganta.

No lloro por el monstruo de mi padre ni por el miedo ni por el pasado.

Lloro porque la echo de menos.

Daría cualquier cosa, mi vida entera, por sentir sus manos apartándome el pelo de la cara una sola vez más.

Por escucharla decirme que todo va a salir bien.

Por oír su risa en la cocina.

Me abrazo las rodillas, lo que hace que los folios se arruguen contra mi pecho, y dejo que todo el dolor salga de golpe.

Las palabras de su carta dan vueltas en mi cabeza.

«No quiero que te culpes por no haberte dado cuenta».

He pasado los últimos meses odiándome. Creyendo que fui una hija egoísta, que estaba tan hundida en mis propios traumas que dejé que mi madre se muriera sola delante de mis narices sin darme cuenta.

Pero ella lo escondió.

Me protegió hasta su último aliento para regalarme un poco más de normalidad.

Saber eso no me quita la agonía de haberla perdido, pero afloja el nudo que me asfixiaba el pecho. Me deja respirar un poco.

Me quedo en el suelo un buen rato, llorando hasta quedarme vacía.

Cuando por fin consigo que mi respiración se estabilice, me seco la cara con las mangas del jersey. Desdoblo un poco los folios y me fijo en unos párrafos en concreto, donde habla sobre que renunció a sus sentimientos para complacer a los demás.

Frunzo el ceño, limpiándome un resto de humedad de la mejilla. Mi madre renunció a algo por no hacer daño a personas cercanas.

«Yo tenía otros planes, otros sentimientos».

El corazón me da un vuelco.

Guardo la carta en su sobre, la meto en la mochila y me levanto del suelo despacio.

Se acabó.

No puedo seguir viviendo en una casa llena de reproches silenciosos y de miradas raras.

Necesito entender qué pasó.

Necesito saber qué papel desempeñó la tía Margaret en todo esto y por qué acabó odiando a mamá.

Salgo de la habitación y bajo las escaleras.

Me asomo al salón y no hay nadie, así que camino hacia la cocina y encuentro a Margaret allí.

Está de espaldas, apoyada en la encimera y mirando por la ventana hacia el jardín trasero. Su postura es rígida, como siempre, pero hoy parece increíblemente cansada.

Me quedo en el umbral de la puerta un par de segundos, reuniendo valor.

—Margaret —la llamo.

Ella se tensa y se gira despacio. Cuando sus ojos se clavan en los míos, veo que los vuelve a tener enrojecidos.

Entonces, me mira de arriba abajo y estudia con atención mi cara, fruto de haber estado llorando a mares.

Aprieta los labios.

—¿Estás bien? —pregunta. Su tono es estricto, pero hay una ligerísima nota de vulnerabilidad que nunca le había escuchado. De hecho, es la primera vez que se interesa por cómo me encuentro.

Desvío la mirada para intentar no ponerme aquí a llorar de nuevo.

—Necesito saber… —Hago acopio de toda la valentía que me queda en el cuerpo para poder continuar—. Necesito saber qué te pasa conmigo, Margaret. Necesito saber qué fue lo que te hizo tanto daño como para que me odies así, para que ni siquiera puedas mirarme.

Ella cierra los ojos. Cuando por fin los abre y me mira, la coraza de frialdad que siempre lleva puesta tiene una grieta aún más enorme.

—No te odio a ti. —La voz le tiembla ligeramente—. Odio lo que veo cuando te miro a la cara.

Trago saliva y me obligo a no dar un paso atrás.

—¿Y qué ves?

Suelta un suspiro tembloroso antes de continuar.

—Veo el mayor error de mi vida.

Me quedo paralizada, pero no hablo. Dejo que sea Margaret quien continúe.

—Tu madre y yo éramos… —empieza a contar—. Ella era como una hermana para mí. Un día, me enteré de que ella y el chico del que yo llevaba años enamorada estaban juntos. Me sentí tan humillada y traicionada por mi mejor amiga que le grité cosas horribles. La aparté de mi lado por completo. —Niega con la cabeza, apretando los labios con rabia contenida—. Y tu madre, que siempre tenía que ser la buena, la que nos cuidara a todos… lo dejó. Se alejó de él y le rompió el corazón para no hacerme sufrir a mí. Para intentar recuperar nuestra relación.

Veo que se aparta de un manotazo una lágrima que le empezaba a bajar por la mejilla. En silencio, me pregunto si ese hombre por el que se pelearon es… Richard.

—Pero yo no la perdoné —confiesa Margaret—. Fui tan orgullosa y tan estúpida… La castigué con mi desprecio durante meses. Fue en ese momento cuando… Cuando el monstruo de tu padre aprovechó la situación.

Un escalofrío violentísimo me recorre la columna.

—Si yo hubiera sido capaz de tragarme mi orgullo y hubiera aceptado que se querían… —Coge aire antes de continuar—. Pero lo que de verdad me consume es que me pasé la vida castigándola. Incluso después de casarme con su hermano, me encargué de que fuéramos unas completas extrañas. El orgullo y la vergüenza no me dejaron acercarme a ella. Pensé que tendría tiempo de arreglarlo. Que algún día nos sentaríamos a hablar y podría pedirle perdón.

Se lleva una mano temblorosa a la cara para intentar ahogar un sollozo.

—Pero no hubo tiempo. Se fue… Se fue sin que yo pudiera pedirle perdón. Dejé que se marchara pensando que yo todavía le

guardaba rencor. Fui una cobarde hasta el final. Por eso no puedo mirarte. Porque eres idéntica a ella. Y, cada vez que te veo, me recuerdas el perdón que nunca tuve valor de pedirle.

Me llevo una mano a la mejilla y noto la piel mojada.

Estoy llorando.

Pero mientras la veo desmoronarse, apoyada en la encimera como si el peso de sus propias palabras la estuviera aplastando, me doy cuenta de que mis lágrimas no son de pena. No siento lástima por ella ni por su dolor.

Lo que siento es una rabia tan profunda que me hace temblar.

Entiendo su culpa.

Entiendo que se odie por haber dejado a mi madre sola y por no haber llegado a tiempo para despedirse. Pero… ¿y yo?

¿Por qué tengo que pagar sus remordimientos?

Me ha tratado con frialdad y desprecio desde el minuto en que pisé esta casa. Ella perdió a su mejor amiga, pero yo perdí a mi madre.

Me ha hecho sentir que sobraba, que era una carga de la que se compadecía por obligación.

Y todo este tiempo, todo ese rechazo no era porque yo hubiera hecho algo mal.

Era porque no tenía el valor de perdonarse a sí misma.

Era mucho más fácil castigarme a mí que enfrentarse a su propia culpa.

—Así que me has estado haciendo pagar a mí por algo que hiciste tú. —Mi voz suena débil, pero firme al mismo tiempo—. Me has hecho sentir fatal solo porque no soportabas mirarme y que te recordara lo que hiciste.

—Lo siento muchísimo, Talya.

Niego con la cabeza.

No quiero su perdón. Ya no me sirve de nada.

—Sabías de dónde venía. —Mis palabras salen cargadas de una rabia que no sabía que tenía—. Llegué a esta casa sintiéndome rota, aterrorizada, con el horrible dolor de perder a la persona más importante de mi vida. Y tú me recibiste castigándome más aún. Porque apartarme y tratarme con desprecio era más fácil que lidiar con tu propia conciencia.

Margaret se cubre la cara con ambas manos y rompe en llanto de forma desconsolada.

—Perdóname —suplica entre sollozos—, de verdad te lo pido, Talya, de corazón.

Me quedo mirándola un segundo más. Pero no digo nada.

No le digo que no pasa nada. No le digo que la perdono.

No puedo hacerlo, no ahora mismo.

Me doy la vuelta en silencio y echo a andar hacia la puerta de entrada, dejándola sola con su culpa.

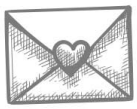
Necesito respirar.

Necesito procesarlo todo.

Antes de que pueda ponerme el abrigo, mi móvil empieza a vibrar con fuerza en el bolsillo del pantalón.

Setenta y tres

Talya



Me llevo el móvil a la oreja con los dedos aún temblorosos.

—¿Dylan?

—Sal a la puerta, Talya —me dice—. Llego en dos minutos. Tengo que hablar contigo.

Su tono es grave, tenso.

—¿Qué pasa? Dylan, ¿has podido hablar con Richard de la foto?

—Sal ahora, Talya. Por favor.

Cuelga antes de que pueda seguir insistiendo.

El miedo hace que sienta pesada la cabeza. Cojo el abrigo y abandono la casa casi corriendo.

Dylan aparece justo cuando estoy bajando los pequeños escalones del porche. Frena en seco delante de mí y abro la puerta del copiloto para dejarme caer en el asiento.

Al mirarlo, me asusto de verdad.

Está pálido y su respiración es pesada, como si acabara de correr una maratón.

—Dylan, por favor, me estás asustando —murmuro—. ¿Qué ha pasado?

Él traga saliva con dificultad, gira la cabeza despacio y clava sus ojos en los míos. Están llenos de una mezcla de rabia, incredulidad y una tristeza infinita.

Retira la mano del volante y busca la mía sobre mis piernas, entrelazando nuestros dedos con fuerza. Es como si quisiera anclarme a la realidad antes de empujarme al abismo.

—Escúchame, ¿vale?

Y entonces lo suelta.

Deja caer las palabras como si fueran bloques de cemento sobre mi pecho, que me aplastan los pulmones hasta dejarme sin una gota de aire.

El sonido de su voz se desvanece.

Me quedo mirando fijamente el salpicadero del coche, pero no veo absolutamente nada. El cerebro me hace un cortocircuito, incapaz de asimilar el idioma en el que Dylan me está hablando.

Richard.

Richard es ese hombre del que mi madre estuvo enamorada, tal y como sospechaba, y del que se alejó por complacer a Margaret.

Richard es el hermano de… de mi padre.

Richard es mi tío.

Aprieto los ojos con tanta fuerza que veo manchas de colores. El mundo entero acaba de reducirse a un pañuelo muy pequeño y asfixiante.

Debido a mi propio estado de shock, escucho la voz de Dylan como un eco lejano. No me satura con explicaciones interminables, pero me cuenta lo suficiente para que las piezas encajen en mi cabeza con un chasquido devastador.

—Richard perdió la relación con tu… con su hermano hace más de veinte años —relata—. Siempre vio algo muy oscuro en él, pero la gota que colmó el vaso fue cuando empezó a salir con tu madre.

Talya, te prometo que Richard nunca ha vuelto a saber nada de él, ni siquiera cuando ese hijo de puta entró en la cárcel. ¡Es que ni siquiera sabía que tú existías!

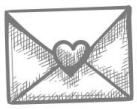
Trago saliva mientras me acomodo en el asiento. Por supuesto, él nunca tuvo ni la más mínima idea del infierno que ese monstruo desató en nuestra vida.

Giro la cabeza y miro a Dylan, apretando su mano con toda la fuerza que tengo.

—Necesito hablar con Richard.

Setenta y cuatro

Talya



El trayecto hasta la casa de Dylan es un borrón de luces y sombras.

Él mantiene su mano apretada contra la mía sobre la palanca de cambios, y ese contacto es lo único que evita que me deshaga del todo.

Cuando apaga el motor, el silencio del coche me zumba en los oídos. Dylan se gira hacia mí. Se limita a soltarse el cinturón y a coger mi mano, dándome todo el tiempo del mundo para respirar.

—Estoy contigo —susurra mientras me aprieta los dedos.

Asiento con la cabeza, incapaz de articular palabra, y abro la puerta.

Al cruzar la puerta de entrada, la casa está en completo silencio. No se escuchan las risas de Elsie ni el ajetreo habitual que siempre llena estas paredes.

Mis propios pasos sobre la madera me suenan ensordecedores. El pánico me sube por las piernas y me paraliza a mitad del pasillo. Ahora que respiro este aire, me siento como la peor de las intrusas. Esta es la familia de Dylan, la vida tranquila que Bell y Richard han construido. Y yo estoy a punto de irrumpir en su salón arrastrando

conmigo la sombra de mi propio desastre. Siento que voy a romper su paz.

Me detengo en seco, completamente incapaz de dar un paso más.

Dylan se da cuenta al instante. Se para a mi lado, me rodea la cintura con un brazo y tira suavemente de mí hacia él, pegándome a su costado.

—Estás bien, Talya. Puedes hacerlo —me susurra al oído.

Trago saliva, me aferro a su mano como si fuera un salvavidas y obligo a mis pies a seguir avanzando.

Al llegar al salón, lo veo.

Richard está sentado en el borde del sofá. Tiene los codos apoyados en las rodillas y la mirada perdida en un punto fijo del suelo. A su lado, de pie y con una mano apoyada de forma protectora en su hombro, está Bell. Tiene los ojos enrojecidos, pero, cuando me ve entrar, me dedica una sonrisa triste y llena de compasión.

No hay tensión entre ellos. No hay recelos. Solo veo a dos personas buenas a las que les acaba de estallar una bomba entre las manos.

Richard levanta la cabeza al escuchar nuestros pasos.

Su postura inquebrantable, esa seguridad que siempre lo acompaña, ha desaparecido por completo. Me mira y, por primera vez, veo en sus ojos algo parecido al dolor.

Me quedo clavada en el umbral de la puerta. El corazón me late tan fuerte contra las costillas que me duele. El miedo irracional a que me rechace, a que vea en mí a… al monstruo de su hermano, hace que quiera darme la vuelta y salir corriendo.

Dylan sigue acariciando el dorso de mi mano con el pulgar para darme fuerzas y, entonces, Richard se pone en pie despacio y da un

paso vacilante hacia mí.

Me encojo ligeramente por puro instinto, pero él no se detiene. Acorta la distancia que nos separa con decisión, levanta los brazos y me envuelve en un abrazo firme, protector y lleno de calor. Tras un segundo en el que siento que estoy paralizada, el aire abandona mis pulmones y termino apoyando la frente contra su pecho.

—Ahora entiendo por qué desde el primer día me resultabas tan familiar —susurra Richard contra mi pelo con la voz rota—. Eres idéntica a Sophie. Tienes la misma luz que tu madre.

Cierro los ojos de golpe, dejando que sus palabras me calen los huesos. De repente, todas las piezas sueltas encajan de golpe. Esa conexión instantánea que sentí con él sin saber por qué. Las similitudes entre los dos e incluso nuestra alergia compartida a las fresas. No era casualidad. Era nuestra propia genética hablando; la prueba de que, después de todo, la sangre de «mi padre» no estaba del todo envenenada. Por primera vez en mi vida, llevarla no parece una condena.

—Lo siento muchísimo, Talya. —Richard rompe el abrazo para mirarme a los ojos, pero sus manos grandes y cálidas siguen aferradas a mis brazos—. No tenía ni idea de que él había tenido una hija y, por supuesto, no tenía ni idea de lo que…

No es capaz de terminar la frase. Aparta la mirada un segundo para pasarse una mano temblorosa por la cara.

—Corté todo vínculo con él hace muchísimo tiempo —confiesa y vuelve a mirarme a los ojos—. Me convencí de que había hecho lo correcto al borrarlo de mi vida, pero no sabía que al desentenderme te estaba dejando vivir un infierno.

Trago saliva para intentar tragarme el nudo que siento en la garganta.

—No puedo viajar al pasado ni borrar todo lo que hizo. Tendré

que aprender a vivir con esta culpa el resto de mi vida. Pero ahora estás aquí y… —Se interrumpe a sí mismo.

El breve silencio pesa. Miro a mi alrededor, a este salón perfecto, lleno de amor y cariño, lleno de una familia que se quiere. Y siento como si acabara de ensuciarlo todo. Doy un pequeño paso hacia atrás por inercia, queriendo hacerme pequeña.

—Lo siento —murmuro, siendo totalmente incapaz de sostenerles la mirada—. Siento haber traído todo esto aquí. Siento muchísimo romper vuestra paz, yo no…

Es entonces cuando Bell da un paso al frente. Acorta la distancia y posa una mano con delicadeza sobre el brazo de Richard, apoyándolo en silencio, antes de clavar sus ojos en los míos.

—Talya, cariño, mírame —pide con esa voz cálida y maternal que la caracteriza.

Levanto la vista hacia ella.

—Escúchame bien —continúa Bell antes de acercarse un poco más para coger mis manos entre las suyas—. Tú ya estabas en nuestras vidas. Entraste por esa puerta de la mano de Dylan y ya te habíamos hecho un hueco. Que ahora sepamos esto no cambia nada, solo hace que estés aún más cerca de nosotros.

Me dedica una sonrisa de esas que son capaces de curarlo todo.

—En esta casa siempre vas a ser bienvenida, Talya.

Richard asiente despacio y me mira con esa seguridad protectora que parece haber recuperado.

—No podemos quedarnos estancados en lo que pudo haber sido —sentencia él con firmeza—. Lo único que importa ahora es el presente. Estás aquí. Y no solo tienes a Dylan. —Hace una pequeña pausa para mirar al chico que sigue pegado a mi costado—. Nos tienes a todos. A Bell, a Elsie y, por supuesto, a mí.

Siento la mano de Dylan acariciándome la espalda con suavidad,

sosteniéndome, dejándome claro que él también es parte de esto, que no piensa soltarme, pero que ya no es el único que tira de la cuerda para mantenerme a flote.

Cojo aire.

Y, por primera vez en mi vida, no analizo la habitación buscando la salida de emergencia.

Miro a estas tres personas y el nudo que me ha estado asfixiando por fin se deshace. Ya no siento que ocupe un espacio que no me corresponde.

No piensan que sea una intrusa.

No me están haciendo sentir como tal, al contrario.

La certeza absoluta de que no estoy sola en el mundo me golpea con tanta fuerza que las rodillas me tiemblan.

Doy un paso al frente y me lanzo de nuevo a los brazos de Richard. Bell no tarda en acortar la distancia para envolvernos a los dos. Me aferro a ellos con fuerza y dejo que las lágrimas se derramen por fin, empapándoles la ropa, sabiendo que parte de la tormenta se ha quedado fuera.

Ya no tengo que huir.

Por fin he encontrado un hogar.

Setenta y cinco

Dylan



El salón huele a pizza, a cerveza y al aire helado que se cuela por la ventana que Alice ha abierto para airear la habitación. Faltan apenas unas horas para dar la bienvenida al año nuevo y el nivel de ruido en casa de los Hartley roza lo ilegal.

—Si vuelves a poner esa canción, te juro que tiro el altavoz por la ventana —amenaza Jamie, apuntando a Erik con un trozo de pizza a medio comer.

—Yo voto por tirarte a ti y quedarnos con el altavoz —interviene Noa desde el sillón mientras lo fulmina con la mirada—. Haría mucho menos ruido.

—Pero, bueno, ¿así de agresiva piensas despedir el año?

—Es mi estado natural cuando te tengo tan cerca —replica ella. Intenta mantener su habitual expresión de fastidio, pero la comisura de sus labios la traiciona curvándose en una sonrisa que intenta ocultar dándole un sorbo a su bebida.

Erik se lleva una patata a la boca con una calma exasperante, completamente acostumbrado a la tensión que esos dos arrastran a todas partes.

—Es un clásico intocable, Jamie —sentencia para defender su lista de reproducción con una ceja levantada—. Respeta la cultura.

Mientras Harry empieza a soltar un monólogo a la velocidad de la luz sobre por qué esta canción es un himno generacional que debería estudiarse en los colegios, Alice niega con la cabeza riéndose por lo bajo.

Observo la escena desde el extremo del sofá, con una cerveza en la mano que ni siquiera he abierto. Es el caos de siempre. La misma gente de siempre. Pero hoy todo parece diferente.

Agacho un poco la cabeza y la miro.

Talya está sentada en el suelo, entre mis piernas, con la espalda apoyada en el sofá. No está metida de lleno en la discusión del altavoz, pero sigue la conversación con una pequeña sonrisa en los labios.

Hace un rato, en pleno caos de bromas y conversaciones cruzadas, he notado que su mirada se perdía un segundo. Que se encogía sobre sí misma, como si la costumbre de sentirse fuera de lugar, de creer que estorba o que no encaja en algo tan normal amenazara con arrastrarla de nuevo a la oscuridad.

Las heridas que lleva por dentro no van a desaparecer de un día para otro.

Pero la diferencia es que hoy no ha intentado hacerse pequeña para no estorbar. No se ha envuelto en esa coraza de silencio que suele usar para difuminarse en el fondo de la habitación. Hoy ha reclamado su propio espacio. Ha dejado caer la cabeza hacia atrás, apoyándola en mi pierna, y hasta se ha atrevido a devolverle una broma a Harry con una seguridad que me ha dejado sin palabras. Cuando Alice le ha ofrecido otro trozo de pizza, lo ha aceptado con absoluta normalidad, riéndose de verdad, dejándose querer sin que nadie la trate como a alguien de cristal.

Verla así, envuelta en este ruido, siendo una más… me parece un puto milagro.

—Oye, Talya —la llama Jamie desde el otro lado de la mesa—. ¿Tú qué dices? Vota para echar a Erik del control de la música, por favor. Eres mi única esperanza de empezar el año con dignidad.

Ella suelta una risita suave y se encoge de hombros.

—Lo siento, Jamie, pero creo que yo también estoy a favor del clásico de Nochevieja.

Un abucheo general dirigido hacia Jamie inunda el salón, seguido de las risas triunfales de Erik, que choca los cinco con Talya.

Ella sonríe, con esa sonrisa real y sincera que hace que se me encoja el corazón. Encaja perfectamente, aquí, conmigo. Y rodeada de nuestros amigos.

—¡Me habéis traicionado todos! —exclama Jamie—. Ashmore, tú el primero. Te has vuelto un blando desde que estás enamorado. ¿Para cuándo la boda? ¿Gary llevará los anillos o qué?

Miro a Talya con una sonrisa y noto que el calor le sube de golpe a las mejillas. Se pone roja como un tomate y esconde un poco la cara contra mi rodilla. Se ríe bajito, disfrutando de ese tipo de confianza que solo te dan los amigos de verdad. Alice le dedica una sonrisa cómplice desde el otro lado, asintiendo como si estuviera presenciando el final de una película que todos sabían cómo iba a terminar.

Le acaricio la mejilla con el pulgar y ella levanta la vista para mirarme desde abajo. Me dedica una sonrisa tímida y pequeña, y yo siento un vuelco tan fuerte en el pecho que casi me corta la respiración.

En este instante, con el eco de las risas de fondo y el frío de la calle golpeando el cristal, me doy cuenta de que es cierto. Mirándola a los ojos, entiendo que Jamie tiene razón.

No puedo negarlo. Ni quiero hacerlo.

Lo que siento por Talya no se parece en absoluto a nada que haya sentido antes.

Cuando por fin volvemos a mi casa, la noche ya ha caído de lleno. Talya aceptó sin apenas dudarlo cuando mi madre le ofreció cenar con nosotros esta noche y a mí no me pudo hacer más feliz saber que iba a poder despedir el año con ella a mi lado.

Mi madre está terminando de preparar la mesa, Richard descorcha una botella de vino y Elsie, que revoloteaba por el salón con un vestido de tul que, según ella, es su «traje de gala para el año nuevo», se abalanza para abrazar a Talya en cuanto cruzamos la puerta.

Durante la cena, apenas pruebo bocado. Me dedico a observarla. Talya está sentada a mi lado, riéndose de una anécdota mal contada de Richard y ayudando a Elsie a cortar su carne. Gary, cómo no, se ha instalado debajo de su silla y le roza los tobillos buscando atención.

Y está absolutamente preciosa.

La miro y pienso en la chica aterrorizada que me encontré llorando en el baño de los chicos en su primer día. La que se encogía sobre sí misma y pedía perdón por respirar.

Y ahora, verla aquí, integrada en mi familia como si siempre hubiera pertenecido a esta mesa, hace que se me forme un nudo en la garganta.

Suenan las campanadas. El año nuevo comienza y el cielo empieza a iluminarse con los primeros fuegos artificiales. El salón se llena de gritos, de risas y de mi hermana saltando sobre los cojines. En medio de todo ese ruido, Talya se gira hacia mí.

—¿Salimos un momento? —me susurra al oído.

No necesito que me lo diga dos veces.

El aire de la noche escocesa nos golpea con fuerza en cuanto salimos al porche trasero, pero ninguno de los dos parece querer volver a entrar. El silencio del jardín es el contrapunto perfecto al ruido que llega desde el interior de la casa.

Nos apoyamos en la barandilla de madera, hombro con hombro, pero Talya no se queda ahí. Se gira hacia mí y da un paso, rompiendo la pequeña distancia que nos separa.

Me pone las manos en el pecho, justo encima del corazón, y me obliga a mirarla de frente. El gesto es tan decidido, tan lleno de una confianza que hace unos meses era impensable que me deja sin aliento.

—Dylan… —empieza, y su voz suena más firme que nunca—. Llevamos mucho tiempo centrados en mí. En mis miedos, en mi pasado…

Acaricia la tela de mi sudadera con los pulgares sin apartar sus ojos dorados de los míos.

—Pero hoy es una noche de cierres —continúa—. Y quiero saber cómo estás tú. Cómo estás de verdad. Quiero saber cómo te sientes.

La pregunta me pilla con la guardia baja.

Suelto un suspiro largo y el vaho flota en el aire antes de desaparecer.

—Sinceramente… —le confieso, dejando que mis manos busquen su cintura por pura inercia—. Estoy bien, Talya. Estoy muy bien.

Le aparto un mechón de pelo que el viento le ha puesto en la cara. Ella me observa en silencio, con esa fijeza que parece capaz de leer lo que ni siquiera yo me atrevo a decir en voz alta. Entonces da un paso más, eliminando cualquier rastro de aire entre nosotros, y apoya su mejilla sobre mi pecho, justo donde late mi corazón. Su

calor traspasa las capas de ropa, anclándome al suelo.

—Siempre me he preguntado por qué te esforzabas tanto en… en protegerme —susurra contra la tela de mi jersey—. Y esta noche, al verte ahí dentro con tu familia, creo que lo he entendido.

Talya levanta la cabeza despacio. Sus ojos me atrapan bajo la luz de la luna; están brillantes, expuestos y llenos de una certeza absoluta que me paraliza.

—Yo me he pasado la vida huyendo porque creía que sobraba en todas partes —dice con la voz temblando ligeramente, pero sin apartar la mirada—. Y tú te has pasado la vida corriendo porque creías que, si te frenabas, nadie querría quedarse a tu lado.

Me quedo sin aire.

Joder. Es como si me hubiera abierto el pecho en canal.

Durante toda mi vida, mi valor ha estado ligado a lo que podía hacer por los demás. Ser el hijo perfecto, tanto para mi madre como para Richard. Ser el deportista que no flaquea o el estudiante brillante.

Supongo que, cuando la primera persona que debería haberte querido decidió que no valías el esfuerzo de quedarse, creces con un miedo constante tatuado en los huesos: el miedo a que los demás también se cansen de ti. Durante mucho tiempo, he arrastrado la idea de que el afecto es algo que se gana a pulso, un premio por no dar problemas, por ser el más fuerte, por ser el muro que nadie puede derribar. Sentía que, si alguna vez dejaba de ser útil, la gente simplemente se cansaría de mí.

Que se irían. Como se fue él.

Trago saliva, incapaz de articular palabra, porque siento que, si abro la boca, me voy a romper en mil pedazos.

Ella nota mi tensión. Desliza sus manos por mi pecho hasta llegar a mi nuca y enreda sus fríos dedos en mi pelo para obligarme

a inclinar la cabeza hacia ella.

—Puedes dejar de correr, Dylan —murmura a escasos milímetros de mis labios, y suena como si estuviera pronunciando el conjuro que rompe mi maldición—. Ya hace tiempo que has llegado.

Me muerdo el labio inferior.

—No tienes que ser perfecto para que la gente decida quedarse a tu lado —añade, rozando su nariz con la mía con una ternura que me desarma por completo—. Yo me quedo. Richard se queda. No por lo que haces o por lo que ganas, Dylan. Nos quedamos por quién eres.

Paso los pulgares por sus mejillas, acariciando su fría piel. Ella, que ha pasado tanto tiempo creyendo que estaba rota y que era una carga para el mundo, acaba de reconstruir el mío con un par de frases.

—Eres perfecta, Talya Monroe.

Y entonces, sin poder aguantar más, la beso.

No es un beso dulce, ni contenido. Es un beso desesperado y hambriento, cargado de todo el alivio que no sabía que necesitaba sentir. La atraigo contra mí con tanta fuerza que el aire desaparece entre nosotros.

La beso con la certeza de que el chico que empezó intentando salvar a una desconocida ha acabado siendo salvado por ella de su propia exigencia.

El capítulo de las sombras empieza a cerrarse, pero el nuestro, el de verdad, acaba de empezar.

Epílogo

Dylan



El silbato del árbitro resuena en todo el campo, marcando el final del partido. Me dejo caer de rodillas sobre el césped mientras respiro con fuerza.

Hemos ganado, pero, irónicamente, eso es lo de menos.

Durante años, cada vez que pisaba un campo de fútbol sentía que llevaba una mochila de cien kilos a la espalda. Creía que cada pase, cada carrera y cada gol eran la moneda de cambio con la que tenía que pagarle a Richard todo lo que había hecho por mí y por mi madre.

Me exigía tanto que a veces dolía jugar.

Estaba aterrorizado por la idea de fallarle, de no ser lo suficientemente bueno, de demostrarle que apostar por mí había sido un error.

Pero hoy, al levantar la vista hacia la grada, me doy cuenta de que esa mochila ha desaparecido.

Me he dado cuenta de que, cuando alguien te quiere de verdad, no tienes que estar demostrando continuamente que mereces la pena.

El amor sano no es un alquiler que tengas que pagar cada día a base de ser perfecto, ni una deuda que se salda cumpliendo las expectativas de los demás.

Cuando alguien te quiere de verdad, te acepta con las manos vacías.

Te da un lugar seguro en el que quedarte incluso los días en los que sientes que no tienes nada bueno que ofrecer. Te abrazan por tus grietas, no por el esfuerzo que haces intentando taparlas.

Richard está de pie, aplaudiendo con Elsie subida a sus hombros y con mamá a su lado. Ambos me dedican una sonrisa enorme, llenas de puro orgullo. Y lo entiendo. Lo he entendido por fin en estos últimos meses. Nunca me han pedido que sea perfecto. Solo querían verme feliz.

Me pongo en pie y me seco el sudor de la frente con la camiseta, pero mis ojos no se detienen hasta encontrarla.

Talya está apoyada en la barandilla. Lleva puesta una de mis camisetas del equipo, con el diez a la espalda y mi apellido, Ashmore, brillando justo encima. Ver mi nombre en ella me hace sonreír como un absoluto idiota. Cuando nuestros ojos se cruzan, me regala una sonrisa que me paraliza por completo.

Joder. Cada vez que la miro siento que me va a reventar el pecho de lo absoluta, completa y jodidamente enamorado que estoy de ella.

Verla sonreír así, con esa luz en los ojos, es el mayor triunfo de mi vida. Aunque los miedos no se han ido del todo, cada día está un poco más cerca de perdonarse a sí misma por cosas de las que nunca tuvo la culpa.

Ya no es la chica que intentaba hacerse invisible para que el mundo no la lastimara. Ahora se ríe a carcajadas en los desayunos con Richard y mi madre, se deja abrazar por mi hermana y la he

visto dormir del tirón sin despertarse ahogada por las pesadillas.

Ha encontrado un lugar donde respirar. Y yo pienso estar ahí, todos los días, para recordárselo cuando lo olvide.

Ignoro a mis compañeros, que saltan celebrando la victoria en el centro del campo y troto directo hacia la grada.

Al llegar a su altura, me apoyo en la valla de metal. Talya se inclina hacia delante y me pasa una mano por el pelo, sin importarle lo más mínimo que esté sudado.

—Buen partido, Ashmore —murmura con los ojos brillando de diversión.

—Estaba intentando impresionarte —bromeo con la respiración aún agitada.

Entonces, le aparto un mechón de pelo de la cara, la agarro de la nuca con suavidad y acorto la distancia que nos separa. La beso ahí mismo, por encima de la barandilla, frente a todo el campo y sin que me importe una mierda quién nos esté mirando.

Cuando nos separamos, apoyo mi frente contra la suya.

—Te quiero, Talya Monroe.

Ella sonríe contra mis labios, con esa sonrisa que sigue parándome el corazón.

—Te quiero, Dylan Ashmore.

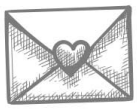
—Voy a darme una ducha. —Le doy un último beso rápido y, ahora sí, camino hacia el túnel de vestuarios, aunque sin dejar de mirarla—. ¡Y prepárate, porque tengo una sorpresa para ti!

Ella enarca una ceja, curiosa, pero sé que no tiene ni la más remota idea de lo que le espera.

He estado dos días fuera de Edimburgo. Le dije que tenía que ir a unas pruebas con un ojeador en Londres, pero era una completa mentira. Fui a hacer el viaje más importante de mi vida para recuperar una parte de la suya.

Y me estoy muriendo de ganas de llegar a casa para ver su cara.

Talya



Dylan conduce con una mano en el volante y la otra entrelazada con la mía.

Me apoyo en el asiento y lo miro de reojo, sintiendo una paz que hace un tiempo me habría parecido imposible.

Han pasado varios meses desde que el mundo que conocía saltó por los aires para reconstruirse de una forma que jamás habría imaginado.

Mi relación con Margaret sigue siendo distante. Todavía no he podido perdonarle todo el daño, la frialdad y el silencio de estos meses, pero sé que, a su manera, al menos lo está intentando. Poco a poco. Douglas, que pasó años viviendo en una burbuja de ignorancia para no discutir, por fin ha abierto los ojos. Ahora es él quien me busca para charlar e intentar recuperar el tiempo que perdió siendo un espectador en su propia casa. Mientras tanto, la casa de los Ashmore se ha convertido en mi verdadero refugio. Siento que tengo un lugar donde no hay que caminar de puntillas ni pedir perdón por respirar. Richard se ha encargado de hacerme sentir que soy parte de la familia, y Bell me trata con un cariño que nunca pensé que volvería a sentir tras la ausencia de mamá.

—Oye —rompo el silencio mientras Dylan aparca frente a su casa —, no me has contado qué tal en Londres. Te he echado mucho de

menos estos días.

Dylan apaga el motor y se gira hacia mí. Tiene ojeras de cansancio, pero sus ojos brillan con esa luz traviesa que siempre logra derretirme.

—No he estado en Londres, Talya.

Frunzo el ceño, confundida.

—¿Qué? ¿Dónde has estado entonces?

Él se ríe por lo bajo, se baja del coche y me abre la puerta.

Entramos en su casa y el ruido de los platos chocando, las risas de Elsie y el olor a estofado nos reciben al instante.

Pero me detengo en el pasillo al ver que Richard está apoyado en el marco de la puerta de la cocina. Tiene los brazos cruzados y una sonrisa de absoluta complicidad.

—Te dije que me iba a Londres —empieza Dylan, rascándose la nuca mientras se para frente a mí—, pero en realidad cogí un vuelo un poco más largo. Tuve que falsificar un par de firmas con Richard y discutir con un veterinario muy terco en Madrid para conseguir un pasaporte en tiempo récord, pero al final mereció la pena.

El corazón se me detiene.

Bajo la vista y es entonces cuando lo veo. En el suelo del recibidor, casi escondido detrás de las piernas de Richard, hay un transportín de plástico azul.

Me quedo paralizada, incapaz de procesar lo que estoy pensando.

Desde dentro del transportín suena un maullido ronco y muy característico. Uno que reconocería entre un millón de sonidos.

Me tapo la boca con ambas manos y las lágrimas empiezan a caer por mis mejillas sin control. Llevaba meses asumiendo que lo había perdido para siempre.

Me acerco deprisa y me dejo caer en el suelo, con las manos

temblando tanto que apenas puedo abrir el pestillo de la puerta de plástico.

En cuanto consigo hacerlo, una bola de pelo naranja sale disparada, frotándose inmediatamente contra mis piernas y ronroneando como un motor estropeado.

—¡Cheddar! —sollozo mientras lo agarro con cuidado y hundo la cara en su pelaje—. Dios mío, Cheddar, mi niño…

Estoy llorando de pura felicidad mientras Cheddar se restriega contra mí.

Levanto la vista hacia Dylan. Se ha agachado frente a mí y me mira con los ojos brillantes y llenos de ternura. Se ha cruzado media Europa solo para devolverme a mi gato.

Me quedo mirándolo, con la vista borrosa por las lágrimas y el pecho tan lleno de felicidad que creo que me va a explotar. Me doy cuenta de lo afortunada que soy al tenerlo.

Durante mucho tiempo, estuve convencida de que yo era una causa perdida, alguien por quien no valía la pena luchar ni esforzarse.

Pensaba que el amor era algo de lo que tenía que huir.

Y, sin embargo, aquí está él.

El chico que no huyó de mis demonios, sino que se quedó a plantarles cara conmigo.

El chico que me ha enseñado que no pasa nada por estar un poco rota, y que está dispuesto a mover el mundo entero solo para verme sonreír.

—Bienvenido a casa, amigo —le susurra Dylan a Cheddar. Le acaricia la cabeza antes de clavar sus ojos en los míos—. Quería devolverte una parte de tu vida.

Suelto a Cheddar un segundo para tirarme a sus brazos. Lo abrazo con toda la fuerza que tengo en el cuerpo y él me rodea la

cintura. Dylan apoya la barbilla en mi cabeza mientras escucho las risas emocionadas de Bell, Elsie y Richard de fondo.

Cierro los ojos.

Estoy rodeada de personas que me hacen sentir querida.

Aferrada al chico que me ha enseñado que no tengo por qué tener miedo.

Y con mi gato ronroneando a mis pies.

Me he pasado toda la vida entera preparando las maletas, buscando la salida de emergencia y convencida de que la única forma de sobrevivir al dolor era huyendo.

Pero Dylan tenía razón.

Las cosas buenas, las que te reparan el alma y te salvan de verdad, solo te encuentran si decides quedarte.

Y yo, por primera vez en mi vida, no me pienso ir a ninguna parte.

Agradecimientos

Estar aquí sentada, escribiendo los agradecimientos de mi propia novela, me parece absolutamente irreal. Cierro los ojos y veo a la Samara de hace años, esa niña que echaba a correr hacia la sección de libros en cuanto cruzaba las puertas de un supermercado buscando historias en las que perderse. Si a esa niña le dijeran que su nombre iba a estar escrito en una de esas portadas, creo que le estallaría el corazón.

He escrito este libro, en parte, por ella. Para abrazar a esa versión mía que creció llena de dudas y demostrarle que aquellos sueños que le parecían inmensos y lejanos, en realidad, nos estaban esperando.

He pasado mucho tiempo dudando de mí misma más de lo que me gustaría admitir, conviviendo con esa sensación incómoda de que nunca iba a ser del todo suficiente. Siempre me ha costado creerme que merecía que me pasaran cosas buenas, como si los grandes logros estuvieran reservados solo para otras personas.

Por eso, hoy necesito darle las gracias a esa Samara del pasado. A la que a veces sentía que todo esto le venía grande, pero que, aun con miedo, decidió seguir adelante. Gracias por no tirar la toalla. Gracias por atreverte a desear cosas en bajito cuando dudabas de ti misma y, sobre todo, gracias por no rendirte. Porque gracias a ti, hoy nosotras podemos vivir esto.

Me vais a perdonar por ponerme un poco intensa, pero siento que necesito hacerlo. Porque, si algo he aprendido a lo largo de este viaje, es que no podría haberlo hecho sola.

Así que, en primer lugar, tengo que darle las gracias a mi abuela. Porque esta historia es una realidad gracias a ti. Si no me hubieras enseñado a amar la lectura desde pequeña, probablemente esto jamás habría ocurrido. Y pensar que estás aquí para vivir este sueño conmigo y que vas a poder sostener este libro entre tus manos me hace una ilusión que ni siquiera puedo explicar con palabras. Gracias, abuela. Soy la persona más afortunada del mundo por tenerte.

Gracias infinitas a Drolu. Esta historia es tan tuya como mía, porque nunca habría sido capaz de terminarla sin ti. Gracias por ser el primero en leerme (múltiples veces), por darme tu opinión sincera en todo momento, por quedarte a mi lado hasta altas horas de la madrugada (y de la mañana) escuchando mis dudas y aguantando mis crisis cuando yo estaba convencida de que no era capaz de conseguirlo y, por supuesto, gracias por creer ciegamente en mí. ¡Ah! Y gracias por aceptar con tanta dignidad que llevo meses obsesionada con Dylan Ashmore. Prometo que, en el mundo real, tú siempre serás mi favorito.

A mis asesores deportivos oficiales: mis hermanos. Si las escenas de los partidos tienen algo de sentido y no parecen solo «un montón de chicos corriendo detrás de una pelota» (como diría Talya), es única y exclusivamente gracias a vuestra paciencia explicándome reglas del fútbol de las que yo no tenía ni la más remota idea. Quique, gracias por estar siempre tan pendiente, por preguntarme constantemente cómo avanzaba la historia y por aparecer en casa para traerme dulces justo en los momentos en los que mi cerebro estaba a punto de colapsar. Y Fran, aunque sé que los libros no son

tu mundo, gracias por asomarte a mi habitación cada día solo para preguntarme: «¿Cómo vas?» y por escucharme hablar de este manuscrito simplemente porque veías la ilusión que me hacía. Teneros como hermanos es una suerte enorme.

Gracias a mi tía Desy. En esta novela he escrito mucho sobre lo que significa buscar un lugar seguro y del dolor de sentir que sobras en un sitio. Talya tuvo la desgracia de caer en una casa tan fría como la de Margaret, pero yo tuve la mayor suerte del universo al caer en tus manos. Que la palabra «tía» no confunda a nadie, tú eres mi madre. Gracias por ser mi mayor refugio y por demostrarme que una madre no es la que te da la vida, sino la que está a tu lado para enseñarte a vivirla.

Y a mi tío José. Mientras construía la relación entre Dylan y Richard, me fue absolutamente imposible no pensar en ti. Dylan dice en una de las páginas que un padre no es el que comparte tu ADN, sino aquel que decide cuidarte y darlo todo por ti sin tener ninguna obligación de hacerlo. Tú eres mi Richard. Gracias por permitirme sentir lo que es tener un padre.

Marisa y Pedro, gracias por vuestra ilusión y cariño. Vuestro apoyo ha significado muchísimo para mí, gracias por estar tan pendiente de esta historia.

Gracias a Lucía, porque encontrarte ha sido una de las mayores suertes de mi vida. Gracias por acompañarme, poniendo toda tu ilusión y confianza en este proyecto antes incluso de haberlo leído. Espero estar a la altura, amiga.

Gracias también a todas las personas que han dedicado aunque sea un solo momento a preguntarme cómo iba con la historia. No os imagináis lo mucho que me han animado vuestros mensajes y vuestro interés; cada pequeño gesto lo he sentido directamente en el corazón y me ha servido de impulso para llegar hasta aquí.

No podía olvidarme de mis dos asistentes de escritura: mis gatos, Frijolito y Rikelmi. Si Gary y Cheddar os roban el corazón en esta historia, que sepáis que están inspirados en ellos. Gracias por acompañarme durante tantas horas y por estar absolutamente convencidos de que la mejor forma de ayudarme a escribir un libro era tumbándoos literalmente encima de mí (y del teclado) en los momentos de máxima concentración. Sois la mejor compañía.

Por supuesto, este sueño nunca habría podido materializarse sin el equipo que ha trabajado para hacerlo posible, gracias infinitas a todas y cada una de las personas que, desde sus distintos departamentos, han puesto su mimo, su tiempo y su trabajo para que este libro sea hoy una realidad. Talya y Dylan no podrían haber estado en mejores manos. Gemma, gracias de corazón por darme esta oportunidad tan grande y por confiar en esta historia desde el principio. Por apostar por mí incluso antes de que yo misma terminara de creerme capaz. A Alexia, gracias, porque esa primera videollamada que tuvimos me hizo confiar del todo en lo que estaba haciendo. Y gracias a Espe, por esos comentarios espontáneos en el manuscrito que me sacaron una sonrisa justo cuando más lo necesitaba.

Gracias a mi comunidad en redes sociales, por estar al otro lado de la pantalla mucho antes de que esta historia tuviera un punto final. Gracias por vuestro apoyo diario, por los mensajes de ánimo y por haber creado un espacio tan bonito en el que compartir mi pasión por los libros. Este libro tiene un pedacito de cada uno de vosotros.

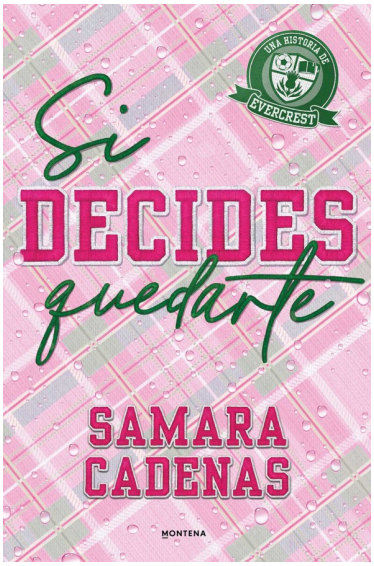
Por supuesto…, gracias a los protagonistas de esta historia. Talya, gracias por enseñarme a dejar de huir y por recordarme que todos merecemos un lugar donde no sentir que sobramos. Dylan, gracias por demostrarme que no tienes que ser perfecto para ser

valioso y que el amor de verdad es ese que te permite soltar el aire y ser tú mismo sin miedo. Gracias por dejarme vivir vuestra historia desde dentro; os voy a echar mucho de menos ahora que ya no sois solo míos.

Y, por último, y lo más importante, muchísimas gracias a ti, lector, por tener este libro entre tus manos. Quizá nos conocemos de hace tiempo o quizá acabas de descubrirme a través de estas páginas, sea como sea, gracias por darme una oportunidad. Escribir esta novela ha sido mi manera de dejar de huir y nada me hace más feliz que saber que has llegado hasta esta última página.

Gracias por decidir quedarte.

Hay secretos que te obligan a huir y verdades que solo puedes enfrentar si decides quedarte.



Talya Monroe llega al Evercrest School con un objetivo claro: no volver a confiar. Tras la muerte de su madre y marcada por un pasado que se esfuerza por ocultar, sobrevivir en la casa de sus tíos se ha convertido en su mayor reto.

Dylan Ashmore es la estrella del equipo de fútbol y el chico al que todo el mundo admira. Pero fuera del campo, Dylan lidia con una presión constante: no fallar a nadie y demostrar su valor a toda costa. No tiene tiempo para distracciones… hasta que Talya se cruza en su camino y todo su mundo empieza a tambalearse.

Cuando sus caminos se encuentran, la conexión entre ambos se

vuelve inevitable, obligándolos a enfrentarse a miedos que no sabían que compartían.

Entre la presión de sus familias y el peso de lo que callan, Talya tendrá que decidir si vuelve a huir como siempre o si, por primera vez, decide quedarse.

Samara Cadenas descubrió su amor por los libros cuando su abuela le enseñó a leer siendo todavía muy pequeña. Desde entonces, la lectura ha formado parte de su vida.

Antes de dar el salto a la novela, comenzó a explorar su creatividad en redes sociales, compartiendo pequeñas historias que le permitieron conectar con millones de personas. Aunque sus intereses literarios han evolucionado, ese deseo de crear mundos y personajes sigue siendo el motor de su escritura.

Amante de las novelas que dejan huella, le apasiona escribir tramas sobre romance y la búsqueda de uno mismo que emocionen y acompañen al lector.

Cuando no está leyendo o escribiendo, le encanta disfrutar de la calma y pasar tiempo con sus hijos gatunos, Frijolito y Rikelmi.



Primera edición: junio de 2026

© 2026, Samara Cadenas
© 2026, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona
Imágenes de interiores: iStock

Diseño de portada: Penguin Random House Grupo Editorial / Angie Izquierdo

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección de la propiedad intelectual. La propiedad intelectual estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes de propiedad intelectual al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. De conformidad con lo dispuesto en el art. 67.3 del Real Decreto Ley 24/2021, de 2 de noviembre, nos reservamos expresamente la reproducción y el uso de esta obra y de todos sus elementos mediante medios de lectura mecánica y otros medios adecuados a tal fin. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 979-13-87924-26-3

Compuesto en: leerendigital.com

Facebook: PenguinEbooks

Facebook: somosinfinitos
X: @somosinfinitos
Instagram: @somosinfinitoslibros
Youtube: penguinlibros
Spotify: penguinlibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro».

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **Penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.

Penguinlibros.club

Penguin Random House Grupo Editorial

Penguinlibros

Índice

Si decides quedarte
Uno. Talya
Dos. Talya
Tres. Talya
Cuatro. Talya
Cinco. Talya
Seis. Talya
Siete. Talya
Ocho. Dylan
Nueve. Talya
Diez. Talya
Once. Talya
Doce. Dylan
Trece. Talya
Catorce. Talya
Quince. Dylan
Dieciséis. Talya
Diecisiete. Dylan
Dieciocho. Dylan

Diecinueve. Talya

Veinte. Talya

Veintiuno. Dylan

Veintidos. Dylan

Veintitrés. Talya

Veinticuatro Dylan

Veinticinco. Dylan

Veintiséis. Talya

Veintisiete Talya

Veintiocho. Dylan

Veintinueve. Talya

Treinta. Dylan

Treinta y uno. Talya

Treinta y dos. Talya

Treinta y tres. Dylan

Treinta y cuatro Talya

Treinta y cinco Dylan

Treinta y seis. Talya

Treinta y siete Talya

Treinta y ocho. Dylan

Treinta y nueve. Talya

Cuarenta. Talya

Cuarenta y uno. Dylan

Cuarenta y dos. Dylan

Cuarenta y tres. Talya

Cuarenta y cuatro

Cuarenta y cinco. Talya

Cuarenta y seis. Dylan

Cuarenta y siete. Talya

Cuarenta y ocho. Dylan

Cuarenta y nueve. Talya

Cincuenta. Talya

Cincuenta y uno. Dylan

Cincuenta y dos. Talya

Cincuenta y tres. Dylan

Cincuenta y cuatro. Talya

Cincuenta y cinco. Talya

Cincuenta y seis. Dylan

Cincuenta y siete. Talya

Cincuenta y ocho

Cincuenta y nueve. Talya

Sesenta. Dylan

Sesenta y uno. Talya

Sesenta y dos. Dylan

Sesenta y tres. Talya

Sesenta y cuatro. Dylan

Sesenta y cinco. Talya

Sesenta y seis. Talya

Sesenta y siete. Dylan

Sesenta y ocho. Dylan

Sesenta y nueve. Talya

Setenta

Setenta y uno. Dylan

Setenta y dos. Talya

Setenta y tres. Talya
Setenta y cuatro. Talya
Setenta y cinco. Dylan
Epílogo. Dylan
Talya
Agradecimientos
Sobre este libro
Sobre Samara Cadenas
Créditos